



F. Vargas Fontecilla

# **Galería nacional o Colección de biografías y retratos de hombres célebres de Chile**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**F. Vargas Fontecilla**

# **Galería nacional o Colección de biografías y retratos de hombres célebres de Chile**

## Presentación

La Biblioteca Nacional se complace en presentar esta Colección de Biografías i Retratos de Hombres Célebres de Chile, facsímil de una obra publicada en 1854 y que gracias a la nueva tecnología de Xerox, ahora puede ser reproducida en forma rápida y a muy bajo costo.

Las perspectivas abiertas por este nuevo modo de imprimir libros son infinitas; porque esta impresión es rápida, sencilla, fiel; porque confiere agilidad a un proceso generalmente más lento y engorroso; porque hace posible hacer ediciones pequeñas y baratas; porque, en una palabra, está destinado a ser un gran soporte para la expansión de la cultura del libro.

Esta nueva tecnología permite reproducir, además -como en este caso-, obras antiguas, pérdidas para la memoria moderna, obras que son patrimonio, que contribuyen a restituirnos identidad, obras en que reencontramos nuestra historia en su forma original.

Por otra parte, este tipo de ediciones está destinado a favorecer a escritores noveles y de pocos recursos.

De este modo, la Biblioteca Nacional, custodia del patrimonio bibliográfico de Chile, incorpora a su trabajo un instrumento importante para realizar algunas de las metas que se ha fijado: primero, poner al servicio del más grande espectro de usuarios las obras patrimoniales que custodia y que son propiedad de todos los chilenos y, en segundo lugar, ofrecer a los creadores económicamente desfavorecidos, la posibilidad de publicar sus escritos.

Representa, por lo tanto, un elemento importante en la lucha contra la pobreza. «Porque la pobreza es un estado que no alcanza a subir hasta el umbral de la esperanza».

Con iniciativas como ésta, intentamos acercar a más chilenos hacia umbrales de esperanza.

MARTA CRUZ-COKE DE LAGOS

### Introducción

La extensión de territorio que hoy comprende bajo sus límites la república de Chile, formaba no hace muchos años uno de los apartados rincones del inmenso hemisferio que regaló a los Reyes Católicos el genio de Colón.

Conquistose el suelo de Chile como se había conquistado el resto de la América española. Si la doblez y el engaño entraron por mucha parte en lo que le cabía de esfuerzo y de constancia a la raza que se derramó en el Nuevo Mundo, no fue menos astuta y sagaz, no fue menos apta para la guerra, ni menos certera en la elección de los lugares donde fundaba sus establecimientos, la que con don Pedro de Valdivia a su cabeza, debía engastar la perla de Chile en la enjoyada corona del poderoso emperador don Carlos V de Austria.

Pero no fue para los conquistadores una obra de poco momento, no les fue tan fácil posesionarse de estas espléndidas y ricas comarcas. Hallaron el suelo más feraz y fecundo, el cielo más clemente y benigno; pero topáronse con los naturales más guerreros e indomables que hasta entonces les hubiera descubierto su aventurada carrera de exploradores. La historia de esta conquista es la más interesante de cuantas hizo la raza española en el Nuevo Mundo: está sembrada de peripecias inesperadas, de esperanzas frustradas, de hechos heroicos por una y otra parte, de combates sangrientos, de incendios y devastaciones, que revelan hasta donde llevaban los naturales su ardoroso amor a la libertad, y hasta qué punto alcanzaba el tesón de los invasores.

En los ímpetus de la primera acometida se llevó la conquista hasta tal extremidad donde no pudieron mantenerla, ni los planes mejor combinados ni el arrojo de los jefes más valientes, ni la superioridad que sus armas y su disciplina les daban sobre los naturales. Estos, después de sangrientas batallas, empeñados en una lucha de siglos, que a tanto alcanzaba su porfiado empeño de ser libres, logran al fin rescatar una gran parte y la más bella de su perdido territorio, y fijan para siempre los límites que habían de separarlos del resto de las poblaciones que los conquistadores habían fundado en el suelo de Chile.

Cuando el filósofo recorre las memorables páginas de la historia de esta lucha sangrienta, siente arder en su pecho el generoso ardor del amor patrio llevado hasta su última expresión. Contemplando a un pueblo pobre y desnudo, ignorante y casi indefenso, llegar a las manos con la nación más belicosa de la Europa, y por último, contenerla, hasta el extremo de hacer que la respete y mire como igual, el corazón rebosa en entusiasmo, se arranca del pecho un viva prolongado, sincero y estrepitoso, que anuncia a los que lo escuchan cuán profundas son las raíces que ha echado en el alma humana el amor a la independencia y a la libertad.

Tal fue la tierra, tales fueron los hombres con quienes tuvieron que habérselas los españoles. Excusado será que me detenga en describir cómo sucedió que a mediados de la tercera centuria, apenas se bastaba la colonia a sus necesidades y que los pobladores, amagados continuamente por los indios independientes, no tenían días ni momentos seguros. Añádase a esto también, que los jefes peninsulares que mandaban la colonia, tenían un interés privado en que la guerra con los indígenas se prolongase, hágase atención a la inmensa distancia que nos separaba de la metrópoli, y piénsese por un momento en la legislación especial que se había fabricado para las Américas, y se vendrá fácilmente en conocimiento del estado de ignorancia y de abatimiento en que debía encontrarse nuestro Chile, al tiempo en que debía amanecerle una aurora risueña de libertad, precursora de la prosperidad futura de estas apartadas regiones.

Los hechos son estos. El estudio de nuestra historia colonial a cada instante nos enseña en cada una de sus severas páginas, cuántos fueron los desaciertos que se cometieron al principiarse la colonización y con qué tesón se llevó a su término el despotismo más absoluto, el sistema de exclusivismo más contrario a los intereses coloniales y, de rechazo, más perjudicial a los verdaderos y eternos de la metrópoli. No pretendo hacer cargos injustos, no intento juzgar a los hombres de los siglos pasados, por las ideas de hoy. Conozco la diferencia que existe entre las nociones que aquellos tenían de la cosa pública y las que ahora dominan en las naciones civilizadas. Principios incontrovertibles entonces, son hoy mirados como absurdos. A aquellos hombres es necesario juzgarlos con las luces de su siglo, con sus preocupaciones mismas, con sus usos, sus costumbres y sus leyes.

Pero me será permitido, por lo mismo, tomar en aquellos hombres y en aquel siglo los antecedentes de nuestra constitución política y social, para ver hasta qué punto aquellas ideas pudieron influir en el desarrollo de nuestra revolución.

El descubrimiento de la América acaece cuando la monarquía española toca al apogeo de su grandeza. Ninguna entre todas las naciones europeas más temida y poderosa que ella, ninguna más apta para los grandes destinos a que sin duda la reservaba la Providencia en la grande escena del universo. Tocaba a su término la porfiada lucha con los moros que hubiera gastado otras naturalezas que no fueran las de los indomables antiguos celtíberos; y ábrese de repente a sus miradas un nuevo teatro en donde va a esparcirse y derramarse esa fuerza de voluntad y de poder que no halla ya en su propio suelo quien pueda contrarrestar el impetuoso arranque. Allá, a la América corren esos caballeros que ansiosos de escribir su nombre en el libro de los héroes, ven un vasto campo donde sembrar hazañas para cosechar inmensa copia de laureles. Con ellos, allá van también los mismos soldados que habían clavado sobre los muros de Granada el estandarte de la cruz. Con ellos su celo, su fe, su genio, su carácter, sus costumbres, sus tradiciones. No hacen más que llegar y vencer. Por todas partes se les rinden los inocentes americanos, y bien a poca costa de los invasores, dominan y maniatan a las indefensas tribus. Poderosos imperios se derrumban, ábreñese los templos venerandos y colocan la imagen del Salvador en las mismas aras en que el día anterior se veneraba a los dioses de la idolatría.

Pero esos atrevidos navegantes, esos indomables guerreros ¿sufrieron tales trabajos para ellos solos? ¿pelearon, conquistaron y murieron por hacerse ellos los dueños y señores de cuanto descubrían y ganaban? No, que por más que fuese hecha la conquista con sus

bajeles, con sus caballos, sus armas, sus peones y todo a expensas propias, lo ganaban para un monarca que a menudo no hacía por ellos más que recompensar con injusticias y desprecios las ofrendas de nuevos países y reinos que humildes y generosos colocaban a sus pies.

Para un español de entonces, hubiera sido un sacrilegio pensar siquiera de otra manera. El monarca era todo para él: al monarca se le pedía humildemente la gracia de que se dignase aceptar el cetro de una nueva monarquía. ¡Felices si alcanzaban a obtener de su munificencia que les diese algún título, los confirmase en alguna gubernatura, y era ya mucho desear, mucho obtener, si se lograba la provisión de un virreinato en la persona de algún conquistador!

Dependiendo todo de la metrópoli, era preciso que la acción de los mandatarios de la colonia fuese casi nula, y la España como antes hemos dicho, tocaba al apogeo de su grandeza, término culminante de su poder y principio de su decadencia. Por lo menos tal debe entenderse en cuanto a las garantías individuales a las libertades españolas.

Pasa el luminoso reinado de Fernando e Isabel, y va al descubrirse y poblarse Chile en el nieto de aquellos monarcas, principian a sufrir las libertades españolas los rudos ataques de la omnímoda potestad real que no sufre diques ni vallas que la contengan. Villalar comienza el drama de esa lucha que había de ser tan fatal a las instituciones populares de la península, que hubo de seguirse representando más tarde en Aragón y que, por último, debía tener su desenlace en nuestros días. La gran confederación española era monarquía absoluta, despótica. Los pueblos no se hallaron con fuerzas para disputarle el paso a la invasión, y sufrieron el ligo que les impuso la Corona.

Bajo de tales auspicios se comienza a poblar este país. Fácil es ver que no podíamos esperar que fuésemos mejor tratados que lo eran los habitantes de la metrópoli, y que las leyes que se nos darían, debían ser, si posible fuera, las más duras y estrechas que pudiesen imaginarse. Ahí está el código de Indias y las reales cédulas, famoso monumento de las ideas políticas y económicas de los siglos que nos precedieron. Por él se viene a conocer que la España estuvo persuadida de que la riqueza americana consistía en las minas, y que esta idea la dominó por trescientos años. Para la explotación de los metales preciosos, se hicieron inmediatamente ordenanzas protectoras: para el comercio, la industria, la agricultura, las prohibiciones más absurdas. Creyó que su poder caducaría cuando el oro americano le faltase; cuidó de desentrañarlo de la tierra, poblando su centro de víctimas humanas, y no vio que esos brazos le hacían mucha falta para más grandiosas empresas, para obras más humanas, más fértiles en resultados eternos de ventura y prosperidad. No cuidó, pues, de lo que debería cuidar: del cultivo de la inteligencia de los mismos hijos suyos, puesto que en las venas de los colonos circulaba la sangre de los españoles.

El sistema de aislamiento debía ser el primer sustentáculo del sistema político. De aquí brotan, como consecuencias naturales todas las demás ramas del árbol de la política prohibitiva. Por eso las prescripciones de las leyes que declaran cerrados los puertos de América a todo libro que pueda influir en la ilustración de los naturales, con más la circunstancia de prohibir en la América aquellos libros de devoción que no estaban prohibidos en la península. Era preciso que el monopolio llegase a su última expresión; «y

quedó monopolizado en beneficio del monasterio de San Lorenzo, el consumo de las oraciones a Dios.»

Ya se deja ver que el establecimiento de imprentas en las colonias, era prohibido también. Chile no obtuvo jamás el permiso de plantear una, ni llegó a ver establecidas de un modo permanente escuelas de matemáticas ni de derecho público.

El sistema restrictivo sigue siempre en una pendiente rápida; y las prohibiciones contra los plantíos de viñas, olivares y almendrales que se encuentran en el código de Indias, debían necesariamente acarrear los impedimentos que se opusieron al comercio de estos artículos, cuando se vio que era imposible destruir los plantíos de Chile y el Perú. El gobierno español prohibía el comercio de vinos, porque hacía daño a los indios y mandaba que los licores que se decomisasen fuesen vendidos por cuenta de S. M., «como si el vino, observa un escritor contemporáneo, mejorase de calidad en el momento que pasaba a ser propiedad real.»

Una ligera hojeada a la historia basta para hacer conocer a cualquiera las causas que han influido en el atraso intelectual, material y comercial de la colonia. Supuestos los antecedentes veamos las consecuencias. En la lejanía inmensa de la metrópoli que todo lo concentra y lo absorbe, con mandatarios impotentes para hacer el bien sino a medias, con obscuridad y servilismo por de dentro, tirantez por de fuera; la indigencia y la ignorancia debían ser la herencia de los habitantes de Chile. Esta fértil y rica región era preciso que fuese un país que figuraba en el mapa; pero un país del que no se tenía en el mundo noticia más exacta que la que él en general podía haber adquirido de las demás naciones de la Tierra.

Por tanto, no debe extrañarse que nuestros historiadores hallen al comenzarse la lucha de nuestra independencia, a principios del siglo en que vivimos, tan decaída la industria, tan escasa la población del país y tan falta de cultura intelectual. Vegetaba más bien que vivía, y en este estado de atonía que no dejaba presagiar mejores días al cuerpo enfermo de la nación, ni por su propia virtud ni por la incuria de los que deberían atenderlo, sonó la hora en que debía sacudirse y dar una señal de vitalidad y de fuerza.

Hacía algunos años que el Viejo Mundo se encontraba agitado, y el siglo moderno se inauguraba con estrépito. Las antiguas monarquías se sacudían hasta sus cimientos. La revolución había llamado a la lid a todas las poderosas naciones del continente europeo, y, después de borrar algunas del mapa, creando nuevas nacionalidades y nuevos principios, rompe de repente con su pasado de siglos, con sus ideas regeneradoras y liberales de más reciente fecha, y establece un poderoso imperio absoluto en la misma capital del orbe revolucionario.

Allá fueron a arrodillarse los que obstaban a la soberanía de los pueblos. Papas, emperadores, reyes, se creían favorecidos con que el coloso de la Francia se dignara echarles una benévola mirada, y el gran distribuidor de cetros se paseaba en salones donde se ostentaban como cortejos testas coronadas. Había adquirido ya el batallador la fama de invencible. Napoleón había paseado sus falanges victoriosas del uno al otro extremo de la Europa: sabía lo que valía su prestigio, sabía lo que importaba su nombre. Poco le quedaba

que hacer para realizar el sueño de Alejandro al que ceñía la diadema de César, «al guerrero que supo formarse a pura pérdida para los pueblos un grande imperio sobre el llanto y la turbación de cien millones de habitantes a quienes tocó con su cetro»; la monarquía universal no debía, por esta vez, ser un fantasma: debía convertirse en una realidad; él mismo nos lo dice «¡Quedaba tan poco que hacer!»

La España era ese poco que debía pesar por mucho en los destinos del continente; y esa pobre España, su más íntima aliada, había de ofrecerle pronto la ocasión que apetecía. No le valieron sus buenos y oficiosos servicios, no le valió haber derramado su sangre en defensa del prodigio del siglo y de su ambición de conquistas. Los mismos reyes de la nación que expiaba le habían de arrojar otra corona que debería alzar para colocarla en las sienes de otro individuo de su imperial familia.

Vienen las escenas de Aranjuez y del Escorial a poner de manifiesto el desacuerdo que reina en el gabinete de Madrid. Buscan a Bonaparte como mediador del rey y el príncipe; y quien debía reanudar las relaciones entre los miembros de la regia familia española, hace de manera que, de buena voluntad al parecer, le cedan la corona disputada.

Pero el pueblo español se espanta de tamaña felonía, disculpa a sus reyes, vuelve sobre los juglares de Bayona sus furibundas miradas, y, a los escamotadores de su soberanía, les responde con el grito de guerra más terrible que habían escuchado las legiones del invencible guerrero. Era la nación en masa que se levantaba para conservar en la frente de sus reyes la deslustrada corona de la nación. Era el pueblo que protestaba contra los propios y los extraños soberanos, y que a fuer de leal y de valiente desafiaba al coloso continental.

Si no existió entonces el gobierno de la monarquía española, el gobierno de la nación estaba en todas partes: donde quiera que había españoles allí estaba el gobierno; porque por todas partes se hacían juntas a quienes animaba un solo objeto, que tenían un solo pensamiento, la defensa nacional. Estas juntas empuñan el bastón de mando; y, a su ejemplo, otras y otras adonde no llega la acción de las primeras, secundan la misma idea.

La América escucha la señal de alarma. Como la metrópoli se conmueve de un cabo a otro del hemisferio. Por todas partes brilla el entusiasmo. Sucédense a las juntas de Sevilla y de Cádiz las de América, y entre ellas las de Buenos Aires y Chile. El ejemplo había sido contagioso. Pero los mandatarios peninsulares, existentes entonces en América, comprendieron toda la importancia del movimiento, y trataron de oponer a la corriente el débil dique de una autoridad que yacía desprestigiada en su origen. Si había sido funesta para la España la abdicación del soberano y la humillación del heredero, no lo fueron menos para la conservación de sus dominios de América, los cuales a la sombra de las juntas de la península hicieron las suyas, despreciando en los virreyes y capitanes generales una autoridad que se hallaba desvirtuada, desde que el soberano mismo había renunciado a ella. De aquí, pues, data el primer período de nuestra revolución en nombre de Fernando VII.

No fue sincera, es verdad, se enmascaró con el antifaz de la fidelidad; pero ¿quiénes fueron los que padecieron el engaño? No lo fueron la mayor parte de los que encabezaron el movimiento, no lo fueron los virreyes del coloniaje que desde Lima nos hicieron tan cruda

guerra, no lo fueron tampoco, las numerosas familias chilenas adictas al sistema español. ¿Para qué, pues, se cubrió con aquel disfraz? Curioso es observar, cómo por todas partes se procedió de la misma manera. Las primeras juntas obraron siempre en América del mismo modo. Consultando la tradición de aquellos sucesos, se viene en conocimiento de las causas que los motivaron. No convenía, dicen, arrojar a la faz de un pueblo desapercibido, ideas que no se hallaba en estado de comprender: era necesario educarlo primeramente, hacerle consentir que podía gobernarse por sí solo, que no era un niño ya y que debía arrojar los andadores. Para esto ¿cuál mejor ocasión? Los virreyes del Perú estaban en el caso de hacer esfuerzos inauditos para ahogar el movimiento, debían tratar de sofocar en Chile toda idea de independencia. Era entonces el momento de que los patriotas les saliesen al encuentro, les negasen la autoridad que sobre este país pretendían arrogarse, y les declarasen que tanto podían ser ellos los representantes de la autoridad metropolitana como los que con tanta arrogancia así se titulaban. Y luego ¿dónde estaba el monarca a quien ambos invocaban? En una prisión; desprestigiado, solo y humillado hasta el extremo de rebajarse a solicitar la mano de una Bonaparte que jamás se le quiso conceder. ¿De qué autoridad podían ser legítimos representantes los delegados de un rey que había abdicado su corona, y de un príncipe que se envilecía hasta el punto de celebrar las victorias que Napoleón conseguía sobre sus propios súbditos españoles?

Era, pues, la ocasión propicia, debía aceptarse la guerra: con ella vendrían los desastres que la acompañan; pero con ella se crearían soldados, con ella los generales y con ella, al fin, se daría principio al ejercicio del mando y se formarían los hombres de Estado que más tarde deberían reconstruir el edificio político y social. Con ella también el pueblo aprendería a ejercer los derechos del ciudadano y del hombre libre, y una vez dado el primer impulso, nada habría más fácil que proclamar más tarde una independencia absoluta que declarada por de pronto, se vería en peligro quizás de ser rechazada.

Como primeros instrumentos la propaganda oral desempeña su activo papel, y la tribuna de la prensa llena el suyo con atinado celo: numerosos emisarios se esparcen por las provincias y, so capa de fidelidad y de circunstancias excepcionales, los escritos más astutos se siembran por todas partes y difunden en el pueblo las ideas más atrevidas. Como halagüeñas; prenden en su alma, de donde más tarde no será posible arrancarlas sino con la vida.

Tal es el carácter de los primeros acontecimientos del año de 1810, creada la primera junta gubernativa, y tales son las ideas dominantes de toda la primera época en nuestra guerra con las que más tarde debían invadirnos. Hay bajo este aspecto una unidad marcada y decidida en los diversos acontecimientos que componen y llenan nuestra primera época desde 1810 hasta 1814, año en que el país sucumbió, más que al influjo de los ejércitos enemigos, a las discordias intestinas que lo devoraron. Pero es menester hacer de paso una observación. Quien quiera que fuese el jefe que se hallaba a la cabeza de la nación, no cometió nunca la indiscreción de desaprobado lo obrado por el que acababa de dejar el mando. El pensamiento revolucionario siguió siempre los mismos pasos, bajo la misma máscara, proclamándose solamente independiente de las pretensiones de los virreyes, y haciendo servir esta idea para arrojar después otra más atrevida y que debía deslindar la cuestión con un solo golpe. La primera junta, comprendiendo la situación marca y deslinda la senda por donde deben caminar todas las que se le siguieron, hasta la erección del



directorio que a su vez es reemplazado por otra junta que sigue el mismo camino que las anteriores y el mismo rumbo del directorio. Y tan evidente es lo que acabo de decir, que en varios documentos públicos se registra del modo más terminantemente comprobado, que la última junta compuesta de don José Miguel Carrera, don M. Muñoz Urzúa y don Julián Uribe, reclama del general español don Mariano Osorio el cumplimiento de las estipulaciones celebradas por el director don Francisco de la Lastra en el campo de Lircai.

Esto por lo que tocaba a la cuestión mirada puramente bajo el aspecto de la manera como debía considerarse al invasor y el modo como aconsejaba la prudencia tratar al enemigo. No es ahora del caso averiguar si fue o no bien meditada esta conducta; pero bastará hacer presente que la idea no nos perteneció exclusivamente, que fue la misma de todos los pueblos que nos precedieron en la carrera de nuestra revolución, y que en todos ellos, así como en Chile, produjo idénticos resultados la independencia, que se anhelaba. Y esto bastará para su descargo contra los que quisieran increparla mas allá de lo que permite la estricta justicia.

No dominó, es verdad, el mismo espíritu de unión en el centro revolucionario: no se estuvo de acuerdo siempre y en todas ocasiones en cuanto a las personas que debían encontrarse a la cabeza del movimiento, al frente de los negocios y encargados del mando de los ejércitos; y esta fue la causa principal de nuestros desaciertos y de nuestras catástrofes. El astuto enemigo, que más unido que nosotros nos acechaba, halla las ocasiones más propicias para aumentar sus fuerzas, aprovechándose del tiempo que nosotros perdíamos en cuestiones de poco momento. Principiose la campaña con todas las ventajas en nuestro favor, y acabamos por ser derrotados en una de las batallas más sangrientas que se anotan en nuestros anales. Por eso diremos que es preciso hacer justicia a quien de derecho le compete: tuvimos que habérnoslas con hombres decididos, intrépidos y emprendedores, con militares avezados a pelear, con hombres que aprendieron en buena escuela a organizar ejércitos y a mandar batallas; por mucho que el espíritu de las publicaciones de aquellas épocas rebaje su mérito, es menester no cerrar los ojos a la luz que arrojan de sí los resultados; esos hombres no fueron hombres comunes; tuvieron en mayor grado que nosotros la previsión necesaria para aprovecharse de nuestros desaciertos y de nuestra impericia, allanándonos nosotros mismos el camino que los había de conducir al fin que se proponían.

Verdad es que los héroes que por nosotros combatían, dieron las pruebas más inequívocas de valentía y de arrojo; es cierto que en más de un encuentro, en más de una batalla conseguimos el laurel de la victoria; testigos los campos de Yervas Buenas, el Roble, Quilo, Membrillar, Maule, Quechereguas y cien otros; pero también es cierto que tantos triunfos parciales no fueron los que decidieron de la suerte de Chile, aunque presagiaron el esplendor de los que posteriormente debían fijarla. Y aunque el humo del cañón de Rancagua empañó el brillo de la estrella de nuestra independencia, el sangriento polvo de las calles de aquel pueblo heroico honró la frente de sus ínclitos defensores, tanto como hubiera podido hacerlo la misma corona del triunfo. Aquellos hombres pudieron exclamar con tanta justicia como Francisco I de Francia: Todo se ha perdido, menos el honor.

La historia de nuestra independencia no es propiamente hablando más que la historia de nuestras batallas. Poco, muy poco se hizo en los primeros tiempos por echar las bases del sistema político de libertad que más tarde hubo de plantearse. Las ideas, sin embargo, habían producido su efecto: la revolución francesa que las puso en boga, golpeó con ellas fuertemente a la cerrada puerta de la América, la cual no hallándose abierta de par en par, pudo darles paso por sus resquicios. Una vez inoculadas aquellas ideas debían producir los resultados que eran consiguientes. Ya había visto Chile que no era tan difícil como se le pintara el ejercicio del mando. Aunque por poco tiempo, por un reducido número de años; pero ya se había acostumbrado a gobernarse por sí mismo, y la idea de una emancipación absoluta y sin disfraz era más general y mejor admitida que lo hubiera sido al principio, al comenzarse la segunda época de la guerra. La prensa había difundido los principios de independencia por más de tres años consecutivos; ya no asustaban y se oían en boca de personas que en el año de diez ni siquiera hubieran soñado en ellos. El campo había sido preparado, la tierra estaba bien cultivada, se había botado la semilla y esta había prendido; por todas partes se notaba que el grano fructificaba; al segundo riego precisamente había de madurar y hacerse la cosecha.

Pero ¿cómo? El país había caído en poder del enemigo por consecuencia de la pérdida de Rancagua. Los más ardorosos patriotas se hallaban en la emigración; otros ocultos, huyendo de las persecuciones del enemigo. ¿Cómo alimentar una esperanza? Era que los emigrados trabajaban asiduamente por volver a traer la libertad a su país, y era que los que se habían quedado los ayudaban como podían, desde sus escondites, y por sobre toda la vigilancia de los dominadores.

Aun no hacía tres años que el poder español se hallaba establecido, y un día se nota una extraña conmoción en la ciudad. Se aprestan tropas, caballos, cañones, corren, entran, salen, se reparten órdenes, contraórdenes; en un momento todo se pone en movimiento. ¿Qué sucede? se preguntan. Nadie sabe responder definitivamente. Pero los que menos saben lo que sucede son los que deberían saberlo. El gobierno de Chile no sabe cómo; pero sí sabe que tiene a la vista un respetable ejército que combatir; y sabe más, sabe que es preciso vencerlo, destruirlo, antes que llegue a llamar a las puertas de Santiago; y todo esto es menester que se haga en menos de cuatro días; porque si no aquel ejército habrá tomado posesión de la capital, sin que nadie haya podido estorbarlo. ¿Hasta ese punto pudieron descuidarse las autoridades españolas? No; responderemos: hasta ese punto pudo, sí, alcanzar la astucia del jefe ilustre que mandaba el ejército expedicionario con que ayudaba a los patriotas de Chile la nación argentina. San Martín pudo pasar las más altas cordilleras del mundo, y las más difíciles de transitar para hombres solos, con un numeroso ejército, con trenes de artillería y todo cuanto es indispensable en provisiones y pertrechos de guerra, sin que el contrario supiese jamás a punto fijo por dónde debía ser atacado, ni el número de fuerzas que lo amenazaban hasta que las tuvo a la vista. San Martín pudo decir con orgullo: en veinticuatro días hice la campaña, pasé las cordilleras más elevadas del globo, concluí con los tiranos y di la libertad a Chile.

Tan decisiva se presentó por lo pronto la victoria de Chacabuco: nadie dudó del éxito de las armas independientes; un año después, el día 12 de febrero de 1818, se publicó a la faz de las naciones de la Tierra el acta solemne de nuestra emancipación política. La metrópoli no quiso reconocernos el derecho, en nuestra razón; pero tuvo que sufrirlo por la fuerza. No

desmayó, no desamparó sus pretensiones tampoco, siguió haciéndonos la guerra y tuvimos que afrontar nuevas expediciones; todavía nuevos combates, nueva sangre que derramar.

La estrella de Chile vuelve a querer empañarse en el campo de Lircai; pero para brillar con más radiante esplendor, pasados pocos días, en las llanuras de Maipo, donde casi todos los enemigos fueron o muertos o prisioneros. Desde entonces una inmarcesible aureola de gloria ilustra a nuestro tricolor. Parecía que nadie podría afrontarlo, y sin embargo, un simple sargento, un hombre que más de una vez había burlado a la tumba, halla cómo formarse un ejército respetable que oponer en nombre del rey a las falanges independientes: él también había sido en otra época contado entre el número de los que pertenecieron a estas últimas. Pues bien, este hombre extraordinario, este ser incomprensible, mezcla confusa de cuanto tiene de bueno y de malo el corazón humano, ese Benavides de inmortal memoria, ese hombre que llevó su abnegación a la causa de la metrópoli, hasta el extremo de afrontar el cadalso más de una vez, ese hombre tuvo la gloria de poner al ejército de los libres en más duro trance que lo pusieron los generales experimentados de la metrópoli. Pero también se afrontó con otro guerrero más afortunado que él, y en las Vegas de Talcahuano se deshicieron sus dorados ensueños, para venir a expiar en un patíbulo el crimen de haber traicionado las banderas a las cuales en otro tiempo perteneciera.

Todavía no estaba todo concluido: era necesario completar la unidad nacional; pero ésta no se alcanza hasta que, después de multitud de triunfos más o menos importantes en mar y tierra, se gana la memorable batalla de Pudeto el 14 de enero de 1826. El último asilo de los realistas en Chile ve flamear el estandarte tricolor, y queda clavado para siempre en las poblaciones más meridionales del territorio de la nación.

Hasta aquí nuestros triunfos: habíamos también dominado el Pacífico. Se había creado una escuadra bastante poderosa que al mando de un ilustre marino, Lord Cockrane, nos hizo enseñorearnos del mar desde el cabo de Hornos hasta Guayaquil. Dos expediciones importantes y numerosas llevaron su apoyo a nuestros hermanos del Perú. Los esfuerzos fueron inauditos; los resultados lisonjeros.

Pero el país estaba ya muy agotado, el cansancio fatigaba ya a la nación. No se extrae tanta sangre de un cuerpo sin que se sienta débil. Todo le faltaba, hombres y dinero: más aún este último, nervio de la guerra, motor poderoso de la tranquilidad y de la prosperidad de los pueblos.

Este disgusto, este cansancio, provoca los conflictos. Los hombres son naturalmente inclinados en política a echar sobre los administradores de la cosa pública la culpa de las dolencias nacionales, sin reparar, en nada. Creen que los mandatarios y nadie más que estos deben darles lo que necesitan: no consultan a los tiempos, devoran las distancias, y con febril imaginación piensan hallar en los cambios de instituciones políticas lo que solo puede darles el porvenir con su reposo, su constancia, su calma reparadora, que tanto se parece al primer sueño que gusta un enfermo desvelado que, amaneciendo ya restauradas sus fuerzas, ve que las cosas que lo rodean están teñidas con otros colores que la víspera. Y, sin embargo, el mismo sol les ha prestado su luz.

Tal fue el carácter de la época turbulenta de nuestras revoluciones intestinas. Nos apresuramos a darnos una constitución en momentos bien poco a propósito para ello. A aquella se siguieron otra y otras hasta el número de quince entre reglamentos y constituciones: algunas de ellas ni siquiera llegaron a hallarse en vigor, a pesar de que cada una fue saludada como la expresión más completa del voto nacional, como la salvaguardia de las garantías individuales; mas a poco andar, eran subrogadas por otras que duraban poco más o menos tanto como la anterior y quizás menos que las que le sucedían.

Entretanto, el país sucumbía: el peor de todos los males es el de la anarquía. Era preciso, indispensable, robustecer a la autoridad; poner un poder en sus manos que fuese realmente un poder y no una sombra de tal. Los ensayos hechos hasta el año de 1828 habían manifestado en la índole de los pueblos de Chile faltos de moral política, poco acostumbrados a la obediencia, desde que rompieron el yugo colonial, tendencias nada dispuestas a sufrir o a esperar los resultados de las combinaciones que se ensayaban. De aquí la necesidad imperiosa de la ley fundamental que nos rige. ¿Es ella adecuada a las necesidades nacionales? ¿Está exenta de defectos? ¿Ha conseguido hermanar el poder que se ambicionaba en el mando con las garantías del ciudadano, del hombre libre? ¿Será esta definitivamente la última de las transformaciones constitucionales por donde tengamos que pasar?

Cuestiones son las que he enumerado que yo no me atreveré a resolver. Pocas son, muy pocas, las naciones de la Tierra que puedan gloriarse de haber encontrado la forma de gobierno que les conviene. El sistema republicano democrático, hasta ahora el único que parecía convenir a la América española, yace desacreditado en toda ella: puede decirse que, con excepción de Chile, en ninguna parte quiere arraigarse. A nosotros mismos ¿cuánta sangre nos cuesta? Pero de esto ¿tiene acaso la culpa la idea republicana? Yo no lo creo, y pienso que cualesquiera otros sistemas hubieran quizás sido más funestos. En favor del que se ha adoptado, aboga la simultaneidad con que ha sido planteado por todas y cada una de las diversas nacionalidades que fueron desprendiéndose de la corona española, al emanciparse las colonias; y esta unidad de pensamiento hace desde luego pensar, que es una de las ideas madres que no será posible combatir sin derramar a torrentes sangre americana. Será más o menos decididamente democrática; dominará en unas partes más que en otras el elemento oligárquico; pero en ninguna asomará el aristocrático, porque este, por más que se diga, no existe en la América española.

Hemos alcanzado también una época excepcional, vivimos en tiempos tan difíciles, días tan trabajados, momentos en que abruma la cabeza del pensador la multitud de sistemas que se debaten en la arena de los pueblos libres, que acaso no sería desacertado dejar que calmase la efervescencia de los ánimos y la exaltación de las pasiones, si hubiésemos de retocar nuestras instituciones en algo de fundamental. Lo necesitan, sin duda; cada día que pasa deja nuevos elementos que contribuyen a hacer más perentoria una reforma, y ha de llegar el instante en que sea necesarísimo poner la mano en ella. De otro modo no sabríamos explicarnos el misterio que hubiera precedido a la formación de un código concebido en momentos tan críticos, como lo fueron los que dieron origen al nuestro. Él no tendrá, de seguro, una duración eterna. Si los tiempos se acercan en que deba hacerse más completa la obra de 1833; quiera el cielo prestar a los que acometan tarea tan delicada, toda la sabiduría que se necesita y que solo él puede dar.

Chile, entre tanto, ha hecho progresos inmensos. La emancipación fue su aliento, su luz, su vida: el código fundamental que lo rige el paladío del orden, de la tranquilidad y el reposo que ha saboreado por más de veinte años, no sin que de vez en cuando se hayan dejado de notar síntomas alarmantes de trastorno, no sin que se haya derramado sangre por mantenerlo ileso. Pero es verdad, que a su sombra se han realizado mejoras materiales de alta importancia: el comercio ha adquirido un desarrollo que no se hubiera pensado tan rápido y vivificante; la agricultura camina progresivamente a más altos resultados; la minería desde esas provincias que la Providencia asentó sobre bases de plata, derrama sobre las fértiles regiones de la república el riego de los capitales productores; todas las industrias reciben cada día nuevo incremento. Mucho falta aún; pero nos alienta la esperanza de que mucho todavía podremos obtener.

La tarea del presente la llenarán los contemporáneos; sus resultados nos lo dirá el porvenir. Nosotros nos ocuparemos por ahora de los hechos consumados y de los hombres que nos han legado lo que poseemos: la república y la independencia. Estos hombres, dijimos en nuestro prospecto, son aquellos que, saliendo de la esfera común, dan un sello particular a sus obras e imprimen su carácter a los sucesos en que toman parte. Muchos de ellos son hombres que vieron la luz en el pasado siglo, siglo rico en hechos extraordinarios, en talentos de primer orden, fecundo en virtudes y vicios, notable por cuanto propagó las ideas liberales de que en bien escasa parte supo aprovecharse.

Los hombres que nos dieron la independencia de que gozamos, que sacrificaron sus vidas y sus caudales por constituirnos en la nacionalidad que representamos, vinieron al mundo casi todos ellos en aquel siglo de que acabamos de hablar. De muchos de estos personajes aún no se conoce definitivamente la parte que tomaron en los acontecimientos políticos que cambiaron la faz de su propio país, y la obra que emprendemos está destinada a llenar este vacío. Escribir sus vidas y popularizarlas, es la tarea que se ha impuesto la GALERÍA NACIONAL.

HERMÓGENES DE IRISARRI.

I

D. Mateo de Toro Zambrano

Conde de la Conquista

El primer nombre que encontramos al recorrer la historia de la revolución de Chile es el del Conde de la Conquista, D. Mateo de Toro Zambrano. Último mandatario del viejo régimen en la colonia y primer jefe en el Gobierno nacional, el Conde Toro figura en ella como la cúspide del edificio derribado al mismo tiempo que como el cimiento de nuestra regeneración política.

Nació D. Mateo de Toro Zambrano y Ureta en la ciudad de Santiago por los años de 1724: sus padres eran criollos nobles, aunque sin bienes de fortuna, vástagos de una familia establecida en Chile poco después de la conquista: uno de sus antepasados, el licenciado D. Andrés de Toro Mazote, fue alcalde ordinario de Santiago en 1616, y otro, D. Alonso de Toro Zambrano, lo fue en 1687.

La escasez de fortuna lo redujo a la necesidad de abandonar la casa paterna para acompañar a su tío D. José de Toro Zambrano, Canónigo Maestro-Escuela de la Catedral de Santiago y Obispo de Concepción más tarde. Éste quiso dedicarlo desde joven a la carrera eclesiástica, pero D. Mateo no se encontró con ánimo para emprender el estudio de la latinidad, teología y cánones, y prefirió seguir la carrera del comercio que creaba, de vez en cuando, fortunas colosales como por encanto. Con una pequeña habilitación de su tío estableció su tienda en una de las esquinas de la plaza principal, y a fuerza de contracción y tino consiguió formar una fortuna considerable. Engrosada ésta con el rico dote de su esposa Doña Nicolasa Valdez, fue en breve D. Mateo uno de los hombres más acaudalados de la colonia, lo que no podía dejar de darle la importancia que siempre tiene el poseedor de bienes de fortuna adquiridos con el trabajo. En 1761 fue electo alcalde ordinario de Santiago; pero antes de cumplido el año que debían durar sus funciones, pasó a suceder a D. Pedro José de Cañas, en el cargo de Corregidor de la misma ciudad. Subrogado en 1762 por D. Luis de Zañartu, volvió a él a principios de 1768, cuando se necesitaba de energía y actividad para proseguir las mejoras que aquél había iniciado. En este mismo año levantó a sus expensas la compañía de ejército del Príncipe de Asturias, cuyo mando confió a su hijo mayor D. José Gregorio, para ayudar a las autoridades militares contra el levantamiento de los Araucanos. Entonces ya él era capitán del regimiento de caballería real de Santiago, y poco después fue coronel del de milicias disciplinadas de la Princesa.

Estos servicios no pasaron desapercibidos en la corte de España: cuando en 1770 se mandó incorporar a la Corona la casa de Moneda, se nombró también a D. Mateo de Toro su primer Superintendente. Dos años después, para hacerse cargo del destino, dejó el de corregidor en manos de D. Luis de Zañartu que lo había antecedido en él. Pero no fue esta la única concesión que obtuvo de la metrópoli en pago de sus servicios: por real cédula de Carlos III, fechada en el Pardo el 6 de marzo de 1771, se le concedió, para él y sus descendientes, el título de Conde de la Conquista. La «Gaceta de Lima», (núm. 42) al dar cuenta de esta gracia, se expresa en los términos siguientes: «Igualmente que la de haber concedido S. M. a D. Mateo de Toro Zambrano, natural de Santiago de Chile, merced de título de Castilla con la denominación de Conde de la Conquista, para sí y sus herederos y sucesores, en atención a su notoria nobleza y servicios suyos, y de sus ascendientes, cuyas circunstancias con otras, arman sobre el fondo de un escogido juicio y tan singular conducta que con esta son ya dos ocasiones que los Sres. Presidentes le han elegido por

conveniente para Corregidor de aquella Capital.» Para formar el vínculo, remató el día 28 de octubre del propio año la hacienda denominada entonces de Rancagua y hoy de la Compañía, perteneciente a las temporalidades confiscadas a los Jesuitas, en la cantidad de noventa mil pesos.

Notable era la importancia del Conde en la Colonia: la corte lo comprendía así, y por eso cuando la Península se halló invadida por las águilas vencedoras del Emperador de los Franceses y cuando a consecuencia de estos sucesos se temió en España la emancipación de la América, se le quiso interesar en su sujeción con el grado de Brigadier, fechado en 13 de setiembre de 1809. Pero no necesitaba de estos honores para empeñarse en una causa que él creía tan justa. Su afección a la monarquía era sincera y desinteresada.

Por este tiempo una agitación nunca vista en la colonia la tenía conmovida: las noticias llegadas de España mantenían una alarma general, motivada por los amagos de invasión francesa en nuestro territorio, y despertaban una inquieta expectativa en cierto número de personas que esperaban reformas y mejoras para Chile de las circunstancias difíciles de la metrópoli. Alzábase un partido poderoso, cuyo foco era el cabildo de Santiago, que pedía un gobierno nacional por medio de la creación de una Junta. La Real Audiencia por su parte, presagiaba en tal medida la desobediencia al soberano y se creía constituida en el deber de evitarla a todo trance y conservar estos dominios a la Corona. Ella veía que el sistema riguroso y pérfido que había asumido el presidente Carrasco, mediante el que esperaba sofocar el germen de la inquietud del país, era por el contrario el motivo o el pretexto ostensible de los agitadores. Trató pues de conciliar los intereses y deseos de todos, deponiendo a este funcionario, y llamando en su lugar al Conde de la Conquista, a quien, por su graduación militar, tocaba el mando, y que por ser oriundo del país y tener en él extendidas relaciones y amistades, podía calmar la efervescencia de los ánimos. Este suceso tuvo lugar el 18 de julio de 1810.

La Real Audiencia había creído, sin duda, dominar y dirigir al Conde Toro, sin recordar que los hombres de un carácter débil jamás se dejan influir por una sola idea. Franco, sincero, generoso, afable y dócil, no podía dejar de vivir bajo ajenas sugerencias: debilitado aún más por los años él iba a ser víctima de la tempestad política que se levantaba sobre su cabeza. Al Conde Toro se le ha creído festivo, se ha dicho que era uno de esos pocos seres venidos al inundo a criticar a cada cual sus defectos, con dureza tal vez, sin que nadie tuviese derecho a incomodarse por ello. Había manifestado siempre cierta prudencia y cierto tino en sus cálculos mercantiles que le habían dado pingües ganancias, pero no eran estas cualidades las que requería la causa de la metrópoli en Chile en 1810 para su primer representante. Su misma familia sirvió de escala al cabildo para introducirse e interesarlo en sus pretensiones. Sus hijos parecían empeñados en la propia causa; le hablaban con ardor de un gobierno nacional e inclinaban al debilitado anciano a prestar su asentimiento. Él no comprendía que en la instalación de una junta gubernativa pudiese haber otros sentimientos que los de amor y adhesión al monarca, expresados por algunos en aquella idea: si él hubiera alcanzado a conocer que de ella iba a resultar la emancipación de Chile, habría creado energía para rechazarla, así como la usaron todos los que tal creyeron.

Su primer propósito fue la reunión de todos los partidos, los que reclamaban una Junta gubernativa y los que a ella se oponían, en un solo centro de acción: la fidelidad y

obediencia al monarca. Pero esta obra que demandaba un genio sobrenatural, fue el campo de discusiones acaloradas y picantes entre las personas más influyentes de la colonia, en presencia muchas de ellas del mismo Presidente que les inspiraba la franqueza necesaria. Las memorias de la época han querido dar sobre él cierto tinte de vacilación con este motivo: pintan a su familia fraccionada, también, en dos parcialidades y al Conde dando oído a ambas. De todos modos, a pesar de sus compromisos con la Real Audiencia, el 13 de setiembre se pronunció por el ayuntamiento que pedía la formación de la Suprema Junta de Gobierno, y en ello hizo un alto servicio a la causa de la Independencia.

Grandes fueron las ansiedades y penas que aquel honrado anciano tuvo que sufrir, para dar esta última resolución. Cuéntase que habiéndole reprochado uno de los oidores por haber prestado su asentimiento a esta medida, y habiendo querido inspirarle temores con la desaprobación del rey a ella, el Conde, presintiendo cercano su fin, contestó: «cuando llegue lo noticia a España ya yo habré muerto.»

El día 18 fue aplazado para la reunión de un Cabildo abierto en que debía discutirse la forma de gobierno que convenía adoptar; pero dirigidas las operaciones por ciertos hombres activos, de él resultó la creación de la primera Junta Gubernativa, en que cupo al Conde Toro el asiento de su Presidente. A ella se debe la reforma de los antiguos Subdelegados, sustituidos en sus funciones por los Alcaldes de primera elección; las bases de nuestro primer ejército, por la creación de algunos cuerpos de tropas; la convocatoria para el primer Congreso y la libertad de comercio en nuestras costas; pero la parte que en ellos tomó el Presidente, no nos ha sido transmitida por las memorias que han quedado de aquellos sucesos.

La agitación de los últimos años de su vida, la pérdida de su esposa, acaecida poco después de la instalación de la Junta de Gobierno, y una ligera indisposición, que no pudo caracterizar su médico, lo llevaron al sepulcro en la noche del 26 al 27 de febrero de 1811. Su cadáver fue sepultado en la iglesia de la Merced, donde se celebraron pomposas exequias el día 15 de marzo. Al morir, dejó a sus herederos, fuera del vínculo, una fortuna del valor entonces de 600,000 pesos en las haciendas de Huechun y Alhué, la chacra de Chuchunco y diez o doce casas en la Capital.

Su familia, pronunciada durante sus días por el nuevo gobierno, prestó luego importantes servicios a la causa de la revolución. Sus hijos D. José Joaquín y D. José Domingo, eran a la época de su muerte, Comandante del regimiento de Húsares de nueva creación el primero, y Capitán del de milicias de la Princesa el segundo. Los malogrados cuanto heroicos hermano Gamero, muertos, el uno en el sitio de Chillau, y en la defensa de Talca el otro, eran sus nietos.

DIEGO BARROS ARANA.



## D. Juan Martínez de Rozas

Pocas figuras más interesantes que la del Dr. Rozas presenta la historia de la revolución hispano-americana. Operada en su totalidad por jóvenes audaces que supieron manifestar energía en el consejo y coraje en el campo de batalla, tuvo en Chile el más firme apoyo en su primer período y el primer defensor de sus principios, en anciano que miraba con desprecio las preocupaciones y hábitos de la sociedad en que se formara, y que, apoyado en su prestigio y en su genio, supo dirigirla por algún tiempo.

Nació el Dr. don Juan Martínez de Rozas en la ciudad de Mendoza, capital de la dilatada provincia de Cuyo en 1759, esto es, diecisiete años antes que fuese adjudicada al virreinato de Buenos Aires. Eran sus padres don Juan Martínez de Soto y Rozas y doña María Prudencia Correa y Villegas, distinguidos ambos por sus relaciones de familia. Aquel, natural de un villorrio del obispado de Burgos en España, obtuvo en la ciudad de Mendoza los empleos de Maestre de campo general de milicias, oficial real, alcalde ordinario, procurador general, protector de los naturales, superintendente de obras públicas y de la población del valle de Uco. La familia de su madre, contaba entre sus ascendientes a los conquistadores Juan Villegas, Jerónimo de Alderete y Alonso de Reinoso. Niño aún, tuvo el señor Rozas que separarse de sus padres para pasar al famoso colegio de Monserrate de Córdoba a cursar filosofía y teología y del cual no salió sino en 1780 para venir a Santiago de Chile a estudiar en la universidad de San Felipe la jurisprudencia civil y canónica. En el año siguiente se le confirió el grado de bachiller en ambas facultades.

Distinguía a Rozas cierta ambición de gloria y honores que lo impulsaba a contraerse con mayor empeño al estudio: apenas había obtenido el grado de bachiller, se opuso a la cátedra, pasantía como entonces se llamaba, de filosofía del colegio real de San Carlos, y la obtuvo por unanimidad de votos. En su desempeño, que duró tres años, dictó a sus discípulos un curso completo de aquella ciencia, desechando los textos adoptados hasta entonces, y otro de física experimental, que jamás se había enseñado en Chile; pero habiendo obtenido en otra oposición la cátedra de leyes del mismo colegio, dejó aquella por esta, la cual ocupó hasta el año de 1787. Durante este mismo tiempo fue miembro y secretario de la academia de leyes y práctica forense, hizo dos oposiciones de mérito en las cátedras de decreto y prima de leyes en la real universidad de San Felipe, se recibió de abogado de la Real Audiencia en 7 de setiembre de 1784, sirvió todo el año siguiente el cargo de abogado de pobres, y en 1786 se graduó de doctor en cánones y leyes, después de las rigurosas pruebas que se exigían para conceder esta condecoración.

Pero Rozas no había descuidado el estudio del derecho público que en su juicio valía más que la teología y los cánones: a fuerza de contracción consiguió traducir regularmente el francés y leer en este idioma, desconocido en la colonia, las nuevas teorías de Rousseau y Montesquieu. Dotado de una gran penetración, él había podido prever las consecuencias de ciertos hechos, y captarse la admiración de cuantos lo conocían. Con tales antecedentes,

Rozas atrajo sobre sí las miradas del capitán general, don Ambrosio de Benavides, quien halló bien pronto una favorable ocasión de ocuparlo con lucimiento y provecho. Por real cédula de San Ildefonso, de 5 de agosto de 1783, se mandaba formar una intendencia de cada obispado americano y suprimir el cargo de corregidor, cuyas atribuciones debían dividirse entre el intendente y un asesor letrado. Para el de Concepción de Chile, nombró al comandante general de frontera don Ambrosio O'Higgins, y el Dr. Rozas lo acompañó como su asesor, cuando más que nunca se necesitaba de genio para la adopción de medidas militares y arreglo de la guarnición fronteriza.

En medio de las armas Rozas tomó afición por ellas. Durante el desempeño de su cargo, prestó en repetidas ocasiones servicios militares visitando y arreglando los fuertes de la frontera, delineó la villa de San Ambrosio de Linares, y mejoró el aseo de la ciudad de Concepción.

Estos servicios fueron premiados con el nombramiento de teniente coronel comandante del escuadrón de caballería de milicias regladas de Concepción, en 7 de abril de 1788, atendidos su valor y experiencia militar, según dice su despacho, y para llenar la vacante que dejaba don Agustín de Caravajal, caballero de la orden de Santiago, que pasaba a otro destino.

Llamado, pocos días después, a desempeñar el cargo de presidente, O'Higgins, elevado ya a teniente general, dejó el mando de la intendencia de Concepción en manos del brigadier don Francisco de Mata Linares. Rozas después de haberlo ocupado interinamente por algunos meses, quedó con él hasta el año de 1790, en que llegó a Chile, nombrado capitán general, don Gabriel de Abiles, quien lo llamó a su lado, ofreciéndole el cargo de asesor interino. No trepidó Rozas en admitir este puesto: su hermano mayor, el Dr. don Ramón, que lo había desempeñado durante la presidencia de O'Higgins, entonces virrey del Perú, marchaba con el último a Lima, y esto le hizo esperar prontos y rápidos ascensos.

Pero no sucedió así: la corte desatendiendo los honoríficos informes presentados sobre Rozas por el obispo de Concepción, su intendente y la Real Audiencia, le contentó con ratificar su nombramiento de asesor de la intendencia, y dio la propiedad de aquel destino a don Pedro Díaz Valdez. Rozas tuvo entonces que volverse a Concepción, donde había contraído matrimonio con la señora doña María de las Nieves Urrutia y Mendiburu, hija de uno de los vecinos más acaudalados de aquella provincia, y donde poseía la rica estancia de San Javier. Según los informes presentados al rey por algunos religiosos durante la ocupación del país por el ejército realista en 1814, Rozas predicaba entonces las doctrinas de que más tarde se hizo corifeo. «Es notorio, decía en el suyo el padre Ramón, que para la seducción, perdición y ruina de la ciudad de Concepción, contribuyó mucho la doctrina impía del Dr. Rozas a una partida de jóvenes de distinción de dicha ciudad, que se juntaba en su casa con el objeto de instruirse y esparcir aquella semilla entre sus amigos y compañeros.» Entre estos jóvenes figuraba don Bernardo O'Higgins, teniente coronel entonces de las milicias de la Laja, y el primer campeón más tarde de la emancipación. Por una memoria manuscrita, atribuida a él, que tenemos a la vista, consta que desde diez años antes de la instalación de la primera Junta gubernativa, ya ambos pensaban en reformas importantes y hablaban de desobediencia a la metrópoli.

Rozas sin embargo, servía a los intereses militares de la colonia como consejero de los intendentes de Concepción: cuando la muerte del presidente Muñoz de Guzmán fue a despertar las ambiciones del brigadier don Francisco García Carrasco, Rozas acompañaba al coronel intendente don Luis de Álava en el reconocimiento de las aguas termales de Yumbel que se acababan de descubrir. A esta época había obtenido un pasaporte para pasar a Europa; pero a solicitud de Carrasco, que lo llamaba con instancias, desistió de su viaje.

Rozas y Carrasco llegaron a Santiago en 22 de abril de 1808, donde los esperaba una fría recepción, a consecuencia de los debates que mediaron entre el segundo y la Real Audiencia, sobre competencias para tomar el mando; mas el primero no pudo dejar de percibir en esta carencia de entusiasmo algo más allá de lo que alcanzaba el tribunal: Carrasco no arrastraba simpatías de ninguna especie, y él conoció que la ojeriza con que se miraba a la persona, podía convertirse contra el alto destino que desempeñaba.

Por consejo de Rozas, Carrasco consintió en la agregación de doce regidores auxiliares del cabildo de Santiago para el más pronto y expedito despacho, y llamados en su número algunos de los hombres más notables por sus ideas avanzadas, aquella corporación comenzó a tomar el carácter novador que produjo más tarde la creación de un gobierno nacional. Mas no contento con esto, Rozas hizo algunos cambios en el personal de los empleados y comprometió al capitán general con el cuerpo universitario, queriendo sostener contra sus estatutos al rector que cesaba. La compañía de armadores terrestres para atacar los buques extranjeros que se acercasen a nuestras costas a contrabandear, con el pretexto de dar cumplimiento a una ley de Indias, fue organizada en el palacio, con el consentimiento de Rozas y con la aprobación de Carrasco, y el pérfido apresamiento del Escorpión, trajo sobre ambos el descrédito. Solo las noticias llegadas de la metrópoli de la renuncia de Carlos IV y de la caída del favorito Godoy, pudieron acallar la indignación que el tal suceso produjo.

Después de estas ocurrencias, volvióse Rozas a la provincia de Concepción; pero, comprometido en la revolución, él volvió a trabajar con mayor franqueza. Sus propósitos se dirigieron a captarse la voluntad de la tropa fronteriza. Desde allí sostuvo una activa correspondencia epistolar con el general Belgrano y otros eminentes patriotas de Buenos Aires, mientras sus amigos de la capital acumulaban los elementos que operaron el cambio gubernativo.

Los primeros golpes del sistemado rigor de Carrasco recayeron sobre dos neófitos a quienes ambos habían catequizado en el Sur; eran estos el padre fray Rosauro Acuña, amigo íntimo de O'Higgins, y el coronel de milicias don Pedro Ramón Arriagada, hijo de un dependiente administrador del suegro del Dr. Rozas, a quienes se arrestó por haber hablado en Chillan de la necesidad de un gobierno nacional. Nuevas prisiones en Santiago, trajeron sobre Carrasco el desprestigio y este dio por fruto su deposición, y más tarde la Junta gubernativa, instalada en 18 de setiembre de 1810.

En ella cupo a Rozas, por elección unánime, puesto de vocal; pero antes de salir de Concepción para venir a ocuparlo, quiso dejar reconocido el nuevo gobierno. Esto fue causa que no llegara hasta el primero de noviembre a la capital; pero informada la Junta de su arribo, se le mandaron al Conventillo, donde se había detenido, veinticinco dragones

para que al siguiente día hiciera su entrada. Fue ésta un verdadero triunfo para Rozas; jamás se había usado de igual pompa para celebración alguna en la vida colonial. Sus antiguos discípulos de teología, quienes por su saber lo llamaban San Agustín, se habían empeñado en convocar gentío, y la Junta gubernativa, por su parte, había ordenado la asistencia de todas las corporaciones y tropas. Acompañado de sus concolegas en el gobierno, Real Audiencia, cabildo y tribunales especiales, Rozas pasó por entre dos filas de soldados, al son de músicas militares, en medio de las salvas de artillería, repique de campanas y vítores universales, a prestar el juramento de costumbre, que se celebró con iluminación y fuegos artificiales en la noche.

Nada mejor que esta muestra de distinción, daba a entender el aprecio que se hacía de los importantes servicios de Rozas. Era él, en realidad, el brazo más firme que contaba nuestra revolución en su cuna, la inteligencia más elevada y el hombre que arrastraba mayor prestigio de cuantos habían abrazado su causa. Rozas venía ahora a dirigirla, luchando con los partidarios del viejo régimen, numerosos e influyentes, que trabajaban por una reacción, y con los más tímidos de los novadores que no se atrevían a romper de golpe con el coloniaje: era la empresa de un triunfo completo pero aventurado para los unos, el terror para los otros.

Preparábanse ya, en aquellos días, las levas de soldados para los cuerpos de tropa que se pensaba formar. Rozas obró esta vez con la energía de costumbre: colocó en los puestos más distinguidos a los que creía más pronunciados por la revolución, desechando las propuestas de algunos miembros del cabildo y de la Junta, e hiriendo las susceptibilidades de familias enteras. Más tarde, la adopción de ciertas medidas de hacienda, contra el parecer del cabildo, vino a hacer más notoria la división: de allí se originaron los dos partidos políticos, cuyas desavenencias se llevaron al congreso y dieron por fruto los movimientos de 1811 y 1812.

Rozas no pareció afligirse por esto, sin embargo de que los pasquines que se esparcían en Santiago, lo acusaban de abrirla ambición de coronarse, y de ver rechazada, de vez en cuando, algunas de sus mociones en la Junta, y siempre en el cabildo. Animado por ideas más elevadas, él pedía a la Junta de Buenos Aires una imprenta para fomentar la ilustración en Chile y dar más publicidad a los periódicos que hacía circular manuscritos, reclamando con toda su energía la libertad de comercio.

La muerte del Conde de la Conquista, presidente de la Junta de gobierno, acaecida en febrero de 1811, dio a Rozas la suma de poderes que se hallaba en manos de aquel. Entonces, contando con el voto de los vocales Rosales y Márquez de la Plata, y desechando la viva oposición del cabildo y el desagrado general que motivaron sus determinaciones, ofreció y envió a la Junta de Buenos Aires, un refuerzo de 400 auxiliares chilenos, para ayudarla en sus escaseces de tropas, con motivo de la guerra del Alto Perú.

El día primero de abril era el fijado para la elección de diputados por Santiago para el congreso que debía instalarse el 15 del mismo mes. La reunión electoral tenía lugar en la plazuela del Consulado: la mayor calma había reinado en ella hasta el momento en que la compañía de dragones de Penco, encargada de velar por el orden, desobedeció a su capitán

y se volvió al cuartel de San Pablo, donde estaban además, una compañía de dragones de Chile y el regimiento de húsares.

Allí llegó en breve el comandante don Tomás Figueroa que poniéndose a la cabeza de toda la fuerza, marchó a la plaza, tendió su línea en el costado norte de ella y entró a la sala de la Real Audiencia.

Suceso tan inesperado esparció repentinamente la consternación en la ciudad entera: la Junta, reunida en casa del vocal Márquez de la Plata, no hallaba qué resolver, y sin la serenidad de ánimo del Dr. Rozas, quizá habría transado con el motín. Ordenó Rozas que el sargento mayor de asamblea, don Juan de Dios Vial que hacía las veces de comandante general de armas, tomase el regimiento de granaderos de infantería, y 6 piezas de artillería para imponer a Figueroa, dudando siempre que llegase el caso de disparar sus armas: Vial pudo, gracias a su actividad, formar su línea en el costado de enfrente, antes que el jefe de la sublevación bajara de la sala de la audiencia para tomar el marido de la suya. Descubierto éste en sus planes, avanzó con sus fuerzas y mandó a sus soldados hacer fuego sobre la línea que tenían al frente, orden que casi instantáneamente dio Vial a los suyos. Una sola descarga de cada lado bastó para la completa dispersión de ambas divisiones, después de dejar por tierra cincuenta y cuatro hombres; y, sin el arrojado de algunos oficiales de granaderos que quisieron perseguir a sus enemigos, el resultado del choque se habría considerado absolutamente indeciso.

Al ruido de las descargas, Rozas tomó el primer caballo que vio y, con una actividad de que no se hubiera creído capaz a un hombre de sus años, sacó de su cuartel la compañía veterana de dragones de la reina, reunió una buena partida de granaderos al mando del valiente Bueras y colocó en el centro de la plaza los seis cañones que poco antes se llevaran allá. Seguido y victoreado por una multitud de gente, subió a la sala de la audiencia e improperó a sus miembros como a los autores de aquella asonada militar, y siguió en breve al convento de Santo Domingo, donde, según se le informaba, se hallaba el comandante Figueroa. Allí su actividad se estrelló contra las precauciones del fugitivo: el jefe del motín se habría sustraído a sus pesquisas, sin la codicia de un muchacho que, halagado por las promesas de Rozas, se ofreció a llevarlo a un huertecito donde se encontraba agazapado: Figueroa fue aprehendido, y el muchacho recompensado con una rica hebilla de oro que Rozas arrancó de sus vestidos. Conducido a la prisión y comenzado el juicio, Rozas redactó la sentencia de muerte que presentó a los demás vocales de la Junta, quienes la firmaron con alguna repugnancia. El siguiente día, 2 de abril, a las cuatro de la mañana, Figueroa fue fusilado en su calabozo.

Con esta victoria, la revolución se halló comprometida del modo más serio: Rozas creía que ya no era posible sesgar en tales circunstancias, que más despejado el horizonte con los sucesos del primero de abril, era ya fácil trazar la marcha de la política. Él se había puesto en aquellos días al frente de las patrullas y se había conducido con una actividad increíble: había despachado tropas y reducido a la obediencia a los dragones que, huyendo de la plaza, tomaron el camino de Valparaíso; pero faltábale proceder a castigar a los que creía autores de la asonada, y en consecuencia, apresó en el mismo día al ex-presidente Carrasco, que se había retirado de la vida pública, y poco más tarde vejó a algunos miembros de la

Real Audiencia, los obligó a pedir su retiro; y por último, dio el golpe mortal al tribunal, obligando a los restantes a separarse de la capital.

Las elecciones interrumpidas en Santiago por el motín militar, se habían hecho tranquilamente en las provincias. La mayor parte de los diputados electos, se encontraba en la capital a mediados de abril: entre ellos se distinguían muchos amigos de Rozas, que se preparaban a sostenerlo en las discusiones del congreso: su deudo don José María don Bernardo O'Higgins, don Manuel Salas, el canónigo Fretes, don Manuel Antonio Recabarren y los coroneles de milicia, Cruz y Calderón, eran de este número.

Estos venían en su apoyo cuando más que nunca necesitaba de auxilios: el partido del cabildo, que encabezaba don José Miguel Infante, don Gabriel Tocornal y don José Agustín Eyzaguirre, y que apoyaban en las discusiones de la Junta los vocales Carrera y Reyna, lo combatía por cuantos medios estaban a sus alcances; y ya estos comenzaban a estorbar a Rozas en sus manejos. Ellos veían con pesar, que la dirección de la política estuviese confiada a un hombre a quien la concesión de la provincia de Mendoza al virreinato de Buenos Aires hacia argentino, que se rodeaba, también, de argentinos, como Vera, Álvarez, Jonte y Fretes; que miraba con desprecio las preocupaciones religiosas y que dirigía los negocios públicos con una audacia que solo su ambición podía aconsejarle. Ellos querían abatirlo, mientras Rozas, preocupado con la idea de sostenerse en el rango a que se elevara, desatendía los intereses de la revolución por cuidar de los de su partido. Esto le hizo recomendar al representante por Valparaíso, don Agustín Vial, que reclamase de la Junta la incorporación en sus discusiones de todos los diputados ya elegidos. Debía alegar que los pueblos así lo querían, por ser ellos sus verdaderos representantes y no un gobierno formado en Santiago, y cuyos miembros fueron elegidos por su solo vecindario, y citar en su apoyo el ejemplo de Buenos Aires, donde se acababa de hacer otro tanto. Ésta se creyó una razón poderosa: el partido radical, que dirigía Rozas, en conexión inmediata con la revolución argentina, se había empeñado en imitarla, en todos sus pasos, y muy particularmente en aquellos de que sacaba algún provecho. Inútil fue, pues, que el cabildo se opusiera: la moción de Vial fue aprobada, y los miembros electos del congreso se incorporaron a la junta a mediados de mayo.

Rozas fue, entonces, el jefe único y absoluto de la política: perspicaz refinado, pensador profundo, proyectista sistemático, revolucionario emprendedor, él había conseguido hacerse superior a la revolución y dirigirla con energía y firmeza. Con un dominio absoluto sobre sus pasiones, Rozas sabía amoldar su carácter a las circunstancias difíciles, sin perder nada de su tenacidad. Audaz para concebir, valiente en la ejecución, había podido captarse el apoyo de una gran parte de la sociedad y encabezar un partido influente y numeroso. Sus escritos, es verdad, contribuían poderosamente a ello: él suplía la falta de imprenta con las copias manuscritas de sus opiniones en política. A los dos primeros días de instalada la suprema Junta de gobierno, había hecho circular el *Despertador Americano*, periódico destinado a la difusión de las nuevas ideas, y poco después el *Catecismo político*, especie de curso elemental de derecho público. «Los desgraciados americanos», decía en él, «han sido tratados como esclavos, la opresión en que han vivido, la tiranía y despotismo de sus gobernadores, han borrado o han sofocado hasta las semillas del heroísmo y libertad en sus corazones»; y agregaba principios liberales absolutamente nuevos en la colonia. En un lenguaje sencillo a la vez que lógico y enérgico, con un exquisito tino para adoptar a las

circunstancias sus razonamientos, Rozas había conseguido que los perezosos e indolentes criollos se interesasen en los rudimentos de la ciencia social. Él había puesto algo de utópico en su sistema, más que por convicción, porque se había creído que para llamar la atención y atraerse a las masas se necesitaba mezclar la ficción a la verdad. Ideaba una especie de confederación de las provincias hispanoamericanas, ligándolas por medio de un congreso general de todas ellas, que hiciese respetables sus resoluciones y que pudiese imponer a las naciones poderosas del Viejo Mundo. Esta idea gigantesca e irrealizable, que ocupó después a Bolívar, tuvo su origen en Chile, en 1810 y fue el Dr. Rozas su primer iniciador.

Su genio lo había elevado, pero su elevación llegó a irritar más aún los ánimos predisuestos de sus enemigos. Estos no dormían mientras él se ostentaba vencedor: quisieron activar la elección de diputados por Santiago, y se prepararon a trabajar con ahínco por el triunfo de los doce candidatos que pensaban proponer: si lo obtenían, la mayoría del congreso era suya y la caída de Rozas parecía inevitable. Esto fue lo que sucedió: sobornado el batallón de Pardos, con cuyos sufragios contaba aquél, por los partidarios del cabildo, sus candidatos obtuvieron solo 105 votos contra la gruesa mayoría que dio el triunfo a sus enemigos.

Pocas esperanzas debieron quedar a Rozas después de esta desgracia. Entre los diputados elegidos, había algunos desafectos al nuevo régimen, quienes en vista de los dos bandos en que iba a dividirse el congreso, debían plegarse al más moderado, al del cabildo, haciendo más poderosa la coalición contra él. En tales circunstancias, recurrió a acusar de ilegal la elección de Santiago, por haber introducido en el congreso doce diputados, sin más que un simple acuerdo de su ayuntamiento, en vez de los seis que le concedía el reglamento electoral; pero su reclamo fue desechado, a pesar de las notas que el cabildo de Concepción presentaba en su apoyo.

Reunidos en Santiago los diputados de todos los pueblos, se aplazó la solemne apertura del congreso para el día 4 de julio. Con ella la revolución debía cambiar de formas y hasta de sistema: era una numerosa corporación compuesta de elementos heterogéneos, siempre en pugna, apoyada en la ignorancia de todo régimen gubernativo, la que tomaba a su cargo la dirección de la política. Rozas veía con disgusto que la revolución perdería indudablemente el carácter de unidad que había sabido imprimirle, y no podía resignarse a dejar en manos del enemigo, a quien abusaba de flojo y tardío, la parte que en ella le tocaba. Disuelta la suprema Junta por la instalación del congreso, él, como su presidente, quiso dejar el mando, justificando las causas del primer cambio gubernativo y de la marcha revolucionaria, e indicando a la corporación que la subrogaba el sendero que debía seguir. «A una voz», decía en su discurso, «todos los vivientes de Chile protestan que no obedecerán sino a Fernando»: pero, «tratemos a nuestros amigos, añadía más adelante, sin olvidar que podemos tener la desgracia de perder su amistad... Sabemos que al mismo tiempo que los españoles buenos vierten mares de sangre para restituir a su rey al solio, se preparan para representarle a su vuelta que evite la repetición de los horrores en que ha sumergido a la nación el abuso del poder. Para esto fueron citados los americanos de un modo vario, incierto, frío y parcial; no han podido concurrir, no han creído que se hiciera allá la reunión, y sí que están en el caso de realizarla aquí, a presencia de los objetos, y de cumplir franca y libremente el deber de los ministros y consejeros que pagan los reyes para

que les digan verdades que tienen interés en callar... No os retraiga la magnitud de la obra en que se emplearon tantos ingenios privilegiados. La misma sublimidad de sus talentos, su propia perspicacia les presentó escollos que todos no divisan. Los más fuertes atletas de la sabiduría, deben ceder el paso a los que dictaron reglas sencillas que afianzaron el orden de que carecen las naciones más cultas... Aspirad a que las naciones os citen más bien como honrados que como sabios.»

Este discurso, una de las piezas más notables de la revolución hispanoamericana, descifra perfectamente las verdaderas tendencias de los movimientos que tuvieron lugar en Chile en 1810. El haberlo pronunciado fue el último servicio que aquél prestara a la causa en que se empeñaba. Él veía la autoridad ejecutiva en un congreso compuesto de muchos miembros faltos de unión y energía, dirigidos por un presidente electivo con poder limitado, y llegó a persuadirse que una asonada le daría el fruto que pensaba obtener.

Varios planes concibió para volver otra vez a tomar el mando, y todos fracasaron igualmente. Las asonadas del día 27 de julio y 9 de agosto infructuosas y desgraciadas, le hicieron pensar que había otro campo que cultivar con mejor provecho; y sus miradas se volvieron hacia Concepción. La sola presencia de Rozas en Concepción importaba el pronunciamiento de aquella provincia contra el gobierno de Santiago, predispuestos los ánimos de antemano, poco tuvo que trabajar para obtener de sus vecinos una solicitud dirigida al intendente coronel don Pedro José Benavente, para la reunión de un cabildo abierto, a fin de discutir los remedios contra una situación que Rozas se empeñaba en pintar difícil. Esta fue contestada con el aplazamiento del día 5 de setiembre para su celebración. La discusión rodó sobre la necesidad de la instalación de una junta provincial, para mejor convenir en las medidas que se creía necesario adoptar; y se procedió a la elección de las personas que debían componer el gobierno, resultando de ella nombrado presidente el mismo Benavente y el Dr. Rozas uno de sus vocales.

Una vez instalada la junta provincial notificó al congreso las causas que habían hecho necesaria su creación y los propósitos que tenía en vista. Rozas, por su parte, comunicó a sus partidarios el golpe que acababa de dar al congreso y a sus enemigos; pero en Santiago se había efectuado también un movimiento contra aquella corporación, que dio por resultado un cambio gubernativo. Los radicales se habían atraído a sus filas al joven don José Miguel Carrera, llegado de España en el navío Standart, y con su cooperación operaron en la capital, el día 4 de setiembre, un movimiento revolucionario. El directorio ejecutivo fue disuelto, arrancados del congreso seis de sus miembros más influyentes y colocado en él al presbítero Larrain, uno de los más exaltados radicales. El gobierno, cambiando de personal, cambió también de principios: desde la apertura del congreso, el partido caído a que pertenecía Rozas, se encontró ya en el gobierno; pero fraccionado en dos juntas, la de Santiago y la de Concepción.

Sin embargo, este estado de cosas no podía durar largo tiempo: Carrera, el verdadero autor del cambio gubernativo de la capital, había podido descubrir su importancia. El poco aprecio que los radicales hicieron de sus servicios después de la victoria, vino a enfriar su ánimo, por de pronto, y a encenderlo más tarde contra ellos. Creyose burlado por los mismos a quienes elevara, y quiso rebajarlos y elevarse él: esta fue la causa de la revolución de 15 de noviembre, en que, apoyado también en la fuerza armada, disolvió la



Junta de gobierno, y creó otra nueva compuesta del Dr. Rozas, don Gaspar Marín y el mismo Carrera: durante la ausencia del primero, debía desempeñar el cargo el coronel don Bernardo O'Higgins.

Dos hombres igualmente ambiciosos habían tomado la dirección de la revolución y estaban a punto de romper entre sí.

En tales circunstancias vio Rozas amenazada la existencia de su partido, y se atrevió a ofrecer al congreso el auxilio de la fuerza armada de Concepción para desbaratar al nuevo gobierno. La nota en que tales ofertas le hacía llegó a Santiago, bajo el epígrafe de reservada, el 3 de diciembre; pero el día anterior Carrera, con el apoyo de las milicias de la capital, había cerrado aquella corporación y asumido en la Junta gubernativa el mando supremo.

La actitud amenazadora de Rozas, vino a turbar la tranquilidad que Carrera pensaba disfrutar una vez desembarazado del congreso. En tales circunstancias, creyó que con el envío de un plenipotenciario cerca de la junta provincial podría avenirse y cortar un choque que debía ser a mano armada. O'Higgins, su colega en el gobierno, pedía con empeño su retiro y en él recayó la elección para tan delicado encargo, atendiendo el influjo que ejercía en el ánimo del Dr. Rozas.

La penetración de éste, le hizo creer que la cuestión iba a ser armada; y en tal persuasión recurrió a aprestos militares: las antiguas rivalidades de la provincia de la Concepción con la de Santiago engrosaban sus filas, poderosas de antemano con las tropas veteranas y las milicias regladas del cantón. Sabedor del arribo de O'Higgins nombró también su plenipotenciario para que se entendiera con él: entre ambos forman en Concepción los tratados de 12 de enero de 1812 que ratifica al siguiente día la junta provincial. Por ellos quedaba ésta vigente, se determinaba el pronto restablecimiento del congreso, y se fijaban las bases liberales de una constitución que asegurase a Chile cierta independencia de la Corona y formas gubernativas que propendiesen a su adelanto y civilización.

Poco debió agradar tal tratado a Carrera: en vista de su contenido se negó a firmarlo, y comenzó con mayor empeño el acuartelamiento de tropas en Talca, a que había dado principio a los primeros amagos de peligro. Ellas acordonaban la ribera norte del río Maule, línea divisoria de ambos ejércitos, al mando de su padre el Brigadier don Ignacio de la Carrera, hasta mediados de abril, época en que él mismo dejó la capital para hacerse cargo de las operaciones militares.

A su arribo a Talca, vino a palpar de cerca la importancia del peligro que lo amenazaba. Rozas, nombrado Brigadier, había tomado el mando del ejército de Concepción, compuesto de las tropas y milicias fronterizas. Las relaciones entre las provincias centrales y las del sur, se hallaban perfectamente interrumpidas: rivalidades de los pueblos convertidos en odios profundos, se irritaban más y más con la división y los aprestos militares. La cuestión no podía dar otro resultado, según el sentir general, que la derrota y ruina de Rozas o de Carrera.

Pero uno y otro se temían en aquellas circunstancias, y recurrieron a comunicaciones para obtener un avenimiento pacífico. Rozas, más audaz en esta ocasión que Carrera, cruzó repetidas veces el Maule, se internó en el campamento de su enemigo, mientras éste, temeroso de caer en un lazo, se negaba a celebrar una entrevista con la junta de Concepción en la villa de Linares. Defendiendo ambos sus opiniones con igual tenacidad no era fácil que arribaran a un resultado definitivo: los dos argumentaban con la misma energía, y los dos en nombre del patriotismo más puro y sincero, según se expresaban en sus notas. Sin embargo, este fue el que los obligó a unirse: «los enemigos de nuestro sistema gubernativo, decía en uno de ellos Carrera a Rozas, acechan nuestra división», y el temor de que estos se sobrepusieran lo obligó por fin a cruzar nuevamente el Maule y tener con aquél una larga conferencia en Fuerte Destruído, cerca del paso del Duhao. De ella resultó una transacción por la cual se reconocían en parte los tratados de 12 de enero, se devolvían las tropas a sus cuarteles y se dejaba para después lo que aun quedaba por arreglarse.

Tal resultado no agradaba a ambos; las intrigas comenzaron de nuevo.

Rozas fue la víctima de aquellas intrigas: una revolución, puramente militar, efectuada en Concepción en la noche del 8 de julio, a instigaciones de un emisario de Carrera, disolvió la junta gubernativa: sus miembros, con excepción del presidente, fueron desterrados a diversos pueblos del país. Solo a Rozas se retuvo en Concepción: desde allí él comunicó a su enemigo los fundados temores que abrigaba de que los partidarios del viejo régimen, o godos, como entonces se les llamaba, se aprovecharan de sus desavenencias domésticas para obrar contra la revolución que ya se encontraba tan avanzada.

Pero nada de esto le sirvió: remitiósele a Santiago con la sola custodia de un oficial veterano; mas, al entrar en la ciudad, fue detenido por una orden de Carrera que le mandaba pasar a la hacienda de San Vicente, propiedad de uno de sus deudos, temeroso de que ocurriese alguna excitación al presentarse Rozas en la capital. Visitado allí por sus antiguos partidarios, los recelos de una conspiración volvieron a encenderse en el pecho de Carrera: por ese motivo le dio su pasaporte para Mendoza con fecha de 10 de octubre de 1812, intimándole usase de él prontamente.

Con esta última desgracia, Rozas vio que ya no le era posible sobreponerse a su ruina. Gastado su influjo en Chile, él miró con indiferencia y hasta con desprecio los honores que se le tributaban en Mendoza. Allí se le nombró en 16 de enero de 1813, presidente de la sociedad patriótica y literaria que se acababa de formar; pero Rozas estaba resuelto a pasar fuera de la vida pública sus últimos días.

Tocaron estos a su término en el mes de febrero, después de una ligera indisposición que le dio tiempo para prepararse espiritualmente y para dictar el más modesto de los epitafios: Hic jacet Joanes de Rozas, pulvis et cinis, era su único contenido. Sus restos mortales fueron sepultados en las gradas de la iglesia matriz de Mendoza.

DIEGO BARROS ARANA

### III

Camilo Enríquez

El primero de abril de 1811 fue para los habitantes de Santiago un día memorable, que los contemporáneos colocaron entre los aniversarios de los grandes terremotos que habían afligido el país, y de las más espantosas calamidades de que se conservaba tradición. Desde la época del fundador Pedro Valdivia, la paz y la quietud habían reinado en la ciudad. Siglos los separaban de los combates que aquel conquistador tuvo que empeñar con los indígenas, al zanjar los cimientos de la que destinaba a ser la capital de sus colonias. Después, los vecinos de Santiago no habían visto soldados, sino en las paradas militares, ni oído el estampido del cañón, sino muy de tarde en tarde, cuando se anunciaba la muerte o la coronación de un monarca de Castilla. La guerra no les era conocida más que por noticias; pero nunca habían experimentado las ansiedades que causan las peripecias de una batalla trabada a corta distancia. Mas ese día, después de tantos años, los cañonazos y las descargas de fusilería habían resonado, no en las inmediaciones, sino en el centro mismo de la ciudad, en la plaza principal; y aquellos tiros no habían sido simples salvas de ordenanza, disparadas con pólvora, meramente para hacer ruido, sino muy serias y mortíferas. Los godos después de haber debatido con los patriotas a pura pérdida en cabildos abiertos la cuestión que los traía divididos desde algunos meses, habían tratado de ganarla a fuerza de balazos; y el coronel don Tomás Figueroa, insurreccionándose con una parte de la guarnición, había intentado ahogar la revolución en su cuna. Mas con el favor de Dios los insurgentes habían desbaratado sus proyectos, e impedido que los conatos de independencia fuesen aniquilados en germen. La crisis sólo había sido de horas, si contamos desde que los sublevados dieron los primeros indicios de motín; de minutos, si únicamente atendemos a la duración de la pelea. Pero lo inusitado del suceso, la gravedad de los intereses que se habían jugado en este arriesgón de fortuna, la zozobra de las consecuencias trascendentales que podía arrastrar consigo, prolongaron por mucho tiempo el sacudimiento y la agitación que había producido. En todo ese día primero de abril particularmente, la mitad de la población que se consideraba vencedora, no alcanzó a recobrase del susto; y la mitad que se consideraba vencida, estuvo desasosegada por la fiebre de la desesperación y del temor.

Si, cuando los ánimos están acalorados por una fuerte excitación, como era la que entonces dominaba a los santiaguinos, las circunstancias más pequeñas llaman la atención, los hechos notables por cualquier respecto despiertan una curiosidad profunda y aparecen con proporciones más abultadas de las que se les habría concedido en cualquiera otra ocasión. Apuntamos esta observación vulgarísima, para que el lector, recordando que el clero casi en masa con su prelado al frente se oponía a las innovaciones, se imagine el asombro que causaría ver aquella vez a un eclesiástico a la cabeza de una de las patrullas

que, después de terminada la función, recorrían las calles para evitar una segunda intentona. Era un hombre de cara pálida, de exterior grave, flaco de cuerpo, de talle poco airoso, más bien bajo que alto; el sayal que le envolvía no pertenecía a ninguna de las órdenes religiosas establecidas en Chile; componíase de una sotana negra, que decoraba sobre el pecho una cruz roja. La novedad misma de su traje contribuía a fijar sobre él la curiosidad de la multitud. Todos se lo señalaban, y se decían su nombre al pasar. Llamábase Camilo Henríquez. Aunque nacido en Valdivia, se había educado en el Perú, y había profesado en una de las comunidades de aquel país, que se denominaba los Padres de la Buena Muerte y cuyo deber era auxiliar a los moribundos. Estaba recién llegado, y se conversaba mucho de su persona en toda la ciudad. Era tenido por hombre muy leído y que sabía escribir. Había abrazado con calor la causa de la revolución, y se había ligado con aquellos personajes que se singularizaban por sus opiniones exaltadas. Como se ve, había más que suficiente motivo para que su actitud en aquel día memorable no pasara desapercibida. Sin embargo, se equivocaría grandemente quien juzgando a Henríquez por el aparato guerrero de que apareció rodeado en su primera exhibición pública, le tomase por un hombre de acción. La continuación de nuestro relato probará que era todo, menos eso. Audaz por el pensamiento, atrevido en sus concepciones, valiente con la pluma en la mano, no había recibido en patrimonio de la naturaleza esa energía de voluntad, esa fuerza de carácter que hace sostener una convicción no solo con la palabra, sino también con las armas. Era un pensador a quien no le asustaba la lógica de las consecuencias; pero no un soldado que despreciase las balas.

Nadie puede poner en duda que el proyecto de separarse de la Metrópoli habría causado pesadillas, si se le hubiera propuesto, a la mayoría de los próceres del año diez, los cuales se habrían contentado muy bien con ciertas garantías constitucionales, con ciertas reformas municipales; que eran contados los que lo ocultaban en el fondo del alma; y que solo los muy arrojados osaban repetírselo al oído. Pues bien, esa idea que nadie emitía sino entre cuatro paredes con grandes precauciones, Camilo Henríquez la expresó el primero por escrito, a la faz del pueblo y sin ambages; él, primero, se atrevió a preguntar no a sus amigos de confianza, sino a toda la nación qué fecha tenía, y qué firmas autorizaban el pacto que sujetaba a Chile a ser una colonia de la España; él, primero, se atrevió a sostener que la dominación española, lejos de apoyarse en algún derecho, pugnaba contra las leyes de la naturaleza, que había colocado entre nosotros y ese rincón de la Europa la inmensidad del océano. Todas estas aseveraciones están terminante y largamente desarrolladas en una proclama manuscrita, que hizo circular, cuando se trataba de elegir diputados para el congreso de 1811 y que el historiador realista Martínez, tuvo la buena inspiración de copiar en su obra para que no se pudieran hacer objeciones contra su autenticidad.

Si se quiere comprender toda la valentía de semejante opinión, es preciso trasladarse con la fantasía a una época demasiado remota ya, no tanto por los años que han trascurrido, como por las preocupaciones que los progresos de la razón han extirpado. Entonces, para el mayor número, negar la soberanía de la España, era punto menos que negar uno de los misterios de fe. Tal proposición en la boca de un lego, se miraba como un avance asaz vituperable, en la de un sacerdote como una blasfemia horrible. Sin embargo Camilo no se dejó intimidar por el respeto supersticioso con que sus compatriotas veneraban a un monarca que con solo su nombre los gobernaba desde otro hemisferio. Creyó que el mejor medio de probarles que el ídolo se apoyaba sobre un pedestal de cartón, era atacarlo de

frente; y sin duda consiguió su objeto, porque cuando una de esas falsas divinidades es desconocida y no encuentra en el acto un rayo para fulminar al temerario que la insulta, desde ese momento su prestigio comienza a evaporarse.

Lo que había expresado por escrito en una proclama, lo dijo poco después de viva voz desde el púlpito, aunque con más prudencia y disimulo, el 4 de julio de 1811, cuando los diputados del primer congreso pasaron a la iglesia Catedral a implorar la asistencia del cielo, antes de ir a ocupar sus asientos en la sala de sesiones. En ese sermón procuró demostrar con citas y pasajes de la Biblia la misma doctrina que antes había defendido con los argumentos del sentido común; y sostuvo, con grande escándalo de muchos y aprovechamiento de algunos, que los pueblos poseían ciertos derechos que no podían enajenar por ningún convenio, y a los cuales nunca alcanzaba la prescripción.

Estos estrenos arrojados probaron a todo el mundo que el recién venido no era un hombre adocenado, y le conquistaron una posición notable. Aborrecido de muerte por los godos, para quienes era un apóstata, estimado por los insurgentes que le acataban como un publicista eminente, su nombre no era oído en parte alguna con indiferencia. El caudal de su ciencia le permitió hombrarse con los magnates más encopetados por su riqueza o su familia; y a los pocos meses el pobre fraile era uno de los más influentes en los destinos de Chile.

El 13 de febrero de 1812 es otra de las fechas que ocupan un lugar prominente en las efemérides nacionales, y Camilo Henríquez es el protagonista del suceso que a ella se refiere. En ese día viose a la gente correr de calle en calle y de casa en casa, y leerse mutuamente, en alta voz, un periódico que llevaba por título la Aurora. Los unos escuchaban su lectura en medio del más vivo entusiasmo; los otros con gestos de desprecio o de indignación. Si al presente vamos a consultar ese papel que tanta agitación causó con su aparición, no le hallamos por cierto nada de asombroso; pero sus efectos debían ser necesariamente muy diversos sobre los contemporáneos. Era el primero que se publicaba en el país, y sus columnas contenían ideas que ahora repiten los niños; pero que eran novedades para los sabios de entonces, y que entrañaban una revolución. Sobrada razón tenían, pues, los godos en desazonarse con el nacimiento de semejante periódico; porque para ellos era más dañoso que la fabricación de armas o el levantamiento de un ejército. Su dominación se apoyaba no tanto en la fuerza bruta, como en las preocupaciones que el tiempo había consagrado. ¿De dónde habrían sacado soldados que hubieran resguardado militarmente ese continente que se extiende desde la península de California hasta el cabo de Hornos? Mas el hábito y la ignorancia eran los guardianes que les conservaban su conquista. Así, destruir su prestigio refutando los errores que lo sostenían, demostrar que la España no era para la América lo que es una madre para su hijo, sino lo que un amo para su esclavo, valía más para los innovadores que ganar batallas; pues cada cabeza que convencían les importaba un brazo que arrebataban al enemigo. Mas si los resultados merecían la pena de que se emprendiera esa lucha contra el atraso, el hombre que la tomaba a su cargo, necesitaba de coraje. En aquella época como en cualquiera otra, pero más entonces que ahora, el diarista, si no se exponía a la muerte, se exponía a los rencores, a las calumnias rastreras, a la difamación encubierta. Camilo Henríquez, desde el principio, aprendió a costa suya que se compra demasiado caro y a precio de la tranquilidad, el honor de pensar en alto y de ser el maestro de un pueblo. Sin embargo nada le arredró; miraba su

consagración a la causa pública, como un deber que le imponía su calidad de ciudadano; por cumplirlo renunció en el presente a todo sosiego, y despreció para el porvenir la persecución.

El año siguiente, ese mismo literato que había escrito el primer periódico nacional, redactó también la primera constitución que haya regido el país. Este código es una obra de circunstancias; los principios revolucionarios aparecen en él disfrazados bajo fórmulas hipócritas; se reconoce a Fernando VII, y se acatan sus derechos; pero al mismo tiempo se proclaman la soberanía del pueblo, la obligación en que está el monarca de aceptar la constitución que formen los representantes de la nación, y la prohibición expresa de obedecer a ningún decreto, providencia u orden que emane de una autoridad de fuera del territorio de Chile.

¿Cuáles son, pues, los antecedentes de este sacerdote que no teniendo ni riquezas que ostentar ni un nombre aristocrático que le valga, se hace escuchar desde que llega al país, cuyos consejos solicitan los más encumbrados, y que se convierte en el legislador y el institutor de sus compatriotas? Su tierra natal era Valdivia; sus padres, dos vecinos honrados y decentes de aquella provincia. Nacido con una contextura débil, había descubierto, a medida que iba entrando en la vida, un humor inclinado a la tristeza. Frecuentemente, cuando retozaba sobre la arena de la playa con sus otros camaradas de infancia, por una propensión muy natural en los muchachos que crecen a la orilla del mar, la vista del océano despertaba en su alma un vivo deseo de embarcarse en uno de los buques que de tarde en tarde visitaban el puerto, y de irse a navegar. Este deseo no era un sentimiento peculiar del niño Henríquez; sus compañeros lo experimentaban tanto como él, y un viaje marítimo era el objeto de sus más ardientes votos; pero lo que hay de notable es que Camilo no se contentó con desear, sino que buscó cómo satisfacer su capricho, y lo consiguió. No sabemos de qué manera se ingenió para meterse en una nave a escondidas de su familia; mas lo cierto es que lo hizo y que un día arribó al Callao, pobre de experiencia y de dinero, y sin tener en aquella tierra nadie que le valiera. Por fortuna, un bodegonero chileno que ejercía en Lima su miserable oficio, le acogió por lástima y proveyó a su subsistencia, hasta que pudo colocarle en el convento de los Padres de la Buena Muerte, una de las comunidades más famosas del Perú por su opulencia y el saber de muchos de sus miembros.

Allí el prófugo creció y concluyó sus estudios. Cuando fue hombre, no se resolvió a abandonar un claustro a que le ligaban la gratitud y la costumbre, y tomando por una vocación verdadera lo que no era sino una efervescencia de joven, pidió el hábito y profesó en aquella orden. Desde luego no tuvo por qué arrepentirse; se dedicó a la ciencia y se olvidó del mundo. Pero en vez de meditar sobre los santos padres, leyó con preferencia los filósofos enciclopedistas y reflexionó sobre sus doctrinas. El resultado de estas lucubraciones fue que adoptase sus ideas, y se hiciese su discípulo entusiasta. Su ardor de adepto no le permitió ser prudente, y dejó traslucir a medias el secreto de sus pensamientos. Bien pronto experimentó las fatales consecuencias de su poca reserva. Habiendo herido sus palabras los oídos de personas timoratas, fue denunciado, como sospechoso de herejía, ante el tribunal del Santo Oficio que desplegaba su siniestro imperio sobre el Perú como sobre las demás posesiones españolas. Los inquisidores, que en América andaban escasos de ocupación, no desperdiciaron la coyuntura que se les presentaba de ostentar su celo; y

Henríquez se vio forzado a cambiar, por cierto muy contra su gusto, su querida celda por uno de esos calabozos de donde tanto costaba salir. Extranjero, desvalido, sin familia, sin ningún poderoso que lo apadrinara, y pesando sobre su cabeza una acusación terrible, su situación no podía ser más desesperada. Sin embargo tuvo la rara dicha de salvarse solo a costa de una simple amonestación. Esos mismos frailes de la Buena Muerte, que habían desempeñado con él los oficios de amigos, de protectores, de padres, no le desampararon en el peligro, y poniendo en juego todas sus influencias, no descansaron hasta conseguir que se abrieran para Camilo esos cerrojos inquisitoriales, que habían sido para tantos otros las llaves de la tumba.

Cuando se halló fuera de la prisión, merced a los desvelos de sus hermanos, sintió un reconocimiento inmenso. El anhelo por corresponder de algún modo siquiera a tantos beneficios como les debía, absorbió todo su ser. Su corazón bien puesto ansiaba por mostrar que era digno de la protección que había recibido. No tardó en ofrecérsele la ocasión que buscaba. La comunidad se encontró de repente próxima a su ruina. Era deudora de una ingente suma a la ciudad de Quito; y a solicitud de esta, el rey expidió una cédula ordenando que se remataran sus bienes para cubrir el crédito. Camilo propuso a sus compañeros que le facultaran para ir en persona a hacer una tentativa de acomodo; y con su permiso se dirigió a Quito, pidiendo al cielo que le concediera la gracia de salvar una orden a la que debía tanto como un hijo a su familia. Su deseo era tan sincero que, para realizarlo, trabajó como más no puede exigirse a un hombre, superó todos los obstáculos, se ganó al obispo Cuero y Caicedo y a otros personajes de campanillas, y por su intercesión negoció un arreglo que todo lo allanaba y que nadie habría esperado.

Cuando Camilo hubo logrado su objeto, cayó en una tristeza profunda. Ya hemos dicho que su genio era naturalmente melancólico, y ahora agregaremos que las persecuciones anteriores habían desarrollado esa propensión. Mientras le estimuló el sentimiento de la gratitud, su alma y su cuerpo conservaron toda su actividad; pero cuando vio cumplido su deber, esa misma excitación, que antes le había agitado, calmándose a falta de pábulo, contribuyó a precipitarle en un completo desaliento y en el desengaño más amargo de la vida. La sociedad llegó a serle fastidiosa, y se persuadió que no encontraría la paz, sino en el retiro y la soledad. Fijo en esta idea, resolvió irse a sepultar el resto de sus días en un convento de su orden, situado en las regiones casi ignoradas entonces del Alto Perú; pero antes de efectuar esta determinación extrema, a que le impulsaba el desencanto, por uno de esos antojos que asaltan a los enfermos del ánimo, quiso visitar por la última vez esa patria que sus recuerdos de niño le hacían tan querida. Con este fin se embarcó para Valparaíso, y llegó a Chile en principios de 1811, precisamente cuando la cuestión entre godos y patriotas comenzaba a acalorarse. El atractivo de la lucha, el espíritu de propaganda, el amor de su país, no permitieron a Camilo permanecer espectador indiferente. Se le presentaba la ocasión de contribuir a la realización de las doctrinas que había leído en esos libros por los cuales había soportado la prisión, y divisado a lo lejos la hoguera. ¿Cómo resistir a la tentación de predicar sus creencias, de hacer participar sus convicciones? Instintivamente y casi sin saberlo, se fue comprometiendo en la reyerta; y bien pronto relegó al olvido todos sus propósitos de convertirse en solitario. «No era decente, ni era conforme a mis sentimientos y principios», ha dicho él mismo explicando este cambio, «que yo no ayudara a mis paisanos en la prosecución y defensa de la causa más ilustre que ha visto el mundo.»

Los hechos con que hemos principiado nuestra relación, prueban que Camilo Henríquez no fue un revolucionario tibio como tantos otros, sino que lo despreció todo, sinsabores presentes y peligros futuros, por sostener y difundir las ideas liberales. Durante la primera época de la revolución, no cesó un momento de escribir en prosa y verso para atacar las pretensiones de la España, y para animar a los insurgentes en la contienda. A más de la Aurora, redactó el Monitor Araucano, y el Semanario Republicano, que había fundado don Antonio José de Irisarri, pero que este último escritor, por causas que no es esta ocasión de explicar, se había visto forzado a suspender en el duodécimo número. En todos estos periódicos, prescindía por lo general de las ocurrencias diarias, de las desavenencias domésticas de los patriotas entre sí, y evitaba toda polémica en cuanto le era posible. Reemplazaba estas materias, que en la actualidad constituyen el fondo del diarismo, por explicaciones de los rudimentos del derecho público, que eran indispensables para colonos que, ignorando la cartilla política, aspiraban a organizarse en nación. En lugar de entretener a sus lectores con las rencillas de los gobernantes y de los generales, les enseñaba la teoría de la soberanía del pueblo, de las diversas formas de gobierno, de la constitución de los poderes; y los alentaba a perseverar en la empresa de la emancipación, bien sea con proclamas calorosas, bien sea insertando cuantas noticias eran favorables a la causa americana, y cuantas presentaban a la España próxima a sucumbir bajo las plantas de los ejércitos franceses. Durante toda su carrera de diarista nunca desmintió su circunspección y su mesura; jamás su pluma se mojó en hiel para escribir diatribas y pasquines, en vez de artículos sesudos y razonados; nunca la personalidad ensució sus obras. Sin embargo, sus escritos carecen de originalidad; frecuentemente no hace más que repetir las ideas de los filósofos franceses, y en todas sus publicaciones se descubre muy a las claras que sabía a Rousseau de memoria. Apuntamos el hecho sin que nuestro ánimo sea imputárselo como un reproche; porque entonces nadie se habría cuidado de abrir los libros en donde estudiaba; y él, extractándolos, contribuía a popularizar sus doctrinas, que eran nada menos que los dogmas de la revolución.

Al mismo tiempo que Camilo Henríquez trabajaba en la prensa, ayudaba con sus consejos a todos los gobiernos que se sucedieron desde 1811 y hasta 1814. Patriota entusiasta y de color subido contra la España, se entrometía poco en las disensiones de sus correligionarios, y cualesquiera que fuesen sus simpatías, no era de los más empeñosos en manifestarlas. Siempre estaba con la autoridad establecida. Para él no había más cuestión que la independencia, que la guerra contra la Metrópoli y todo lo demás lo miraba con desvío, casi con enojo. De ahí sin duda provenía ese indiferentismo político, que por otra parte cuadraba perfectamente bien a su genio dejado y apático. Parece que solo se sobreponía a esa indolencia natural, a esa flojedad de inteligencia, que no le permitía muchas veces defender sus conceptos, hablar siquiera, por no tomarse trabajo, cuando se trataba de la gran lucha en que estaba empeñada la América. Entonces era otro hombre; su pereza habitual se convertía en actividad, su debilidad en energía. Nadie le ganaba en decisión; todas las medidas que se adoptaban le parecían faltas de vigor, poco eficaces. Habría deseado contra los godos una guerra más tenaz y agresiva, y para eso, que los insurgentes en lugar de pensar en gobernarse por juntas y congresos, entreteniéndose en dictar constituciones, hubieran confiado la suerte de la patria a las manos de un dictador con facultades omnímodas. «¿Cómo pretenden», decía, «estos pueblos nacidos esclavos y educados para la esclavitud regirse como republicanos? Sus antecedentes, sus costumbres, su ignorancia, su religión se lo prohíben. No hay para ellos otro camino de salvación, que



entregarse a la dirección de un hombre superior.» «Todas las desgracias que hemos soportado», escribía en 1815, «proviene de que no hemos seguido esta línea de conducta. ¿Qué podría detenernos? ¿El temor de que el dictador se convirtiese en un monarca? Mas no se atreverá, y si se atreve y lo logra, merece serlo.» La experiencia ha demostrado que las ideas emitidas por Camilo tienen mucho de falso, y si el espacio no nos faltara, no nos sería difícil refutarlas; pero prueban un ardor revolucionario, extraño en un individuo de su temple, una impaciencia febril porque se rompieran los vínculos que nos alaban a la Metrópoli.

Después del desastre de Rancagua, Henríquez emigró a las Provincias Argentinas. Durante su proscripción continuó sus estudios y sus trabajos por la libertad del Nuevo Mundo. Se dedicó a las matemáticas, a las cuales era en extremo aficionado, y se recibió de médico en Buenos Aires, aunque ejerció poco su profesión. Por orden de aquel gobierno, compuso un Ensayo acerca de las causas de los sucesos desastrosos de Chile, opúsculo que se distingue por la imparcialidad con que el autor desentraña el origen de la pérdida de este país, y dio sucesivamente a luz dos dramas sentimentales bajo el título de Camila el uno, y de la Inocencia en el asilo de las virtudes el otro, como también la traducción de un panfleto escrito en inglés por Bisset con la denominación de Bosquejo de la Democracia. Algún tiempo después de su llegada un estatuto provisional promulgado en la república del Plata, decretó el establecimiento de dos periódicos, destinados el uno a censurar los abusos de la Administración, y el otro a defenderla, cuyos redactores eran nombrados y pagados por el Ayuntamiento. La dirección del segundo se confió a Camilo Henríquez, quien redactaba juntamente una especie de revista mensual llamada Observaciones. Habiendo insertado en el cuarto número de esta última un artículo contra ciertos actos del directorio que pugnaba con sus convicciones, hizo dimisión de su cargo de escritor oficial; porque se le quería obligar a que, según su contrata, sostuviese en la Gaceta Ministerial lo que había atacado en las Observaciones: él prefería la miseria a envilecer su pluma. A los dos años el cabildo de la misma ciudad volvió a sacarle de su retiro, para encomendarle, con el sueldo de mil pesos, la redacción del Censor que desempeñó desde febrero de 1817 hasta fines de 1818.

Corría el año de 1822, es decir, hacía cinco años que los españoles no dominaban en Chile, y cuatro que se había proclamado la independencia, y sin embargo Camilo no regresaba a su país. ¿Qué le detenía, pues, en el extranjero? La pobreza. Hacia esa época O'Higgins, que era director supremo de la República, se acordó del ilustre periodista, y le escribió llamándole y quejándose porque no le había cantado en sus versos. Para costearle el viaje, don Manuel Salas levantó entre sus amigos una suscripción que ascendió a quinientos pesos. Vuelto a su patria, Camilo fundó el Mercurio de Chile, papel en que procuró particularmente dilucidar diversas cuestiones de economía política; fue nombrado bibliotecario y secretario de la convención de 1822. Según su sistema, no tomó una parte activa en los asuntos políticos, de modo que con la deposición de O'Higgins su suerte no cambió en lo menor. Pero si se mostró prescindente en aquella crisis, no se mostró desagradecido con su protector caído. Fue por su empeño, como el general Freire dio al ex-director ese célebre pasaporte, que tanto honra al vencedor y al vencido en el cual se reconocen todos los servicios que la nación debe al segundo. La redacción de ese documento pertenece al padre Camilo.

Desde esta época hasta su muerte, tanto los mandatarios como sus amigos continuaron guardándole las consideraciones a que sus méritos le hacían acreedor; pero a pesar de todo, el fin de su vida fue triste. Con la edad sus dolencias se agravaron. A las enfermedades del cuerpo se agregaron las del ánimo. Se puso hipocondríaco y bilioso. Todo le incomodaba, nada le complacía. La miseria le hizo sentir todos sus rigores. Aunque era muy parco en su comida y muy humilde en su vestido, su renta no alcanzaba a satisfacerle sus necesidades; pues a más de ser escasa de por sí, se quedaba en su mayor parte entre las manos de dos criados que le servían y que le robaban descaradamente. Desde su venida de Buenos Aires, había dejado el traje eclesiástico, lo que hacía que muchas gentes no le tuvieran en mucho olor de santidad; pero murió con todas las apariencias de un hombre religioso y de un católico sincero, recibiendo devotamente los sacramentos de la Iglesia.

La muerte de ese escritor que durante su vida había causado tanto ruido, que se había conquistado tantas simpatías, que había despertado tantos odios, pasó desapercibida. Ninguna demostración de dolor público solemnizó su entierro; ningún periódico se dignó consagrar una necrología, un simple aviso siquiera al fundador del diarismo en Chile. La fecha de la muerte de este patriota eminente habría quedado tan ignorada, como la de su nacimiento, si en el registro del cementerio, ese libro donde a nadie se le niega su lugar, donde se apuntan indiferentemente y mezclados unos con otros a grandes y pequeños, no se hallara en la partida correspondiente al 17 de marzo de 1824, un renglón que dice:

Nada tendríamos que observar sobre esa corta línea, porque en ese libro de los difuntos ocupan igual espacio los hombres célebres y los hombres oscuros, los presidentes y los mendigos, los que mueren en la cama o en el banco; si el cura, como si dudara a qué categoría pertenecía Henríquez, no le hubiera suprimido al mismo tiempo el don de que siempre hace preceder los nombres de las personas acomodadas, y el fray que pone delante de los miembros de las órdenes religiosas.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

Don José Miguel de Carrera nació en esta ciudad de Santiago el 15 de octubre de 1785. Fueron sus padres don Ignacio de la Carrera y doña Francisca de Paula Verdugo, ambos de familias ilustres y para entonces acaudaladas. Pensaron dar a su hijo la educación correspondiente a su clase, colocándole en el colegio de San Carlos, que era el mejor establecimiento que existía en el país; pero la enseñanza rutinera, los malos métodos y peores textos, todo contribuía a formar hastío más bien que afición al estudio. Estando en el curso de filosofía renunció definitivamente al latín y al silogismo, y obtuvo de su padre el permiso para dejar el colegio.

Pocas carreras se abrían a los jóvenes en aquella época. La eclesiástica y la del foro que eran las preferentes se cierran para los que no se preparan por el estudio: la agricultura que era la ocupación de su padre en sus valiosas haciendas, no podía convenir a un adolescente, y el campo en esa edad tiene pocos atractivos y muchos peligros: la del comercio, estaba reducida a unas cuantas tiendas o bodegones administrados por sus mismos dueños, sin dependientes, sin escritorios, sin libros, o sin más contabilidad que meros apuntes o recuerdos de memoria. Sin embargo, se quiso destinar a ella al joven Carrera, mandándole a Lima como teatro más grande, al lado de un anciano y célebre tío que allí tenía; pero la clase de giro que este hacía, la diferencia de edades y un genio algún tanto raro, le hicieron insoportable tal compañía. Dejó la casa y se fue a la de don Francisco Javier de los Ríos su paisano, sujeto amable, generoso y muy honrado: él le volvió a su familia.

La verdadera vocación de don José Miguel era la milicia; y, como en Chile no hubiese ejército, recabó de su padre la licencia y los recursos necesarios para pasar a España. Fácil le fue a su arribo a Madrid conseguir la plaza de teniente en el regimiento de Farnecio, recomendándose para ante sus jefes por su puntualidad, aplicación y bellas disposiciones. Cuando la invasión a la península por el Emperador Napoleón, se levantó un nuevo regimiento denominado Voluntarios de Madrid, y se le llamó para capitán, entrando al momento en campaña y hallándose en varias batallas. Se distinguió en los ataques de Madrid en diciembre de 1808 y en las acciones de Mora, Consuegra, Puente del Arzobispo, Yevenes, Ocaña y en la de Talavera. Obtuvo varias medallas, que en la emigración a Buenos Aires vendió su esposa por solo el valor del oro para sustentarse con sus hijos por un día. Se había acreditado tanto en la organización y disciplina de tropas, que se le ascendió a sargento mayor y se le mandó a formar el regimiento de Húsares de Galicia; lo que hizo en muy poco tiempo, y a entera satisfacción del inspector Balcarce, según se lo expresó en una carta que existe entre sus papeles, y en la que, por premio de su trabajo le otorga una corta licencia para descansar en Cádiz.

Residían en esa ciudad muchos americanos que por la frecuencia de buques que llegaban de todas partes, estaban al corriente de los progresos que hacía la revolución en toda la América española. Se reunían, se comunicaban las noticias que adquirían, formaban planes para escaparse y venir a tomar parte en la gloriosa lucha de la independencia. Carrera fue denunciado al capitán general y encerrado en un castillo como reo de estado. Pudo sustraerse de la prisión por los esfuerzos de sus compañeros y por la generosa protección de los respetables ingleses Mr. Cockburn y Mr. Flemming comodoro al mando del navío Standart, próximo a zarpar para el Pacífico. Le dio pasaje en él y le dispensó su amistad.

El 26 de julio de 1811 tuvo el gusto de volver a su patria, y en el Manifiesto que publicó en 1818 dice: «La situación del país en aquella época era por cierto lamentable. Orden, combinación, experiencia, planes, energía, todo faltaba para establecer la independencia, menos el deseo de ser libres. Las formas republicanas unidas al poder absoluto: dividida la opinión por la divergencia de los partidos; la ambición disfrazada con el ropaje del bien público; la autoridad sin reglas para mandar; el pueblo sin leyes para obedecer; cual nave sin gobierno en medio de las olas, fluctuando entre las convulsiones de la anarquía, presentaba Chile en su estado de oscilación el cuadro de la crisis espantosa que precede a la regeneración política de los pueblos, al exterminio de envejecidas preocupaciones, al sacudimiento súbito de un yugo antiguo y ominoso.»

Situación tal no podía durar: todos deseaban remediarla. El día 4 de setiembre, es decir, a los 40 días de haber desembarcado en Valparaíso, varios patriotas le convidaron para hacer una revolución, quitando las armas de las manos que las gobernaban, y nombrar una nueva junta superior. El sonido de las doce de la mañana fue la señal para asaltar el cuartel de artillería con el mejor efecto y quedó hecha la revolución y nombrado el nuevo gobierno, llamando a don José Miguel el libertador. «Este digno epíteto (dice el oficio) ha merecido VS. por la generosa acción de 4 del corriente, en que conciliando todo el carácter de un militar valiente con el de un virtuoso ciudadano, ha defendido a un tiempo los derechos de la religión, del rey y de la patria.»

Pronto siguió el descontento público contra ese gobierno y el 16 de noviembre hubo una reunión, o como entonces se decía pueblada, para destituirlo, nombrando otro en que entró Carrera como presidente. Descubrió una actividad extraordinaria, que contrastaba singularmente con la apatía de sus antecesores. Todos miraban estupefactos esa sed insaciable de reformas, y ese denuedo para acometer empresas. En 18 meses que duró su gobierno, logró arreglar las rentas públicas y casi doblarlas; creó el Instituto Nacional Literario; trajo de Norte América la primera imprenta que vio el país, con hombres competentes para manejarla; encomendando la redacción de la Aurora al literato Henríquez; formó sociedades para el fomento del comercio y la agricultura; entabló relaciones comerciales con Estados Unidos por medio de su amigo Mr. Joel Roberto Poinsett cónsul general; organizó la fuerza armada y levantó los escuadrones de la Gran Guardia, que él mismo instruía y disciplinaba; se construyeron cuarteles, trenes y campamentos volantes, fábrica de armas, etc., etc.

Carrera miraba la guerra tan próxima, como remota los ciudadanos, y tantos preparativos, se tomaban como amagos contra la libertad y medios para la tiranía. Pensaron contenerlo por medio de conspiraciones horribles, en que siempre se acordaba asesinarlo, junto con su respetable y anciano padre y sus dos hermanos. La primera se descubrió el 27 de noviembre: fueron presos sus autores y convictos, muchos condenados a muerte y otros a expatriación, como consta del proceso original que existe en su familia; pero todos fueron perdonados sin lograr vencerlos con la generosidad, sino alentarlos para entrar en otras y otras que también se descubrieron.

Desesperados de obtener por estos medios sus inicuos intentos, fomentaron una guerra abierta con la vasta y poblada provincia de Concepción. Se pusieron las fuerzas de ambos bandos en campaña, y encontrándose en las márgenes del caudaloso Maule, pidió Carrera

una entrevista al Dr. don Juan Martínez de Rozas, que era el hombre influente en el sur, y allí pudo su natural elocuencia, su persuasión, sus finos modales, conjurar una borrasca que podía matar a la patria en su cuna. Se firmó una convención que puso fin a la contienda; pero que no restableció la concordia y unidad tan necesaria para resistir a la futura invasión.

Vuelto a la capital y al ejercicio de la primera magistratura, redobló su actividad para organizarlo todo. Ya veía más claro los planes del virrey de Lima, así por la rebelión de la plaza de Valdivia, como por la nota insultante que había pasado al gobierno. Pensó Carrera salir para la frontera con el objeto de pasar una revista de inspección a la fuerza veterana, y organizar la de milicias, para hacer que entrase en sus deberes la refractaria Valdivia; pero listo ya para el viaje, se descubrió una nueva conjuración que le detuvo. Finalizado el proceso y condenados los reos, llegó la noticia del desembarco de la expedición realista en San Vicente. Este fue el momento en que Carrera desplegó todo su genio emprendedor y activo, toda la fuerza de su inteligencia, todas sus virtudes cívicas, toda su generosidad. Puso en libertad a todos los reos políticos, llamó a todos los que estaban confinados en los campos, convidó con el olvido de lo pasado, pidió la cooperación de todos los partidos para resistir al enemigo, expidió todas las órdenes necesarias, y al día siguiente partió para el sur con una escolta de doce húsares, y dos oficiales que le ayudasen en las tareas de reunir víveres, caballos, milicianos y cuanto su previsión creía necesario. A los 20 días estaba en las orillas del Maule al mando de más de nueve mil hombres.

Abrió la campaña con la atrevida empresa de sorprender al enemigo en su campamento de Yervas Buenas, lográndolo tan completamente que casi todo él rindió las armas en un instante. Este glorioso hecho tuvo el resultado de desalentar a los realistas hasta ponerlos en retirada, y entusiasmar a los inexpertos patriotas hasta llegar a creerse invencibles. La batalla de San Carlos, el asalto de Talcahuano y la sumisión de todo el territorio en menos de 40 días, fue la obra de Carrera, y en sus acertados planes, entró el de encerrar al enemigo en Chillan, cortado de toda comunicación con el Perú. Pronto le puso un sitio estrecho; pero el duro invierno que fue tan funesto a Napoleón en Rusia, causó los mismos males en escala proporcional al ejército chileno. La fortaleza de ánimo y aun de cuerpo con que el general soportó la desgracia, pasando a la intemperie día y noche presenciando cuanto se hacía, las prevenciones tan oportunas que tomaba, todo captaba la admiración y el soldado viéndole sufrir con constancia la misma hambre y sed, la misma lluvia, lo consideraba como un amante padre. Levantó el sitio para reponerse.

Dos meses después volvió y reunidas en el Roble la división de O'Higgins, con las de los dos Benavente, se alojó Carrera con su pequeña escolta y al amanecer del 12 de octubre fueron sorprendidas completamente. Esta función de armas fue gloriosa, como todas en las que él se hallaba. Cortado por los realistas se arrojó al Itata a nado, y al tocar la orilla opuesta, se encontró con otra partida enemiga, no dejando otro arbitrio que seguir aguas abajo, perseguido tan de cerca que tuvo una herida en el costado y su caballo varias; pero su valor y sangre fría, y el acertado tiro de pistola que puso en la cara de su perseguidor le pudieron salvar.

Los enemigos políticos de don José Miguel se habían apoderado de los consejos supremos, y acordaron, deponerlo del generalato; pero temiendo su resistencia, separaron la atención de los realistas y se contrajeron a practicar mil y mil bajezas para lograr su intento.

Pensaban darle por sucesor a un militar extranjero, y exaltado su patriotismo con esto pidió ser reemplazado por el coronel O'Higgins. ¡Qué pronto debía pesarle tal elección!

Separado del mando se desencadenaron los odios contra su persona: le insultaron, le obligaron a salir de Concepción por tierra, sin escolta competente y sin los necesarios medios de atravesar 80 leguas de campos casi dominados por el enemigo. En Penco hizo una parada para reunir algunos amigos que le acompañasen y algunos caballos; pero al amanecer del tercer día fue asaltado por una partida realista, asesinados los asistentes, saqueados los equipajes, y amarrados don José Miguel y su hermano don Luis, fueron llevados a Chillan y encerrados en inmundos calabozos, cargados de grillos, y procesado el primero como reo de lesa-majestad. Los realistas creyeron dominar a Chile con solo tener encadenado al león que lo defendía. Se dijo que la prisión era obra de una venta, y si no hubiesen documentos, bastaría para creerlo el haberse efectuado a dos cuabras de la fortaleza, a tres leguas del ejército, y la flojedad con que fue perseguido el enemigo.

Por los ignominiosos tratados de Lircay se pusieron en libertad a todos los prisioneros, menos a los Carreras que por un artículo secreto debían ser embarcados en Talcahuano para llevarlos al virrey con la causa seguida. Carrera descubrió el plan y en la misma noche efectuó su escape, para caer en nuevas persecuciones. Conociendo que mientras dominasen el país sus crueles enemigos, no podía él gozar de tranquilidad, trató de pasar la cordillera por el Planchón y embarcarse en Buenos Aires para Norte América. Un temporal le cerró el camino, y descubierto el viaje se atribuyó que se acercaba al ejército para sublevarlo. La persecución fue desde entonces más activa: lograron prender a don Luis, y llamaron por edictos y pregones a don José Miguel. No se le dejó más camino que el de una revolución, y el último día que se cumplía el plazo de los edictos, se presentó con algunos amigos en los cuarteles de la capital, dirigió a los soldados sus enérgicas palabras y la revolución fue hecha. Trajeron a su presencia al Director Supremo, y Carrera le dijo: -Señor, no he podido cumplir antes con su llamamiento. Aquí estoy. El buen general Lastra le contestó: Estoy en poder de V. disponga como quiera de mí. -Dispongo que se vaya V. tranquilo a dormir con su buena señora. ¡Qué contraste!

Colocado Carrera por segunda vez en la silla presidencial, despachó incontinenti un parlamentario para intimar al general español que si en el término de un mes no dejaba el país como estaba estipulado, tuviese por rotas las hostilidades. O'Higgins apresó al oficial y le quitó las comunicaciones, y celebró una junta de guerra en la que se acordó desconocer al nuevo gobierno, y marchar con el ejército a derribarlo, en circunstancias que un general realista había desembarcado en Talcahuano con un fuerte auxilio. Carrera con su acostumbrada actividad levantó tropas en Santiago, bien para resistir a O'Higgins, si era tan terca y ciega su pasión, o para reforzarlo contra los españoles si lograba despertar su patriotismo. Por desgracia todo fue inútil y la catástrofe tuvo lugar a dos leguas de la capital el 26 de agosto, quedando O'Higgins completamente derrotado y la patria despedazada. El mismo día de esta nefanda acción pasó el río un parlamentario español que venía a retaguardia de O'Higgins para intimar la rendición al que triunfase. Carrera le rechazó con indignación. O'Higgins había escapado con unos pocos oficiales y a los dos días pidió perdón a Carrera que se lo otorgó con la mayor generosidad, le hospedó en su casa y paseó las calles con él, para demostrar al pueblo su cordial reconciliación.

Un mes antes y en medio de tan graves atenciones don José Miguel había contraído matrimonio con la señorita doña Mercedes Fontecilla y Valdivieso, parienta suya, y que desde su llegada de Europa había conquistado su corazón, y esperaba que alcanzase a la edad núbil. Este afecto, por grande que fuese, no le embargaba el tiempo para trabajar en la reorganización del ejército; pero esta reorganización no era posible en treinta días, después de haber combatido una mitad contra la otra, y habiendo quedado tan hondos rencores. Consecuencia de ellos era la insubordinación general y la obstinación para encerrar el grueso del ejército en la estrecha plaza de Rancagua. El 1.º de octubre fue atacada por el general Osorio con dobles fuerzas que las nuestras y mejor ordenadas. Se rindió con honor, pero la patria llorará siempre ese infausto día.

Don José Miguel Carrera creyó alargar la guerra hasta donde fuese posible, retirándose a las provincias del norte con cuantos recursos pudiese trasportar, pero el pánico era general y todos pensaban solo en emigrar a Mendoza. La defección de la guarnición de Valparaíso que había mandado retirar hacia Quillota: la de la escolta de los caudales públicos, y la general insubordinación le quitó hasta la última esperanza. Entonces se contrajo a formar una fuerte guerrilla, compuesta de fieles y valientes soldados, para proteger la emigración. Tuvo varios ataques que sufrir dentro de la misma cordillera, y él fue el último que la dobló.

Sus principales enemigos volaban más que marchaban para Mendoza, con el fin de prevenir el ánimo de San Martín contra los Carreras y sus amigos. D. José Miguel había pedido oficialmente el asilo, y por tanto creía que los restos del ejército debían conservar su bandera, lo que no quería San Martín; porque miraba en perspectiva la reconquista de Chile bajo sus órdenes. Fomentó por todos medios las discordias, se hizo acusar a los Carreras y sus partidarios como ladrones de los caudales públicos; y por último, se apoderó de sus personas y mandó registrar escrupulosamente los reducidos equipajes, en los que no se encontró objeto alguno de valor. Chasqueados en este escrutinio y rota la máscara, desterró a Buenos Aires a los dos Carreras con sus tiernas esposas y a varios de sus compañeros escoltados por una partida de dragones, que ellos habían de costear, para apurar así sus escasos recursos.

Don José Miguel llegó a Buenos Aires en mala hora. Acababa de ocurrir a su hermano D. Luis un duelo, en que tuvo la desgracia de dejar muerto a su adversario. Un duelo en un pueblo nuestro y entre dos personas notables era una novedad espantosa. Se practicaron varias prisiones y se levantó un proceso para aplicar las penas señaladas por las leyes. Por fortuna este crimen tiene siempre celosos abogados en los militares, y los de allí tomaron la defensa de don Luis y, con sus esfuerzos, lograron sobreseer la causa.

Pocos días después acaeció una revolución, y el general Alvear dejó la ciudad con un bello ejército: se acampó en los Olivos. Don José Miguel que día y noche soñaba con la restauración de Chile, le hizo una visita para aconsejarle que, abandonando intereses mezquinos de partido y huyendo de una guerra civil, acometiese tan gloriosa empresa. Esta visita le valió una prisión en el Fuerte, aunque el presidente del cabildo la atribuyó a un equívoco.

Conociendo el triste estado en que se hallaba Buenos Aires y que sus exhortaciones no encontraban eco, se embarcó para Norte América a mediados de 1815 en busca de algunos recursos para armar buques que hostilizasen a los enemigos de su patria. Para costear este viaje empeñó las alhajas de su señora en mil pesos. Fue muy bien recibido en aquella tierra clásica de libertad. El presidente Monroe le acogió con franca y leal benevolencia. Sus amigos, M. Poinsett y M. Porter, le proporcionaron valiosas relaciones en la alta sociedad, y las contrajo también con el rey José, con los mariscales Closel y Grouchy y con los más ilustres emigrados. Ellos le dieron planes de organización de ejércitos, de establecimientos científicos y de muchas otras cosas que podrían plantearse en Chile. Pudo formar una flotilla de tres buques, cargándolos de armamento, municiones, etc. y llenarlos de hombres utilísimos; entre ellos dos generales franceses, 30 oficiales distinguidos y otros tantos literatos y artistas sobresalientes. Algunos han prestado servicios importantes. Para probar su gran capacidad para todo, nótese que vino hablando el francés y el inglés habiendo partido sin conocer una palabra de estos idiomas.

A los 14 meses, es decir, a fines de 1816 ancló en Buenos Aires la fragata Clifton y, después de abrazar a su esposa, pasó a presentarse al director Pueyrredon que le recibió con mucha frialdad. Dándole cuenta de sus planes sobre las costas de Chile, le dijo el director: «A la fecha San Martín debe haberse movido contra Chile.» Carrera le contestó: «Tanto mejor, iré a ayudarle por mar.» -«V. no puede ir a Chile, porque hemos acordado con San Martín la persona que se ha de encargar del mando.» -«Entonces San Martín no va a libertar el país sino a conquistarlo, no va a dejar a los pueblos que elijan a su mandatario, sino a imponérselo.» -«Qué quiere V. así es preciso.»

Desde ese momento quedó Carrera vigilado muy de cerca. Se le obligó a desembarcar a sus compañeros, tomó en arriendo una quinta para alojar a los que no cabían en su casa, y los mantuvo hasta que cada uno buscó acomodo. La fragata se dio a la vela con su cargamento, y así mismo un bergantín que acababa de llegar, y fueron a expender su carga a otra parte.

Llegó la noticia de la batalla de Chacabuco, y la noche antes de entrar el general San Martín a aquella ciudad para recibir la corona tan bien merecida por ese espléndido triunfo, fue preso don José Miguel, su hermano don Juan José y sus más inmediatos amigos, embargados todos los papeles y hasta una pequeña imprenta que tenía empaquetada. San Martín le visitó en su calabozo, y es doloroso confesar que fue con solo el objeto de insultarle. Al día siguiente fue llevado a bordo de un buque de guerra de donde, burlando la vigilancia de sus guardias, logró escapar y asilarse en Montevideo.

El general portugués Lecor le concedió un generoso asilo y mucha benevolencia, a pesar de los repetidos reclamos de Pueyrredon. Dedicó su tiempo a vindicar su honor tan vilmente ultrajado en los escritos de sus tenaces perseguidores. Escribió un manifiesto a los pueblos de Chile, y respondió a cuanta calumnia se le hacía, pero como la prensa pública no pudiese dar a luz sus escritos, se procuró una pequeña imprenta. Nunca había conocido el mecanismo de esta arte, y principió por distribuir los tipos en platos de loza, colocándolos en el suelo de su cuarto y según el orden alfabético. Figúrense las idas y venidas, las distintas posiciones que tenía que tomar, para componer una palabra. Con la paciencia propia a una voluntad fuerte, logró componer las cuatro primeras páginas, después de



deshacerlas muchas veces. Por fortuna llegó un amigo inteligente que le enseñó y ayudó a montar la letra, a hacer y amarrar las formas, manejar la prensa etc.

Mientras tanto sus recursos pecuniarios se agotaban, y órdenes expedía la corte del Brasil para que se le expulsase como pedía Buenos Aires. Confiscados todos sus bienes, asesinados sus dos hermanos en Mendoza, y su respetable y octogenario padre muerto por la bárbara medida de presentarle la cuenta de la ejecución de sus hijos para que la pagase, su hermana presa en un fortín de la frontera, y su mujer y tiernos hijos sin hogar; ¿qué hacer? Pidió asilo al oriental Artigas y se lo negó. Desesperado monta un día a caballo con una pequeña maleta a la grupa, y acompañado sólo del coronel francés M. Mercher, se arroja a la campaña sin destino y sin brújula. La suerte le llevó a Entreríos donde gobernaba Ramírez. Éste le recibió con desdén, no sólo por su natural suspicacia, sino por saber que Artigas no lo quería; pero antes de tres días se había ganado su voluntad y confianza. Pronto le decidió a emprender una campaña contra el gobierno de Buenos Aires, tomando primero a Santa Fe para asegurar su retaguardia y aumentar sus fuerzas. Pueyrredon tomó activas providencias para defenderse, poniendo en campaña sus mejores tropas y acreditados generales. Nada pudo contener el torrente de Ramírez gobernado por Carrera. En el Rosario es derrotado Balcarce y después en San Nicolás; Viamont, general en jefe, cae prisionero; Rondeau es deshecho en la cañada de Cepeda, Soler en la cañada de la Cruz y puente de Marqués y pone sitio a Buenos Aires por 19 días. Baja del mando Pueyrredon y le sucede Sarratea. Ya Carrera ha logrado su principal objeto. Saca de los archivos la correspondencia del gobierno de Chile que le es referente; llama a los chilenos allí residentes y se le reúnen como 300 en la chacarilla. Una asonada que fracasó en Buenos Aires le llevó al general Alvear y muchos jefes comprometidos y que lo comprometieron también por haberlos recibido bien. Entonces se puso en juego la intriga y el oro para defeccionar a los aliados de Carrera. Tuvo que quedar solo y defenderse de varios ataques en los que, si no triunfaba, se retiraba en orden. Por Melincue se internó en la pampa o desierto y después de 35 días de marcha muchos sin encontrar agua ni carne, alimentándose con los caballos, llegó a una toldería de indios. Entró en relaciones con los principales caciques, y se hizo adorar de ellos, hasta darte el título de Pichi Rey o reyecito. Algunos que renunciaron por sus insinuaciones a robar y matar, le siguieron cuando volvió a la frontera por la noticia que Ramírez había pasado de nuevo el Paraná.

En Chaján fue sorprendido por 600 cordobeses a las órdenes de Bustos y los derrotó con sólo 150 chilenos. Lo mismo hizo con los puntanos en Río Quinto, en el 4º con los mendocinos, matando a su jefe Morán. En San Luis descubrió un motín entre sus soldados ganados con los doce mil pesos que había mandado allí O'Higgins, como mandó 30 a Mendoza y 30 a San Juan, conociendo que éste era el mejor medio para vencer a soldados mal comidos, mal vestidos y sin paga alguna. Este motín fue deshecho por entonces, mediante las medidas acertadas y generosas que empleó. El 29 de agosto, salió con dirección a San Juan, y en las lagunas de Guanacachi, encontró una división enemiga medio atrincherada; pero no pudo vencerla por el mal estado de su caballada. -Continuó su marcha hacia Jocoli donde se le dijo había un destacamento cuidando cantidad de caballos. En medio de una noche muy oscura, sale de sus tropas un grito: «Alto, amarrar al general y al coronel y matar a los oficiales. «Los traidores Arias, Moya, Fuentes e Inchauti caen sobre él: faltaron sus pistolas y fue amarrado. Se avisó la noticia a Mendoza y lo hicieron entrar en esa situación entre mil escarnios e insultos. Fue encerrado en el sótano e intimidada la

sentencia de muerte que sus crueles enemigos habían dictado el 27 de noviembre de 1811. Don José Miguel recibió la noticia sin sorpresa: pidió por confesor al que lo era de su suegra doña Rosa Valdivieso, que residía presa en aquella ciudad, y se le negó. Quiso verla y el estado de debilidad y abatimiento en que se encontraba la señora, no le permitió darle este consuelo. Suplicó le diesen un poco de papel y tinta, y se sentó con toda calma a escribir la siguiente carta:

Sótano de Mendoza, setiembre 4 de 1821. 9 de la mañana.

«Mi adorada pero muy desgraciada Mercedes: un accidente inesperado y un conjunto de desgraciadas circunstancias, me ha traído a esta situación triste. Ten resignación para escuchar que moriré hoy a las 11. Sí, mi querida, moriré con el solo pesar de dejarte abandonada con nuestros tiernos cinco hijos, en país extraño, sin amigos, sin relaciones, sin recursos. -¡Más puede la Providencia que los hombres! No sé por qué causa se me aparece como un ángel tutelar el oficial D... Olazábal, con la noticia de que somos indultados, y vamos a salir en libertad con mi buen amigo Benavente y viejecito Álvarez que nos acompaña...»

El ángel era un demonio que daba esta noticia para ver si con transiciones tan violentas lograban que cayese en enajenación mental. Al poco tiempo vinieron a sacarle para el patíbulo y entonces tomó un pedazo de papel como de dos pulgadas y escribió con lápiz por uno y otro lado:

«Miro con indiferencia la muerte; sólo la idea de separarme para siempre de mi adorada Mercedes y tiernos hijos despedaza mi corazón. Adiós, adiós.»

Lo dobló y encerró en la caja del reloj y se puso en marcha. Desde la puerta de la cárcel tendió la vista por la plaza llena de tropas y gente: se sonrió con los que le mostraban simpatías; pero al oír gritos insultantes y algazara dijo, -«¡Qué pueblo tan incivil!» Los sacerdotes le pedían que perdonase al pueblo y olvidase las injurias. Les respondió: «Si el olvido pudiese mitigar los males que se han inferido a toda mi familia, o hiciere menos notorias tamañas injusticias, lo haría libremente; y añadió, que tenía la conciencia de la rectitud y honor de toda su vida, y que por eso no olvidaría ni pediría el olvido de sus enemigos entre los que contaba a los mendocinos como los más bárbaros e iliberales. «Al llegar al banco se quitó un precioso poncho y, junto con su reloj, lo mandó a su señora suegra como un recuerdo para sus hijos. Se sentó, y tratando de atarle los brazos y vendar los ojos, rechazó a los verdugos con indignación. Se puso la mano sobre el corazón y mandó el fuego: dos balas le entraron por la frente y dos por la mano al corazón: cayó casi sin agonía, en el mismo lugar en que dos años antes habían caído sus dos hermanos. La cabeza y un brazo le fueron cortados y puestos en la picota en la torre del cabildo. -Después se dijo que la primera había sido mandada a O'Higgins.

Dos años después, todos sus enemigos políticos habían desaparecido de la escena pública, y vagaban en tierra extraña ocultando su vergüenza e ignominia, sin que hubiesen podido sostenerse en el mando a pesar de tan cruel tiranía y tanta efusión de sangre.

Cuando Chile gozó de la plena libertad que nunca había tenido, ni tal vez tendrá después, el Congreso dictó una ley vindicando la memoria de los Carreras, mandando una numerosa comisión a transportar sus cenizas, honrándolas con las más solemnes exequias y premiando a su familia; y entonces el fúnebre poeta cantó:

Mr. Yates, joven irlandés que sirvió a las órdenes del general y le acompañó hasta lo último, en un escrito que sirve de apéndice a la obra de M. Grahan hace este retrato:

«Carrera tenía 35 años: era alta y graciosa su presencia, tenía el cabello negro, frente espaciosa, ojos negros y penetrantes: nariz aguileña. Él era honorable, emprendedor y bravo: franco con sus amigos: libre de disimulación o envidia: compasivo y generoso hasta el extremo. Su genio era suave e igual: ni la adversidad ni la buena fortuna podían perturbar la elevación de su alma. Su humanidad era tan excesiva, que casi no merecía el nombre de virtud; porque traspasando los límites que la prudencia prescribe, degeneraba en inexplicable falta o debilidad. Un enemigo, por criminal que fuese, era tratado con la misma generosidad y compasión. Aun los asesinos de nuestros soldados y compañeros eran salvados, ofreciéndoles así la ocasión de continuar haciéndonos mal.

«Esta magnanimidad que habría inmortalizado a Carrera en cualquiera parte del mundo, era perdida en América, donde tal virtud es poco conocida y menos practicada. Sus enemigos atribuían su generosidad a miedo, y en algunos de sus papeles públicos tenían la impudencia de llamar cobarde al que con ciento cuarenta hombres y los solos recursos de su genio, había hecho vacilar a los gobiernos y gobernantes desde el Atlántico hasta el Pacífico.

«Si su ambición era vivir sin una mancha de sangre, crueldad o injusticia echada sobre su carácter, él logró sus deseos; pero es más que probable que sus bárbaros enemigos nieguen todas sus buenas calidades.»

DIEGO JOSÉ BENAVENTE.

V

D. J. A. Martínez de Aldunate  
Obispo de Santiago

En aquel memorable cabildo abierto que tuvo lugar el 18 de setiembre de 1810, una numerosísima concurrencia esperaba, con visibles muestras de ansiedad, las propuestas que hacía don José Miguel Infante de los personajes que debieran formar la primera junta gubernativa. Ruidosos y prolongados aplausos se siguieron a las palabras del procurador de ciudad, cuando propuso para vice-presidente al obispo electo de Santiago, doctor don José Antonio Martínez de Aldunate.

Y no porque hubiese entrado el resorte y la cábala en su nombramiento, puesto que Aldunate estaba fuera de Chile desde siete años atrás. Fueron sus talentos y virtudes, su carácter elevado y sus distinguidos antecedentes, los que le hicieron acreedor a esta honra.

El obispo Aldunate, en efecto, pertenecía a una de las familias más encumbradas de la colonia: era chileno de nacimiento: poseía una ilustración vastísima para la época y el país: era doctor in ambabus, como entonces se decía; esto es, en derecho civil y en ciencias sagradas: había alcanzado las dignidades más prominentes en la carrera eclesiástica y en la enseñanza: fue deán de la catedral de Santiago y rector de la real universidad de San Felipe: se hacía notable por su espíritu liberal y avanzado, por su trato franco, por sus elevadas virtudes, por sus afables y corteses modales. Estos eran sus verdaderos méritos.

Nació don José Antonio Martínez de Aldunate en la ciudad de Santiago, por los años de 1730. Eran sus padres don José Antonio Martínez de Aldunate, y doña Josefa Garcés y Molina, de noble estirpe y de fortuna considerable: entre sus deudos contábanse en aquella época un oidor de la real audiencia, un deán y un arcediano de esta iglesia catedral.

A las ventajas que le daba su nacimiento, unió en breve las de una educación escogida. Sus estudios fueron los más completos que se hacían en el país, y sus adelantos precoces:

cursó latín, filosofía y teología en el convictorio jesuítico de San Francisco Javier, con tanto aprovechamiento que siempre alcanzó el aplauso en los exámenes o actos públicos a que se sometía al estudiante.

Su familia concibió las más lisonjeras esperanzas de su singular aplicación, y de sus rápidos adelantos. En efecto, Aldunate era un teólogo de nota y un jurista distinguido antes de los veinte y cinco años. En esa edad fue graduado de doctor en la universidad de San Felipe.

El joven Aldunate se había sentido con vocación a la carrera eclesiástica desde sus primeros años. Educado en el colegio jesuítico, había palpado de cerca las ventajas del sacerdocio para el cultivo de la inteligencia, tenía por maestros a los hombres más sabios del reino; y si no quiso abrazar la vida del claustro, se resolvió al menos a recibir las órdenes sacerdotales. La virtud, que había echado hondas raíces en su corazón, y el amor a las ciencias lo indujeron a pronunciar sus votos.

Entonces, su saber era aplaudido por todo el clero de Santiago: en un examen general de teología a que asistió el obispo Aldai, Aldunate llamó su atención y la de todos los presentes. La fortuna favorecía, pues, sus esfuerzos desde sus primeros pasos en el mundo.

Desde aquel día su carrera fue la de los honores y distinciones; el prestigio de su familia y su ilustración, lo elevaron a las más altas dignidades de la iglesia de Santiago. En 1755, un año antes de celebrar su primera misa, obtuvo el empleo de promotor fiscal eclesiástico. Canónigo doctoral, dos años después, asesor de la audiencia episcopal, provisor y vicario, gobernador del obispado en dos ocasiones, por ausencia de los obispos Aldai y Sobrino, comisario general del santo oficio, canónigo tesorero, chantre, arcediano, y finalmente deán en 1797, había recorrido en cuarenta y dos años los más honrosos puestos de la carrera eclesiástica.

Tantos honores no eran el premio de una vida de cilicios y mortificaciones: al canónigo Aldunate, por el contrario, no se le miraba como miembro de la parte rígida y austera del clero de Santiago. Su reputación le venía de su saber, de su caridad y de su conducta sin mancha; pero era liberal en sus ideas, compuesto en el vestir, afable y cortesano en sus modales: jamás se hizo notar por fastuoso si bien gustaba de algunas comodidades: su jardín era uno de los mejores de la ciudad, y su casa era de ordinario el lugar de reunión de sus numerosos amigos. Solía distraerse con juegos inocentes que no fueron para él objeto de lucro, sino de mero entretenimiento; y su reputación no sufrió menoscabo alguno en el concepto de los hombres que lo miraban como sacerdote moral en sus costumbres, franco en su trato, caritativo con la indigencia, erudito doctor, orgullo y lumbrera de su patria.

Los estudios, en efecto, habían hecho de Aldunate una notabilidad en derecho civil y canónico, y uno de los maestros más distinguidos del reino. En 1755, a los veinte y cinco años de edad, fue nombrado examinador en sagrados cánones en la real universidad de San Felipe, por el capitán general Ortiz de Rozas: al siguiente año el presidente don Manuel de Amat hizo los primeros nombramientos de los catedráticos que debían enseñar en la misma universidad, le encargó la cátedra de instituta. De documentos auténticos consta que la regentó con general aceptación por el término de doce años.

Desempeñaba aquel cargo, cuando fue nombrado rector del cuerpo universitario, en la elección anual de 1764. Joven entonces, Aldunate se veía elevado a una dignidad a que no alcanzaron sus predecesores, sino después de largos años de estudio, y en una edad próxima a la decrepitud. Con mayor empeño que aquellas, emprendió trabajos en la reforma de estudios, y en la construcción y mejora del claustro. Con este motivo fue reelecto al siguiente año, y nombrado por tercera vez, por el gobernador Guill y Gonzaga, con desprecio de los estatutos de la corporación.

Aldunate se sentía impulsado en su carrera literaria por cierto amor de gloria que le daba aliento para proseguir en el estudio: en 1768 hizo oposición a la cátedra de prima de leyes, que dejaba vacante la muerte del doctor don Santiago Tordesillas, sometiéndose gustoso a las más apremiantes pruebas. Los doctores que componían la comisión examinadora, tuvieron que admirar el alto grado a que había llegado el saber del pretendiente: en la lectura de su discurso, fue interrumpido por los aplausos, y antes de concluir, se le aviso que la comisión se hallaba completamente satisfecha de su primera prueba. El claustro universitario admiró sus otros exámenes, y le confirió la propiedad de la cátedra.

El desempeño, de esta lo ocupó hasta el año de 1782, en que fue acordada por unanimidad su jubilación. Durante ese tiempo se manifestó empeñoso en la enseñanza, y laborioso en el estudio. La tradición ha conservado hasta el día, el recuerdo del tino superior y la paciente laboriosidad con que ilustraba al discípulo, en ese sutil embolismo del sistema escolástico.

Pero no sólo se distinguió en la enseñanza: en el tribunal eclesiástico había dado pruebas de gran prudencia para resolver con sigilo y por los medios de una honesta transacción, las escandalosas cuestiones que solían suscitarse. Paciente y tolerante con los contendientes, resolvía al fin en términos corteses y afables, amonestando con dulzura y aun con palabras chistosas, que no ofendían a las partes, ni a su propia dignidad.

Esa misma jovialidad le era característica: en él la alegría fue habitual, porque era el reflejo de su conciencia; mas nunca la llevó a los asuntos graves que tanto ocuparon su espíritu. Encargado del gobierno de la diócesis en 1771, por el obispo Aldai, que pasaba a Lima para asistir al concilio provincial, se condujo, con notorio acierto. Los principios liberales en materia contenciosa con el poder temporal, le valieron las honrosas palabras que siguen, tomadas de un informe que aquel ilustre prelado dirigió al rey:

«Regresado de Lima al cabo de dos años, hallo que ha gobernado la diócesis con celo conservando la disciplina eclesiástica, el buen arreglo del clero, y velado sobre la conducta de los curas; con prudencia, pues, no ha tenido competencia alguna con las justicias reales, ni con las religiones; por cuyo motivo me han aplaudido todos su gobierno y principalmente vuestro gobernador y capitán general de este reino, y los ministros de esta real audiencia quienes han podido experimentar su talento más inmediatamente por la asistencia que en este tiempo ha tenido a las juntas de aplicaciones, y de remates de las temporalidades de los regulares de la compañía.»

Aldunate, en efecto, formaba parte de la dirección general de temporalidades de Indias, encargada de enajenar los bienes de los regulares jesuitas. Esta comisión, que desempeño con general aplauso, era tanto más desagradable para él cuanto que tenía profundas simpatías por aquel orden. Entre sus miembros contaba numerosos amigos, maestros o condiscípulos, a quienes protegió en su desgracia y proscripción por cuantos medios estuvieron a su alcance: el sapientísimo, padre Lacunza le da el apodo de benefactor y amigo «en una carta que he tenido a la vista, fechada en Imola en 23 de setiembre de 1791.

En esa misma carta le anuncia el jesuita Lacunza, quedar concedida por su santidad para el reino de Chile, la festividad del corazón de Jesús, según había solicitado Aldunate.

Esta nueva prueba de piedad, era un mérito más ante los devotos colonos y ante las autoridades del reino, que informaron al rey de sus virtudes y su saber, y solicitaron para él los puestos más eminentes: el presidente Jáuregui lo presentó en 1778 para el obispado de Concepción, vacante por la muerte de don Pedro Ángel Espiñeira, designándolo como un sacerdote de genio suave, insinuante, entendido, ilustrado y predicador de renombre. Aldunate había sido en realidad uno de los oradores más distinguidos, hasta que a causa de haber perdido los dientes, su pronunciación se hizo débil y confusa.

Tan empeñosas solicitudes fueron oídas al fin en la metrópoli: hicieron que fuese promovido al episcopado de Guamanga en 1803.

En esa época, Aldunate contaba 73 años. Sin ambiciones de ninguna especie, cercano al sepulcro, no celebró la promoción, que lo separaba del seno de su familia: pero resuelto a embarcarse para su destino, hizo general cesión de todos sus bienes entre sus parientes y los pobres, fomentando los establecimientos de beneficencia y aliviando a los desgraciados a quienes había socorrido hasta entonces.

Este último rasgo de su acendrada caridad le valió las bendiciones de toda la ciudad de Santiago. Su carácter insinuante le había granjeado profundas simpatías entre sus amigos y discípulos, y esta última prueba de desprendimiento, convirtió en lágrimas sus últimos adioses.

Los años no habían debilitado su espíritu en aquella edad. Alentado por el deseo de plantear mejoras en la diócesis cuyo gobierno se le confiaba, inició una reforma radical en los estudios eclesiásticos, y construyó desde sus cimientos una casa destinada para la práctica de los ejercicios de San Ignacio, con sus propias rentas, y sin perjuicio de las considerables limosnas que repartía de ordinario.

Y no fue esto todo: en un informe presentado en 1804 al ministro de Indias, por el intendente de Guamanga don Demetrio O'Higgins, cuyo principal objeto era pedir mejoras en el orden civil y religioso contra los desmanes de los alcaldes y curas, no se halla nombrado Aldunate más que una sola vez, para hacer presente su celoso empeño en proveer las parroquias vacantes. Aquel informe es únicamente una acusación terrible al régimen eclesiástico de la provincia; y el silencio que guarda sobre la conducta del obispo Aldunate, constituye su mejor elogio.

Su permanencia en Guamanga no fue de larga duración: al salir de Santiago llevaba la persuasión de que lo dejaba para siempre; pero la muerte del obispo Marán vino a dejar vacante esta diócesis en 1807. Con este motivo todas las corporaciones de Santiago elevaron sus súplicas al monarca español, a fin de que se sirviese presentar al obispo de Guamanga para ocupar la sede vacante. Los informes que con este motivo se enviaron a la metrópoli eran altamente honrosos a los talentos virtudes de Aldunate, y la petición fue tan general que el consejo de regencia, instalado en Cádiz a principios de 1810, decretó el pase del obispo al gobierno de la diócesis de Santiago de Chile.

En ese mismo año esta ciudad era el teatro de una agitación liberal que debía desligar para siempre el reino de la monarquía española. Lo que no se había intentado siquiera en doscientos sesenta años, lo hicieron nuestros padres en unos pocos días: quitaron el gobierno al primer delegado de la metrópoli, formaron una nueva administración, y posteriormente, en 18 de setiembre de 1810, crearon una junta gubernativa, representante, como se dijo, del monarca cautivo, pero cuna en realidad de esa gloriosa revolución que conmovió el país hasta sus cimientos, para hacerlo independiente.

En la elección de los vocales que debieran formarla, tocó al obispo Aldunate el honroso puesto de vice-presidente.

Se hallaba todavía en el Perú cuando llegó a su noticia la elección que se acababa de hacer en su persona, y con mayor motivo apresuró su vuelta a Chile. Su arribo a Valparaíso, acaecido a fines de 1810, fue celebrado grandemente por los liberales, y su entrada a Santiago que tuvo lugar a principios del siguiente año, se hizo en medio de una numerosa concurrencia, y con todo el aparato y ceremonias correspondientes a su rango.

El partido novador esperaba un apoyo eficaz en los principios liberales del ilustre prelado. Natural era que el sacerdote que supo conquistar una posición importante por su saber y virtudes, y que siempre había manifestado inclinaciones a cierta independencia, y por las reformas coloniales, abrazase de corazón la causa de la libertad, cuando todavía estaba en su aurora.

Pero la vida de Aldunate llegaba a su término. Contaba entonces ochenta y un años: su cabeza debilitada por el estudio desfallecía junto con su cuerpo, cansado por su persistencia en el cumplimiento de sus obligaciones. Su espíritu se hallaba agostado, y su físico se sentía vencido por las dolencias.

Vivía separado del mundo en una quinta de su propiedad, situada en el barrio de la Cañadilla, rodeado de sus más inmediatos deudos, y sustraído a las borrascosas controversias de la política.

Mucho debieron influir sobre el prelado las sugerencias de sus parientes, si se atiende a la edad que tenía cuando fue colocado en las filas de los que iniciaron el movimiento revolucionario. Desempeñó su encargo como era de esperarse de sus antecedentes, reemplazando a Rodríguez que por entonces ocupaba la provisoría eclesiástica. Si Rodríguez fue un tenaz opositor a toda idea de libertad, Aldunate subrogándolo, trajo un apoyo más a la causa de la revolución, prestándola en la cabeza de la iglesia nacional.



Pero los achaques del prelado se agravaron rápidamente y el 8 de abril de 1811, falleció en brazos de sus amigos. Sus últimos momentos fueron los de un santo.

Decretáronsele pomposas exequias, como a jefe de la diócesis y como vocal de la junta ejecutiva. Sus restos mortales fueron sepultados en la catedral, al lado derecho de la sacristía, en medio de las lágrimas de los pobres y de sus admiradores.

DIEGO BARROS ARANA.

## VI

Don Manuel Salas

Hay biografías que parecen no ser más que una amplificación de los pomposos epitafios que se graban sobre ciertas tumbas. En aquellas, como en estos, se leen un nombre, unas cuantas fechas, una larga retahíla de títulos retumbantes; pero no se lee nada que despierte un recuerdo, una idea, una esperanza. El espectador queda indiferente, helado, delante de esas inscripciones sepulcrales, que son tan frías como los restos humanos a que sirven de cubierta. El lector no siente nacer ninguna emoción en su alma, ningún pensamiento en su cabeza al recorrer esos panegíricos pretensiosos de una nulidad que intenta ocultarse bajo el oropel y el fausto.

Esos epitafios, miserable desahogo de una bien pobre, vanidad, son ciertamente dignos de estar escritos sobre las lápidas de un cementerio. Esas biografías que pertenecen al mismo estilo, merecerían conservarse igualmente en la mansión de los muertos.

Los gusanos roen los cuerpos de esos héroes de comparsa cuya memoria se pretende en vano, salvar del olvido; la intemperie destruye los falsos elogios con que se adornan sus sepulcros; la polilla y el polvo consumen los libros donde se han consignado las vulgares acciones de su insignificante existencia. En breve no queda nada de ellos sobre la tierra; porque, a decir verdad, no han vivido en la grande y real significación de esta palabra.

Pero a diferencia de los señalados hay otros que, para ser recordados, no necesitan que sus hechos se estampen en el papel, o se esculpan en el mármol. Aunque no les compongáis altisonantes biografías, aunque no les erijáis magníficos mausoleos, poco importa; su fama será duradera, porque han sabido ligarla a alguna de esas instituciones sociales o políticas que no pasan en un día. Que los años se sucedan a los años, los acontecimientos a los

acontecimientos, el recuerdo de esos varones preclaros no perecerá jamás, a lo menos mientras la libertad sea reverenciada en el mundo, la caridad amada, los beneficios a la patria o a la humanidad pagados con la gratitud debida.

El día que fueron a sepultarse en el cementerio de esta ciudad los restos de Camilo Henríquez, ese revolucionario famoso que después de haber llenado a Chile con su nombre, y despertado con sus escritos tan opuestas pasiones, moría pobre, retirado de los negocios y casi olvidado de sus conciudadanos, contábase en el reducido grupo de viejos patriotas del año diez que formaban el duelo en pos de aquel ataúd, a don Manuel Salas, su contemporáneo, su íntimo amigo, su camarada en la gran lucha de la independencia. Este ilustre anciano que marchaba enternecido con la reciente pérdida de uno de sus correligionarios, enojado quizá por la injusta pobreza en que había muerto un hombre como Henríquez, clavó casualmente la vista sobre una de esas pomposas inscripciones de que he hablado; y sintiéndose sin duda ofendido al comparar tal ostentación de mentirosas alabanzas con la humilde tumba sin lápida ni epitafio, que iba a servir de última morada al primer periodista chileno, no pudo menos de decir a los que caminaban a su lado, señalándoles con desdén aquella muestra de la vanidad humana: «tendré cuidado de hacer inscribir sobre la losa que cubra mi sepultura, aquí no hay nada.»

Eran la modestia del filósofo, la humildad del cristiano, la indignación secreta por las injusticias de la suerte, las que en esta ocasión inspiraban a Salas semejante frase; pero el orgullo, la conciencia de su mérito, pudieron también habérsela inspirado. Era cierto; él no debía llevar al cementerio, como otros, todo lo que había sido en la vida, sino sólo un puñado de polvo. Aunque su cuerpo muriera, había de quedar viviendo en la sociedad una gran parte de él mismo: los altos pensamientos que había propagado, los establecimientos que había fundado en favor de la instrucción pública, las instituciones de caridad que había organizado. El caudal de gloria que iba a legar a su familia debía consistir, no en un legajo de despachos honoríficos, difícil de sustraer a la carcoma del tiempo, sino en la multitud de beneficios que había hecho a sus semejantes. Tenía, pues, razón en querer grabar sobre su sepulcro, aquí no hay nada. No era en el cementerio, sino en la república donde convenía buscar los rastros de su existencia, habiendo confiado la conservación de su memoria, no a las piedras, sino a la gratitud de los hombres.

Por eso la vida de don Manuel Salas no necesita escribirse; está guardada en los corazones de sus conciudadanos, a lo menos en los de aquellos que se hallan gozando los provechos de sus trabajos.

¿Queréis saberla?

Preguntad ¿quién construyó el tajamar?

¿Quién fundó el hospicio?

¿Quién el primer colegio donde se enseñaron las matemáticas y el dibujo?

¿Quién la biblioteca?

¿Quién favoreció la introducción de la enseñanza mutua en las escuelas primarias?

¿Quién contribuyó en 1819 al restablecimiento del instituto nacional?

¿Queréis saber más pormenores todavía?

Preguntad ¿quién fomentó el cultivo del cáñamo?

¿Quién introdujo el del lino, la morera, la higuera, la linaza?

¿Quién el gusano de seda?

¿Quién favoreció la filatura del cáñamo?

¿Quién enseñó la confección del aceite de linaza por medio de máquinas?

¿Quién la fábrica de la losa vidriada, de la jerga, del paño burdo?

¿Quién la filatura de medias y frazadas en telares mandados traer por él a Europa?

¿Quién hizo explotar, en cuanto era permitido a las fuerzas de un particular, las vetas de metales que encierran nuestras cordilleras, sin que le estimulara a ello el más ligero movimiento de codicia, sino el más vivo deseo de la prosperidad pública?

¿No es verdad que el individuo que hubiera realizado todas las obras que he enumerado, podría con justicia dar por bien empleada su vida? Mas la hoja de servicios de Salas, no comprende sólo los méritos que acaban de leerse.

Desde que en 1807 se trajo a Chile la vacuna, fue uno de sus más celosos propagadores.

La extinción de la sífilis le mereció cuidados no menos solícitos y generosos.

Con un entusiasmo laudable trató de plantear en las prisiones un régimen que rehabilitara al criminal, en vez de sumergirle más y más en la infamia, promoviendo con este fin la fundación de una casa de corrección.

En 1811 debiose a su porfiado empeño que la junta gubernativa promulgara la ley que proclamaba la igualdad de los indios, y ordenaba la abolición de sus tributos.

Habiendo sido electo diputado en el congreso de ese mismo año, contribuyó de todas maneras a que se prohibiese la introducción de esclavos en este país, y se emancipara a los hijos que nacieran de los que en él ya existían. Añadiendo en esta materia la autoridad del ejemplo a la fuerza del raciocinio, había comenzado por manumitir él mismo, antes de que se discutiera la cuestión, todos los que poseía, y por influir para que los miembros de su familia imitaran su conducta en este punto.

Por último, para que fuera mayor su semejanza con Franklin, inscribió también su nombre en el libro de oro de los próceres de la revolución. Si como su modelo de Norteamérica, no arrebató el rayo a los cielos, arrancó a lo menos el cetro a los tiranos. Salas junto con ser un hombre de corazón caritativo, de alma sensible a la desgracia, era al propio tiempo un buen ciudadano. Estaba muy distante de asemejarse a esos filántropos de nuevo cuño que, egoístas e indiferentes a la cosa pública, predicaban la sumisión a todos los poderes, legítimos e ilegítimos, y se creen facultados para exigir a trueque de una limosna la degradación del hombre. Quería la paz y el orden que son tan necesarios a un estado, como la salud al cuerpo; pero no la abyección o el servilismo que contrarían todos los fines de la asociación humana. Era demasiado cristiano para pedir que la justicia reglara las relaciones privadas, y tolerar que la injusticia dominara en la organización de la sociedad.

En 1810 su posición como individuo particular era brillante: el curso natural de los sucesos le presagiaba el porvenir más lisonjero. Ligado por su familia a la más encopetada aristocracia de la colonia, con bienes cuantiosos y una multitud de amigos; abogado en la audiencia de Lima, ciudad donde había hecho sus estudios, y en la de Santiago, ciudad donde había nacido; condecorado con los más altos empleos municipales a que un criollo podía aspirar; estimado de todo el mundo; convertido por su bella índole y sus servicios en favorito del presidente, de los oidores, de todos los grandes funcionarios, personalmente no tenía nada que desear. Para que no le faltara ninguna de las calidades que entonces hacían prosperar, había viajado por España, visitado la corte y dejado en ella poderosas relaciones. Así era acatado como hombre rico, como hombre sabio, como hombre influyente, y lo que es más, amado como hombre bondadoso.

Cualquiera otro que hubiera estado dotado de menos civismo, de menos abnegación, habría tenido por inmejorable y excelente un orden de cosas que le proporcionaba una existencia tan tranquila, tan holgada, tan halagüeña. Salas lo estimó de otra manera, porque atendió para juzgar no a su suerte, sino a la de la generalidad de los chilenos.

Durante sus correrías por la península, la imagen de la patria no se había apartado un sólo momento de su vista. Nuevo Anacarsis, lo había recorrido y examinado todo, siempre con la idea fija de aclimatar en el suelo natal los prodigios de la civilización. A la vuelta, el atraso de su país había contrastado de una manera dolorosa para él con el recuerdo de la prosperidad europea.

Habíase encontrado en una comarca por la cual Dios lo había hecho todo, y el hombre no había hecho nada. Había contemplado con tristeza y amor la fértil tierra de Chile que se extiende bajo el cielo más hermoso del mundo, resguardada al oriente por una cordillera gigantesca y bañada al occidente por un mar sin remolinos ni tempestades, espacioso camino preparado por la Providencia misma para facilitar la comunicación de los habitantes y la exportación de los frutos. Aquel territorio afortunado que ofrecía muestras de todos los climas, estaba libre de todos los azotes de la naturaleza; jamás, el granizo o el rayo anunciaban en él la cólera del Señor.

Los montes de esa cordillera que se alzaba al oriente encerraban en sus entrañas los metales más preciosos; y ese mar que acariciaba con sus olas las riberas del occidente, formaba cómodos puertos y alimentaba pescados de todas especies. Las llanuras

comprendidas entre la cordillera y el mar estaban regadas por una multitud de arroyos, manantiales y ríos que a cortos trechos descendían de la primera para caer en la segunda, fecundando su pasaje, y suministrando el necesario riego a abundantes pastos. En esas llanuras podían cultivarse y propagarse todas las producciones y animales del viejo continente, menos las plantas venenosas, las fieras, los reptiles e insectos nocivos. Para colmo de ventura, muchas de las enfermedades que afligen a otras regiones, eran desconocidas.

Pero en medio de tan grandiosa naturaleza, solo el hombre vivía desgraciado; en medio de una fecundidad extraordinaria, había gentes que no tenían que comer. Ese suelo tan rico alimentaba a lo sumo cuatrocientos mil habitantes, según los cálculos más favorables; y para mayor escarnio todavía los alimentaba pobre y miserablemente. «En este país donde un moderado trabajo bastaría para sustentar a un pueblo numeroso, decía don Manuel Salas describiendo las impresiones que un orden de cosas como este le hacía experimentar, hállanse muchos individuos cercados de necesidades, pocos sin ellas raros en la abundancia. Nada es más común, agregaba, que ver en los mismos campos que acaban de producir pingües cosechas, extendidos para pedir de limosna el pan los brazos mismos que las han recogido, y tal vez en el lugar donde la hanega de trigo acaba de venderse en la era a ínfimo precio. Así no hay comarca en el mundo donde haya menos ancianos.»

Salas conoció toda la extensión del mal, pero no se dejó abatir. Lo que en Chile sucedía era contrario a la naturaleza, opuesto a la voluntad manifiesta de Dios; y, por lo mismo, debía tener remedio. Observó, meditó y al fin se convenció de que la fuente del mal estaba en la falta de industria, en la nulidad del comercio, en la inercia fatal a que la pobreza pública obligaba a sus compatriotas.

Podía decirse que no tenían estos más ocupación que el pastoreo, el cultivo del trigo y la explotación de las minas. Los productos de esas tres industrias carecían de mercados. Veinte y seis buques eran todos los que trasportaban al Perú los frutos del país. Esos veinte y seis buques pertenecían a comerciantes peruanos que imponían la ley a los hacendados chilenos cuyas cosechas, si estos se negaban a las condiciones leoninas de aquellos, tenían que podrirse en los graneros sin encontrar expendio. Extremadamente corto era el número de naves que venía de Europa trayendo géneros en cambio de metales. Las transacciones con las provincias de allende los Andes no eran más activas. La escasez de recursos, limitando en el interior las necesidades a las más imprescindibles de la vida, reducía el consumo a su menor expresión.

De estos datos dedujo Salas que en Chile no se producía más, porque no había a quien vender, y que no había a quien vender, porque eran contados los que tenían con que comprar. Los habitantes, no hallando, pues, en que ocuparse, estaban condenados a la miseria. Para estorbar la despoblación del país, para combatir esa inercia forzada, era preciso abrir nuevo campo al trabajo y a la actividad de cada uno; era preciso suministrar a todos los medios de satisfacer un mayor número de necesidades, a fin de que, junto con enriquecerse cada individuo, proporcionara por el mutuo cambio recursos a los demás. Aumentar los productos y el consumo, reducidos por causas irregulares, era el arbitrio que la razón indicaba para impedir que en adelante los moradores de este suelo privilegiado

estuvieran, como ese rey Midas de los cuentos populares, muriéndose de hambre en medio de tesoros.

Salas al menos lo pensó así; y después de haber estudiado el mal con detención, y descubierto a su juicio el remedio, buscó como dar a este la correspondiente aplicación. Toda su vida debía gastarse en la ejecución de ese pensamiento que para consuelo suyo había de contemplar casi realizado antes de morir. Mas no quiero anticipar los sucesos.

Don Manuel Salas fijose desde luego en dos medidas que estimó de vital importancia para el cumplimiento de sus ideas. Era la primera la destrucción de todas las trabas que embarazaban las relaciones mercantiles de las colonias españolas entre ellas mismas y con la metrópoli. Necesitaba la libertad de comercio, aun cuando no fuera sino con las diversas provincias del imperio de Castilla, para abrir a Chile mercados, poner los capitales en movimiento y atraer embarcaciones a nuestros puertos. Era la segunda, la introducción de nuevas industrias, la explotación de materias que no fueran el trigo o los metales, la dedicación a operaciones diferentes de la crianza de ganados. Esta medida completaba la primera. Después de haberse preparado compradores, era necesario disponer mercancías que pudieran vendérselas. ¿Cómo había de faltar objetos para nuevas industrias en una tierra tan espléndida como la de Chile? «Desde la creación, repetía Salas, ha habido arenques; pero hace solo poco más de dos siglos que Belkinson, enseñando a beneficiarlos, convirtió a la miserable Holanda en una nación rica, y dio ocupación a cincuenta mil personas Y seis mil novecientas embarcaciones.» Convenía, pues, que los chilenos buscasen también sus arenques.

Para ponerlos en estado de efectuarlo, para que aprendieran a arrancar por el arte sus tesoros a la naturaleza, resolvió plantar como un medio auxiliar de sus otros proyectos, la enseñanza de las ciencias exactas y de sus diversas aplicaciones. La ignorancia de los más elementales de estos ramos, jamás estudiados en el país, era una vergüenza para sus moradores, un perjuicio irreparable para los intereses de estos, un estorbo invencible para la futura prosperidad de la nación.

«En Francia, decía Salas, se extrae de la mayor profundidad el carbón de piedra con ayuda del vapor; allí merece las meditaciones de los sabios un vil combustible, y aquí no las merece el oro; allí se tiene por feliz invento el que ahorra la fatiga a los caballos, y aquí ni aun se piensa en sustituir las bestias a los hombres reducidos a las tareas más rudas y mortíferas. El conocimiento de las ciencias útiles, prácticas, es lo único que puede sacarnos de tan triste situación. Es urgentísimo que nuestros hijos se dediquen a aprenderlas.»

En la colonia nadie oponía objeción seria a pensamientos tan benéficos, de utilidad tan evidente, como los que dejo señalados; cuando más, algunos levantaban contra ellos dificultades pecuniarias de ejecución. Entonces, nuestro filántropo cuidaba de demostrar que no eran imposibles de allanar, y si se veía estrechado por las observaciones económicas de sus contendores, no reparaba en ofrecer de su propio caudal cuanto fuera preciso para tentar los primeros ensayos. Ningún sacrificio le parecía excesivo, con tal de llevar a cabo su sueño de un hombre de bien, como él denominaba a su proyecto.

Por fin, después de muchas discusiones, cuando hubo ganado la aprobación de las autoridades coloniales, comenzó a dirigir a la corte memorias sobre los puntos mencionados. Principiaba por desarrollar en ellas con colores sombríos el cuadro de la colonia. A la situación presente oponía lo que Chile podía llegar a ser, si se dictaban providencias para levantarle de su postración. Concluía indicando las que a su juicio debían llevar al deseado fin, es decir, la abolición de las trabas comerciales; el envío de una comisión de hombres científicos y de prácticos en la industria, para que explorasen el país, diesen instrucciones a sus habitantes e introdujesen nuevas labores; la protección a las siembras del tabaco, del lino, del cáñamo; a las fábricas de papel, de cola fuerte, de clavos, y de planchas de cobre; a la exportación de la lana hilada o en bruto, de la pluma y del crin; a la composición de la carne salada; al impulso y mejora de las curtiembres; a la preparación del cardenillo, de la sal amoniaca, de la potasa y cenizas gravelosas; a la explotación del vitriolo y demás sales, del zinc y demás metales. Para hacer posible la planteación de estas diversas industrias, proponía la fundación de cátedras destinadas a la enseñanza de las matemáticas y de las ciencias físicas.

Como se ve, todo esto no era sino la realización del gran pensamiento que le dominaba para conseguir el progreso material de Chile; aumentar la producción y el consumo, enriqueciendo a los habitantes por el ensanche de sus trabajos, y poniéndolos por el estudio en aptitud de sacar provecho de los elementos naturales con que el suelo les brindaba.

Salas creyó desde luego que el gobierno metropolitano no tendría embarazo en acceder a una solicitud que a nadie perjudicaba y que a todos favorecía; a una solicitud que, al precio de algunos gastos insignificantes para una nación, había de proporcionar las mayores ganancias a los súbditos y al estado. El tiempo desvaneció pronto sus ilusiones; la desconsoladora experiencia le hizo temer que su sueño de un hombre de bien fuera un sueño para siempre.

La corte de España archivó sus memorias, y dejó las cosas de Chile como estaban. ¡Tantas doradas esperanzas quedaban así reducidas a unas cuantas conversaciones y a unos cuantos pliegos de papel escrito!

Hubo más todavía.

Don Manuel Salas había logrado fundar con el título de academia de San Luis, un colegio donde se enseñaban las primeras letras, la gramática, el dibujo y los ramos más elementales de las matemáticas. La corte suspicaz de Madrid recibió informes enviados de Chile mismo, que le pintaban este establecimiento como una innovación peligrosa, e impartió órdenes terminantes contra la institución y el fundador. Necesitó Salas de toda la protección del presidente don Luis Muñoz de Guzmán, cuyo afecto había sabido granjearse, para escapar de las persecuciones y salvar de la ruina el inocente colegio que a tanta costa había organizado.

Después de tales desengaños convenciose de que la España no haría nunca nada en favor de sus colonias; y desde ese momento estuvo dispuesto en su alma a sostener cualquiera empresa que se maquinara contra ella. Como individuo no había recibido agravios de la metrópoli; pero los había recibido como ciudadano, y eso bastaba. Los hombres del temple

de Salas no ponen nunca en la balanza, para decidirse, la conveniencia privada en contraposición a la conveniencia pública.

Cuando la hora de la revolución hubo sonado, Salas no vaciló. «Venga abajo, dijo, un régimen social que es un obstáculo invencible para el bien; un régimen social que sujeta al hombre a la miseria en una tierra que es un verdadero paraíso.» No se detuvo por un instante a sumar y restar las ventajas e inconvenientes que aquella resolución podía causar a sus intereses particulares. Vio la palabra Justicia escrita por divisa en la bandera de los revolucionarios, y se colocó al lado de ellos sin demora, sin hesitación, sin mirar para nada ni atrás ni adelante.

Salas, desde el principio fue, no uno de esos patriotas que deseaban en el secreto de la conciencia un cambio en las instituciones coloniales, sino un patriota a cara descubierta, de esos que manifestaban impaciencia por andar pronto. En el congreso de 1811 perteneció a la minoría de los trece diputados exaltados.

Sin embargo, don Manuel Salas no fue uno de aquellos que imprimió dirección al movimiento; de carácter blando, de corazón sensible, no era uno de esos individuos enérgicos que llevan siempre la mano en la empuñadura de la espada, y que parecen ser, por derecho de nacimiento, los caudillos de las revoluciones. Había venido al mundo con una misión más pacífica; estaba destinado a llevar en sus manos no la espada o el fusil que dan la muerte, sino catecismos que repartir a los niños de la escuela, semillas de lino o gusanos de seda que distribuir a los industriosos.

Pero si no fue caudillo, fue el consejero de los caudillos; si no revistió la casaca, manejó una pluma que ha trazado algunos de los escritos más vigorosos de la época en favor de la causa americana. Bajo la inspiración del buen sentido, redactó folletos de estilo popular, como el Diálogo de los porteros, por ejemplo, contundentes por la lógica de los raciocinios, atractivos por la multitud de chistes y agudezas con que los razonaba. Con el auxilio de esos folletos, hacía comprender el motivo de la lucha y la santidad de la causa a todas las jerarquías de la sociedad, a los individuos de la aristocracia y a las gentes del pueblo; y prestaba de esa manera el mayor servicio al partido que había abrazado.

En medio de las agitaciones del revolucionario, de las meditaciones del publicista, de las tareas del panfletero, tuvo todavía tiempo que dedicar a la ejecución del gran pensamiento de que, puede decirse, había hecho el objeto de su vida. Aquella época de trastorno, en la cual sobre todo, se trataba de destruir, no era ciertamente favorable para llevar a cabo proyectos de mejora social. Sin embargo, aun entonces la constancia y la fe de Salas, no quedaron infructuosas. Algunos de los artículos de ese programa que él, sin más apoyo que sus fuerzas, había intentado poner en práctica durante el coloniaje, habían merecido ser adoptados y ejecutados por la revolución; los puertos de Chile habían sido abiertos a todas las naciones; el gobierno había tomado con empeño bajo su amparo el cultivo de la ciencia; las autoridades nacionales no imitaban el desdén de la metrópoli por el bienestar de los americanos. No obstante, quedaba aún mucho por hacer. Para contribuir a realizar lo que faltaba, don Manuel Salas promovió el establecimiento de una Sociedad económica de amigos del país, cuyo instituto debía tener por fin el fomento de la agricultura, de la industria y de la educación pública en todos sus ramos.



Bajo la nueva organización de Chile, el sueño de un hombre de bien iba en camino de convertirse en realidad. Salas se entregaba con un entusiasmo generoso al cumplimiento de su noble misión; sentíase alegre al ver que sus ilusiones estaban próximas a verificarse. Con todo, de cuando en cuando experimentaba temores, y arrojaba miradas escudriñadoras al porvenir. Mientras él inventaba planes para la felicidad de sus semejantes, la cuestión política se debatía con éxito dudoso en los campos de batalla. ¿Quién sabía lo que podía suceder?

Un primer desengaño le había quitado esa confianza ciega que le había halagado en su juventud, de que basta querer el bien para lograrlo. La corte había contestado con la indiferencia a los proyectos de posible ejecución que le había dirigido, para procurar la ventura de sus compatriotas. Una real cédula, órgano de la calumnia, le había amenazado con molestas persecuciones, porque había fundado un colegio. Después de tan amarga experiencia ¿podía lisonjearse de que sus pruebas estuvieran terminadas, y de que le sería lícito trabajar tranquilo en su obra?

En efecto, esta vez la caída de las bellas alturas en donde habitaba su alma, fue más terrible que la primera. A fines de 1814, como todos lo saben, Chile sucumbió de nuevo bajo el imperio español. Los reconquistadores de esta tierra mostráronse tan rudos y crueles como los conquistadores del siglo XVI. Los patriotas que cometieron la imprudencia de permanecer en el país, tuvieron bien pronto que arrepentirse de su temeridad. Salas que no había hecho mal a nadie, fue a expiar, como otros muchos venerables chilenos, en el presidio de Juan Fernández el crimen de haber reclamado contra la injusticia; y no salió de allí, hasta 1817 después de la batalla de Chacabuco.

Apenas hubo recobrado la libertad, tornó otra vez a sus perseverantes trabajos por el bienestar del pueblo, por la difusión de las luces. No existe establecimiento benéfico de esa época, desde la escuela hasta el cementerio, en cuyo fomento o creación no interviniera.

Aunque jamás dejara de ocuparse de la cosa pública, rehusó siempre con firmeza toda participación directa en el gobierno. Mas si no se le encuentra bajo el solio de los mandatarios, se le halla en todas esas comisiones que producen grandes beneficios a los estados, pero que no dan a los individuos que las componen ni poder ni emolumentos.

Salas había descuidado toda su vida sus negocios privados por atender a los generales. La herencia que había recibido de su familia estaba reducida a la mitad. La poca atención que prestaba a su incremento y la generosidad con que empleaba sus rentas en toda especie de obras de beneficencia, amenazaban consumir hasta el último real del caudal que había heredado. Entre tanto, tenía hijos cuya suerte se creía obligado a asegurar. No pudiendo, sin embargo, resolverse a gastar en rehacer su fortuna ese tiempo que deseaba aprovechar en objetos tanto más importantes, determinó entregar a sus hijos cuanto poseía, reservando para sí únicamente una pensión alimenticia. Después de este acto de desprendimiento, se dedicó todo entero a trabajar por la felicidad de los demás, con el empeño que otros habrían desplegado en amontonar un tesoro. La hacienda que trató de adelantar fue a hacienda del pueblo, esa industria nacional que desde joven había concentrado todos sus desvelos.

En recompensa de tanto amor a los hombres, tuvo la dicha poco común de recibir el amor de esos mismos hombres que no siempre se muestran con sus bienhechores tan agradecidos como debieran. Salas vivió rodeado del respeto, de la veneración general. No solo sus compatriotas sino los extranjeros, rendían acatamiento a su virtud.

El gobierno de Colombia le nombraba su encargado de negocios cerca del gabinete chileno.

Don Francisco Antonio Pinto le saludaba como «el más constante apoyo de la prosperidad de Chile.»

Don Manuel O'Leary, edecán de Bolívar, de quien este bravo irlandés había hecho su ídolo, se regocijaba al saber «que el libertador podía vanagloriarse de haber encontrado un admirador en el más virtuoso ciudadano de esta república.»

Don Mariano Egaña, entonces nuestro ministro plenipotenciario en Londres, obtenía del gobierno la promesa de que tan luego como se establecieran en el país las colonias extranjeras que aquel estaba agenciando en Europa, una de ellas se llamaría Salicia en honor de Salas.

Don Claudio Gay bautizaba también, como muestra de estimación a nuestro héroe, con el nombre de Polygala Salasiana a una de las plantas indígenas de Chile, que el expresado naturalista iba a clasificar el primero. El mismo Gay, al confiar a un arbusto la conservación de la memoria de su amigo, explicaba su pensamiento poniendo por dedicatoria estas palabras: al benemérito don Manuel Salas cuya vida fue enteramente empleada en el adelantamiento de su país.

Un gran número de chilenos y extranjeros levantaban espontáneamente una suscripción para colocar en la sala de lectura de la biblioteca, el retrato del ciudadano a cuyo civismo y amor a las luces debía ella su existencia.

A estos tributos de consideración tan altamente lisonjeros, se agregaba todavía otro que lo era mucho más. Nadie en Chile le llamaba sino con el nombre de Taita Salas. Esta expresión vulgar de cariño con que todo un pueblo le proclamaba su padre, era ciertamente el mayor homenaje que pudiera concederse a un hombre.

En medio de esa multitud de elogios, una modestia que no tenía nada de afectada hacía resaltar el mérito del noble anciano.

No consintió nunca en dejarse retratar, y rechazó siempre las instancias que sobre este particular le hacían sus parientes. Para componer los retratos que de él han quedado, fue preciso que un artista copiara sus facciones a hurtadillas, oculto detrás de un escondite.

El ilustre patriota don José Miguel Infante tenía el cuidado de ir consignando en las columnas del Valdiviano Federal que redactaba, las necrologías de todos los individuos que habían servido a la causa de la independencia con su cabeza o con su brazo. Cuando Salas se sintió aquejado de la enfermedad que debía conducirle al sepulcro, envió a pedir a

Infante, por favor, que le dejara sin lugar en la fúnebre galería, consagrada a la virtud y al patriotismo, que iba formando en su periódico. No quería que sus hechos se escribieran en el papel, como no había gustado que su semblante se hubiera pintado en el lienzo. Infante accedió a la súplica; y así sería en vano que se buscara la necrología de Salas entre las varias que contiene el Valdiviano.

Aunque nunca dejó de tener una opinión en la política y aun de manifestarla por la prensa, las pasiones de partido callaban siempre en su presencia, y respetaban su persona. Todos los bandos le tributaban la amplia justicia que merecía.

Haré aquí de paso una advertencia. Sucedió a Salas, lo que a algunos otros de sus contemporáneos: la edad calmó la exaltación de sus ideas. Él, que había sido tan ardientemente revolucionario desde 1810 hasta 1815, durante la segunda parte de su existencia, habíase convertido en conservador, pero en conservador ilustrado y tolerante.

Esta noble vida fue coronada por una hermosa muerte, la muerte del cristiano que tiene la conciencia de haber cumplido con su deber, y que no lleva ningún remordimiento.

El 28 de noviembre de 1841, los miembros de su familia rodeaban el lecho del bondadoso anciano, cuya existencia se iba desvaneciendo sensiblemente, aunque con la mayor tranquilidad. Todos, conmovidos como era natural, guardaban un silencio religioso. Ninguna convulsión, ningún estertor anunció la agonía del moribundo, que expiró apaciblemente, como quien se duerme después de haber desempeñado su tarea.

Los dolientes permanecían silenciosos e ignorantes de que no era ya más que un cadáver ese cuerpo querido que ocultaban las coberturas de la cama.

Habiéndolo notado el primero don Pedro Palazuelos, a quien un antiguo y tierno afecto le había dado en esta ocasión solemne un lugar entre los nietos de Salas. «Demos gracias a Dios, dijo, porque le ha llevado a descansar. Ha trabajado ochenta y seis años por los demás; es justo que ahora repose y reciba el premio que ha ganado.»

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

## Don Juan Mackenna

Vea el lector en las pocas palabras que copiamos arriba, el merecido elogio del desgraciado brigadier Mackenna. La corporación que las dictaba quería vindicar su nombre de un borrón que el espíritu de partido pretendía echarle encima, acusándolo de haber denunciado un duelo a que lo había provocado un caballeroso enemigo, y que él había admitido.

Tan injuriosa imputación no podía dañar el crédito del hombre cuyos hechos forman esta biografía: aquellas palabras son una satisfacción innecesaria. Las páginas siguientes pondrán de manifiesto el carácter elevado de aquel infortunado y benemérito general.

Nació don Juan Mackenna en la pequeña ciudad de Chogher, condado de Tirona, en Irlanda, el 26 de octubre de 1771. Fueron sus padres Guillermo Mackenna Eleonor O'Reilly, vástagos ambos de dos distinguidas familias católicas.

Mackenna fue educado en las creencias de sus mayores, y destinado por su tío materno, el conde O'Reilly, al servicio militar de España, en donde él se había labrado una lúcida carrera. A los 13 años de su edad salió de Irlanda, y alcanzó una colocación en la real academia de matemáticas de Barcelona. Su natural contracción le valió a los 21 años el grado de ayudante del cuerpo de ingenieros de ejército.

Antes de esa edad, a los 16 años, Mackenna salió accidentalmente del colegio, con el grado de cadete en el regimiento de Irlanda, para servir en la campaña de África en 1787. Su cuerpo fue destinado a reforzar la guarnición de Ceuta; y en el sitio que sostuvo la plaza contra los ataques del marroquino, se hizo acreedor a los elogios de su jefe, y al grado de subteniente. El general don Luis Urbina, comandante de la plaza, lo agregó a su guardia, que corría de ordinario los mayores peligros.

Sus aptitudes le abrieron una carrera a los 20 años, y su valor le importó a su edad un grado honroso en el ejército. De éste ascendió al de teniente de ingenieros, cuando se abrió la campaña del Rosellón contra la república francesa, aunque no se incorporó al ejército hasta el segundo período de la guerra.

Esa campaña fue sólo una serie de desastres: los generales franceses batían por todas partes al ejército español que se defendía sin táctica, aunque con heroísmo singular. En uno de los sucesos más gloriosos para las armas españolas, en el sitio de la plaza de Rosas, Mackenna alcanzó nuevas distinciones, y el grado de capitán con que le premió el rey, el 22 de marzo de 1795.

Después de la capitulación de aquella plaza, Mackenna fue incorporado a la división de la izquierda del ejército de Cataluña, acampado entonces en el pueblecito de Bañolas, sobre el río Fluvia. En uno de los frecuentes encuentros que se tenían con los franceses, cupo la gloria al capitán Mackenna de asegurar la victoria, según consta del siguiente documento: «Certifico que el capitán e ingeniero extraordinario don Juan Mackenna estaba a mis

órdenes en el ataque que dieron los enemigos a las tropas de Bañolas el día seis de este año, y viendo que un batallón de Migueletes huía desordenadamente del enemigo, se me ofreció voluntariamente para ir a contenerlo y llevarlo al enemigo, lo que consiguió a fuerza de mucho trabajo y riesgo, no sólo a recuperar el punto que había abandonado, sino a pasar el río y perseguir al enemigo, y sin embargo de estar herido en un pie, no se retiró sino que continuó hasta concluirse la función animando a la tropa y dando pruebas de su espíritu y amor al servicio de S. M. y para que conste y sirva al interesado para los fines que le convenga, doy la presente en Gerona a 21 de septiembre de 1795. -Marqués de la Romana.»

Mackenna continuó al servicio de la misma división y fue nombrado cuartel maestre de toda ella, después de haber levantado un plano de Bañolas: desempeñó su destino hasta el restablecimiento de la paz, en julio de 1795.

Entonces pasó a Madrid, a solicitar el grado de teniente coronel a que lo hacían acreedor el combate de Bañolas y la ordenanza militar del reino. La corte no le desconoció el mérito contraído en aquella campaña; pero se excusó con pretextos frívolos, que sólo probaban cuan corto era el aprecio que de sus buenos servidores hacía el gabinete.

Mackenna había solicitado la mano de una joven española, y sólo esperaba la concesión del grado a que era acreedor para efectuar su matrimonio. El desaire que recibió en la corte, vino a desalentarlo en sus pretensiones; desde entonces se determinó a embarcarse para América, a fin de labrarse una carrera y de sustraerse a las miradas de esos cortesanos que conocían su postergación.

Tomada esta resolución, Mackenna no halló atajo en la negativa de sus padres. En octubre de 1795 se embarcó con dirección al Perú, a cuyo virrey venía recomendado. En mayo del siguiente año llegó al Callao, después de haber atravesado las pampas de Buenos Aires y el reino de Chile.

Parecía al fin que la fortuna iba a sonreírle, y que su desgracia debía encontrar un término en el Perú. Era entonces virrey don Ambrosio O'Higgins, irlandés como Mackenna, y como éste emigrado y aventurero, hombre perspicaz y activo, que de sobrestante de obras públicas alcanzó a ser el primer delegado de los reyes de España en la América del Sur.

Mackenna fue introducido fácilmente a la presencia del virrey. Ambos se comprendieron desde luego: O'Higgins vio en el capitán de ingenieros un brazo poderoso para la realización de ciertas obras que meditaba: ese joven poseía una inteligencia despejada y llena de recursos, vastos conocimientos científicos, un trato afable e insinuante, y un entusiasmo singular en el cumplimiento de sus obligaciones. El virrey conoció todo esto; pero no queriendo darle, desde el momento un destino en que pudiese comprometer la confianza que en él hacía, le encargó sólo que levantase un presupuesto de gastos para la reconstrucción del puente de Lima. El trabajo de Mackenna fue aplaudido por los hombres inteligentes.

Esta primera prueba le valió desde luego una gran consideración en el ánimo del hombre que iba a ser su protector. El 11 de agosto de 1797, a los tres meses de haber llegado al Perú, recibió el nombramiento de gobernador político y militar de la colonia de Osorno:

según sus instrucciones, no debía depender de los gobernantes de Chile sino únicamente del virrey del Perú.

Mackenna, sin embargo, no tomó posesión de su destino hasta fines de aquel año. Sus preparativos en el Perú y una corta escala que hizo en Chiloé, para recoger algunas familias que debían acompañarlo a la colonia, lo habían retardado.

Animado de los mejores deseos, el nuevo gobernador comenzó sus funciones promoviendo toda clase de mejoras. En poco tiempo dio buen empleo a los fondos con que el virrey protegía a la colonia, en la apertura de caminos y construcción de una iglesia, formación de una curtiembre y mil otras obras de gran importancia. Él mismo se había constituido en predicador cristiano y había sabido granjearse el aprecio de todos los colonos; su actitud lo asemejaba, más que a un gobernador político, al patriarca de una tribu moral y laboriosa. Alentado por su espíritu de industria construyó dos molinos para trigo, inventó otro para hacer la cidra y emplear la manzana que allí abundaba, abrió canales de regadío, construyó balsas, formó tornos para hilar, fabricó tejas y ladrillos, habilitó terrenos para las siembras y el cultivo, y formó una milicia regular que él mismo instruía.

Con tal contracción la colonia prosperaba, y obtenía crédito ante las autoridades. Mackenna, por su parte ocupaba sus ratos de ocio en escribir memorias sobre la plaza, sus terrenos, sus exploraciones y las mejoras adaptables: algunas de éstas, que se conservan hasta hoy, forman el mayor elogio del empeño y entusiasmo del joven gobernador.

El virrey O'Higgins conoció que había acertado en la elección del hombre que buscaba para el gobierno de esa colonia, a que había tomado tan gran cariño: pero desgraciadamente no todos los empleados de influjo y de valer participaban de sus opiniones a este respecto. Calumniósele atrocemente en la metrópoli, y debilitada su salud por los años y su reputación por sus enemigos, comenzó a ver por momentos que le volvían las espaldas sus antiguos protegidos.

Con este contratiempo comenzaron a escasearle los recursos pecuniarios a tal punto que en una de sus cartas a Mackenna le dice al hablarle de socorros: «He escapado mil pesos de la fiesta de toros, y esta suma junto con un pequeño auxilio de las pobres arcas reales será remitido a Ud. en todo el próximo verano.» Hasta allá iba la escasez de recursos a que lo sometían las intrigas de sus enemigos.

El sucesor de O'Higgins participó de esa opinión contra la colonia de Osorno: era aquél el marqués don Gabriel de Avilés, presidente que fue de Chile. No creyendo que la colonia tenía la importancia que le daba su predecesor, la dejó abandonada a su suerte, sin socorro alguno. La desgracia fue mas allá todavía: la colonia vendía sus productos a la guarnición de la plaza de Valdivia, más hubo un especulador que contratase con el gobierno el abasto de su situado o sueldo en víveres y efectos, y la decadencia de Osorno fue inevitable.

La ruina de la colonia vino a llevarse consigo las lisonjeras esperanzas que había concebido Mackenna. Había visto consumirse en infructuosas tareas, once años de su vida, lejos de toda sociedad culta, sin alcanzar honores, ni más ascenso que la efectividad de

capitán que se le concedió en 1802. La desgracia no lo había dejado de la mano, y ya desesperaba del porvenir, cuando en 1808 recibió la orden de pasar a Santiago.

El cambio de residencia valía para Mackenna una esperanza. En la capital, en presencia de los jefes, debía alcanzar un premio a sus trabajos, y alivio a sus desgracias. El olvido con que se habían mirado sus servicios, le era tanto más doloroso cuanto que su familia se hallaba en la mayor pobreza y sus sueldos no bastaban para remitirle más que un módico subsidio.

Alentado por esta esperanza, llegó a Santiago en mayo de 1809, a ponerse a la disposición del presidente García Carrasco. En esa época las autoridades creían que el país se hallaba amagado de una invasión francesa; Mackenna debía emplear su ciencia para fortificar el reino, y preparar la resistencia. Con esto sólo su carrera quedaba abierta.

Sin embargo no fue esto lo que sucedió: el presidente no tenía el don de conocer a las personas, y empleó únicamente al ilustrado capitán de ingenieros en fijar los puntos del camino de Valparaíso en que debieran construirse posadas de alojamiento.

Este nuevo desprecio no le desanimó: tenía ya elevada una solicitud al virrey del Perú para alcanzar reparación de ese olvido en que había quedado por once años; en ella no exigía más que una obra de justicia, pero Abascal desatendió su reclamo, del mismo modo que la corte de Madrid años atrás.

Mackenna no pudo ya soportar tanto ultraje: el gobierno español no sólo no remuneraba sus sacrificios, sino que parecía complacerse en vejarlo, y vejarlo en aquellas circunstancias, cuando debían ser tan pocos sus amigos y defensores en la lucha que se iba a iniciar. Asomaba entonces en efecto la revolución, arrastrando desde su principio a los hombres más influyentes y acaudalados del reino. Mackenna entró también en ella; su familia había sufrido en su patria los estragos del despotismo y él mismo era víctima de ese sistema que se iba a combatir, acababa por otra parte, de contraer matrimonio en Santiago, con la señorita doña Josefa Vicuña y Larrain, cuyos deudos se habían alistado en la falange revolucionaria.

Desde el primer momento, Mackenna pudo prestar grandes servicios a la causa de los novadores.

La revolución triunfó al fin: ella encontró en Mackenna un apoyo eficaz: era el militar más experimentado y entendido que residía en Chile, y si la cuestión había de ventilarse con las armas, él debía contribuir poderosamente a inclinar la balanza en favor de los principios liberales.

En poco tiempo más se presentó a las autoridades revolucionarias el caso de ocuparlo. Tratábase de armar el reino so pretexto de defenderlo contra una invasión extranjera: se formó una comisión que debía presentar un plan de defensa, y en ella entró Mackenna por nombramiento del cabildo en 26 de octubre de 1811. Con este motivo escribió una larga memoria, que corre impresa entre los documentos de la historia de la revolución del padre Martínez. Según él la defensa del país no era una obra difícil; se necesitaba de plata y era

preciso levantar impuestos, pero el gobierno español no había comprendido los intereses militares de sus colonias. Sobre este último punto había dirigido años atrás al jefe del cuerpo de ingenieros de España otra curiosa y determinada memoria.

Este fue el primer mérito contraído para sus posteriores ascensos: el entendido capitán de ingenieros fue nombrado gobernador interino de Valparaíso, en 26 de enero de 1811, por remoción del propietario don Joaquín Alos.

La elección era muy acertada. El gobernador destituido había sembrado el descontento contra la junta de Santiago, y se manifestaba indiferente en la fermentación que movía los ánimos. Mackenna iba a calmar esa efervescencia por medios pacíficos, y sólo en caso de necesidad echaría mano de un piquete de dragones.

No fue necesario este último recurso: el nuevo gobernador se distinguía principalmente por su carácter insinuante, y empleó sólo su afabilidad. La tradición no ha conservado más que recuerdos honrosos de su gobierno. Ejerció su poder con prudencia y firmeza: no vejaba a sus gobernados, ni desatendía los intereses de las autoridades que representaba.

Aquel puerto es verdad, no fue el teatro ya de conmociones ni de peripecias políticas; pero cuando hubo sospechas de peligro, Mackenna no trepidó en exponer su vida en defensa de la causa de los liberales. Esto sucedió el 2 de abril, a consecuencias del malogrado motín de Figueroa.

Entonces se dijo que debía sublevarse una división de trescientos auxiliares que se hallaban en las Tablas, a inmediaciones de Valparaíso: en el primer momento se creyó que tenía participación en el movimiento de Santiago y que debían apoyarlo. Mackenna abrigaba ya estas sospechas, y las comunicaciones de la capital le avivaron sus recelos; pero no tardó en presentarse en el campamento de los auxiliares, a fin de conocer su verdadero espíritu y de reducirlos a la obediencia en caso de insubordinación. Este rasgo de decisión fue sin embargo innecesario; los auxiliares se manifestaron fieles al gobierno establecido.

El gobierno de Mackenna concluyó el 8 de septiembre de 1811. Una asonada militar dirigida por don José Miguel Carrera, había operado un cambio gubernativo en la capital y creado una nueva junta de gobierno. Mackenna fue llamado a tomar un asiento en ella, y la comandancia general de artillería. En marzo se le había elevado a teniente coronel y comandante general de ingenieros, y en 19 de septiembre fue ascendido a teniente coronel graduado.

Las revoluciones son de ordinario muy poco justicieras; pero la de Chile se manifestaba equitativa con Mackenna. Ese hábil ingeniero que servía tan eficazmente a la España desde los diecisiete años de edad, frisaba ya en los cuarenta sin alcanzar más que la efectividad de capitán. Sus servicios a la revolución iban a ser eficaces, y ésta los premiaba con munificencia. Por desgracia, los parciales del nuevo régimen se habían dividido en dos bandos, después de instalada la primera junta gubernativa. Mackenna, por sus relaciones de familia y por su carácter, pertenecía al más exaltado de esos dos partidos. Era éste el que había triunfado el 4 de septiembre con el apoyo de Carrera.



Los hombres que subieron entonces al poder estaban animados de un espíritu de reforma que quería plantear mejoras en todos los ramos de la administración. Las providencias dictadas entonces por el congreso, fueron siempre de alta utilidad para el reino, y acarrearón gran desprestigio a la causa de España; mas su gobierno fue de corta duración. El 15 de noviembre del mismo año, un motín militar encabezado por los Carreras, que se sentían desprestigiados ante el gobierno que ellos habían apoyado en su elevación, echó abajo la junta gubernativa. Mackenna perdió su asiento de vocal, pero quedó con el mando general de artillería.

En las actas de los amotinados, su nombre se hallaba acompañado de justos elogios; pero Mackenna no simpatizaba de modo alguno, con el movimiento. Su desagrado fue público, hablaba de los Carreras con valentía y acritud, y hasta tomó parte en los preparativos de una proyectada contrarrevolución.

Esta fue comunicada a Carrera por dos oficiales de granaderos, don Santiago Muñoz Bezanilla y don José Vijil, y en consecuencia Mackenna y muchos otros fueron aprendidos y encausados. Del largo proceso seguido con este motivo no resultan grandes cargos contra el comandante general de artillería, ni se descubre, a pesar de fútiles declaraciones, el proyecto de asesinar a don José Miguel Carrera, como entonces y después lo han dicho él y sus defensores. Las declaraciones de los testigos eran contradictorias en lo que tocaba a Mackenna: éste apenas los conocía y nunca los había tratado; y la vista del fiscal, que era un subalterno de don Juan José Carrera, oficial de granaderos don Francisco Barros, le fue favorable.

Todo esto no influyó en el ánimo de la comisión encargada por Carrera de sentenciar en la causa: Mackenna fue condenado a un destierro de tres años a la Rioja en 27 de febrero de 1812, y conmutada la sentencia en dos años de confinación a la hacienda de Catapilco por un decreto de la junta de 17 de marzo del mismo año.

Mackenna permaneció en aquella hacienda, indiferente a la política por todo el año de 1812. En el tiempo de su confinación se le encargó la fortificación de Valparaíso y Coquimbo, y en enero de 1813 recibió la comisión de levantar una carta geográfica de Chile.

Se aprestaba para comenzar sus trabajos, cuando fue llamado a Santiago, con gran urgencia; el ejército invasor que enviaba el virrey del Perú contra el gobierno de Chile, había desembarcado en San Vicente y tomaba a gran prisa posesión de las provincias del sur. Carrera salió en breve de la capital, y su hermano don Juan José lo siguió pocos días después, el 5 de abril, llevando consigo a Mackenna, nombrado ya cuartel maestro o jefe de estado mayor del ejército independiente.

Mackenna era sin duda el militar más entendido y experto de cuantos contaba la causa de la independencia de Chile hasta aquel momento. Sus consejos debían ser de gran importancia para la dirección de la guerra; él se presentaba en el campamento como el Ulises de esa falange de bravos; si su cabeza había emblanquecido prematuramente, si su

edad era superior a la de los otros jefes del ejército, su espíritu reunía el aplomo y la prudencia del anciano a la arrogancia y actividad del muchacho.

Los primeros encuentros de la campaña fueron favorables a las armas insurgentes. La aventurada sorpresa de Yervas Buenas introdujo el desaliento y la insubordinación en los invasores; éstos se negaron a pasar el Maule, y su general don Antonio Pareja se resolvió a encerrarse en Chillan.

Con esto la campaña parecía concluida con ventajas para las armas insurgentes. Carrera seguía de cerca a las fuerzas realistas, picándoles la retaguardia con un ejército muy superior en número.

Mackenna recibió entonces el mando de la división de reserva, y con tal destino asistió a la jornada de San Carlos cuando se le dio alcance al enemigo. Él mismo había presentado el plan de batalla, pero desde los primeros tiros pudo ver el desconcierto con que obraban los jefes independientes; el combate fue una verdadera confusión; las tropas huían sin orden ni disciplina, y sin un momento de sangre fría del cuartel maestro y el heroico arrojo del coronel O'Higgins, el cuadro de realistas que solamente se había mantenido a la defensiva es probable que hubiera tomado una diversa actitud.

Las fuerzas invasoras, sin embargo, se reconcentraron en Chillan: Carrera no pensó más que en estrecharlas por medio de un sitio formal, que puso en la época más rigurosa de uno de los inviernos más crudos que recuerde la tradición. La fortuna iba a abandonar completamente al estandarte tricolor.

Mackenna había levantado por orden de Carrera el plano de las posesiones que debía ocupar el ejército; pero el general en jefe no tuvo a bien adoptarlo. Éste quiso reconocer el terreno por sí mismo en compañía del cónsul norte americano Mr. Poinsett, y se avino a observar otro plan que este último sujeto le proponía.

La injuria hecha al saber del cuartel maestro no le arredró para seguir sirviendo a las órdenes de Carrera. Durante aquel sitio desastrado, Mackenna prosiguió empleando su ciencia y su valor con gran abnegación de sí mismo y de su orgullo. Tan pronto construía trincheras en medio de las lluvias y con el lodo hasta las rodillas, como las defendía en medio de las balas enemigas, y rodeado de los cadáveres de sus subalternos.

El sitio de Chillan comenzó por una intimación de rendición de parte del jefe insurgente, y se acabó por otra de igual especie del jefe realista. En poco más de dos meses, el ejército de Carrera había sufrido todo género de males, y la desertión empezó a diezmar sus filas a gran prisa; inútiles fueron la singular decisión, los padecimientos sin límites y el arrojo heroico de esa falange de valientes en la estación más cruda que cuenta el presente siglo. Un ejército numeroso había puesto el cerco a la plaza; miserables reliquias abandonaron tan desgraciada empresa. Mackenna creyó que era éste el resultado de no haber seguido sus consejos.

Sin embargo, quedaban a la patria algunos recursos, y bastante energía en el pecho de cada uno de sus hijos. La campaña se sostuvo por todo ese año con menos actividad, y sin

otro resultado que la incierta prolongación de la guerra, y el desaliento de los patriotas que veían escasear sus recursos mientras que al enemigo podían venirle del Perú. Durante todo este tiempo Mackenna prestó importantes servicios en las fortificaciones de campaña.

En este período se había distinguido sobre todos los militares un simple jefe de milicias, el coronel don Bernardo O'Higgins. A un arrojo sin límites unía el espíritu organizador de un general; su persona estaba siempre enfrente de los fuegos del enemigo y sus tropas eran las más bien ordenadas en el ejército. La victoria más gloriosa en toda la campana de 1813, fue en su mayor parte alcanzada por él, que ni era jefe de división. Fue aquella la batalla del Roble. En esta acción el desconcierto se había apoderado de los jefes: O'Higgins estaba herido en una pierna y sin embargo a los primeros tiros, preparó una resistencia poderosa con que rechazó al enemigo.

Mackenna contrajo una estrecha amistad con O'Higgins, y era de opinión que nadie sino este debía reemplazar al general Carrera en el mando del ejército.

En ese mismo tiempo la junta gubernativa que residía accidentalmente, en Talca, trataba de quitar el mando a los Carreras, y aún se había hablado de confiárselo a don Marcos Balcarce, jefe de una división de auxiliares argentinos. Mackenna que vislumbró esto se embarcó en Talcahuano en un débil barquichuelo con el pretexto de pasar a la Quiriquina, pero con el verdadero designio de llegar a Talca por el río Maule. Expuso a la junta que Carrera abrigaba la firme determinación de no entregar el mando a un extranjero como Balcarce, pero sí al coronel O'Higgins, y que, según estaba informado, llevaría más allá su patriotismo, ofreciéndose a vencer las repugnancias que manifestaba el modesto O'Higgins para asumir un cargo tan delicado y de inmensa responsabilidad. A todo esto agregaba que era urgente y necesario quitar el ejército de manos de los Carreras quienes, según sus palabras, lo habían conducido con desacierto para Chile, siguiendo las indicaciones de un norte americano de ninguna reputación y de ningunos conocimientos militares.

La junta lo acordó así con fecha 27 de noviembre; mas como siempre se temiese una resistencia formal de parte de Carrera, se le dejó en el mando mientras lo tomaba O'Higgins, quien a la sazón estaba en Talca. Mackenna, entretanto, interponía su influjo para desprestigiar a Carrera ante el gobierno y los soldados. Sus anteriores resentimientos habían resucitado con los nuevos ultrajes; el cuartel maestro odiaba al general en jefe, así como éste a aquél. Mackenna, decía que el general era cobarde y torpe como militar, perverso y déspota como político; y éste escribía en su diario de la campaña que el ingeniero Mackenna no distinguía la cureña de un cañón. Tan exageradas eran sus palabras, tan profundos sus rencores.

Arregladas las primeras dificultades, O'Higgins salió de Talca el 20 de diciembre, en compañía de Mackenna. El día siguiente se juntó con la división auxiliar argentina que permanecía acampada en Longaví.

El nuevo general quería activar las operaciones de la guerra. Su plan era hacer dos divisiones del ejército insurgente, una de las cuales operaría en la línea del Itata, mientras la otra debía quedar en Concepción a fin de impedir el desembarque en las costas de Arauco de los refuerzos que venían del Perú, y de despejar la frontera. O'Higgins se separó de

Mackenna el 30 de enero dejándolo en Quirihue al mando de una división; estaba compuesta de 800 infantes, 100 dragones y 6 piezas de artillería.

Por primera vez iba Mackenna a dirigir las operaciones militares de una división de 1000 hombres. Sus instrucciones, sin embargo, le mandaban mantenerse únicamente a la defensiva en Quirihue; pero, por nueva orden del general O'Higgins, avanzó en breve hasta las márgenes del Itata, y ocupó la posición del Membrillar, que él mismo había fortificado en octubre de 1813.

Las guerrillas enemigas no se atrevieron a inquietarlo en sus atrincheramientos; pero le quemaban los campos en que solía poner sus caballos, y se le presentaban desde lejos para provocarlo a dejar las fortificaciones. La división comenzaba a correr algún peligro; en vano las dispersó Mackenna en Cuchacucha, porque el enemigo recibía refuerzos y se engrosaba de día en día, mientras llegaban a sus oídos los descabros que por otras partes sufrían las armas independientes.

En efecto, la fortuna no había sonreído al general O'Higgins en los primeros días de su mando. A la cabeza de un ejército desmoralizado, sus esfuerzos habían sido infructuosos: las partidas de tropa que había despachado de Concepción, fueron batidas por el enemigo; no pudiendo impedir el desembarque de la división que traía del Perú el general Gainza. Una partida realista se había posesionado de Talca a viva fuerza, adelantando su línea de operaciones hasta la ribera norte del Maule, en camino para la capital.

Mackenna, sin embargo, fortificaba más y más su campo a fin de mantenerse a la defensiva; ni la vista del enemigo, ni las proposiciones que algunos jefes le hacían para buscar la salvación en una retirada, lo decidieron a salir de sus trincheras.

Desde principios de marzo sus posiciones estaban amenazadas por el ejército realista. El general Gainza en persona, con el grueso de sus fuerzas se había acercado al Membrillar y se interpuso en el camino de Concepción que debía tomar O'Higgins para socorrer a Mackenna. Su objeto era atacar en detalle a las divisiones insurgentes; pero a nada se atrevió, vistas las ventajosas posiciones que ocupaba Mackenna.

En ese estado de indecisión que la prudencia hacía guardar al general español, batió O'Higgins las partidas avanzadas del ejército de Gainza, en las alturas del Quilo y se dejó ver de la división de Mackenna. La ruina de Gainza era segura inevitable, si era cogido entre dos fuegos; sólo un ataque atrevido a las posiciones del Membrillar podía salvarlo.

Diolo en efecto en la tarde del 20 de marzo con todas sus fuerzas, pero Mackenna estaba sobre las armas, y firme e impertérrito rechazó el impetuoso ataque de los enemigos, con ventajas tan grandes que los puso en completa derrota y dispersión. Tan decisiva fue la victoria de Mackenna, que ella sola hubiera bastado para poner un término a la guerra, si en aquellos momentos hubiera contado con alguna fuerza de caballería que echar sobre los atemorizados restos de Gainza que tuvieron que refugiarse en las casas de Cuchacucha. En el parte que de aquella victoria dio Mackenna al general en jefe del ejército, firmado en el mismo campo del Membrillar con fecha 21 de marzo de 1814, pueden verse muy minuciosamente detalladas las diversas facetas de aquella memorable acción en que los

soldados patriotas se defendieron contra doble número de enemigos, causándoles a éstos una pérdida que se computa en cerca de 500 hombres entre muertos y heridos. No dice Mackenna en su parte que él hubiese salido herido en esta batalla; pero consta que lo fue en la garganta al tiempo de caer a su lado el valiente Cáceres.

En la tarde del día 22 del mismo mes de marzo se unieron las dos divisiones, la del general en jefe que había vencido en el Quilo y la que acababa de reportar la victoria del Membrillar. El enemigo que se había rehecho en Chillan, acechaba de cerca a los patriotas.

En estos momentos les llega la noticia de la toma de Talca por los guerrilleros enemigos; y, sin pérdida de tiempo, intentan interponerse entre estos y la capital a la que creían en inminente riesgo, después de haber sabido cómo había fracasado la pequeña división que en socorro de Talca se había despachado bajo las órdenes del comandante Blanco.

Patriotas y realistas en línea paralela avanzan sobre el Maule y pasan este río por distintos vados, marchando y batiéndose alternativamente, llegan a Quechereguas y, después de un vigoroso ataque, retrocede el enemigo sobre Talca, dejando el campo por los patriotas. El objeto se había conseguido: la interposición de las fuerzas de la patria entre el enemigo y la capital. La parte que cupo a nuestro héroe en estas peligrosas jornadas en estas marchas forzadas y repetidos encuentros con el enemigo, fue de los más brillantes.

Pero era necesario imponer al gobierno del estado en que se hallaban los negocios de la campaña; era menester que un oficial entendido explicara de viva voz todo cuanto ocurría y ninguno mejor que Mackenna podía hacerlo. Se le comisionó, pues, para que pasase a Santiago con ese objeto, y emprendió su marcha para esta ciudad el día 10 de abril.

Llegado que fue encontró los ánimos en grande agitación. La guerra amenazaba prolongarse por mucho tiempo aún. Los más avisados pretendían que era necesario un cambio en la forma de gobierno; y por último prevalece el dictamen de los que opinaban por el gobierno unipersonal, como el único capaz de dar por su concentración la celeridad que debía inmediatamente seguir a las resoluciones que se tomasen. Se efectúa el cambio poco antes de llegar el comodoro Hillyar trayendo del gobierno de Lima instrucciones para provocarnos a una transacción. Este hace presente el objeto de su misión y se ajustan las capitulaciones de Lircai, que Mackenna firma como uno de los plenipotenciarios del gobierno de Chile. En la siguiente biografía hallará el lector lo que por no repetir omitimos decir sobre estas capitulaciones.

Antes de las capitulaciones de Lircai, obtuvo el grado de general de brigada y después fue nombrado comandante general de armas de la plaza de Santiago. Ocupaba su empleo cuando en la noche del 23 de julio fue arrancado de su casa, aprisionado y desterrado a la provincia de Mendoza. Era la nueva junta de gobierno, criada por don José Miguel Carrera, que reemplazaba al directorio de Lastra, la que imponía a Mackenna aquel destierro.

Salió de Chile para no volverle a pisar. Estaba en Mendoza cuando abrazó por última vez a su amigo el defensor de Rancagua, y a poco tiempo partió para Buenos Aires, no sin que antes hubiese sido provocado a un duelo que no tuvo lugar. A Buenos Aires le siguió

también de cerca don Luis Carrera quien se creía autorizado para provocarlo a un desafío, pretendiendo con él vengar ultrajes que decía haber hecho Mackenna a la familia de aquél.

El duelo fue aceptado por Mackenna: ¡fatal condescendencia! Ella había de privar a Chile de uno de sus más ardientes defensores, de uno sus militares más entendidos, científicos y pundonorosos, de uno de los hombres que habían dado a la nación días de gloria. Pero el odio y la enemistad cegaron a ambos. El uno no vio que era empeño vano pretender que Mackenna fuese capaz de temor, y se desdijese de lo que una vez había firmado; y el otro no tuvo bastante sangre fría para contestar que semejantes cuestiones no debían ventilarse sino en los tribunales de Chile. El desafío fue aceptado sin trepidar.

He aquí la carta provocatoria: «V. ha insultado el honor de mi familia y el mío con suposiciones falsas y embusteras, y si V. lo tiene me ha de dar satisfacción desdiciéndose en una concurrencia pública de cuanto V. ha hablado, o con las armas de la clase que V. quiera y en el lugar que le parezca. -No sea señor Mackenna que un accidente como el de Talca haga que se descubra esta esquela. Con el portador espero la contestación de V. -L. C.»

Mackenna contestó: «La verdad sostendré y siempre he sostenido: demasiado honor he hecho a V. y a su familia, y si V. quiere portarse como hombre pruebe tener este asunto con más sigilo que el de Talca y el de Mendoza. Fijo a V. el lugar y hora para mañana a la noche, y en ésta de ahora podría decidirse si me viera V. con tiempo para tener pronto pólvora, balas y un amigo que aviso a V. llevo conmigo. -De V. M.»

Ambos, puntuales a la cita, concurren al bajo de la Residencia. Era la noche del 21 de noviembre de 1814. Saludáronse, y luego se colocaron a pocos pasos de distancia. Tal vez los dos iban a quedar en el sitio. Salieron los primeros tiros y... nada... el destino vacilaba... sólo el sombrero de Carrera había caído atravesado por la bala de Mackenna. Hubo un momento de esperanza: los padrinos se interpusieron: el honor estaba satisfecho. Pero Carrera exigió que Mackenna se desdijese. «No me desdeciré jamás, gritó Mackenna, y antes de hacerlo me batiré todo un día. -Y yo me batiré dos, contestó Carrera.» No hubo remedio: volviéronse los antagonistas a sus puestos. Los tiros partieron a un tiempo, y Mackenna cayó en tierra. La bala del contrario le había atravesado la garganta. Otra bala más gloriosa se había estrellado impotente en esa misma garganta en el asalto del Membrillar.

¡Así murió el general Mackenna a los 43 años de edad, lejos de su familia, en el destierro, donde debía cubrir sus restos tierra que no era la de su nacimiento ni la de su adopción! ¡Blanda le sea!

HERMÓGENES DE IRISARRI.

## VIII

### Don Bernardo O'Higgins

Quien escribe la biografía de un contemporáneo no es nunca su mejor juez. Por más abnegación, que se proponga, por más imparcialidad de que haga alarde, es imposible que no le arrastren a exageraciones las simpatías, los odios, las veleidades, los caprichos, bajo cuya influencia los testigos inmediatos de las, hazañas o flaquezas de un hombre público se apresuran a aplaudirlas o condenarlas. La historia degenera entonces en panfleto; peca por demasiado implacable o indulgente; atenúa o agrava a discreción; sus elogios son apologías; sus censuras diatribas; y para atemperar los hechos o personajes al sentido de su opinión, para deprimirlos o enaltecerlos a su antojo, tiene que infligirles cruel tortura, que colocarlos como sobre un lecho de Procusto y arrancarles así testimonios calumniosos o gratuitos. El ostracismo, suele decirse con gran énfasis, es la Roca Tarpeya de los grandes servicios, la ingratitud su recompensa obligada; como si los que tales fallos pronuncian pudiesen erigirse en tribunal de última alzada; como si no quedase la apelación al juicio tardío pero imparcial de la posteridad. Ésta viene a rectificar siempre los errores y vehemencias de la ligereza y la pasión; quita lo que habían concedido demás, restituye lo que de menos; da a cada cual estricta y verdaderamente lo suyo; desagravia y absuelve, o increpa y condena, pero en última instancia, sin ulterior recurso. El caso adverso deja de ser entonces un crimen, y la rodilla inclinada ante la iniquidad triunfante, se levanta sin temor. El infortunio llega a ser más bien un fuero de conmiseración; el poder y el valimiento títulos a la más inexorable severidad. Las falsas apariencias, las exterioridades engañosas pierden todo su prestigio; habla solo la verdad.

¿Quién sabe si ha llegado a O'Higgins la hora de esta vindicación? Pero él, que murió en tierra extranjera, que no ha dejado una familia que guarde como suya la memoria de sus virtudes y proezas, y si detractores muchos y enemigos personales, cuyo encarnizamiento no han sido parte a embotar ni el mármol de la tumba ni el transcurso de los años; él, apellidado un tiempo el hijo primogénito y predilecto de la patria, y preterido o infamado después, hasta no temerse envolver en una común adulteración, ofensiva al decoro y orgullo nacional, la historia de la revolución de Chile y su más ilustre protagonista; él, cuyos rasgos magnánimos, y actos más gloriosos habrían sido redargüidos o negados, si por único recremento quedasen no más que reminiscencias confusas o tradiciones contenciosas; O'Higgins, es entre todos los grandes hombres de su tiempo el más acreedor a un cumplido desagravio y el que más lo ha menester.

Al romper Chile por la vez primera la absoluta interdicción del régimen colonial, al asumir el ejercicio de su personalidad nacional secuestrada desde los primeros vagidos de su infancia, dio un paso el más osado y gigantesco. No se declaró desde luego libre y soberano; no decretó la derogación del vasallaje tributado tres centurias a la España. ¿Ni cómo se habría atrevido a negar de repente esa obediencia y subordinación, su suprema ley política, su forma constitucional, dogma de su religión, su modo de ser hasta entonces? La revolución así iniciada habría retrocedido a su primer paso, espantada ante el aislamiento y las maldiciones con que la habría abandonado a su suerte el mismo pueblo objeto de su

solicitud y afanes, que habría llamado inútilmente a secundarla. ¿Ni a cuáles de sus más esforzados corifeos habría podido ocurrir la idea de acometer empresa semejante sin preparación de ningún género, contra resabios, preocupaciones y elementos tantos, que aseguraban la permanencia del orden de cosas a la sazón vigente? Pero si no se inició la revolución a rompe y rasga, por así decirlo, y proclamándose desde un principio su objeto en toda su importancia y extensión, si se la atribuyeron miras sólo secundarias y transitorias; si apenas un pálido arbol de libertad pareció colorir el cielo de la patria en la aurora de su primera existencia, este dulce respiro de una repentina bienandanza se alcanzó también sin los sacrificios y catástrofes que apareja de ordinario el ingreso de una regeneración más violenta.

El dieciocho de septiembre de 1810 es entre los fastos nacionales de Chile el más memorable, y lo será siempre; marca el principio confuso, la tímida intentona de lo que se acomete y lleva después a cabo en toda su plenitud y sin disfraz al uno; el júbilo, el beneplácito, el anhelo general, y la unión de más feliz agüero, prendieron en ese día al advenimiento de todo un pueblo, a la vida política y a la administración de sus intereses. Desde ese día el nombre de Chile pasó a ser la razón social de una nación. Pero este cambio, como ya hemos dicho, no se abrió ex-abrupto y con entera conciencia de su magnitud; la colonia no hizo al principio más que proveer, por sí misma es cierto, pero sin dimitir su condición de tal, al desamparo y acefalía a que la reducían la cautividad de Fernando, y la anarquía e invasiones de que era teatro la metrópoli. Se dio un gobierno propio, independiente, pero nada más que provisorio, destinado a regirla hasta tanto subsistiesen las circunstancias que le daban origen. Y al aventurar esta innovación atrevida, al estatuir su forma, al zanjar todas las dificultades de este su extremo precario en la vida de nación con derechos suyos, obrose colectivamente; cabildo, real audiencia, comunidades religiosas, militares de alta graduación, vecinos respetables, todos cargaron solidariamente la responsabilidad de la gestión común; el pueblo fue su personero. No hubo que arrancar por un golpe de mano lo que fue consecuencia espontánea del acuerdo general; no había llegado la empresa al punto en que fuese menester que el más osado de sus operarios forzase el asentimiento de los demás.

La contemporización primera no podía con todo sostenerse; era imposible poner la proa a la asecuración del objeto final, sin determinarlo de una vez, sin deponer la parsimonia y disimulo de los procedimientos anteriores. Escrúpulos poderosos, desconfianzas, temores, sugerencias siniestras incitaban a rechazar el temerario proyecto de una paladina y completa emancipación; forcejaban inútilmente en sentido opuesto el altivo ardimiento, el ardoroso patriotismo de los novadores más exaltados; la insidiosa reacción asomaba ya la cabeza atisbando una ocasión favorable a su prevalecimiento en las discusiones y perplejidad de sus antagonistas; el bajel revolucionario, destituido de toda dirección pujante y fija, comenzaba a fluctuar a la merced de un mar alterado y de un viento adverso. Carrera, el animoso y audaz Carrera, aparece entonces; arrebató el gobernalle de la zozobranante embarcación, la hace en un punto virar de bordo en el momento en que casi encalla, y con su arboladura improvisada, su endeble quilla, sus delgadas entenas, su intonsa tripulación, el barquichuelo de la república vese a poco navegar viento en popa, con bélico gallardete y con seguro rumbo, al puerto de su aspiración.



Cesaron entonces las medidas paliativas, temporizadoras, medrosas, con que se había iniciado la revolución; desembozó sus conatos, y comenzó, a perseguirlos con franqueza y ahínco. Tuvo que vencer resistencias, que moderar excesos, que afianzar a viva fuerza la concordia y unión de todos sus adeptos, y que tomar de una vez una actitud enérgica y decidida ante sus enemigos exteriores. Y cuando aceptaron estos el reto a muerte que les fue lanzado, cuando se hizo inminente y próximo el peligro de una invasión y fue menester prepararse a rechazarla. ¡Duro noviciado para un pueblo obligado recientemente a bastarse a sí mismo! No bien ha roto el bozal del despotismo y sacudido la apatía y abyección de su pasado, y ya tiene que salir a contrarrestar una agresión de muerte. El genio, la actividad, el celo de Carrera lo sirvieron y sostuvieron en trance tan extremo; alistó y armó soldados, acopió víveres y pertrechos, hizo todos los preparativos necesarios.

La noticia de haber puesto pie en el territorio un ejército numeroso y aguerrido, y avanzar hacia la capital, conquistando todos los pueblos de su tránsito, halló a la patria prevenida y resuelta; y el mismo que había encabezado todos sus aprestos para la lucha, se hizo también su campeón, el jefe de las huestes que debían marchar a combatirlo. Sin esperar su aclamación para cargo tan excelso, anticipándose al consentimiento público, presumiéndolo y forzándolo con el mismo arrojo que para su anterior predominio en el sesgo dado a la revolución; sin dejar tiempo a que por la deliberación se enervase la fuerza del primer ímpetu y se perdiesen las ventajas de un rechazo pronto y vigoroso, sin aguardar a que pasada la alarma y tribulación de los primeros momentos, se diese a su nueva investidura un carácter legal, sin el cual había hecho respetar muy bien la omnímoda y más augusta que acababa de ejercer; voló al punto a detener el progreso de la invasión. Desde las orillas del Maule hízola retroceder hasta Chillan, y la encerró en el recinto de esta plaza con un sitio estrecho, que sostuvo todo un invierno. La impasibilidad de sus adversarios, el cansancio de sus propios soldados, el agotamiento de los recursos y más que nada, los rigores de la estación, pudieron solo obligarle a resignarse a la humillación de levantarlo y de deponer su actitud agresiva para acudir a la reorganización de su tropa, disminuida y descorazonada por esfuerzos tan vivos, tan prolongados y tan estériles.

Este primer quebranto sacó a los patriotas de su estado de aquiescencia pasiva a los actos del que se había erigido en su jefe militar. Desde que la prepotencia y el acierto dejaron de disculpar la usurpación de Carrera, desde que sus últimas operaciones le declaraban momentáneamente vencido, se sublevó en su contra una gritería de censuras odiosas, de recriminaciones encarnizadas. Era para unos un ambicioso temible que subordinaría a su antojo el interés de la patria a su engrandecimiento personal, que no había cooperado a la defensa de la emancipación sino para establecer su propia dictadura y la insolente elevación de toda su familia y parciales; y los que así le juzgaban pedían su destitución sólo como un ostracismo, sin poner en duda sus méritos e insignes cualidades. Otros le achacaban defectos de un general imprudente y cobarde; no sujetaba los soldados a una disciplina severa; les había permitido depredaciones en los pueblos de su tránsito o guarnición, donde habían desacreditado la causa que sostenían; asistía al combate desde lejos, con la espada envainada, teniendo en la mano que debía empuñarla un antejo de campaña, comunicando sus disposiciones por el intermediario de edecanes y ayudantes, y fiando en el primor de las maniobras y estrategia que ponía en juego, más que en la intrepidez de sus bisoños tercios, en el estímulo de su ejemplo personal y de la energía y viva voz de sus órdenes. Y sobre todo, se quería un jefe menos jactancioso y petulante,

menos pagado de su propia valía y superioridad, que no debiese su exaltación a sí mismo, que no tuviese hermanos brigadieres y una familia y clientela numerosas, capaces de contrabalancear con su influencia la de la mayoría nacional. En una palabra, la revolución había menester ahora, no de un caudillo imperioso y arrogante, a un tiempo tribuno y militar, bajo cuyos auspicios marchase como hasta ese momento, sin darse cuenta de nada; sino de un subalterno dócil, de toda su devoción, y que valiese y dominase solo por su medio y con su anuencia. Carrera se había hecho general en jefe por su propia gracia; no admitía otra iniciativa y sujeción que la de su inflexible voluntad. Su destitución debía ser la medida con que el gobierno de la república reasumiese su dirección suprema, hecha a un lado o menospreciada hasta entonces. Y con toda su protervia y altivez, Carrera tuvo que acceder a su separación y a la de sus hermanos del ejército, por la ráfaga de veleidad popular desencadenada a la sazón en su daño. El que solo a la hora de su muerte debía confesarse vencido, y no más que por la Providencia, tuvo que reprimir en silencio los primeros arrebatos de una saña que nada en su vida debía ser parte a aplacar.

El mando en jefe quitado a Carrera no podía ser conferido a otro que a O'Higgins. No era un veterano como Carrera, que antes que en Chile había ya militado en España, y que profesaba la guerra como un arte. La foja de servicios de O'Higgins antes de la revolución estaba completamente en blanco, y toda su teoría de combate, su evolución favorita al frente del enemigo, se reducía a cargar con valor. Pero en las pocas funciones de armas de la reciente campaña, había podido bien verse que de los planes mejor concebidos, de la táctica más certera, de la inspección distante y pasiva de un verdadero general en jefe, muy poco partido podía sacarse con una turba de valientes, indóciles a todo freno, impacientes, rota una vez la pelea, de la menor tardanza o evasión por bien calculadas que ellas fuesen y que el soldado más intrépido, el que para arrostrar el peligro o vencer la dificultad se mostrase, si era preciso, como una enseña viva a los ojos de los demás, ese alcanzaría mejor a la cabeza de ellos prodigios de valor y de heroísmo. La proeza con mucho más espléndida de cuantas habían ilustrado la campaña iniciada, había sido el asalto del Roble, en que los patriotas en un número muy inferior, a las órdenes de O'Higgins, único que entre los oficiales de alta graduación, y con ser que era el de menor, y el menos caracterizado entre todos, no endosó a otro la responsabilidad del mando supremo, vacante en el momento por la fuga obligada de Carrera, resistieron por tres horas descargas, nutridas e incesantes en un ataque obstinado de los realistas, y con una carga a la bayoneta, ordenada y presidida por su caudillo accidental, los pusieron en desorden y, al fin, en la derrota más completa. ¿Qué mejor prueba de que el ardimiento personal valía más que la pericia y la estrategia para conducir a la victoria soldados inexpertos e impetuosos?

Desde esa jornada databa el crédito de bravura de O'Higgins, y en cuanto a la abnegación, la sinceridad y la entereza de su patriotismo, las había probado filiándose desde un principio entre los pocos novadores más exaltados, y participando de todos sus primeros riesgos y ansiedades; y luego, como diputado al primer congreso nacional de tan célebre recordación, como miembro de la junta que organizó Carrera en la capital a la disolución de aquella recalcitrante asamblea, como su plenipotenciario enviado también por Carrera para obviar su conflicto con las que se proclamaron independientes en Concepción y Valdivia, como coronel en el ejército nacional, puestos todos, en que por respeto a su mandato, por subordinación a sus comitentes, por lealtad consigo mismo, había tenido que afrontar compromisos odiosos, incitaciones malignas.

Sobre todo, se buscaban no tanto aptitudes sobresalientes en el que hubiese de ser jefe militar de la revolución, cuanto otras cualidades, simplemente negativas, que por no concurrir en Carrera le habían hecho últimamente impopular e inadecuado en ese rango. Se quería, ante todas cosas, que el nuevo general del ejército, recibiese, no impusiese ni empeñase su promoción; y que ella acusase, a la par que el reconocimiento de las dotes y méritos que la decidían, la voluntad espontánea y soberana de su emanación. Si al mérito especial del elegido se agregaban los accesorios de elevado talento, grande ascendiente, familia aristocrática que en Carrera, ni tendría aquella los visos de enteramente voluntaria que se quería indujese, ni dejaría de ocasionar temores de un antagonismo fatal. Bajo este aspecto, era O'Higgins el más a propósito. Sin la revolución no hubiera sido nunca más que el hijo natural de un virrey; sus, prendas morales, sus servicios, nada habría sido suficiente a borrar esa mancha de su nacimiento, ese apodo agregado siempre a su ilustre apellido, que había movido a su padre a negárselo en su postrera voluntad, y a privarle durante su vida de las efusiones e inocentes delicias de la primera juventud, pasada para él lejos de su tierra natal, dentro de los claustros y bajo la represión severa de un colegio de jesuitas de Irlanda. Bajo el régimen y las preocupaciones del coloniaje, O'Higgins habría vivido siempre retraído y oscuro, sin parientes, sin amigos, y quizás en completo entredicho con una sociedad que para admitirlo en su primera clase le hubiera pedido una alcurnia legítima. El que comenzaba a vivir fuera de sí mismo, y a figurar en alta esfera con la revolución; el que se elevaba por ella y con ella, y trataba de rescatar con su triunfo su nulidad pasada; el que por la reconcentración de su carácter y sus hábitos de recogimiento y de reserva parecía inaccesible a toda seducción, intriga o devaneo; el que en la consagración de su civismo había mostrado un temple de alma, una energía moral superior a todo incentivo o aprehensión; el que no tenía ni el genio, ni la ambición de poder, ni los amaños seductores, ni los prosélitos fanáticos que Carrera, debió ser considerado el mejor y menos peligroso en su reemplazo. Su rigidez, su vigilancia asidua e inmediata impedirían las extorsiones y atentados de una soldadesca engreída y desenfrenada; el ejemplo y prestigio de su denuedo, su incorruptible celo, su independencia de toda facción, reanimarían a la vez al ejército y dispararían todo temor de ver convertida contra la república una guardia pretoriana de sus mismos defensores. Todo lo que había sido antipatías y recelos contra el general cesante, se tornó en confianza plena y satisfactorio contento en favor de su sucesor.

Recibió O'Higgins el mando del ejército en Concepción, reducido casi a una mitad del número de su primitiva planta, y se puso a sus órdenes inmediatas solo una de las dos divisiones en que lo dejaran fraccionado las últimas operaciones de Carrera, separadas ambas por más de sesenta leguas de áspero camino, por ríos caudalosos y por los realistas que, muy superiores en número y equipo de sus tropas, aun antes de agregarse considerables pertrechos y auxiliares llegados recientemente de Lima, debían moverse de un momento a otro de su cuartel general de Chillan, para dejarse caer con todo el peso de su fuerza, sobre uno u otro de aquellos dos débiles trozos de la nuestra. Al que tenían más cerca y menos resistencia podía oponerles era el acampado en el Membrillar, a las órdenes de Mackenna, oficial extranjero, pero tan entusiasta por la independencia de Chile y la gloria de sus armas como el más amante de sus hijos, de mucho tacto y experiencia militar, y de un pundonor que debía serle funesto. Este jefe, que se estrenaba en el mando como brigadier al mismo tiempo que O'Higgins como general, se hallaba en la posición más

difícil y angustiada; al frente de las triplicadas huestes de los realistas que interceptaban su comunicación con O'Higgins, y teniendo también cortada su retirada a la capital la reciente ocupación de Talca por una fuerte avanzada de aquellas. Le era imposible aventurar paso en ningún sentido; solo a favor de la ventajosa localidad de su campamento y de las fortificaciones y acopios con que se estaba a toda prisa premuniendo, podría sostenerse algún tiempo en su aislamiento, y esperar que de una u otra parte se viniese tal vez en su auxilio.

Entretanto, la defensa de la plaza de Concepción condenaba a O'Higgins a la inacción más mortificante; y se aprovechó con gusto del primer anuncio de los apuros de Mackenna, y de las alarmas del gobierno, en vista de su desamparo y de la inmediatez de los invasores, para abandonar aquella plaza sin escrúpulo, y ponerse luego en movimiento a procurar juntarse con la otra división, para de allí dirigirse presuroso a proteger con todo su ejército a la capital. Después de una marcha larga, penosa, y que hizo más difícil el temor de ser asaltado a la deshilada por el enemigo, cuyas descubiertas sorprendió más de una vez, le dio por fin vista en las alturas del Quilo, cuando ya no distaba del Membrillar más que cinco leguas. Ruidosas descargas de fusilería anunciaron a Mackenna la aproximación de su jefe y que trataba de forzar el paso hacia él; se hubiera al punto precipitado en su auxilio, pero previó por fortuna el peligro de abandonar su atrincheramiento, y de ofrecerse sólo y enteramente en descubierto al ataque de los realistas. Éstos, por su parte, no por una cobarde trepidación, sino dando tiempo a que una de las dos divisiones de sus contrarios avanzase algo más, bien trasponiendo la una la defensa natural de un río intermedio, o bien alejándose un poco la otra del recinto de sus fortificaciones, las tuvieron algún tiempo inmóviles mal de su grado y en la incertidumbre más tormentosa, mediante alardes alternativos y embestidas parciales; hasta que al fin, cansados ellos mismos de esta perplejidad y de esperar inútilmente la disyuntiva que debía terminarla, se echaron de improviso sobre Mackenna, sin reservar otra parte de todas sus armas que la muy pequeña bastante para contener a O'Higgins a la orilla opuesta del Itata. Pero toda su superioridad y bríos se estrellaron impotentes, contra las trincheras de que se había aquel rodeado; y el temor de ser tomados entre dos fuegos y lo insuperable de la resistencia, los hicieron pronto retroceder en una confusión y descalabro tales, que ni acertaron siquiera a estorbar al día siguiente a O'Higgins, como hubieran podido, el paso del río su completa reunión con los vencedores de la víspera.

Sin permitir el menor descanso, prosiguió al punto O'Higgins con su ejército, formado ya en un solo cuerpo, a pasar el Maule y a no diferir más su interposición entre la capital y Talca, tan anhelada y de urgente necesidad desde que esta última plaza había caído en poder de los realistas. El ejército de estos últimos comprendió luego el motivo interesante de tanta premura; y con la mira de cruzar esta tentativa, de reforzar sus propias avanzadas de Talca, de trasladar aquí el cuartel general y el centro de sus operaciones todas, y de precipitarse a marchas forzadas sobre Santiago, antes que se hubiese podido llegar en su socorro, se encaminó también a disputar el paso del río o a efectuarlo en último caso antes que su rival. Los dos se movieron casi simultáneamente y con el mismo manifiesto fin. La operación para los patriotas era mucho más difícil y apremiante que para los realistas; debían pasar primero, a la mayor brevedad, y por vado menos obvio y más practicable que sus adversarios, quienes le cerraban todo camino de salvación con solo estorbarles el paso, o conseguir efectuarlo con cualquiera anticipación. Y a esta gran ventaja de estarse a la

defensiva y de no traerles la demora perjuicio, se agregaba la del número de sus fuerzas y la de su comunicación expedita con el depósito de sus provisiones y recursos. La lucha desigual y apuradísima que sostuvo con este motivo O'Higgins, de trances y de ardidés, de intenciones y deshechas, de contramarchas y arremetidas, es uno de los episodios más curiosos y admirables de esta brillante campana. A una estratagema feliz y a la intrepidez sin igual del mayor Campino, que con una compañía de a caballo y llevando a la grupa otra de tiradores, atravesó de los primeros el río y desde la orilla opuesta protegió el paso, en gran parte a vado, del resto del ejército, debió O'Higgins la incomparable hazaña de este triunfo.

Era ya tiempo de acudir a la protección de la indefensa capital: los enemigos tenían enteramente franco el camino hasta ella; acababan de derrotar en Cancha-Rayada, a las puertas de Talca, el ejército improvisado con que se prometiera desalojarla de su amenazante posición. Esta contrariedad desastrosa y la postergación de O'Higgins, ya tan prolongada, la habían sumergido en el pavor y el desaliento más general.

La cintura del territorio de Chile por su posición central, y porque es la parte en que más se estrecha entre la cordillera y el mar, la forma el valle en que se situó con sus tercios O'Higgins, casi a tiro de cañón del pueblo en que los realistas establecían al mismo tiempo su cuartel general. Así fue que cuando se precipitaron con toda su fuerza y la recientemente victoriosa que se les unió en Talca, sobre el camino de Santiago, a terminar con el último y más recio golpe una lucha que los traía fuera de sí, impacientes de vengar tanto revés, sufrieron un rechazo que no los alentó para reiterar su embestida. La capital respiró por fin de su pánico y alarmas, confiando en que el centinela avanzado de los vencedores del Roble y Membrillar, no se dejaría romper su consigna de atajar el acceso del enemigo a la ciudad de toda su codicia y solicitud.

Sobrevino en esto un armisticio con ocasión de haber ofrecido el virrey de Lima proposiciones de paz. ¿Por qué se les dio oído? ¿Por qué se accedió a las concesiones humillantes exigidas por ellos? ¿Por qué no se sospechó la perfidia y las intenciones aviesas que encubría esta celada? Todos estos reproches deducidos después contra los que aceptaron el tratado de Lircay son injustos a más no poder. ¿Qué gran concesión se hizo por él a la España? ¿La del reconocimiento nominal de su soberanía para el caso en que recobrase su independencia y con la condición expresa de definirse entonces de mutuo acuerdo la forma en que debería ejercerse? ¿Qué otra cosa importaba esta declaración que la del statu quo de la contienda?, ¿Qué desistimiento vergonzoso había en semejante emplazamiento de su decisión? La que cantaba la palinodia, la que pedía alafia, la que después de tantas bravatas y amenazas ofrecía desarmar oprobiosamente, era la España; ella se comprometía a evacuar el territorio, y toleraba que sus vasallos rebeldes figurasen en la capitulación como sus iguales. Y tanto más baldón y vituperio, para ella, si ese ofrecimiento era mentido, si al afianzarlo con la palabra y el honor nacional se proponía en secreto una trasgresión infamante. Y luego, ¿cuáles eran las circunstancias ventajosas, los recursos inagotables, el apoyo firme y seguro con que contaba Chile para sostenerse arrogante y pertinaz hasta alcanzar la completa rendición de su contendor? Su ejército jadeante y desmedrado, su tesoro exhausto, sus elementos de resistencia esquilados todos, arrebatados en gran parte, ¿le permitían por ventura especular sobre la probabilidad de un próximo triunfo, mucho mayor o más seguro que el que creía asegurarse con el tratado? Si

alevosías atroces y disensiones fratricidas se conjuraron después de consuno contra la pobre patria, no se achaque el cargo horrendo de los desastres y ruina que trajeron a los que no pudieron preveer, ni tamaña felonía de parte de un enemigo sin fe ni pundonor, ni atentados tan flagrantes de parte de quienes no temieron alzar contra el tricolor de la república el pendón de sus susceptibilidades y rencores personales.

Y por otro lado, cualquiera que fuese la justicia o sinrazón de tales recriminaciones, no afectan en lo menor a O'Higgins, que ninguna injerencia tuvo ni en la discusión de las condiciones del tratado, ni menos en su aceptación, El papel que le cupo en la negociación fue el de mero plenipotenciario, y para sólo el acto de formular y ratificar con su firma lo ya acordado sin su anuencia. Las armas de la república estaban en sus manos y pudo con ellas despedazar el pacto, y obligar al gobierno a una inmediata retractación. Cierto. Pero, ¿de dónde se hubieran derivado sus facultades para erigir así su particular capricho en norma y ley de la voluntad nacional? Factible o no tal intento, se hubiese o no frustrado en la ejecución, nada habría atenuado la avilantez, ni menos, la perfidia de prevaricato tan criminal.

Sí; el tratado de Lircai es un padrón de oprobio y execración, pero sólo para los que se desentendieron de la fe sagrada de sus promesas y para los que hicieron servir el pretexto falso de haberse ciado por él ante la defensa de la libertad y nacionalidad chilenas, a la disculpa de la usurpación más escandalosa y a la satisfacción de resentimientos e intereses individuales. ¿Quién era Carrera, qué pesaban en la balanza de la salud pública sus agravios personales, verdaderos o gratuitos, qué su amor propio herido, sus méritos olvidados, para que acechando, desde el escondite, en que había tenido que sustraerse a las persecuciones del gobierno de sus compatriotas y correligionarios, indignados y alarmados por las tramas y maquinaciones en que se obstinaba su encono contra ellos, un momento de descuido y de turbación; aprovechándose del primer reposo que gustaba la patria, después de tantas fatigas y desastres contemplados por él con ojo enjuto desde la prisión en que a su separación del ejército cayó por su temeridad y lo conservaron los realistas hasta su evasión; haciendo leva en su apoyo de todos los odios menguados, las aspiraciones bastardas, tantas malas pasiones cobijadas siempre bajo un régimen cualquiera, y por de contado bajo el represivo y duro que hacia necesario la coexistencia de la guerra y la revolución, derrocarse el gobierno patrio y sobre el atentado de su vilipendio y de su ruina, estableciese su nefaria dictadura, para satisfacer con ella su frenesí de venganza y ambición?

O'Higgins, que no vio ni pudo ver en Carrera más que su usurpación gratuita y los desafueros y tropelías con que era inaugurada; ligado como estaba a la obediencia y defensa de la autoridad legítima, y muy ajeno de sospechar la pérfida violación del tratado bajo el cual se hallaban suspendidas las hostilidades contra los realistas, creyó de su deber dejar su campamento, y venir a restablecer el gobierno subvertido. Se adelantó hasta Maipo con una parte del ejército, dejando la otra a una jornada de distancia; y encontró allí el que Carrera había ya reclutado, y oponía a la prosecución de su marcha. Trabose un combate de poco momento, que se habría renovado al día siguiente más sangriento y decisivo y en que O'Higgins habría empeñado toda su tropa, si no hubiese hecho caer las armas de la mano a ambos combatientes, minutos antes de cruzarlas, el anuncio, terrible cuanto inesperado, de haber venido de Lima a las órdenes de Osorio un nuevo ejército a reforzar y llevar adelante

la invasión, de hallarse ya en Talca y de avanzar precipitadamente a someter otra vez a todo Chile al ominoso yugo colonial. O'Higgins y Carrera no pensaron ya más que en volver contra el común y alevé enemigo sus espadas ensangrentadas en la contienda fratricida del día anterior; se olvidó la reyerta pendiente para no atender más que al peligro de la patria. Y el que de los dos tenía de su parte sino la seguridad del triunfo, al menos la razón, el pundonor, la justicia, el deber, se apresuró a ceder al otro de general en jefe del ejército, se degradó él mismo a subalterno de su rival; dobló su rodilla ante la iniquidad que la exigencia de la salud pública le impedía ya contestar; sacrificó su orgullo y su dignidad personal; fue magnánimo y generoso hasta el punto de aceptar tan acerba humillación; y por única merced pidió la de mandar la vanguardia del ejército que saliese a repeler al español.

Y Carrera que se había constituido en desfacedor de los agravios y desaguisados de la revolución; Carrera que había prometido vindicar el honor nacional, desnudar ese acero de la república que infieles y pusilánimes mandatarios habían vuelto con baldón a la vaina; Carrera, antes que recoger con valentía el guante que el feroz Osorio le tiraba con menosprecio a la cara, habló de paz, de justicia, de humanidad, hizo protestas fementidas de sumisión y respeto a la soberanía de Fernando, descendió hasta la súplica y la falsía, y no se remitió al coraje de sus soldados y a la justicia de su causa, sino perdida toda esperanza de una amigable e indigna transacción. Su contestación (fecha 5 de setiembre de 1814, rotulada al que manda la gente armada de Lima) al ultimátum del jefe de los realistas, rebaja y calumnia el pensamiento de la revolución; Chile no se ha sublevado en ella contra la soberanía de Fernando, sino contra los gobiernos intrusos y las autoridades que asumía sin título legítimo la representación de su augusto monarca; presenta a los patriotas como fieles servidores de su majestad, y a sus contrarios, en caso de persistir en su agresión, como vasallos rebeldes. Y a esta chicana, a esta superchería, impúdica apela en momento tan solemne, en su propia defensa y en la de la patria, el mismo que había calificado como una reclusa hipócrita el tratado de Lircay, como traidor al directorio que lo sancionara, como justa y santa su sustitución por la obrepticia y refractaria dictadura de su antojo, como honrosa en su favor e imputable solo a O'Higgins la sangre de hermanos vertida en Maipo, y finalmente como acepta a la mayoría nacional e indispensable a la salvación del país la supremacía que acababa de serie abandonada, no concedida, y con la que no se avergonzaba de cejar tan cobardemente, de mentir tan a faz descubierta.

La repulsa perentoria de Osorio no le dejó lugar a otro efugio; tuvo que disponerse a resistirle, y al efecto, con una brigada que no alcanzaba a mil hombres, destacó a toda prisa a O'Higgins a estorbar al enemigo, que había acercado ya sus reales hasta San Fernando, el paso del Cachapoal, distante de la capital apenas veinticinco leguas. Llega a tiempo, pero no le es posible impedir con tan escasa fuerza el tránsito de un río vadeable en muchos puntos, a un ejército prepotente en el número y disciplina de sus soldados, y alentado con la noticia del desconcierto y discordia en que logra sorprender a los patriotas. Viendo esta imposibilidad resuelve retrogradar y hacerse fuerte en la misma ciudad de Rancagua, cuyas afueras lindan casi con la ribera septentrional del río, dando así tiempo a que pueda reunírsele Carrera con la división de su mando y batir juntos al poderoso invasor. Guarnece al instante aquella plaza con su escasa gente, atrinchera sus principales avenidas, se previene para el próximo ataque. Lo peor de todo es que la pésima posición que le es fuerza

tomar, y el plan de operaciones que ella le impone, inutilizan su mejor arma, un regimiento de dragones aguerridos que comanda el bravo Freire.

El sitio de Rancagua es sin duda la función de armas más trágica pero más gloriosa de nuestra historia: los independientes sufrieron en ella una derrota completa, pero tan costosa a sus adversarios y humillante como el más espléndido triunfo. ¡Treinta y seis horas de un fuego vivo y mortífero de una y otra parte, sólo interrumpido por intervalos de combate a sable y bayoneta, todavía más sangriento! ¡Un puñado de valientes cercados y acosados en todos sentidos por agresores no menos bravos, mucho más numerosos, mejor pertrechados y en situación de combinar y dirigir el ataque por do quiera y a sus anchas! ¡Aquí y allá bandera negra, guerra a muerte y sin cuartel!

En la noche del I.º de octubre de 1814 la refriega había durado ya algunas horas, y la brigada de O'Higgins, aunque diezmada horriblemente, se mantenía firme y briosa, tanto que los godos, viendo crecer el ardor y pujanza de los sitiados a medida del alcance y destrozo de sus irrupciones, deliberaban sobre levantar el sitio y retroceder a toda prisa, antes que el arribo de Carrera, que podía acontecer de momento en momento, les cortase la retirada o los obligase a efectuarla en vergonzosa huida. Todas las ventajas hasta ese instante las concebían ellos no de su parte. Y al mismo O'Higgins y a todos los suyos estimulaba igual persuasión. La falta de municiones ocasionada por el consumo hecho en todo un día de incesante lid, y por el incendio del lugar de su depósito, turbó algo a los patriotas al caer la noche; pero ya O'Higgins había provisto a este apuro, despachando y haciendo deslizarse por un albañal de la ciudad, no obstante el asedio y vigilancia de los enemigos, un expreso a Carrera, de quien sabía hallarse ya muy próximo con su división, para que sin pérdida de minutos le enviase municiones y acudiese a decidir de una vez la conclusión feliz de la empresa. ¿Qué le importaban la furia de los sitiadores, y los peligros y sacrificios de unas cuantas horas, si antes del amanecer debían llegar los recursos pedidos, y con el auxilio inmediato de Carrera se arrancarían el difícil triunfo?

«Municiones no pueden ir sin bayonetas: al amanecer hará sacrificios esta división.» Esta contestación de Carrera vino a desvanecer en parte tan lisonjera esperanza; sorpresa y dolor causó recibirla; se esperaba menos sangre fría, más arresto y prontitud, del general en jefe sabedor de tan crítica situación. No desmayó por esto la resistencia y valor de los sitiados; quedan cuatrocientos contra más de dos mil; se encuentran a punto de no tener cómo disparar un tiro; y se atreven con todo a sostener la defensa de la plaza hasta el último trance, a no pedir gracia a la ferocidad de sus contendores. O'Higgins les asegura la anunciada cooperación de Carrera; y en todo evento y, devorando en secreto sus temores, se decide él mismo a vender cara su propia vida y la de su postrer soldado.

A la alborada del siguiente día trábase de nuevo la lucha con más encarnizamiento y furor. Los sitiadores, envalentonados con la tardanza de Carrera, tratan de hacer el último esfuerzo y de concluir con los sitiados. En el delirio éstos de la desesperación; sin contar ya más que consigo mismos; circunscrito por fin el teatro del combate al estrecho ámbito de la plaza principal de la ciudad; faltos hasta del agua, cuyas fuentes todas han cegado sus contrarios; abrumados en todas direcciones por una fuerza cinco veces mayor; expuestos a ser devorados de un instante a otro por las llamas que devastan la población y cunden más y más; consumidos los pocos cartuchos a bala con que podían aun responder a las descargas



que les eran asestadas desde los techos de las casas casi a quema ropa; maldiciendo la inacción inexplicable del General en jefe, mostraron sin embargo una intrepidez, una magnanimidad, fuera de toda comparación, sublimes. Lidiaron con denuedo hasta cansar la fiereza y furor de sus agresores; y a la postre, perdida toda esperanza, en los momentos en que el fuego, el hambre, la fatiga y la sed, si no una última carga de Osorio, iban a consumir su exterminio, se conciertan para evacuar la plaza con todos los honores de un triunfo. Imparte O'Higgins orden al regimiento de Freire de recibir a la grupa los restos de su esforzada división, y a la cabeza de todos rompe y atraviesa las filas enemigos. Atónitos de asombro y de terror no se atrevieron a seguir los españoles tras ese grupo de valientes y de mártires, que les abandonaba la plaza pero sin dejarles el honor de la rendición.

Nada menos que ufanos penetraron pocos momentos después los vencedores, y aunque toda era cenizas, escombros, cadáveres y sangre, todavía hallaron patriotas acribillados de heridas que en las convulsiones de la agonía resistían tan bárbara conquista. «Los oficiales Ovalle y Yáñez se habían apoderado del asta de bandera para no rendirla mientras tuviesen vida; el capitán Ibieta, rotas las dos piernas, puesto de rodillas y sable en mano, guardó el paso de una trinchera hasta sucumbir bajo innumerables golpes». Se ha dicho que Carrera tuvo el propósito de avanzar con el grueso del ejército, no más que hasta la Angostura del Paine, paso intermedio entre Rancagua y la capital, y de esperar allí a los invasores; que dio a O'Higgins orden de replegarse en retirada a este punto, en caso de no poder estorbar a los godos el paso del Cachapoal; y que obstinándose O'Higgins en la ocupación de Rancagua contravino al plan de defensa del General en jefe y acarreó la pérdida del país.

Por lo que respecta a Carrera, ni está demostrado, ni es presumible que hubiese tenido el plan que se le atribuye; y ni aunque en efecto lo hubiese tenido y preparado, queda de mejor data la conducta que observó. Si hubiese trazado tal plan habría perseguido de algún modo su ejecución, y ninguna contrariedad le habría hecho desistir sin arriesgar una tentativa formal, sin jugar el todo por el todo en un esfuerzo supremo. ¿Y cómo tampoco habría juzgado posible y conveniente el plan de resistencia en la Angostura, si no era este un paso obligado para los españoles, si con solo que tomasen la vuelta de Aculeo, llegaban hasta la capital salvando su encuentro? Y finalmente ¿qué plan, qué mejor combinación, qué esperanza más lisonjera pudo obligarle a dejar en la estacada a los de Rancagua; a presenciar impasible a pocas cuadras de distancia la pugna feroz, la horrible carnicería de que eran víctimas, y a hacerse sordo hasta el último a las imprecaciones con que invocaban a todas voces su auxilio? Una demostración suya, una escaramuza cualquiera, el envío a toda costa de las municiones con tanto encarecimiento demandadas, habría dado el triunfo a los sitiados, y de la plaza entrada, a saco y a degüello habría hecho el baluarte de la Independencia. Y si de miedo o por un cálculo errado o fementido no evitó la ruina de la Patria, dependiente de tan injustificable omisión, justo, muy justo ha sido que cayese sobre él toda la execración de tamaña falta.

Y por lo que toca a O'Higgins, es todavía más concluyente la refutación de ese comento. Se encerró y se defendió hasta el último trance en Rancagua, porque esa fue la orden que recibió, por más que digan lo contrario los apologistas de Carrera; porque, si no había entrado ese evento en el plan que se supone combinado de antemano, no afectó a O'Higgins la imprevisión de no contar con él; porque, lejos de provenir ese evento de su capricho u

obstinación, lo impuso fatalmente la necesidad del momento, ante la cual sí que hubiera sido imprevisión, al solo O'Higgins inculpable, no dar por derogado y corregido cualquier plan anterior. Con su pequeña y colecticia columna ¿cómo, ni con qué objeto accequible hubiera podido contramarchar en retirada catorce leguas, picada su retaguardia por todo un ejército veterano? Y porque, en fin, si desobedeció alguna orden o no obró con toda la prudencia y acierto deseables, fue por obedecer ciegamente la orden más imperiosa de su bravura y del honor; por ceder a una de esas corazonadas infalibles, que guían siempre a un desenlace, sino feliz, al menos honroso.

Fuese como quiera, en la escena trágica que cerró el primer período de la Independencia y fue bajo todos respectos su acontecimiento a la vez más grandioso y más infausto, O'Higgins escribió con letras de su sangre el epitafio de la Patria. Mientras la posteridad pueda leerlo, asignará justamente el vituperio y la alabanza.

## II

En los primeros días del mes de febrero de 1817, un ejército de cuatro mil hombres, a las órdenes del general argentino don José de San Martín, subía la cordillera de los Andes para dejarse caer en el territorio de Chile sometido de nuevo, desde 1814, al despotismo del sistema colonial. -Este ejército venía de Mendoza, y su reunión, su organización, su equipo, su disciplina eran debidos enteramente a los esfuerzos de su ilustre jefe. -Sin más ayuda que los desvalidos aunque numerosos proscritos, que habían venido a refugiarse a su benévola hospitalidad; sin otros elementos que los que supo procurarse a fuerza de voluntad, de maña y de tesón, venciendo dificultades de todo género, no temiendo ofrecerse como blanco a las imputaciones más injuriosas, ni afianzar la grandeza y acierto de su intento con los felices resultados de su ejecución, concibió, preparó y puso por fin en marcha la expedición destinada a devolver a Chile su independencia y libertad. Era de esos hombres que en una empresa cualquiera cierran todas sus avenidas a la casualidad, y no la dejan otro resquicio que el que se escapa al cálculo más prolijo y a la más sutil previsión. Desde su salida de Mendoza traía trazado en sus mínimos pormenores todo el plan de la campaña. Sabía el poder y el alcance de todos sus medios de acción; contaba con tales y cuales circunstancias ventajosas que obtendría por la sorpresa, el error y desconcierto de sus incautos enemigos; y a fin de no darles tiempo a preparativos y de determinar a última hora otros que los adaptados a su intención, había destacado de antemano pequeñas partidas a fin de que, descolgándose por la cordillera por diversos puntos, llamasen la atención de los españoles por todos ellos a la vez. -Tan perfectamente dispuso todas sus medidas, tan bien correspondieron a su objeto todos sus amaños, que en la mañana del 12 de febrero trepaba una parte de su ejército la cuesta de Chacabuco, a la vista y contra el fuego de las avanzadas realistas, que sólo desde el día anterior habían acudido a toda prisa a la defensa de este baluarte natural del territorio de su dominación. -No pudieron contener un instante el ímpetu de los agresores; no les llegó a tiempo ningún refuerzo de su campo, situado a poca distancia, pero ocupado sólo desde la víspera en la reunión y organización de sus diseminados tercios, y sin poder por tanto ocurrir con la presteza y fuerza necesarias a los

apuros del momento. Cuando se hallaron los realistas en situación de atender y volar al sostén de sus avanzadas, era ya demasiado tarde; descendían en pavorosa derrota hacia ellos, y ocupaba y guarnecía la posición de que eran desalojados toda una columna del ejército de los Independientes. Esta división, a la cual cabía el honor de disparar los primeros tiros en defensa de la restauración de la Patria, y que rompía el combate con tanto arresto y bajo tan buenos auspicios, era capitaneada por el bizarro O'Higgins. Los españoles, llenos de espanto y admiración, divisaban ya en la eminencia de la cuesta la figura sobresaliente de ese caudillo, cuya intrepidez y firmeza les costó tan caro conocer en Rancagua, y que ahora presidía, espada en mano y en la actitud más arrogante y enérgica a los aprestos del inmediato e imprevisto ataque.

Según el plan de operaciones combinado por San Martín, O'Higgins debía hacer alto al pie de la cuesta y esperar que la división de vanguardia al mando del general Soler y la de reserva con que venía el mismo San Martín, se reuniesen o acercasen a la suya para atacar de consuno. Temió con todo el General en jefe que O'Higgins avanzase demasiado, y no bien alcanzó a columbrar por su anteojo que repechaba ya la cuesta, despachó a carrera tendida a uno de sus edecanes con la orden de detenerle al instante. El oficial conductor de ella pudo trasmitirla a O'Higgins justamente en el momento en que las primeras hileras de su columna comenzaban a ocupar la cima: «alto general, alto», gritole con toda su voz, dirigiéndose hacia él a toda brida; y no bien llegó a poder hablarle de cerca, le reiteró su interpelación en los términos más apremiantes. Fue un lance terrible aquel para O'Higgins: estaba ya en presencia del enemigo: su anhelada vista y la lucha que acababa de sostener contra las avanzadas para franquear la subida, habían excitado todo el ardor de sus soldados; mas al ir a lanzarse con ellos para aprovechar en una carga a la bayoneta toda la pujanza del primer ímpetu, vese de repente detenido por una orden imperiosa y terminante del General en jefe. ¿Qué hacer en este conflicto? Si obedece, pierde la oportunidad más brillante, deja gastarse en la inacción y en la impaciencia por atacar de una vez, los bríos irresistibles de que siente animada toda su hueste, y se condena a permanecer en inmovilidad tan desventajosa ¿quién sabe cuántas horas que tardarán en sus evoluciones las columnas rezagadas? Y si quebranta la orden, si se decide a empeñar la acción sin la concurrencia de las otras divisiones ¿quién le eximirá de la tremenda responsabilidad que se echa encima? ¿quién sale garante por él de los resultados de tan osada desobediencia? Dura alternativa, pero que no le hizo trepidar más que unos pocos segundos, los que necesitó para volver la vista en torno suyo, cerciorarse de si estaban aún muy distantes las otras dos divisiones, si en las filas realistas haría mella su inmediata agresión y si sus soldados secundarían animosos su atrevido intento. «Mis valientes», exclamó de improviso, «calad bayoneta y a la carga». A esta voz toda la columna, como impelida por una conmoción eléctrica, puso a un tiempo las armas de la manera ordenada, y rompió su marcha a paso precipitado, demostrando con un grito unísono de ¡Viva la Patria! cuán bien se acordaba la disposición de su propio ánimo con el mandato de su valiente general.

No hay palabras que basten a expresar el asombro en el primer momento, y luego la furia de San Martín al notar con el anteojo este acto de insubordinación y de brutal imprudencia de su inferior. Veía por él desbaratado de un golpe todo su prospecto de combate, contrariadas en un punto sus más acertadas medidas, y comprometido el éxito de una empresa preciosa, obra de tantos esfuerzos, vigiliias y sacrificios, en el albur más aventurado y desigual. Como el general de Maquiavelo, todo su corazón estaba en la

cabeza; ante las exigencias de sus propósitos, no había amistad ni sentimientos que valiesen. En el primer raptó de su despecho y sin que se embargase en lo menor su rápida deliberación, resolvió tal vez someter a O'Higgins a un consejo de guerra y hacerle pagar con la vida las tristes consecuencias de su temeridad. ¿Qué le importaba que en nada las remediase este castigo? Tendría al menos la satisfacción de no dejar impune la grave ofensa que acababa de sufrir, y daría este testimonio irrefragable de no haber tenido la culpa del aciago fin de su expedición. Entre tanto, corría presuroso con toda la reserva a evitar en lo posible fracaso tan completo.

Pero su indignación se cambió en el gozo más inefable no bien sorprendieron su vista el destrozo y confusión que la carga impetuosa de O'Higgins producía en las filas enemigas. Se disiparon al punto todos sus temores, y con ellos toda idea de castigar en su audaz subalterno temeridad tan feliz. La desolación, que minutos antes había arrebatado su energía, cedió su lugar al transporte del más vivo entusiasmo; no pensó más que en aplicar todo su ahínco a abreviar el triunfo inmenso y decisivo, que contemplaba ya seguro. Todo contribuía al mismo tiempo a poner la batalla en el más brillante pie en favor de los patriotas. Las bayonetas de O'Higgins y las cargas de la caballería de su división acribillaban y desbarataban más y más por el frente a los realistas; y cuando trataban éstos de libertarse por un movimiento en masa de tan urgente contrariedad, llega a abrumarlos y a consumir su derrota la división de vanguardia, que, sin ser advertida y acelerando lo más posible su marcha al través de las asperezas y dificultades que habían estorbado su llegada más oportuna al combate, cae sobre unas alturas en que apoyaban los realistas su derecha, y los desordena y arrolla de lleno también por este lado. No quedó a los españoles otra salvación que la fuga; se abandonaron a ella en la mayor dispersión, dejando en poder de los Independientes, más de setecientos prisioneros, toda su artillería y un considerable parque.

La vanguardia del ejército restaurador efectuó al día siguiente su entrada triunfal en Santiago; y poco después las otras divisiones. No encontraron del Gobierno que habían venido a derribar, más que las señales de la precipitación y terror con que se había disuelto en la más vergonzosa huida. Todo se entregó sin resistencia a discreción de los vencedores. La población fue convocada luego por un bando solemne a la elección de su Supremo mandatario, y aunque la aclamación unánime designó para ese cargo al General San Martín, su obstinada renuncia obligó a elegir en su lugar al General O'Higgins, el único igualmente merecedor y digno de tan relevante distinción. El General argentino consintió en reservarse solamente el mando en jefe del ejército.

La suprema autoridad, y con ella toda la suma del poder público, se atribuyeron al designado por aquella aclamación. En O'Higgins quiso depositar toda su confianza la nación, librar enteramente a su albedrío el límite, el objeto, el desempeño y la duración de su mandato; él debía ser todo en la dirección de los destinos del país, y su voluntad la única regla de sus actos. Si delegación alguna emanada de todo un pueblo soberano, y conferida a un solo mandatario puede llamarse amplia y absoluta ¿cuál más que ésta? Recibirla fue para O'Higgins el prezo de más estima, y la prueba de gratitud más inequívoca con que odian premiarse su patriotismo y valor. La Patria, arrancada al cautiverio de infamia y de horror en que gemía desde su contraste en Rancagua, estrechó ese día contra su seno, dilacerado por la brutalidad de sus opresores, al hijo querido que la restituía su libertad y la protección

y el amor de los suyos. Rancagua y Chacabuco fueron jornadas a cual de más gloria para O'Higgins. Su lote de subalterno en una y en otra fue con todo más importante que el de sus Jefes; en aquélla, resistiendo a no decir adiós a su tierra natal, sin hacer el más heroico esfuerzo en sostén de su incolumidad, y sin patentizar que a otro que a él debía inculparse su pérdida; y en ésta, envidando en la desobediencia más flagrante y audaz el éxito de las esperanzas de dos naciones y de fatigas y de afanes de dos años de consagración. Luego veremos que con una última y mayor hazaña debía cerrar el anillo de hechos grandes, de triunfos y de trofeos de que la calumnia y la parcialidad más injusta no han conseguido desgastar su efigie histórica, descollante entre las de todos los prohombres de su tiempo.

Cuanto honorífica era difícil y ponderosa la comisión de que le encargaban sus conciudadanos. Gobernarlos, administrar sus intereses comunes, defenderlos contra sus propias pasiones exaltadas por su súbito retorno a la vida civil, y contra los realistas fuertes y dominantes todavía en todas las provincias del sur de Chile, desde Concepción, y que amagaban aun más desde el Perú, servir a todas estas atenciones, una sola de las cuales habría bastado a afanar y fatigar a cualquier gobierno, y servir a todas simultáneamente, en las circunstancias críticas y con la falta de elementos que afectaban al de O'Higgins, era ciertamente, una tarea pesadísima y penosa, y de una responsabilidad capaz de abrumar al de más arrojo. Se necesitaba crearlo todo comenzando por el respeto a la autoridad de que se le acababa de investir; recursos, instituciones, garantías públicas e individuales, todo era menester improvisar y acomodar al nuevo orden en que Chile iba otra vez a tentar constituirse; y a un tiempo con este trabajo de organización, y de arreglo interior, debía batallarse sin tregua, dentro y fuera del país, por tierra y por mar, hasta completar y afianzar la independencia ambicionada. Se daba carta blanca al Director Supremo, para proveer a todo; pero no se ponían a su disposición los medios necesarios; él tenía que arbitrarlos, él también que conseguirlos. Y ni aún le era dado contar de cierto con la adhesión y auxilio del pueblo, cuyo bienestar y seguridad iba a procurar a tanta costa: desde los primeros días de su exaltación al poder, murmuraciones y disidencias de mal agüero se habían dejado oír en medio de la unanimidad y emulación con que se apresuraban todos a contribuir al bien general. Nubecillas imperceptibles por entonces, que no alcanzaban a empañar el resplandor y limpieza del horizonte de la Patria; pero sin embargo, ¡presagio funesto!

La primera providencia del Director Supremo se dirigió a designar las personas de probidad y de consejo que habían de ayudarle en el desempeño de la Administración en sus diversos ramos. Con el acuerdo de ellas procedió en seguida a establecer los tribunales de justicia, la hacienda pública, la policía de vigilancia, y a decretar erogaciones e impuestos para subvenir al servicio público y a la reparación y aumento del ejército. Ordenó también el secuestro de las propiedades de los realistas empeñados, y la promulgación de bandos terribles contra los que no se sometiesen al nuevo Gobierno, o fuesen sorprendidos en cualquiera connivencia o complicidad hostil.

Y en cuanto, allanadas las primeras exigencias del nuevo orden de cosas, pudo el Director Supremo vacar a las operaciones de la tierra, que urgía proseguir y activar antes que la entrada del invierno obligase a paralizarlas, para suplir la dirección de San Martín, llamado actualmente a la otra banda por negociaciones con su Gobierno, y dejando un Delegado a la cabeza de la Administración en Santiago, con la parte del ejército que aún permanecía aquí, marchó al sur a reforzar la que había enviado delante a las órdenes del

coronel Las-Heras. El enemigo se había fortificado en Talcahuano; estaba en posesión de la línea de pequeñas fortalezas que guarecen el territorio contra los indios; tenía también por suya la ciudad de Concepción, pero la había abandonado para encerrarse con todas sus fuerzas en Talcahuano tan presto como se vio amagado de cerca por la división de Las-Heras. Esta retirada, sin embargo, más que una ventaja cedida por los realistas a su pesar, había sido una estratagema empleada para eludir un encuentro decisivo con adversarios en igual sino superior número, hasta la llegada de auxilios que se esperaban por instantes de Lima. Pero Las-Heras, perspicaz no menos que impertérrito, sospechó este designio; y desde que supo se hallaba a la vista un convoy con procedencia del Callao, se mantuvo alerta. Los españoles, efectivamente, no bien se les reunieron los veteranos enviados a su socorro por el virrey del Perú, salieron de la fortificación en la noche del 4 de mayo, y en la madrugada del famoso 5, combinando sus esfuerzos con los de unos pocos soldados que habían dejado en los buques para atraer desde ellos la atención de los retenes patriotas situados en una altura inmediata, atacaron el grueso de las fuerzas de Las-Heras con el mayor denuedo. Pero su empuje y la superioridad de su número dieron como contra una roca: y ni por maniobras engañosas, ni por irrupciones redobladas después en todo sentido, ni por el fuego de sus fusiles y artillería a que no dieron punto en más de seis horas de crudísima refriega, desposeyeron a los patriotas del montecillo cercano a la ciudad desde el cual sostuvieron su defensa. La buena suerte de O'Higgins quiso que su nombre se asociase también al recuerdo de esta acción, memorable entre las cuatro que más de los fastos militares de la Independencia: parte de la división con que venía el Director Supremo ayudó a Las-Heras a decidir y terminar su triunfo.

Empero, las victorias de Chacabuco y del 5 de mayo no pusieron fuera de combate a los realistas, y la sobrevenida del invierno les permitió rehacerse y esperar nuevos auxilios del Virrey. Se prepararon a romper oportunamente las hostilidades en una doble campaña, emprendida una por el ejército acuartelado en Talcahuano y el que se anunciaba venir con Osorio de Lima, y otra por montoneras que se ocupaban en organizar en la frontera. O'Higgins por su lado se aprestó a rechazar la agresión en todas partes, y no dudando del triunfo comenzó a echar con tiempo las bases de la formación de una escuadra naval y de una expedición al Perú, destinadas a bloquear y destruir de consuno el virreinato. La fabricación de pertrechos, el reclutamiento y disciplina de soldados, el encargo a Estados Unidos y a Europa de buques y oficiales de marina inteligentes, estos y otros preparativos se iniciaron sin tardanza. Para sufragar a ellos fue fuerza decretar, bajo el nombre de donativos y prorrates voluntarios, exacciones odiosas; y lo único que pudo hacerse a fin de poner al Erario, en una época no muy remota, en una situación menos cuitada y precaria, fue promover de una vez en Europa la negociación de un empréstito cuantioso bajo condiciones llevaderas, y despachar con este objeto un comisionado a propósito. Incierto era el porvenir bajo cuya hipoteca debía ajustarse la negociación: ¿qué crédito de solvente había de reconocerse a la República, cuya existencia era todavía un problema? Se contó sin embargo con que el incentivo de un pingüe lucro podría compensar a los ojos de especuladores osados lo aleatorio de la negociación.

Dejaríamos muy atrás los estrechos límites de este trabajo, si hubiésemos de seguir refiriendo uno a uno los servicios prestados por O'Higgins desde que recibió la investidura de Director Supremo. Hemos llegado a la época de su vida, en que su fuerte individualidad se diseña en todo su esplendor asimilándose la del pueblo que manda, y en que su biografía

llena ella sola la parte paralela de la Historia Nacional. Su nombre se une a todos los grandes acontecimientos de su Gobierno, y no por haber sido el Jefe de éste, sino porque él, el mismo O'Higgins, interviene como actor principal en esos acontecimientos, porque sus esfuerzos personales impulsan u operan su realización, y porque él mismo es el punto de mira y su acción el resultado de los esfuerzos de los demás. Pertenece a O'Higgins el mérito de todas las grandes obras de su Administración, como le pertenece su vida transfundida toda entera en los afanes que ellas le impusieron.

Y por eso este período de la existencia de O'Higgins, aun más que los precedentes, está desnudo de toda otra particularidad que las de su carrera política y militar. No se tropieza recorriendo sus más recónditos detalles con otro personaje que el que aparece en sus hechos más conspicuos. En el seno de la amistad, en las más secretas deliberaciones gubernativas, en el campo de batalla, es siempre la misma su figura severa, majestuosa, marcial: nunca depone su aire franco y resuelto, el desenfado de sus maneras y su gravedad habitual exenta de toda afectación o hipocresía. No hay repliegues impenetrables en su alma, emociones ocultas, cuya expansión reprima el disimulo y estorben el conocimiento de su carácter en toda su plenitud; es un hombre de una pieza y que se muestra a toda luz siempre el mismo y tal cual es.

Y esta simplicidad y franqueza fueron de tal modo del carácter de O'Higgins, que en otra esfera de actividad que la del servicio público se amortecía del todo su energía moral; las pasiones y debilidades de la condición humana no encontraban en él sensible otra fibra que la del patriotismo. La razón de su conducta, el criterio de su deber, la religión de su culto, y el objeto de toda su ambición y desasosiego eran la Patria, su independencia y su prosperidad. Como esos héroes de las tragedias de Alfieri negados a todo sentimiento que no sea el odio a la tiranía y el entusiasmo por la libertad, personajes inverosímiles de puro bien adaptados al ardor republicano del poeta, así en O'Higgins se refleja tanto el espíritu de su tiempo y de su país, se adunan tan perfectamente las impacencias, las excitaciones, el fanatismo patriótico de sus gobernados, y de tal modo excluye esta expresión todo accesorio extraño, que se le creería más bien una transfiguración de la entidad ideal, resorte y referencia de sus actos, que el modo de ser de una personalidad humana.

El amor, la amistad, los afectos de familia, los devaneos mundanos ¿qué influencia, qué cabida tuvieron nunca en la vida de O'Higgins? El hombre privado se absorbió todo en el hombre público; y esta sola frase denota bien hasta qué punto no agitaron su pecho esas gratas impresiones. ¿Ni a cuáles hubiera podido mostrarse sensible el pobre bastardo cuya niñez no había conocido otro hogar que el de la nodriza mercenaria a que fue entregado al nacer; cuya juventud no había tenido otro campo de soltura que el sombrío y solitario claustro de un convento; y que, cuando a su país natal hubo de granjearse un lugar en la sociedad, otro prestigio que el humillante de su nacimiento, nada alcanzó a buenas, por la generosidad o protección de sus compatriotas, sino por la justificación de su valor e integridad?

Como hay fisonomías que se prestan a ser trasladadas en busto por la prominencia y fijeza de sus facciones más características, hay también perfiles morales tan pronunciados y persistentes, que el buril de la Historia puede reproducirlos con toda fidelidad. En el

carácter que bosquejamos es tanto mayor este relieve cuanto que es una sola, y la misma siempre, su cualidad sobresaliente.

El nombre de Lircai o Cancha-Ranyada tres veces fatal a la causa de la libertad en Chile, los de Maipú y Curalí, la expugnación de Talcahuano, la toma de Valdivia por la escuadra naval reunida y tripulada al fin a duras penas, las importantes adquisiciones que esta arrebató a los realistas y con las cuales aumentó y mejoró su escasa dotación primitiva, la expedición que ella misma trasportó al Perú, el triunfo definitivo alcanzado allá y que fue el complemento del obtenido aquí; tres millones de pesos invertidos en solo esta última campaña, y nueve más en la reconquista y terminación de la Independencia Chilena; el acta en que se la proclamó formalmente, declarándose los principios de igualdad y libertad sobre que se constituía el naciente Estado; la erección de Valparaíso en entrepuerto general del Pacífico; la creación de almacenes francos para el depósito de las mercaderías en tránsito; las leyes dictadas para asegurar al extranjero, la indemnidad y hospitalidad más liberales; la devolución de las propiedades injustamente secuestradas; la abolición de todos los títulos y distintivos de nobleza; el establecimiento de la Legión de Mérito; todas estas instituciones y muchas otras de un orden más secundario, todos esos hechos de armas y afanosas improvisaciones; todos esos felices resultados deponen mas en pro de O'Higgins que los elogios más pomposos. Las vicisitudes posteriores no han podido deslustrar esos timbres impercederos de su laboriosa y pura Administración.

Y con tributar este homenaje al eminente mérito de O'Higgins amengua el de las que colaboraron inmediatamente, o contribuyeron en la mayor parte, en muchas de las empresas más portentosas de su Gobierno. San Martín en Chacabuco y Maipo, y luego después en el Perú a la cabeza de la expedición chilena; Cockrane y Blanco al frente de la Escuadra; Manuel Rodríguez en Santiago después del desastre de Cancha-Rayada; Las Heras en el Gabilán; Freire en Curalí; Brayer delante de Talcahuano; el hábil, íntegro y leal Echeverría, como director y moderador de la política gubernativa; Zenteno, Irizarri y Rodríguez Aldea como sus infatigables y fieles ministros; Zañartu, como representante y defensor de la República en la otra banda; todos segaron lauros inmarcables combatiendo y trabajando por dar cima a la restauración de la Patria. Lo que sin embargo no impide que en la corona cívica tejida con las ofrendas de todos, resalten como su más bello florón las de O'Higgins.

Y ¿quién lo creyera? en ese Gobierno que correspondió tan bien al lleno de su misión, hincó su diente la maledicencia de algunos contemporáneos; y sus calumnias más denigrantes han sido después aceptadas y adobadas ingeniosamente para darles aires de verdades inconcusas. A ese Gobierno, tan desprendido de todo otro interés que el del Estado, tan ajeno de cábalas de bandería, tan consecuente a los fines de su institución, se le ha hecho la afrenta de llamarlo Dictadura; y a su Director, tan perseverante y animoso en su consagración se le ha inventado el proyecto no sólo de fundar y perpetuar de por vida esa Dictadura en su persona, sino de subordinarla a una monarquía, bajo la cual, en connivencia con O'Higgins, no se ha temido decir que San Martín había intentado reunir Chile, el Perú y las Provincias Argentinas. Toda la epopeya magnífica de la lucha sostenida en esos tres pueblos para arrancar y asegurar su independencia, se la hace rematar por estas adulteraciones groseras casi en un sainete ridículo; y a sus dos protagonistas, en vez del porte propio, digno y severo con que se mostraron en las escenas más grandiosas, se les hace tomar el de sátrapas de teatro, cambiar su sencillo uniforme de guerreros por las



lentejuelas y oropeles del cómico, y hacer ellos mismos el papel más despreciable en farsa tan pueril.

Si por Dictadura se entiende el poder absoluto conferido a uno solo, llámese enhorabuena Dictador a O'Higgins; lo fue en toda la extensión de la palabra. Pero si se quiere además significar algo de atentatorio o abusivo en el régimen designado por esa denominación algo de puramente dirigido al interés personalísimo del que manda, algo de lo obrepticio y refractario que tuvo la dictadura de Carrera en el año 14, en este sentido no conviene al Gobierno de O'Higgins. Ningún estatuto formal reguló su erección, su organización ni sus actos; sólo la sanción del hecho y la obediencia efectiva de los pueblos astrictos a su reconocimiento legalizaron su origen y forma; mas el poder así ejercido lo fue sólo en obsequio de conveniencia general, y por discrecional la gestión no fue transgresiva ni renitente. Nunca perdió de vista O'Higgins el objeto de su mandato ni le abandonó el convencimiento de deber a su desempeño cuanta era su ilimitada autoridad. Esta conciencia le infundió valor para obrar, y sacrificarlo todo en los instantes decisivos, y para no desmontar su política cediendo a escrúpulos mezquinos o a los desvíos volubles en que dividieron la opinión los varios trances de su Gobierno. ¿Llega el caso de ajusticiar a un Zambruno para satisfacer la vindicta pública ultrajada durante la reconquista por las atrocidades de ese desalmado sayón del coloniaje? O'Higgins no tiene reparo para ordenar, casi sin previo juicio, tan justa retorsión. ¿Cae por fin en poder de los Patriotas el montonero Benavides, de aciaga celebridad por sus traiciones, sus crímenes, sus sangrientas y alevosas hostilidades, y la violación cometida en el valeroso General Alcázar y 80 soldados de la capitulación bajo cuya fe se le habían rendido a más no poder? No tiembla tampoco a O'Higgins la mano para firmar la denegación de todo indulto al pie de la sentencia de muerte de tan malvado y temible bandido. ¿Se hace necesario cruzar en la otra batida las maquinaciones de la facción Carrerina, exasperada por el fusilamiento de dos de sus cabecillas y excitada más que nunca por su impávido Jefe, desvivido, ya no tan solo por atacar y sobreponerse al partido dominante en Chile, sino por vengar aquel asesinato perpetrado en dos parciales y hermanos suyos?, El hombre más avisado y de trastienda que pudo encontrarse, el más fecundo e incansable en el campo de la intriga, y sostenido y ladino en el de la alta diplomacia, don Miguel Zañartu, fue el agente enviado allá por O'Higgins a cortar el revésino a esa conspiración. ¿Manuel Rodríguez quiere tornar contra el Gobierno el ascendiente de su gran popularidad tan justamente adquirida, avanzándose en una de las genialidades de su arrestado carácter hasta ir a vociferar amenazas y peticiones altaneras al patio mismo de Palacio, a la cabeza de una muchedumbre tumultuosa? O'Higgins, reconocida la ineficacia de los medios de consejo y amigable composición ensayados sin éxito con un rebelde cada vez más arrojado, expide resueltamente la orden de su prisión y enjuiciamiento.

¡Ojalá que hubiese podido menospreciar las intentonas de estos dos facciosos y que el lastimero fin de ambos hubiese sido más bien el suyo, si esta desgracia no había de haber costado a Chile una nueva guerra civil y otra reconquista, más sangrientas y ominosas que las de 814! ¡Ojalá que el mismo O'Higgins hubiese tenido ocasión de hacer a un lado, de un modo o de otro, pero avocándose la responsabilidad de todos sus procedimientos, aquellos dos indomables y reacios perturbadores, enemigos jurados de su Administración! ¡Ojalá que una potestad superior y un acontecimiento casual no se hubiesen como complotado en su favor para venir a remover, tan a tiempo y para siempre, ese doble jaque que amagó de

muerte su propia vida, el predominio de sus adictos y la estabilidad del orden político por él instaurado y sustentado! Con el último suspiro de O'Higgins inmolado a la venganza de sus émulos habría concluido la tranquilidad interior del País; pero la memoria de su defensor se habría conservado inmaculada y en todo su resplandor; no la habría salpicado sangre de sus compatriotas derramada sin su culpa; y la aureola prestigiosa de la desgracia no habría cubierto con agravio suyo extravíos los más culpables. ¿Porqué el hado venturoso de Chile quiso otra cosa, y que la buena fortuna de O'Higgins viniese a servir de argumento sin réplica contra sus sinceradores? La historia circumspecta y imparcial no se dejará alucinar con todo por la equívoca luz de las apariencias.

¿Pero qué decir de la Dictadura y Monarquía a cuyo establecimiento, se ha sostenido sin empacho, conspiraron de acuerdo los esfuerzos de San Martín y O'Higgins? No son ni especiosas siquiera las interpretaciones en que se apoya esta imputación. En la creación de la Legión de Mérito sería tan absurdo hallar uno de sus fundamentos, como en la orden de Cincinnati de los Estados Unidos la coherencia del mismo designio atribuido a Washington. La resistencia a ampliar las libertades públicas fue una condición vital para un gobierno encargado de sofrenar y satisfacer juntamente los excesos y anhelos de una revolución al día siguiente de su triunfo. Y las negociaciones que mediaron con los Gobiernos de Europa, interesados en hacer Rey de una parte de la América al que lo era a la sazón de Etruria para que quedase este Estado al hijo de Napoleón y nieto del Emperador de Austria, mal pueden acusar nada ni contra O'Higgins ni contra San Martín, habiendo sido rechazadas de plano en cuanto afectaban a Chile, y no por el Agente Diplomático de la República acreditado para ante aquellas Cortes, de su movimiento propio, sino por orden expresa y terminante que le fue comunicada a consecuencia de su juiciosa consulta sobre el particular.

Dígase, si se quiere, que la generosidad o la prudencia no inspiraron muchas de las medidas de la Administración de O'Higgins; al fin este sería un capítulo de censura no tan destituido de todo fundamento, y si por acaso injusto, como lo es en efecto, no por endosarse responsabilidades o culpas a otro que al que tocan, o imaginarse colusión hasta con la casualidad, sino por el punto de vista en que el historiador se coloque o la norma a que adapte su juicio. Las confiscaciones, las exacciones y otros rigores de la primera época de la Restauración, que ciertamente tuvieron lugar, han podido, por ejemplo, calificarse como expoliaciones inútiles y represalias inhumanas. Se comprende muy bien que pueda emitirse esta opinión haciéndose completa prescindencia de las necesidades instantáneas y de los azares de la situación que forzaron la mano al Gobierno; que se juzgue las cosas de entonces con las ideas de ahora, o lo que es todavía más arbitrario, que se consideren en abstracto, sin dependencia de condiciones de tiempo, lugar ni otras algunas, sucesos que se efectuaron precisamente bajo la acción de todas ellas. Hay quienes profesan de buena fe este singular criterio, según el cual la política es una ciencia de axiomas y el estadista un ente pasivo que los aplica más o menos bien. Hay quienes, por horror a los crímenes cometidos muchas veces en nombre de una mentida razón de estado, este sofisma de que suele prevalerse el despotismo, sostienen a voz en grito que el gobernante debe conformar su conducta, en todos tiempos y bajo el imperio de cualesquiera circunstancias, con los preceptos invariables de la más estricta justicia y de la moral más austera, y negar todo acceso en sus deliberaciones a los dictados de la salud pública, que sin embargo es el objeto primordial de su misión. Empero, al querer sujetarse a esta regla, simple a la par que inflexible, el modo de obrar en política, se olvida que más que ciencia de teorías y de

utopías lo es de conocimientos prácticos, de exacta apreciación de las urgencias del momento, y de los resortes más eficaces que convenga tocar para salvarlas; y que si de algo inmutable y eterno no deben jamás desviarse sus procedimientos es solo de la honradez. La política discreta al mismo tiempo que moral, la política de Franklin y de Fenelón, la que se propone la virtud sin perder de vista la utilidad, la que ofrece la abnegación de sí misma solo en pro de los demás, y que no abdica su energía ante el grito de la piedad o los aspavientos del horror, esa política guió también a O'Higgins al decretar los secuestros y rigores a que se refiere la increpación de que le defendemos. Bello y grande hubiera sido que sin apelar a recursos extremos se hubiese protegido la causa que acababa de triunfar en Chacabuco; mas hubiera sido también imprudencia y apocamiento abstenerse de represalias contra un enemigo que las provocaba atroces, y aunque derrotado, no vencido; y dejarse supeditar por un vano prurito de clemencia o generosidad.

Empero, ¿a qué razonar contra la ambición egoísta y las trazas de maquiavélica tiranía motejadas a la política de O'Higgins, cuando la mejor refutación es esta misma y lo que alcanzó el país por su medio, y cuando si fuese posible arrancar a nuestra historia las páginas brillantes agregadas en los seis años de ese gobierno, con solo que se salvase la de su abdicación quedaría un documento irrefragable de completo abono? El Dictador, el tirano, el que ha hecho del poder su patrimonio, no lo depone como lo depuso O'Higgins. El Patriota por excelencia, que tiene en su alma la elevación de un Decio o de un Camilo, es solo capaz del rasgo de entereza y desprendimiento con que terminó su carrera pública el fundador de la Independencia nacional y del orden civil de Chile.

Desde que la antigua colonia hubo visto conquistada de hecho su emancipación y alejado todo temor de perderla, el deseo de reglar el ejercicio de su soberanía y revocar su delegación en O'Higgins se hizo impaciente y general. Una carta fundamental, otorgada por representantes debidamente nombrados e instruidos, y vaciada en el molde de las constituciones más liberales modernas, pasó a ser la orden del día, tema de discusiones y preocupaciones fervientes en todas partes. Llamose despótico el régimen actual; quísose su inmediata y total cesación, y que no continuase O'Higgins al frente del que debiese sustituirle. Motivo y pretexto juntamente, pues que tanto como ensayar una organización política sobre bases más demarcadas y anchurosas, se quería también satisfacer un capricho de la versátil aura popular. La idolatría de un tiempo por O'Higgins se había convertido en descontento en algunos, y en los que no, en una indiferencia glacial. Pero nada se habría tramado contra la persona del Director, y la conmoción nunca habría cundido y aumentado con tanta rapidez que no hubiesen podido reprimirla concesiones oportunas, a no haber sido inducida la mayor parte del Ejército a una abierta rebelión por el general Freire, que lo tenía enteramente a sus órdenes en Concepción, y que no temió robar al Gobierno la obediencia de tres provincias, traicionando los deberes de su cargo militar y abusando criminalmente de la subordinación de su tropa. ¡Si el caviloso general hubiese previsto entonces el talión terrible que le estaba reservado y lo estéril de su desdoro! Era bastante patriota y hombre de bien para haber impuesto silencio a sus resentimientos particulares. No habría dado un nuevo ejemplo corruptor de esos motines soldadescos que tantas veces se han confundido, en nuestra historia posterior con los grandes movimientos populares, y que si muchas han contribuido a segundar claros y patrióticos fines, alguna (¡muy reciente y lamentable!) han sido causa de su desastrado aborto: auxiliares malditos, que cuando no traen su contingente sin que se les pida y detrás del bastidor del pueblo, so color de servir a sus intereses,

solicitan y entronizan su propia granjería, bastardean la causa que se pone voluntariamente bajo su patrocinio, y lo que debiera ser un poco más tarde conquista segura y pacífica de la fuerza de las cosas, la anticipan a balazos, pero para verla a poco desplomada sobre el terraplén movedizo y los charcos de sangre de su cimiento.

O'Higgins no comprendió al principio la tendencia inmediata de las insurrecciones, apenas sucesivas, de Concepción, Valdivia y Coquimbo: tomó a la letra las ínfulas de liberalismo que ostentaban y su clamor por una Convención Constituyente: no vio que no eran más que solapas inventadas para decorar de algún modo la ojeriza a su persona que animaba principalmente a los promovedores y corifeos en las tres provincias. Se persuadió de que tentando el vado a una conciliación prudente, defiriendo sin rodeos a las exigencias ostensibles, conjuraría la tempestad; y envió con esta mira por sus plenipotenciarios al Norte y al Sur sujetos respetables y capaces. No había doblez en su alma; la experiencia no le había enseñado a no suponer su simplicidad en los demás: le faltaba esa penetración que no engañan los artificios mejor aderezados; nadie menos cursado que él en los amaños de la política a pesar de los seis años de su Directorio. Todos en Santiago se daban ya públicamente los parabienes por la nueva de lo acaecido en las otras provincias; se formaban corrillos en las calles y plazas, y en acaloradas arengas se exhortaba a la sublevación; el soldado, el ciudadano, la primera clase de la sociedad, el populacho, ninguno se abstenía de tomar parte en la efervescencia general. Circulaban de boca en boca rumores los más alarmantes; en la tarde del domingo que precedió al día de la abdicación era uno de los más validos que a la noche sería asesinado en el Teatro el Director; por toda la ciudad se advertían indicios precursores de algo muy grave y extraordinario; y todavía el que debía ser la víctima no daba la menor atención a cuanto se aprestaba en su contra. Le inquietaba tan solo el éxito de las negociaciones recientemente entabladas. No se efectuó por fortuna ningún atentado contra su persona; pero en la noche del día antedicho y en la casa que es hoy el Palacio del Arzobispo, situada en un ángulo de la misma Plaza en que se hallaba entonces el del Gobierno, y en cuyo interior estaba O'Higgins ajeno en gran parte de cuanto sucedía, se había reunido en gran número lo más notable del vecindario, y bajo la presidencia de don José María Guzmán, Intendente de la provincia, deliberaba sobre emprender sin tardanza en Santiago la misma sublevación que en las otras provincias y obligar a O'Higgins a dejar el mando. El funcionario de más categoría de la ciudad, después del Director, y su agente inmediato, Guzmán, prestaba su adhesión y patrocinio, algo más, la autoridad de su cargo y el asilo de la oficina de su despacho, a un conciliábulo dirigido a preparar e iniciar una insurrección contra la Magistratura Superior de la República. ¿Qué mucho que otros funcionarios subalternos, y los jefes y muchos oficiales de la guarnición, y hasta algunos edecanes del Director, se atreviesen a faltar del mismo modo a su deber? Los que no vinieron espontáneamente a ofrecer su apoyo a la asonada en proyecto, hicieron lo que el coronel Pereira, comandante de uno de los batallones acuartelados en la capital, y tenido como paniaguado de O'Higgins; quien, no bien recibió un recado del Intendente invitándole a la reunión, se presentó a los conjurados a prometerles, no tanto como poner a sus órdenes toda la fuerza de su mando, pero sí la seguridad, que valía lo mismo, de no hostilizarlos con ella. Traición a medias, pero más vituperable que si lo hubiese sido sin rebozo, porque se comprometía su reo a negar la obediencia y la protección al Jefe a quien las debía sobre todo otro respeto, pretendiendo cohonestar su delito a la sombra de una distinción de teólogo, no de hombre de honor, entre sus deberes de ciudadano y de militar.

Al frente de su tropa no podía ser lo uno y lo otro; y excogitando un término medio para conciliar una aparente incompatibilidad, no hizo más que delinquir doblemente.

La conclusión de este indigno conciliábulo fue dejar acordado para el día siguiente la reunión de una gran poblada en el Consulado, a donde irían a constituirse en cabildo abierto todos los presentes, para llamar ante sí y deponer públicamente al Director Supremo. La destitución quedó desde luego decretada de puño y letra del Intendente Guzmán y designados los oradores que debían notificarla a O'Higgins en el lugar y con el aparato convenidos. Como la espada en la vaina, se guardó en el sigilo por toda aquella noche el plan combinado, y se retiró cada cual a su casa para venir a concurrir al día siguiente a la ejecución.

Cuando por la mañana del memorable 28 de enero de 1823 pudo O'Higgins notar la agitación que ya reinaba en todo el vecindario y supo que las autoridades municipales y un gran gentío discutían en la sala del Consulado el modo de hacer efectiva al instante su separación del poder, le afectó profundamente menos la demasía del intento, que el haberse urdido y preparado desde la noche anterior, con tanta felonía, sin habersele requerido antes para que abdicase de grado, y abrigando y presidiendo tan odioso complot amigos y subalternos suyos, de toda su confianza. Si se hubiese apelado a su generosidad no se habría resistido un momento a satisfacer a los que pedían su destitución. Pero decidirla de antemano, querer efectuarla a viva fuerza, y no como quiera, sino en el acto más solemne y mostrándole a la expectación de todos sus conciudadanos en el aislamiento obrado por la traición y el soborno; he aquí lo que le ofendió de muerte y le lanzó fuera de sí a arrostrarlo todo, antes que una indignidad y humillación tan enormes. Era menos su persona, que la autoridad de su investidura, la que resolvió conservar ilesa.

De sus Edecanes no tenía consigo más que al Coronel veterano, don Agustín López: se le había venido a anunciar que el Batallón de la Guardia al mando de Pereira, y el Escuadrón de su Escolta al del coronel Merlo, estaban a las órdenes de los sublevados. A su palacio no habían aportado esa mañana ni ministros, ni consejeros, y ni sus allegados más habituales. No podía hallarse más sin amparo y en un peligro mayor ni más inminente; pero no por eso le fallaron su incontrastable presencia y energía de ánimo. Térciase la banda tricolor, emblema de su augusto cargo, cñese su gloriosa espada, monta a caballo, y, seguido solo de su fiel Edecán, se dirige al cuartel de San Pablo a reducir a su deber la amotinada Escolta. Sorprende al comandante Merlo, justamente en el momento en que, rodeado de los oficiales de su Escuadrón y al frente de la tropa que descansaba sobre las armas, comunicaba a los primeros en voz baja las intenciones de la poblada reunida en el Consulado y su propio designio de coadyuvar a su logro. Pero al ver entrar al Director, por el movimiento más irreflexivo, le rindió la tropa los honores de ordenanza, y toda la oficialidad se retiró también a sus puestos, dejando en medio del patio a su Comandante estupefacto de susto y de asombro. Acercársele O'Higgins con la mayor resolución; echarle en cara su negra perfidia, arrancarle las charretelas con su misma mano y proclamar Comandante en su lugar al veterano López que venía a su lado, todo fue uno. La tropa y la oficialidad presentaron al punto las armas a su nuevo Comandante, quien no bien les ordenó echarlas al hombro y marchar escoltando al Jefe de la República, resonó en todo el cuartel un viva de entusiasmo y se puso en movimiento todo el escuadrón, sin volver siquiera la vista al mohíno y degradado Merlo, sumido todavía en su estupor.

La traición a dos caras de Pereira indicaba la debilidad de su carácter; y como, por otra parte, no tenía O'Higgins en esos momentos otro Jefe de quien echar mano, se determinó a no quitarle el mando de su batallón, y a impelerle y obligarle mañosamente al cumplimiento de su deber. Vino al cuartel de estos otros soldados; hizo detenerse a la puerta a la Escolta que traía consigo; penetró él solo y peroró a la tropa con el mayor coraje. Sus enérgicas palabras decidieron también un pronunciamiento unánime en su favor, y nada menos que contrariarlo intentó el cobarde Comandante. -Hecho esto y teniendo ya de su parte una y otra columna, las mandó formar en la Plaza principal, y partió delante él mismo a esperar sereno en Palacio el desenlace de la sedición.

Los dos triunfos que acababa de arrancar O'Higgins intimidaron algo a los reunidos en el Consulado. Desistieron de osar allanarle el fuero y expelerle de Palacio sin miramiento alguno, proposición a la que se había expresado en los principios una aquiescencia bastante general; y se dispusieron solo a llevar a efecto lo acordado en la noche, y aun esto salvando los homenajes y respeto debidos al Director. Una diputación, compuesta de las personas más caracterizadas de la reunión, fue a suplicarle se dignase venir a oír la representación respetuosa que se quería someterle.

Accedió O'Higgins a la suplica y se dirigió sin temor al Consulado. Sus Ministros y Edecanes, que se le habían reunido poco antes, le acompañaron hasta la puerta de aquel edificio, donde se separó de ellos para abrirse paso por entre la compacta muchedumbre que llenaba el patio intermedio entre el zaguán y el corredor del frente. No recibió en su tránsito ninguna manifestación sino de reverencia y acatamiento a su autoridad: se le veía venir en plena posesión de ella, seguro de sí mismo, con paso firme y continente sereno. Cuando entró en la Sala todo el concurso se puso de pie correspondiendo a su salutación, y facilitándole acceso hasta la gradería sobre la cual estaban a uno y otro lado los Diputados del momento. Subióla, y fuese a colocar en la testera de la sala bajo una especie de dosel que allí había.

«Muy a mi pesar, dijo, haciendo la mayor violencia a mis sentimientos particulares, y solo porque hubiera podido interpretarse mal una negativa de mi parte a deferir a vuestro llamado, me he resuelto a comparecer ante vosotros. Aquí estoy, pues -Sepamos, ¿qué me queréis? ¿cuál es el objeto de esta reunión?»

No tanto estas palabras, como el gesto imperativo y el tono firme con que fueron pronunciadas, concluyeron por invertir completamente la actitud de señorío y superioridad que minutos antes todos los presentes se habían preparado a afectar delante del Director. Este pasó a ser el personaje principal de la escena, el centro del episodio que iba a desarrollarse; y los que se habían soñado dar la ley, pasaron sin querer a recibirla.

Don José Miguel Infante, el orador impertérrito del Cabildo del año 10, hombre de pecho y de pro, se apresuró a responder a aquella interpelación, y a cumplir el encargo a que estaba obligado desde la noche anterior. Empero, apenas había dado principio a su discurso, cuando le interrumpió el Director para preguntar con un marcado ademán de enfado qué título tenía para dirigirle la palabra aquel interlocutor. El orador tan brusca y justamente interrumpido, se descompuso todo, no halló qué contestar; y un silencio

bochornoso se habría seguido por largo rato en todo el concurso a la pregunta del Director, a no tomar repentinamente la palabra por todos, pidiendo una doble venia, don Mariano Egaña, más orador y de mejores maneras que Infante, y dotado también de una independencia de carácter que en el curso de su vida pública fue desde entonces tanto más admirable cuanto que contrastaba singularmente con su timidez moral. Se guardó de pronunciar una sola frase del discurso que traía preparado; pero improvisó otro lucido, fácil, insinuante, y perfectamente adaptado al lance del momento. Su conclusión fue pedir que el Director no tuviese a mal la apelación respetuosa que se había hecho a su patriotismo y bondad para deliberar en común sobre la situación azarosa en que habían puesto a la capital las noticias últimamente llegadas de Coquimbo y Concepción.

O'Higgins repuso al instante, sin apearse del tono de gravedad y firmeza que había tomado desde un principio, que ya había provisto a esa urgencia dictando medidas y tocando resortes que debían restablecer pacíficamente la quietud y el orden en toda la República; y exigió que la reunión se disolviese al punto en esta confianza.

Don Fernando Errázuriz tuvo entonces la energía que faltó a los demás. Vio que iba a obedecerse a la voz del Director; que por no ser nadie el primero en expresarle con franqueza el objeto de la reunión (tanto habían impresionado el gesto severo y la resuelta intimación de O'Higgins) iba a frustrarse del todo lo emprendido, con grandísimo desaire y disgusto general. No vaciló en tomar él la palabra, y sin curarse de la facundia y conveniencia de su frase, pero poniéndose perfectamente a la altura de la situación y sin herir en nada la susceptibilidad del Director, le significó claramente que su abdicación voluntaria era el único medio, triste y doloroso, pero necesario, de restablecer la tranquilidad pública. «La misma conmoción que en el Norte y Sur, agregó, ha estallado ya en la Capital. Todos en este recinto acatan y respetan en V. E. la inmunidad de vuestro excelso cargo, la sagrada autoridad de que os halláis investido, el patriotismo ardiente, las grandes virtudes que os adornan y los inmensos servicios que el país os debe. Pero todos también, Exmo. Señor, no temo afirmarlo, han llegado a creer necesario que resignéis el mando. Si queréis, conservadlo a todo trance; lo podéis; y nos rendiremos, mal que nos pese, a vuestra voluntad suprema... Pero la terquedad de V. E... ¡nos haría infelices!...» Al decir esto, la emoción del orador le embargó casi su voz y tuvo que entrecortar un instante su discurso. Después de una breve pausa, prosiguió expresando que no había hecho más que emitir el voto de toda la concurrencia respetable que tenía el Director delante, y al pronunciar la expresión «apelo sino a ella» con que terminó su arenga, se volvió hacia el concurso, como para esperar que el silencio general ratificase la anuencia que aseveraba.

Todos estaban de tal modo bajo la electricidad que comunicaron a las palabras de Errázuriz su acento de unción y dignidad, que, al oír la interpelación que les hacía, prorrumpieron inmediatamente en aplausos y en furibundos gritos de aprobación. Pero O'Higgins, en el mismo instante y por el raptó más impetuoso, se abalanzó a intimarles silencio, en la actitud, con el gesto y la voz más imponentes. «¡Silencio! ¡Silencio!» gritó varias veces, aproximándose al borde de la gradería y encarándose airadamente a todo el concurso. «¿Qué es esto? ¿Se piensa intimidarme con griterías y amenazas? ¿Se me ha llamado para escarnecer en mi persona la autoridad que ejerzo? Se equivocan los que crean poder arrancármela, o insultarla siquiera impunemente. La defenderé contra todo despojo y la menor ofensa, aunque sea a costa de mi vida. Desprecio la muerte; la he afrontado mil

veces sin temor en los campos de batalla. Vengan de una vez los que deseen saciar con mi sangre sus rencores. Aquí está mi pecho. ¡Sea también el blanco de los que registren en él un crimen contra la patria! Me quitaréis la vida y ¿qué me importa? ¡Pero no recibiré en la cara el escupo de tanto oprobio!»...

¡Qué cuadro tan magnífico y solemne! De una parte la figura majestuosa del Director, presentando su pecho henchido de indignación, teniendo asida con la izquierda la banda de su autoridad, y la derecha extendida hacia atrás, como para ofrecerse más en descubierto al ataque de sus enemigos; y de la otra todo un pueblo respetable sobrecogido de admiración por tanta energía y dignidad. No se oyó por algunos minutos ni el más ligero murmullo. Y cuando el Director, recobrada un poco su tranquilidad, ordenó despejar la Sala para entenderse solo con los Diputados, no hubo quien no se diese prisa a obedecer su mandato.

Tan luego como quedó solo con ellos, y sin oír disculpas ni dar lugar a contestaciones de ningún género, se desnudó de las insignias de su mando, pidiendo eligiesen sobre la marcha la persona o Junta que debiese reemplazarle y solicitando su pasaporte para el extranjero.

A poco rato salió de la Sala y presentó él mismo al reconocimiento del pueblo, que esperaba ansioso en el patio el resultado de tan interesante acontecimiento, la Junta elegida en su lugar. Una inmensa comitiva le acompañó hasta su Palacio en medio de los vivas más estrepitosos y aclamándole el Padre de la Patria.

### III

La adversidad no relajó la fuerte fibra del carácter de O'Higgins: por el contrario, mostrose superior a las decepciones y contrastes del fin de su carrera pública. Cayó del poder, pero por una sublevación general, súbita, irresistible, y en una actitud decorosa, impávida, imponente, venciendo, puede decirse, por su entereza y la conformidad con su destino a los mismos ante cuya ingratitud y felonía se dio por vencido: como el gladiador romano que al sentir la herida mortal convertía todos los esfuerzos de su último aliento a exhalarlo con serena faz y noble apostura. Abdicó el mando, proclamó él mismo a sus sucesores, se sometió a un escrupuloso juicio de residencia, pero sin que el vigor y elevación de su ánimo se desmintiesen por deliquio alguno. Compareció ante sus acusadores, oyó imperturbable sus cargos, satisfizo a sus jueces; y pudo alcanzar un testimonio de sus acrisolados méritos y el fallo de la más completa vindicación, refrendados ambos por el mismo que había apadrinado la sublevación en su contra y se preparaba a ocupar su puesto.

Se dirigió al Perú con propósito de esperar en el descanso y en una vida enteramente privada que despuntasen en su Patria tiempos mejores para volver a concluir en paz el último tercio de sus días. Le tocó llegar allí cabalmente en circunstancias que estaba en ese pueblo más empeñada que nunca la lucha sostenida por los defensores del coloniaje contra Bolívar que había venido a perseguirlos en sus últimos atrincheramientos. La misma causa



por que había derramado O'Higgins su sangre en Chile se debatía en aquella lucha; ¿cómo había de permanecer espectador indiferente? No vaciló en marchar a ofrecer sus servicios al Libertador de Colombia luego que supo se preparaba a abrir la campaña que debía decidir en definitiva la emancipación de toda América. Bolívar le recibió con muestras del más cordial beneplácito; «en la orden del día siguiente al de su llegada felicitó al Ejército por la incorporación en sus filas del ilustre veterano, y mandó que todos los jefes y oficiales fuesen a darle la bienvenida, y a expresarle su satisfacción de tener por compañero de armas al vencedor en tantos combates y fundador de la Independencia de Chile.» Mas como poco después recibiese Bolívar orden de entregar el mando del Ejército a Sucre, y resolviese volver por este motivo a Lima, hubo de acompañarle O'Higgins y de no ser muy a pesar suyo de los que concurrieron a la inmortal hazaña de Ayacucho. La Independencia del Perú se afianzó por este triunfo, y reconocido el Gobierno de ese Estado al servicio que ahora había querido prestar a su causa O'Higgins, como igualmente al entusiasmo y tesón con que la había antes patrocinado desde Chile, le acordó el insigne honor de inscribirle en la lista de sus Mariscales. Esta merecida distinción, su fama de bravo guerrero, la alta posición de que había descendido con tanta gloria en su patria, y por fin, el prestigio que añadía a su apellido la memoria del Virrey su padre, le granjearon en el Perú consideraciones y respetos universales. Extranjero, emigrado, destituido de todo valimiento y más tarde calumniado horriblemente desde su país natal, reducido un tiempo casi a la miseria, su persona en Lima fue sin embargo siempre objeto de la más benévola veneración. ¡Quién lo creyera! Bolívar, San Martín, Miranda, Sucre, Carrera, héroes algunos de más alta y gentil talla que O'Higgins, habían terminado o debían terminar en la prisión, en el patíbulo, por el hierro de alevos asesinos o en la expatriación más miserable y olvidada, su existencia de glorias, de sacrificios, de fatigas y de meritoria devoción a la libertad de América; solo la de O'Higgins se extinguió honrada y protegida, sino por la Patria de su nacimiento y de su afecto, por la que le dispensó generosamente su adopción, su hospitalidad y un amparo constante contra los rigores y las injusticias de aquella.

Mucho sin duda a estas atenuaciones de su desgracia, pero también a la longanimidad de su carácter, debió tal vez poder conllevar su condición de proscrito y caído con tanta resignación. Nunca se quejó de su suerte; nunca dejó de seguir con solicitud las alternativas de acierto o error, de progreso o atraso, con que prosiguió Chile bajo la dirección de sus émulos la tarea de su organización política y civil. Sus votos y simpatías más fervientes acompañaron a su país hasta el último en las varias vicisitudes de su orden público; y en cuanto al término de la expulsión y sobre todo de la odiosidad injusta que sobre él pesaban, aceptolas como una ley de su destino, como uno de esos decretos Supremos contra los cuales no hay más recurso que inclinar la frente, y también quizás como una expiación de faltas de que él mismo no se creía exento, ni menos osaba absolverse. Y entretanto duraba esta fatalidad, no decía con gran énfasis como San Martín, «estoy envuelto en un manto de desdeñoso estoicismo, algún día conocerán si he hecho bien o mal;» sino que, (lo que no se avenía con el temperamento susceptible, la arrogancia y acaso también con el pasado no tan limpio de su compañero de armas), se remitía a la satisfacción de su propia conciencia, humillando su razón ante la del fallo general de su país, ora debiese devolverle algún día lo que le había quitado de su gratitud y estimación, ora se obstinase en negarle eternamente tan justo desagravio. Firme en sí mismo, conforme con su situación, meditando y proponiendo desde su retiro, siempre que se le brindaba oportunidad, proyectos y reformas útiles a Chile, cultivando relaciones frecuentes y afectuosas con los pocos de sus

conciudadanos cuya amistad no cambió su infortunio, disuadiéndolos sinceramente de hacer de su nombre un pretexto de turbulencias y alarmas, soportó veinte años su destierro en la quietud y humildad más irreprochables. El ofrecimiento de su hogar, y cuando no, de una asidua y franca asistencia no faltó a ninguno de los chilenos de alta o baja esfera que arrojaron allá en distintas épocas las conmociones de la República. ¿Quién le oyó proferir jamás palabras de despecho o siquiera de disgusto, no obstante ver prolongarse indefinidamente su confinación y el total olvido en que le habían echado sus compatriotas? Y por el contrario ¿cuántos no presenciaron las efusiones de vivo amor patrio que le arrancaba la noticia de cualquiera empresa loable a que propendía Chile en su organización interna o en sus relaciones internacionales con las Repúblicas hermanas? El General Búlnes y los Jefes que le acompañaron en la campana contra el Protectorado de Santacruz, no olvidarán nunca la sentida deprecación que un incidente casual hizo improvisar al viejo O'Higgins en el banquete con que después de la victoria de Yungai solemnizó el Ejército Chileno el aniversario de nuestra Independencia. Había sido el único invitado a la fiesta, y ocupaba el asiento de preferencia frente a frente del General Búlnes. Muchos brindis se habían pronunciado en honor de ambos; y queriendo O'Higgins contestar a uno de ellos, pidió le llenasen su copa; mas al ir a presentarla con este objeto por sobre la mesa, tropezó ligeramente su mano con el cuchillo de uno de los oficiales que trinchaba un jamón. La herida, aunque muy leve, comenzó a verter sangre; y no bien la advirtió O'Higgins, se puso inmediatamente de pie, y empuñando su copa en la otra mano y haciendo destilar sobre el licor que la llenaba unas cuantas gotas de la sangre de la herida; «Sangre vertida en el día de mi Patria», exclamó de improviso con el acento más solemne y conmovido, «¿por qué no lo has sido en su defensa y en el campo del honor?... ¡Felices vosotros, amigos, compatriotas, compañeros de armas un tiempo!... ¡Os quedan largos años de vida; inflama vuestros pechos el amor a la Patria y a la gloria; tenéis franco el regreso al suelo natal; y volvéis vencedores y honrados! ¡Felices vosotros! A mí no me es dado ya más que consumir en estériles deseos y lejos de mi amado Chile tanto ardor y puras intenciones que hubiera querido consagrar siempre en su servicio. ¡Pero sed testigos de los votos que hago por su felicidad! -¡Tierra de mi nacimiento, albergue de mi juventud y de mis tiempos más felices, teatro de mis hazañas y venturas, ídolo de mi vejez y adversidad, el hado más feliz presida siempre a tus altos destinos!... ¡Quiera el cielo te dignes algún día volver tu estimación al que tan de veras quiso y procuró siempre tu prosperidad!»...

¡Murió el 24 de octubre de 1842 sin la satisfacción de ver realizado tan vivo anhelo! A los pocos días se tuvo aquí tan triste nueva, y una pluma elocuente, de las mejor tajadas que posee hoy Chile, entre otras expresiones de verdadero sentimiento, se apresuró a consignar, en vindicación de la memoria del finado Héroe, las muy notables siguientes:

«No son vanos lamentos, ni muestras afectadas de dolor las que se han hecho sentir en estos días donde quiera que ha habido un corazón chileno. El General O'Higgins ha fallecido, y la Patria, que tenía para con él una deuda inmensa que satisfacerle, ha quedado condenada para siempre a un estéril remordimiento... Chile llegó a olvidar que tenía un O'Higgins y que este O'Higgins, el héroe de su historia, vivía en la vecindad, pobre, a merced de un pueblo extraño. Si esa alma grande que presidió nuestros primeros destinos, que dio el soplo de vida a nuestra Patria, no hubiese sido superior a la mezquindad de las pasiones en el abandono indigno a que se vio reducido, habría maldecido la sangre que derramó en favor de un pueblo ingrato. Mas no; en medio de su desgracia O'Higgins hacía

votos fervientes por la prosperidad de este pueblo; él era el objeto de sus conversaciones, de sus pensamientos, de sus delirios...»

«La revolución de la Independencia le cogió en el vigor de sus años, dueño de una ingente fortuna, rodeado de consideraciones y de amigos. La muerte le ha encontrado solo, acabado por la fatiga y el pesar, estrechado por las deudas y las privaciones, después que sus bienes fueron presa de las llamas enemigas y de que el pueblo en cuyas aras sacrificó su bienestar y su reposo, se olvidó de que tenía una vida preciosa que conservar. Las alturas de Chacabuco, los muros de Rancagua y Talcahuano, los campos del Roble y del Quilo con mil otros lugares en que se labró por el esfuerzo de su brazo un renombre inmortal, lo proclamaron el primer guerrero de Chile: una escuadra, creación gigante de su genio, había sujetado a su autoridad el Pacífico; y sin embargo de tantos títulos, de tanta gloria, ¡la muerte le ha ido a hallar en un oscuro gabinete sin más cortejo que el de sus virtudes!...»

«La memoria de O'Higgins es el patrimonio de Chile; sus restos mortales una joya que nadie nos puede disputar. ¡Qué vengan pues a tener descanso entre nosotros y los regaremos con lágrimas de reconocimiento y de expiación!»

El Conde de las Casas, en su Atlas histórico, cronológico y geográfico, ha podido decir también con sobrada razón: «Es el empeño más insensato, una verdadera hostilidad contra la gloria de Chile, querer apocar la memoria del General O'Higgins. Los que tanto se han afanado por calumniarla y deprimirla no han hecho más que cubrir de lodo monumentos preciosos de la historia de su propia patria, que algún día otras generaciones contemplarán con satisfacción y orgullo. No hay en esa empresa ni espíritu nacional, ni amor patrio, ni nobleza de sentimientos, ni elevación de ideas; todo es bajo, ruin y miserable. Ya es tiempo de cambiar de atmósfera y remontar a regiones más elevadas. Los chilenos deben dirigir todos sus conatos a que, si algún día la América tiene un Plutarco, le suministre Chile la mayor y más brillante de sus vidas ilustres.»

Santiago, 6 de diciembre de 1854.

JUAN BELLO.

IX

Don José Ignacio Cienfuegos  
Obispo de la Concepción

El personaje cuyos hechos forman esta biografía, es uno de los eclesiásticos de nuestro clero que más se han distinguido por su constante consagración al servicio de la religión y de la patria.

De costumbres intachables, de carácter suave, apacible, bondadoso, condescendiente, Cienfuegos, fue un sacerdote irreprochable en su conducta; un cura excelente, laborioso, caritativo, desinteresado como pocos. Con tales cualidades, y además nobleza de origen, grado de bachiller en teología, y sobre todo, con un patriotismo a toda prueba, recorrió casi toda la escala de honores y distinciones a que puede aspirar un eclesiástico en nuestro país. Fue, pues, cura, canónigo, arcediano, deán, gobernador de este obispado en tres distintas ocasiones, obispo titular de Rétimo y auxiliar de las Américas, prelado doméstico asistente al Solio Pontificio, y últimamente obispo diocesano de la Concepción.

En la escena política, es tal vez el sacerdote que más ha figurado entre nosotros. Vocal de la suprema junta de gobierno el año de 1813, senador y presidente varias veces del primer senado consulto, representante de Chile en el extranjero, consejero de estado y diputado al congreso constituyente de 1826, ocupó siempre con honor tan delicados puestos; y por esta causa, como por los importantes servicios que prestó a la naciente república y la gloria del destierro que sufrió por su adhesión a la causa de la independencia, ha merecido que su nombre sea colocado al lado de los más ilustres padres de la patria en la galería nacional de hombres célebres de Chile.

Nació don José Ignacio Cienfuegos en esta ciudad el 2 de octubre de 1762. Sus padres, que lo eran el señor don Francisco Cienfuegos y la señora doña Josefa Arteaga y Martínez, pertenecían a las familias más distinguidas del reino, y cuidaron de dar a su hijo la educación que regularmente se daba entonces a los de su clase y condición.

Desde su temprana edad, manifestó el joven Cienfuegos un corazón piadoso y una fuerte inclinación a la vida ascética y contemplativa. Llevado de esta inclinación, vistió el hábito de los hermanos predicadores en la casa de observancia de la recoleta dominicana de esta capital; pero habiendo conocido, al poco tiempo de noviciado, que le era imposible soportar el peso de las rígidas austeridades a que se sujetan los religiosos observantes de santo Domingo, resolvió cambiar el hábito de esta orden por la sotana clerical. Concluidos los estudios eclesiásticos, se graduó de bachiller en la facultad de teología de la antigua universidad; y en diciembre de 1786 recibió la unción sacerdotal. Las tareas del santo ministerio ocuparon desde luego toda su atención. Dedicose con especialidad al púlpito, y por sus prendas oratorias como por el mérito de sus sermones, sobre todo de sus sermones morales y doctrinales a que con más gusto se dedicaba por su conocida utilidad, adquirió en breve no poca fama de buen orador.

Cuatro años contaba apenas de sacerdocio, cuando el Illmo. señor don Blas Sobrino y Minayo, obispo entonces de esta diócesis, lo nombró cura vicario de la ciudad de Talca. Era este un honor que raras veces se concedía en aquellos tiempos a un sacerdote de la edad de Cienfuegos, lo que prueba su mérito indisputable, puesto que se le juzgó digno, a pesar de

su juventud, de ponerlo al frente de una de las primeras parroquias del obispado. Los hechos comprobaron cuan acertada había sido esta elección, pues en los veinte y tres años que sirvió aquel curato fue modelo de párrocos. Por su celo activo y desinteresado, por sus modales suaves y afables, conquistose las simpatías y el aprecio de todos sus feligreses, a quienes edificaba con su ejemplo e instruía con saludables lecciones. Como buen pastor, visitaba anualmente todo su rebaño para conocer y apacentar sus ovejas. Reedificó la iglesia parroquial, en cuya obra invirtió una gran parte de sus ingresos, y construyó además, a sus expensas, una buena casa de ejercicios de san Ignacio con el fin de mejorar las costumbres del pueblo que se había confiado a su pastoral solicitud. Talca no podrá olvidar jamás la memoria de tan benéfico y celoso pastor.

En las santas y piadosas funciones de su ministerio, encontró ocupado el 18 de setiembre de 1810. La voz de la Patria que quería ser libre e independiente de la Metrópoli, halló eco en su noble y magnánimo corazón; y lleno de esperanzas por la futura dicha de su país, se decidió a trabajar con empeño en la grande obra de nuestra emancipación. Con el fin de prestar a la nación en aquellas circunstancias los servicios que fuesen compatibles con su carácter de sacerdote, vino a esta capital, donde desempeñó varias comisiones importantes, hasta que a principios de octubre de 1813 entró a reintegrar la junta gubernativa que había dejado incompleta la renuncia del vocal don Francisco Antonio Pérez. Pocos días después se trasladó a Talca la excelentísima junta para atender mejor y activar los negocios de la guerra que se hallaban en mal estado, a consecuencia de las disensiones que se habían introducido entre los independientes. De las medidas que tomaron con este fin, la más trascendental y crítica a la sazón, fue la separación de los Carreras del mando del ejército, nombrando general en jefe al coronel don Bernardo O'Higgins por decreto de 27 de noviembre del mismo año. Fuertes resistencias encontró esta medida en Concepción, donde la oficialidad y las tropas principalmente, manifestaron gran disgusto y descontento. Para allanar estas dificultades y reconciliar todos los ánimos, haciéndolos entrar en las miras del gobierno, fue enviado Cienfuegos a aquella provincia con el carácter de plenipotenciario, y merced a su prudencia y tino, consiguió el objeto de su misión.

En premio de sus méritos y servicios, el gobierno del señor Lastra que sucedió a la suprema junta, presentó al señor Cienfuegos para la canonjía de Merced que había dejado vacante en el coro de esta iglesia catedral el fallecimiento del canónigo don Vicente Larrain. No gozó mucho tiempo tranquilo de su prebenda, pues a consecuencia del desastre de Rancagua, fue condenado por el conquistador Osorio al presidio de Juan Fernández como reo de alta traición. Más de dos años duró su penoso cautiverio en compañía de otros ilustres patriotas, a quienes sirvió de apoyo y consuelo en su desgracia.

Vuelto del destierro, después de la gloriosa jornada de Chacabuco, fue elevado a la dignidad de arcediano de esta iglesia, cuyo gobierno le fue también confiado por el Illmo. señor obispo Rodríguez Zorrilla, quien le expidió desde Mendoza, donde estaba confinado, el correspondiente título a petición del director supremo de la república. Gobernó más de cuatro años este obispado; y luego que cesó su autoridad por el restablecimiento del prelado diocesano, partió para Europa en calidad de ministro plenipotenciario de este gobierno cerca de la corte romana.

En la capital del mundo cristiano fue recibido y tratado con todas las consideraciones debidas a su alto rango, no menos que al distinguido mérito de su persona. Varios de los personajes más notables del sacro colegio y de la prelación romana le honraron con su amistad, lo que facilitó el pronto y feliz éxito de su misión, y contribuyó no poco a acreditar el nombre de Chile y la causa americana que por allá se miraba entonces con gran recelo y desconfianza. En una carta datada en Roma a 14 de abril de 1823 y dirigida al Presidente O'Higgins, dándole cuenta del estado de las negociaciones que le había confiado, revela el señor Cienfuegos los patrióticos sentimientos que le animaban por los futuros destinos de su país, y la confianza que tenía en el triunfo de la causa de la América meridional. Felicita al señor O'Higgins por la amnistía concedida a los disidentes y el fomento que bajo su administración había recibido la industria, el comercio y la agricultura. Concluye diciéndole que de la unión y buena conducta de los americanos resultaría la prosperidad de estos países, cuyas riquezas obligarían a las naciones europeas a reconocer su independencia y solicitar su amistad.

A su regreso de Roma trajo consigo al vicario apostólico don Juan Muzi, arzobispo de Filipos, investido de amplias facultades para tratar con nuestro gobierno. Por este tiempo ascendió a la primera dignidad del coro catedral de esta diócesis.

En agosto de 1824 volvió a ponerse a la cabeza del gobierno eclesiástico, lo que le ocasionó amargos disgustos que le obligaron a hacer renuncia el I.º de diciembre de 1825; pero muy pronto reasumió por tercera vez la autoridad espiritual, pues a consecuencia de la expatriación del señor Rodríguez, fue elegido gobernador del obispado por el cabildo eclesiástico. Permaneció en este puesto hasta el año de 1827 en que emprendió un nuevo viaje a Roma con el fin de vindicarse ante el Santo Padre de los graves cargos que le había hecho el nuncio apostólico en su carta apologética que de regreso a Italia publicó este prelado en Montevideo. La vindicación debió ser muy completa y satisfactoria, puesto que volvió consagrado obispo de Rétimo y auxiliar de las Américas, condecorado además por la Santidad de León XII con los honoríficos títulos de prelado doméstico y asistente al solio pontificio.

Al poco tiempo de su arribo a Chile, fue instituido obispo de la Concepción, cuya iglesia gobernó más de seis años, hasta que los achaques consiguientes a su avanzada edad y las amarguras que nunca deja de probar un obispo que quiere cumplir con su deber, le obligaron a hacer su renuncia que le fue admitida por el señor Gregorio XVI. Retirose entonces a esta capital a pasar sus últimos días en el sosiego de la vida privada, libre de las agitaciones e inquietudes que trae siempre consigo el ejercicio de la autoridad.

En el retiro, como en su vida pública, no dejó de hacer el bien que pudo a sus semejantes. Siempre caritativo y benéfico, enjugó más de una vez las lágrimas de la viuda, del huérfano, del desvalido.

El hospital de Talca le cuenta en el número de sus más generosos bienhechores. Legole en su testamento ocho mil y cien pesos, a más de cuatro mil que le había donado en vida.

Deudora le es también de sus favores la instrucción; sobre todo, la instrucción religiosa de la juventud y del pueblo. A fin de difundirla entre las clases que más la necesitan,

compuso y publicó en su segundo viaje a Europa el Catecismo de la Religión Cristiana que a su vuelta repartió gratuitamente por toda la República. Contribuyó a la planteación del instituto literario de Talca, destinando a este objeto como albacea del historiador Molina, su deudo, y de don Santiago Pinto la suma de 32900 pesos que estos señores dejaron para obras pías. Destinó también 2000 pesos de su peculio para el sostén de una clase de religión en el mismo instituto.

Patriota eminente y distinguido pastor de la iglesia, el señor Cienfuegos, en su carácter público, no dejó de pagar alguna vez tributo a la debilidad humana. ¡Tan cierto es que el hombre jamás llega a ser perfecto! Si la biografía de los hombres célebres ha de ser algo más que un panegírico, más o menos pomposo, al ensalzar sus virtudes y encarecer el mérito de sus servicios para ejemplo de la posteridad, no debe ocultar sus extravíos o desaciertos que pertenecen al dominio de la historia. A no ser así, habría riesgo de transmitir a las generaciones venideras un conocimiento asaz incompleto e imperfecto de los hombres notables del pasado.

Por más que se quisiera ocultarlo, es innegable que Cienfuegos tuvo como hombre público sus defectos y sus decepciones. Prescindiendo de la parte que tuvo en la unión del seminario conciliar de esta diócesis con el instituto nacional, de que tuvo más tarde sobrados motivos para arrepentirse y pedir su separación, intervino en la formación de la célebre constitución parroquial del año de 1813 que alcanzó a estar en observancia por algún tiempo. No solo guardó un profundo silencio, siendo gobernador del obispado, cuando en 1817 el religioso que se titulaba Generalísimo de las órdenes de regulares llegó hasta invadir con escándalo la jurisdicción ordinaria sobre los monasterios de religiosas, sino que fue poco escrupuloso para aceptar en 1824 el gobierno del obispado sin el competente título, y continuar ejerciendo la jurisdicción eclesiástica el año de 1826, después del nombramiento que conforme a los sagrados cánones hizo en otra persona el señor Rodríguez desde su destierro. Sin embargo de oponerse a los principios fundamentales del derecho canónico y a la disciplina general de la iglesia, prestó su aprobación como miembro del congreso de 1826 y como prelado eclesiástico a la ley sobre organización parroquial que poco después le causó tantos sinsabores y tan amargo arrepentimiento.

Dícese que habiéndole reconvenido en Roma el Sumo Pontífice por uno de sus actos administrativos que no era conforme a derecho, Cienfuegos le contestó poco más o menos en estos términos: «Santísimo Padre: es verdad que con toda repugnancia y a pesar de mis convicciones he procedido de la manera que se ha informado a vuestra Santidad; pero ¿qué había de hacer? Funestas circunstancias y el deseo de evitar mayores males me obligaron a ello. Póngase vuestra Santidad en mi lugar y dígame francamente si habría obrado de otro modo.» Dicen que el papa guardó silencio.

Como quiera, los desaciertos de Cienfuegos no alcanzan a eclipsar la gloria de su nombre, ni a rebajar el mérito de sus buenas acciones. Los borrascosos tiempos en que le cupo en suerte llevar el timón de esta iglesia; su carácter conciliador, bondadoso y condescendiente hasta tocar tal vez en la debilidad; la falta de previsión, si se quiere, para calcular los resultados de ciertos actos que a primera vista parecen quizá los más convenientes y acertados a inteligencias no muy perspicaces; todas estas consideraciones, si

no justifican, atenúan mucho al menos la responsabilidad de los cargos que se han hecho a Cienfuegos. No poco debió sufrir por algunas de sus medidas que le enajenaron muchas voluntades y le pusieron bajo un falso punto de vista a los ojos de las personas piadosas y timoratas. Pero si se engañó algunas veces su espíritu, su corazón fue siempre bueno y religioso, sus intenciones sanas e inofensivas. La posteridad no dejará por eso de recordar su nombre con veneración y gratitud, como el de uno de los patriotas más beneméritos, como el de uno de los bienhechores de la humanidad.

El 8 de noviembre de 1845, una grande agitación y movimiento notábase en el vecindario de Talca; en cuasi todos los semblantes dejábanse ver las señales del más acerbo dolor. Un aciago acontecimiento, una pérdida irreparable para la iglesia y la patria, era la causa de tan general consternación. ¡El obispo Cienfuegos acababa de morir! Y todos acudían a manifestar en presencia de su yerto cadáver los sentimientos de amor y respeto que profesaban al ilustre finado. La muerte le encontró ocupado en activar y dirigir la reconstrucción de la iglesia matriz de aquella ciudad, arruinada por la catástrofe de 1835. ¡Expiró en medio de las esperanzas y consuelos de la religión que siempre amó y enseñó a amar! ¡Sus despojos mortales yacen sepultados en medio de ese pueblo de su predilección, a cuyo servicio había consagrado los mejores años de su vida!

JOSÉ MANUEL ORREGO.

X

Don Manuel Rodríguez

La historia es el libro de memorias de la humanidad, siempre en marcha a través de esas selvas tenebrosas que se llaman acontecimientos, y de esos valles luminosos que se llaman pueblos. Cada generación escribe allí algunas hojas, cada una coloca sus recuerdos, sus impresiones, consagrando hermosos capítulos a los grandes heroísmos, párrafos de eterno anatema a los innobles vicios, a las ambiciones inicuas; y esas páginas escritas atraviesan las edades, indescifrables unas, despedazadas otras como las hojas arrancadas de un gran libro inédito. Todos esos fragmentos unidos, todas esas olas azules u oscurecidas encerradas en un centro común que podría llamarse la razón universal o la conciencia de la



humanidad, forman una especie de océano infinito que refleja en su superficie todo el firmamento del mundo moral con sus soles, con sus planetas, con sus esferas irregulares, con sus informes nebulosas y sus concavidades desiertas. La virtud y el crimen, la abnegación y el egoísmo, la superstición y la creencia, el saber y la ignorancia, el despotismo y la libertad, el asesino y su víctima, se contemplan en ese espejo severo con su verdadera faz y en sus más iguales proporciones; unos con su aureola y otros con su tiniebla. Y ¡cuántas veces un mismo cristal refleja el terror de la víctima y el remordimiento del asesino!

Chile tiene también su libro aunque pequeño. La porfiada lucha de sus indígenas con los feroces y sangrientos conquistadores, lucha de gigantes siempre empezada y jamás resuelta, y la de la emancipación del coloniaje español, serán dos páginas de inmortalidad y de gloria. Son dos rastros de patriotismo que iluminan muchos héroes, y algunos doblemente sagrados por su noble vida y su alevosa muerte. ¡Qué de hazañas no refiere la primera! ¡Qué de hechos heroicos la segunda!

Manuel Rodríguez es el más simpático si no el más meritorio entre todos esos hombres que circundan la época de nuestra independencia como de una brillante corona. Es quizá el único que por su abnegación, por su tipo extraño y por su clase de vida se presta a todas las creaciones de una poesía sublime y arrebatadora como la idea que representa. Rodríguez es cierto que era aventurero, pero un aventurero de genio que hubiera podido conquistar como los antiguos condottieri el anillo de un dux o el lauro de un tribuno.

Nacido en 1786, en el año de 1810 Rodríguez tenía apenas 24 años; y aunque tan joven gozaba ya de las consideraciones a que era acreedor por su familia y que le correspondían por sus talentos ya conocidos y respetados entre los que le frecuentaban con intimidad. La abogacía era entonces la carrera favorita y la única que podía ofrecer halagüeñas perspectivas. Dedicose a ella y en 1809 obtuvo su título. Pero no eran las estrechas murallas de una corte de justicia recinto capaz de contener sus palabras, ni la adusta presencia de los golillas debían ser los únicos espectadores; el aire libre, y las oleadas entusiastas de todo un pueblo debían recibir más tarde esas palabras que como las vibraciones de un impulso subterráneo conmovieron las almas aletargadas y estremecieron al victorioso enemigo. Rodríguez había nacido para defender otras causas menos egoístas y para dedicarse enteramente al bien de su patria. Estalló la revolución; y a los primeros vagidos de esta en su frágil cuna, él fue uno de los más audaces entre los que vinieron a consolarla y fortalecerla. Desde entonces su estudiosa y solitaria vida se transformó en azarosa y combatida. Arrebatado por el torbellino revolucionario se siente decaído y vacilante; pero de nuevo se recobra para seguir con más vigor y osadía la peligrosa senda porque camina su patria, ya indicándole las rutas, ya salvándole los obstáculos. Manuel Rodríguez era del temple fino de esas almas que padecen por los demás, que vienen a prepararles mejor destino y que sufren con resignación y sin cólera las persecuciones y la muerte si estas resultan en favor de aquellos.

Condiscípulo y amigo de don José Miguel Carrera y nutrido en esa atmósfera de libertad que en todas partes flotaba, era imposible que Rodríguez dejase de seguir a aquel que venía a desatar las vendas de la patria y cuyo prestigio debía impulsar con ventaja y tino el primer movimiento revolucionario. Rodríguez estaba en el secreto de su amigo; aprobaba las

concepciones que una instrucción superior desarrollaba, y aunque se encontraba capaz, consentía en ser el satélite luminoso de un planeta más bello.

Sin embargo dicese que su primera prisión en 1812 fue a causa de una conspiración organizada contra Carrera y en la cual figuraba como conspirador el mismo que firmaba como secretario meses antes. ¡Quién sabe! Hay gente que ha tenido particular empeño en desfigurar los hechos y en presentar a ciertos hombres como cabecillas de un partido atrabiliario o como viles revoltosos. Los hombres de nuestra independencia fueron hombres y como tales cometieron muchos actos que reprueba el buen sentido; muchos desaciertos y cuasi traiciones que tal vez exigían poderosas circunstancias y que eran imposibles de evitar. Mas si las ambiciones vulgares, si las animosidades particulares alguna vez ajaron las afecciones del individuo, jamás lograron profanar la primera idea de emancipación y de regeneración próxima. La patria fue un santuario para todos; una querida inolvidable que vivía con la fe de sus juramentos, con el ardor de su cariño. Esto solo basta para perdonarles muchos extravíos y muchas sinrazones. Después que los sucesos se han cumplido, cuando casi todos los personajes han desaparecido de la escena humana, los antiguos rencores han despertado más vivos y las olvidadas tradiciones han venido a ocupar de nuevo las memorias presentes. Estoy seguro que no ha sido tan rabioso y encarnizado el odio entre O'Higgins y Carrera como lo es entre sus herederos. Para los modernos o'higginistas Carrera y sus partidarios son traidores y menguados; para los modernos carreristas O'Higgins y sus partidarios son despóticos o infames; y cual más cual menos, todos insultan a esos hombres que merecen más veneración sin que añadan por eso más verdad a la historia; y lo que es peor, influenciados por los resentimientos personales transmitidos de padres a hijos, de tíos a sobrinos, de casta a casta. Una nube de errores o de crímenes oculta el horizonte del pasado; la justicia tropieza con una mentira donde creía hallar una verdad, y con ser exclusivos de una y otra parte, reúnen la luz y la tiniebla, todo lo miran a través de un dudoso crepúsculo y rebajan a los héroes oscureciendo el cuadro.

Rodríguez más que los otros amigos de Carrera, ha sido acriminado por los o'higginistas; y no ha faltado quien arrastrase su fama, sus heroicos esfuerzos por la libertad al inundo pantano de la traición y de la venganza, enlodando a aquella y haciendo de estos los vergonzosos instrumentos de una ambición mezquina. Los acontecimientos eran excepcionales; la época, difícil de vivir por sus transiciones súbitas e inesperadas, y los hombres que las sufrían con entereza veíanse a veces empujados por esa fuerza irresistible y misteriosa que ciega a la razón y que involuntariamente arrastra. Las revoluciones son las borrascas de la humanidad en cuyos espacios la electricidad sólo domina.

Su constitución nerviosa, su inteligencia osada como su palabra y al mismo tiempo algo de esa soberbia independencia de carácter que es siempre el signo de la grandeza de alma, hacían de Rodríguez un secuaz bien indisciplinable y un enemigo hartamente temible. Tenaz en su aborrecimiento lo era también en su abnegación sin abdicar por eso ni sus convicciones como hombre ni sus deberes como partidario. Rodríguez era como esos astros radiosos que no gravitan ante ningún sistema y cuya órbita inmensa circula en el espacio, iluminándolo siempre y a veces despedazándolo.

Corría el año de 1814. José Miguel Carrera burla a sus perseguidores, penetra en Santiago, lo conmueve; y con el prestigio de su nombre, de sus hermanos y de sus amigos, reúne bajo su bandera al militar y al paisano, depone al gobierno existente y se proclama jefe y dictador. Este golpe de estado pone en relieve la situación del país; introduce una política nueva y augura cosecha de triunfos para el porvenir. Carrera era el caudillo popular y el pensamiento revolucionario en su encarnación más bella. Rodríguez así lo comprendía y ayudándolo en su empresa trataba de justificar el atentado cometido, ya exponiendo la situación del país, ya revelando las intenciones torcidas de los enemigos tenebrosos y disimulados. Sin embargo ninguna razón puede calificar de justo ese hecho odioso. Tiránico y despótico en su principio, no hizo más que acrecentar el peligro, introduciendo la discordia en los ánimos y preparando para más tarde una derrota funesta y una bien lamentable proscripción. Las buenas ideas deben tener buen nacimiento; y la violación de un deber o la prostitución de la fuerza las engendrarán siempre monstruosas. El error de Carrera y de Rodríguez fue esa falsa creencia; ellos querían libertar a su patria y empezaban esclavizándola; así es que aunque puros en sus intenciones se hacían criminales en la apariencia. Desde entonces Rodríguez y Carrera se hacen más inseparables; discuten juntos, combaten juntos y gobiernan juntos hasta la fatal jornada de Rancagua.

Entonces los antiguos dominadores, más rencorosos con la resistencia heroica que no esperaban de un pueblo antes medroso, impusieron de nuevo sus leyes, sus privilegios insolentes y agitaron como un insulto y como una amenaza su estandarte de leones, al son de las trompetas y de los vivas entusiastas que traían la muerte o la infamia para los patriotas. Entonces comenzó para estos la penosa emigración, en la cual unos habían de perecer acosados por la miseria o por las enemistades crueles y otros reaparecer con más brillo.

En esa situación de vida desastrosa, casi la mayor parte desconfiaba del porvenir; y tal vez lo que sus sueños de libertad les presagiaban, se disipaba ante los funestos choques de una realidad bien amarga. Algunos por el contrario, en esa situación fue cuando sintieron arraigarse con más intensidad sus convicciones y cuando hallaron en sí una fuerza más prodigiosa y una voluntad más enérgica. Hay hombres que se abaten a los peligros, que se vencen en los obstáculos, que flaquean en la desgracia; pero hay otros que se realzan, que acopian más fuerza cuanto más difícil es el triunfo y que se levantan más pujantes si caen a tierra. Donde aquellos se estrellan y retroceden, estos se enciman y adelantan.

En la emigración es donde Rodríguez comienza su verdadero rol y donde descubre su genio perspicaz y valiente. Enfermo, miserable y casi desnudo, conservaba su corazón entero para dedicarlo a su patria y para sacrificarlo si era preciso por su rehabilitación y por su libertad. La inacción le irritaba, y el abandono de su patria ya en poder del enemigo era para su alma generosa un remordimiento más vivo, una idea más funesta que su propia desgracia. Concibe entonces un proyecto, atrevido, temerario sin duda, por la multitud de peligros a que se exponía; más realizable y de inmensos resultados en favor de la causa independiente, si el que se abnegaba por ella sabía desprenderse de toda pasión egoísta y cobarde. Inmediatamente se presentó al general San Martín y lo impuso de su proyecto de volver a Chile para examinar el estado de los ánimos, dar esperanzas a los amigos, malquistar a los enemigos patentizando sus crueldades, en fin, para vigorizar la revolución inanimada y establecer relaciones que podían servir de grande ayuda en la nueva

expedición que se organizaba. San Martín le oyó con sorpresa y aplaudió su osadía. Hubo algunos que dudaron de su arrojo al verle tan desmedrado y enfermizo de cuerpo, necesitándose una naturaleza robusta para atravesar las nieves que esas montañas gigantes eternamente conservan. Los que así pensaban no conocían a Rodríguez ni a la naturaleza humana; el cuerpo más frágil es dominado por una voluntad inflexible, y la materia subyugada por el espíritu que quiere manifestar una idea, se purifica y engrandece con él hasta el extremo de confundirse y olvidarse. Así le sucedió a Rodríguez. El escuálido patriota fuerte con su convicción, robusto con su esperanza, traspasó las montañas, atravesó los valles cruzados de enemigos, visitó a los amigos, penetró en las aldeas, en las haciendas, y llegó a Santiago dejando tras de sí en todas partes un murmullo presagador de la cercana tempestad. Cartas, proclamas incendiarias, conversaciones alusivas, relaciones de familia, todo fue medio para ese hombre atrevido cuya vida era el peligro, cuyo placer era afrontarlo. Volvió a repasar las cordilleras para dar cuenta de su comisión y preparar otros ardides; y traspasolas de nuevo trayendo consigo nuevos recursos y miras más elevadas. La práctica de la observación le había dado esa astucia que penetra y adivina en los corazones más iletrados algo de grande y de generoso bajo de una aparente tosquedad; y esa observación fina y la atracción que posee siempre el hombre de genio que con todos simpatiza, que a todos se reparte, le habían granjeado a pesar de su juventud numerosos y buenos amigos, ya entre los que residían en las ciudades, ya entre los campesinos independientes, que veían con horror las tiranías y vejaciones de un gobierno despótico y abominable.

Mientras esto sucedía, Marcó del Pont y sus seides ponían todo su conato en desprestigiar la causa de la independencia, intimidando a unos, persiguiendo a otros, espiando a todos y proclamando de voz en grito que la divinidad le protegía contra las diabólicas arterías y las intenciones perversas de sus endemoniados enemigos. Explotaba el fanatismo religioso para atraerse al vulgo, y el fanatismo del miedo para aterrar al verdadero pueblo. La delación, el espionaje, la chismografía, la falsificación, la mentira, la injusticia, la atrocidad, y todas las demás infamias que forman séquito honroso a toda tiranía, ostentaban con descaro su insolencia en ese gobierno de imbéciles y sibaritas, cuya política tenía por base la expoliación y por cima la horca. Era, en fin, un modelo entre los gobiernos paternos tan acostumbrados después, donde todo es permitido y todo prohibido so pena de castigo o de vergüenza. Por supuesto que un gobierno organizado así nada ignoraba. Sabía que Rodríguez iba y venía, que habitaba en Santiago, que repartía proclamas, que se carteaba con los jefes emigrados y que fraguaba quizá golpes maestros aprovechando con talento y viveza los infinitos recursos que a su arbitrio dejaban la mala fe de los mandatarios y la farándula de los subalternos. Mas ni las amenazas ni el terror podían nada contra Rodríguez, y continuaba impertérrito su marcha de regeneración, salvando con sangre fría los obstáculos que se le oponían, y burlando con impensados ardides y con sorprendentes disfraces la pusilanimidad de sus enemigos y el ojo vigilante de sus espías. Ora recataba su rostro con la capucha hipócrita de un fraile mendicante, ora lo descubría bajo el desgairado bonete del minero. Muchos le buscaban, tal vez le encontraban, y otras veces él mismo señalaba la ruta a los que le perseguían. Su nombre era ya un emblema, su vida un proverbio; y mucha gente le creía protegido por un pacto o por la buena voluntad de un brujo. Así es que por todas partes circulaban mil diversos rumores sobre su modo de vivir, que le daban ya por huésped de una maga en un bosquecillo encantado y misterioso, ya por amigo de un hechicero que tenía la virtud de transformar a

los hombres y de hacerlos invisibles e invulnerables en presencia de sus enemigos. Rodríguez sabía aprovechar en favor todas estas invenciones populares, que a guisa de cuento, llevaban de pueblo en pueblo su nombre acompañado de un prestigio deslumbrante y temible. El misterio es un poderoso aliado en las ocasiones difíciles y trabajosas.

Un hecho solo entre los infinitos que se cuentan de Rodríguez, basta para poner en relieve su inteligencia alerta y perspicaz y la agudeza y prontitud de su ingenio. Es el siguiente: «Otra vez (dicen los historiadores) se hallaba muy tranquilo en casa de uno de esos jueces de campaña cuya amistad había sabido conquistarse, cuando vinieron a avisarle que se acercaba un piquete para prenderlo. Los soldados estaban ya muy próximos y no había como escapar. No obstante Rodríguez permaneció impassible, miró a su alrededor y casualmente sus ojos se fijaron en el cepo; mueble como se sabe indispensable en casa de todo juez. En menos de un minuto se le ocurrió convertir aquel instrumento de tortura en tabla de salvamento. Exigió de su amigo, que estaba tan azorado como un condenado a muerte, que le metiera y aprisionara en él con todo rigor; y mientras ejecutaba la operación le aleccionó para que diera por causa de su prisión a los recién venidos, que no dejarían de interrogarle, una calaverada de joven. Sucedió punto por punto como lo había pensado. El oficial no dejó de indagar cual era el motivo que había merecido a aquel hombre tan severo tratamiento. El amor de la propia conservación dio ánimos al juez para repetir bien su lección, y como estaba calculada para interesar a gente del jaez de los soldados, todos declararon que debía dársele soltura. Así mientras que guiados por el dueño de casa se dirigían a un bosque vecino donde esperaban sorprender a Rodríguez, este favorecido por los mismos que debían capturarlo, se ponía en salvo por el lado opuesto...»

Ciertos lados oscuros del cerebro del hombre se iluminan en circunstancias dadas y excepcionales con un pensamiento tan feliz y oportuno, que divulga algo de divino, algo de revelado y de inmortal, como si fuera la manifestación externa de una inteligencia superior limitada en otra inferior.

Pero ya era tiempo de obrar en campo más vasto, y de ejecutar los atrevidos pensamientos que atormentaban su espíritu y que le traían preocupado y silencioso como un hombre poseído por una idea de realización casi imposible. El ave nocturna que atravesaba las tinieblas, que dormía en los bosques, iba a transformarse en cóndor osado, voraz como él; y abandonando su soledad misteriosa iba a batir sus negras y extendidas alas sobre la frente misma de sus enemigos. ¡Ay de los que se pongan al alcance de sus garras! ¡Ay de los que pretendan atacar su alzado nido!

Desde el primer instante de la revolución, Rodríguez había considerado la emancipación de Chile como un suceso fatal; y nunca en su decidida voluntad había penetrado esa especie de pudor mezquino que semeja mucho a la cobardía, ladeando a transacciones ridículas y casi siempre vergonzosas. Su amor por la libertad, su caluroso entusiasmo, su carácter voluntarioso y soberbio, y el odio irreconciliable que abrigaba por los tiranos de su patria; odio encarnizado más con la ferocidad y el sanguinario desdén del invasor, le habían granjeado la honrosa distinción de rebelde empecinado. Y era así; el esclavo prófugo y libre, ya rebelde, temerario y pujante, comenzaba a tremolar bandera de guerra y a lanzar proyectiles incendiarios para una explosión cercana. El cielo empezaba a oscurecerse tempestuosamente para los tiranos, y la estrella de Chile, a lo lejos entre las sombras y en

medio de un celaje de nieve, aparecía cercada de rayos luminosos que irradiaban la oscura sien de la montaña.

En vano Marcó derramaba espías y lanzaba sentencias de muerte contra Rodríguez; en vano proclamaba a son de trompa su cabeza a precio vil, tratando de despertar la codicia con la estipulación de una infamia. El perdón del delito más atroz era la otra red que tendía a los criminales; en la cual con harto pesar suyo no logró coger a nadie. Rodríguez contaba con buenos amigos, era respetado y querido y por salvar la suya mil cabezas hubieran ido a colocarse en la picota. La rectitud, la justicia de una causa, la generosidad del corazón unida a la juventud y a la inteligencia, estrechan tanto los vínculos humanos, confunden de tal manera las simpatías diversas, que en vez de ser odiosas destruyen la maleza de los vanidosos rencores y ejercen su influjo sobre las almas que dominan con tal suavidad y dulzura, que ensalzan y purifican a todas sin desmedro de ninguna. Diríase que una corriente magnética repartida en cantidades iguales, fluye de un centro común, impulsa los resortes de la máquina moviéndolos simultáneamente y estableciendo un riguroso equilibrio entre unos y otros para sus distintas operaciones mecánicas.

Con dificultad puede encontrarse un mandatario más inepto y al mismo tiempo más imbécil que Marcó. Todas sus medidas despóticas y abusivas estaban calculadas para exasperar los ánimos y enajenarse las voluntades. Los que antes eran fríos partidarios de la causa independiente, abandonaban familia, posición social, fortuna, para defenderla desinteresada y ardorosamente, horrorizados con las vejaciones y con los suplicios inicuos que sufrían diariamente nuevas víctimas. La población de los campos, más selvática y menos muelle que la de las ciudades, no necesitaba lo que esta para levantarse contra sus opresores; y allí donde la conducta misma del gobierno obligaba a los hombres a declararse enemigos, la energía de Rodríguez, su desprendimiento, y el socorro de sus amigos reemplazaban con mucho la falta de recursos y producían un entusiasmo más verdadero y más sólido.

Mientras tanto el ejército restaurador que se organizaba en Mendoza, aguardaba solamente la oportunidad y que la vigilancia y fuerzas del enemigo estuviesen ocupadas en otra parte. Para trepar las cordilleras y salvar sus precipicios sabiendo que al otro lado un enemigo poderoso los aguardaba, era preciso amar demasiado a su patria y tener aliento de héroes. Rodríguez en correspondencia continua con San Martín y los demás patriotas, estaba impuesto de sus preparativos de invasión y también de sus temores. Resuelto a aligerar aquellos y a minorar estos, organizó guerrillas que llamando por distintas partes la atención del enemigo, lo necesitaban a diseminar sus fuerzas y por lados opuestos del camino que debía traer la expedición. Rodríguez acudía a todas partes; su actividad redoblada cuanto más el peligro era inminente y la ocasión más inesperada. El pensamiento y su realización eran instantáneos; ya caía sobre una ciudad y en un abrir y cerrar de ojos apresaba a sus mandatarios, arrebatava los alimentos del enemigo, y luego como un león saciado penetraba en sus serranías, para caer una hora después quizá sobre un destacamento realista. El imbécil Marcó creía que todas estas partidas podían ser la vanguardia del ejército expedicionario, y enviaba gente sobre gente para destruirla. Con sus infinitas peripecias logró Rodríguez fijar la atención del gobierno en muchas partes y alejar así sus fuerzas del rumbo verdadero. De esta manera quedó casi descubierta el norte, y pudo el ejército patriota atravesar las cordilleras por Aconcagua, sin gran detrimento ni pérdida de

hombres. Cuando se descubrió la estratagema, era ya tarde. La victoria de Chacabuco es una de las hazañas más gloriosas de nuestra independencia, y sería ingrato e injusto quien negase a Rodríguez la misma corona que ciñe la frente de los que allí pelearon. Más de dos mil soldados españoles y de los más bravos, hallábanse lejos del campo de batalla atraídos por la energía de sus esfuerzos y por el valor de sus amigos. ¡Mezclados al grueso del ejército realista, quién sabe cual hubiera sido el desenlace! ¡Tal vez la historia no contaría entre sus fastos memorables al 12 de febrero de 1817! Después del triunfo San Martín encargaba a Rodríguez la persecución de los fugitivos y principalmente de Marcó en estos términos: «Según noticias que tengo, el prófugo Marcó ha tomado el camino de la costa; no lleva fuerzas. Derrame U. partidas por todos rumbos para que le aprehendan. Persígale hasta Concepción.»

La verdad es como el sol, luminosa y fecunda para todos. Sus rayos deben guiar la pluma del historiador, iluminando los hechos. Hay en esta época de la vida de Rodríguez un acto atrevido, algo incomprensible si se quiere, que realza su generosidad y su temeraria intrepidez. Ha sido referido por los señores Amunátegui como un acto de felonía y de crueldad que arroja una acusación horrible sobre su fama: pero tal como ellos lo narran, el hecho es falso enteramente, equivocado en las personas, erróneo en las suposiciones... En uno de sus saltos de tigre, el infatigable guerrillero cae sobre Melipilla, arresta en su casa al gobernador Yécora, sin exigir de él más que recursos, y permanece allí hasta las cinco de la tarde, en compañía de una multitud de patriotas amigos. Muchos de estos habían ido con sus familias a gozar de las fiestas de Pascua de Navidad. Rodríguez supo por alguno de ellos que en una hacienda vecina estaba de paseo un oficial de Talaveras llamado Tejeros, muy célebre ya y muy aborrecido por sus crueldades y su insolente descaro. Rodríguez mandó traerlo a su presencia, y en vez de un verdugo, el oficial temeroso, halló un amigo en su contrario. Mientras tanto, las tropas del gobierno se acercaban, y era necesario ponerse en salvo. Rodríguez reúne su fuerza y huye llevándose a Tejeros y a su asistente. Por un camino torcido que atraviesa de Guaulemo, orillando el Maipo, se proponía vadearlo por Lonquen, y luego internarse en las montañas. El comandante Padilla llega a Melipilla, inquiere noticias de los rebeldes y toma el mismo desecho para darles pronto alcance. Rodríguez y Padilla se avistan cerca del vado. Pelear era riesgoso, resistir imposible. El asistente de Tejeros aprovecha un momento, y escapa a reunirse a sus amigos. Rodríguez, en situación tan apurada, dispersa a su gente, y acompañado de un tal López y de Tejeros, consigue pasar el río y salvarse. Penetró en sus montañosas guaridas, y el enemigo retrocedió burlado. Durísimas, novelescas casi, son las amarguras que los prófugos sufrieron. Si uno dormía, el otro tenía que velar al prisionero que aprovecharía cualquier medio en su favor. Además, ¡cómo acogerse en casa de sus amigos, llevando a un enemigo, que mañana, consiguiendo libertarse, podría convertirse en acusador y en verdugo! López, hombre bilioso y arisco, fatigado con el viaje y resuelto a quitarse de encima el obstáculo, propuso a Rodríguez un asesinato. Rodríguez lo rechazó. Al fin, después de dos días de hambre y de penurias, López, sin consulta previa y en un momento de distracción, asestó el cañón de su pistola sobre Tejeros y le atravesó la espalda de un balazo. Libres del centinela, los fugitivos pudieron ya guarecerse y buscar techo en casa de sus amigos. Rodríguez no aprobó jamás ese asesinato; su alma no era capaz de una alevosía, aunque esta fuese la ley de una imperiosa necesidad. López únicamente se hizo responsable del hecho. Este fue el que prisionero en el castillo de Valparaíso, después de la derrota de Chacabuco, sublevó a

los detenidos, y el que comandó a los que salieron a batir a los españoles que llegaban. ¡Una bala enemiga le atravesó también; pero en medio del combate!

Dueños ya los patriotas de la capital y convocada la población para elegir un Director Supremo que rigiese los destinos de la resucitada patria, aclama a San Martín; y este, con un desprendimiento que le honra, rechaza por dos veces el encargo que es al fin aceptado por O'Higgins. Abnegado patriota y valeroso capitán, O'Higgins era un héroe en el combate. Sabía afrontar la muerte, sabía desafiarla atravesando diluvios de balas; pero le faltaba la inteligencia clara que organiza en la discordia; y era poco a propósito por su carácter dominante para olvidar rencores y para utilizar en común bien las facultades que a su encargo acompañaban. Además la extensión inmoderada de las facultades autoritarias, tuerce las buenas inclinaciones de los hombres, los desmoraliza interiormente y los arrastra insensiblemente y por tortuosas vías a la intolerancia y al crimen. Raro es el pueblo que no cuenta alguno de estos déspotas; y más raro es el hombre que ha descendido puro y acompañado de las bendiciones de sus conciudadanos desde esa extraordinaria y borrascosa cumbre, sin una sombra de remordimiento o de aflicción. En todas partes las dictaduras no han hecho más que prostituir la dignidad humana, estragar a los pueblos y aniquilarlos. Todos los dictadores han sido verdaderos representantes de la brutalidad y de la infamia, desde Sylla el pijojo hasta Napoleón el menguado.

Sin embargo el Director Supremo tuvo un rasgo de generosidad para su antiguo enemigo, y parecía no acordarse, en la embriaguez de la gloria y del poder, de sus antiguas desafecciones. Rodríguez por su parte no abrigaba ninguna pasión baja y sabía aplaudir los triunfos de sus rivales sin envidia, sin rencor, y satisfecho con la idea de ver libre a su patria. El 27 de febrero un decreto del Supremo Director ensalzándolo por su patriotismo, le pide un detalle sobre esas atrevidas incursiones que tanto habían contribuido al éxito de la victoria, y una lista de sus compañeros de armas, todos dignos de premio. Casi nada duró esta buena armonía entre ambos rivales, y seis días después un acontecimiento inesperado vino a quebrantarla. Rodríguez era un opositor temible y su influencia una conspiración incesante contra un poder que amenazaba aniquilar toda personalidad, ahogar toda libertad que contraviniese a sus miras y entronizar como razones de Estado el insolente capricho de la fuerza y la descabellada voluntad de un hombre. Un mes después, cual fue la sorpresa de Rodríguez al recibir la carta siguiente:

«Los servicios distinguidos de U. le vinculan la gratitud pública; pero razones políticas y el imperio de las circunstancias le alejan a países extranjeros. Hoy mismo debe U. salir para Nueva York, y U. como fiel servidor de la patria, prepárese a recibir los altos encargos que esta debe confiarle.»

Así se expresa O'Higgins, y al mismo tiempo que le insta para que acepte el encargo, se despidió de él como buen amigo, prometiéndole velar por su familia. Rodríguez comprendió el engaño. El supuesto encargo diplomático no era más que un destierro fraguado por sus enemigos para lanzarlo nuevamente de su patria. Los actos que siguieron al nombramiento son intachables testigos de la mala fe de sus rivales. El encargado de negocios de la nueva república fue conducido como un criminal a Valparaíso, y allí alojado en el castillo de San José, hasta que el buque pudiese zarpar de esa bahía y transportarlo a su destino. A la verdad que hay bastante distancia de un ministro diplomático a un prisionero; y el fusil del



centinela que guarda la puerta de su cárcel no es el hacha del lictor que lo acompaña. Un hombre que acepta voluntariamente un destino que su gobierno le encarga, espera en su casa, o donde más le acomoda, el momento de la partida, y no elige una fortaleza como residencia propia de su carácter ni de su posición elevada. A pesar de esto, O'Higgins había creído burlar y salió burlado. El rival que había conseguido con su astucia y valor introducir la cizaña en las filas enemigas, rondando como un espíritu las poblaciones aterradas, no podía ser cogido en un estratagema tan ridículo ni cegado por promesas tan zonzas. Aún había españoles que combatir, todavía la patria necesitaba el apoyo de las cabezas inteligentes, de los brazos esforzados para destruir la víbora del despotismo que ya empezaba a silbar, y cuyo veneno mortal transpiraba en las odiosas medidas y en las pretenciosas mistificaciones. Rodríguez sobornó a sus guardias, fugó de su cárcel y se ocultó para no ser perseguido. San Martín estaba entonces en Buenos Aires; regresa al poco tiempo y Rodríguez, confiando en su honor y en su inocencia, se avista con él, se cambian mutuas explicaciones y por su intervención vuelve a obtener la amistad de O'Higgins y esa libertad tan anhelada y conseguida a costa de tantos sacrificios.

Ambas duraron muy poco; y el 7 de agosto del mismo año 17 fue arrestado, por complicidad, se decía, en una conspiración que tenía por objeto derrocar al gobierno establecido y favorecer a los Carreras. Estos estaban proscriptos; y mientras en Chile sus partidarios y amigos eran tratados como alevosos conspiradores, ellos al otro lado de los Andes sufrían prisiones, insultos y soeces infamias que iban preparando su impopularidad y su muerte. Jamás la gloria de las batallas ocultará esos tres suplicios que irradian sobre ella como un reflejo sangriento, marcando al lado de un triunfo venturoso una venganza rencorosa y ruin. Rodríguez no fue la única víctima de la susceptibilidad enemiga. Don José Manuel Gandarillas, hombre ilustre por su inteligencia, por su desinteresado patriotismo y decidido amigo de Rodríguez y de los Carreras, fue envuelto también en la banal acusación; pero al cabo, después de sufrir una rigurosa prisión, ambos fueron declarados inocentes por la Junta que sustentó la causa.

Esto sucedía a fines de 1817. Por el mismo tiempo llegaba a Valparaíso la noticia de que el virrey alistaba bajo su bandera cuanta tropa podía, y que ya estaba pronta a embarcarse para invadir de nuevo el país. El jefe era Osorio y traía consigo, además de su loca esperanza, algunos veteranos de la metrópoli que contaban muchas victorias y que habían tenido la fortuna de vencer al moderno Alejandro. Pezuela y Osorio creían el triunfo y la reconquista fáciles, puesto que la patria no podría oponer, según ellos, más que soldados bisoños que tropezarían a una evolución o que vacilarían de cansancio en la primera marcha. ¡Insensatos! ignoraban que el corazón resuelto vale por largos años de servicio, y que la mejor disciplina es el amor a la patria. Un pueblo que quiere ser libre hace milagros.

Inmediatamente que se supo la noticia, San Martín, de acuerdo con O'Higgins que se hallaba entonces en el sur se dirigió a Valparaíso temiendo que el general enemigo intentase desembarcar en ese puerto. Y para poder ocurrir con prontitud llegado el caso, se acantonó en la hacienda cercana llamada de las Tablas. San Martín trajo consigo a Rodríguez en calidad de auditor de guerra, cuyo destino desempeñó mientras estuvo allí el ejército, sin que mediasen inconvenientes ni obstáculos entre él y su superior. Mas al dirigirse el ejército al sur, donde el enemigo le aguardaba, recibió orden de trasladarse a Buenos Aires, según dicen algunos en calidad de agente diplomático. Como se ve era una

tendencia fastidiosa y ya un partido tomado el alejamiento de Rodríguez. San Martín y O'Higgins parece que le temían por su popularidad, por su decidida abnegación, y sobre todo, por esa enérgica voluntad que no lograban abatir ni dádivas aduladoras ni remotos temores. Viose, pues, de nuevo obligado a ocultarse como vil criminal; pero por poco tiempo. Esta vez su vindicación avergonzará a sus enemigos. Su nombre será voz de orden y de esperanza en la derrota, y su palabra sublime el vaticinio de victoria para el último combate.

Mientras tanto el ejército independiente caminaba hacia el sur. El insultante enemigo le amenazaba y ambos ejércitos ardían en coraje de pelea. Avístanse por fin el 19 de marzo de 1818. En la tarde de ese día se chocan las caballerías en las márgenes del Lircay; la de los españoles rechaza la nuestra con ventaja y la obliga a replegarse al campamento patrio con lamentables pérdidas. Entonces el atrevido Ordóñez propone una sorpresa; lo secundan Latorre y Primo de Rivera; y en la noche de ese mismo día el osado intento casi postra de un golpe la fuerza de la república. Los jefes del ejército independiente no lo sospechaban siquiera; y cuando menos lo esperaban, cuando quizás algunos saboreaban el deleite de un festín, halláronse envueltos por los pelotones enemigos que aclamaban Fernando y España. La noche era oscurísima y solo el reflejo siniestro de la pólvora iluminaba sus tinieblas. El desorden se introdujo en nuestras filas; los jefes pretendían reunirlos y nada conseguían. Los batallones tiroteábanse entre sí. La mayor parte de nuestra artillería fue apresada; y después de tres horas de confusa lid hubo que ceder el campo al enemigo. La noticia de este desastre cundió como una gangrena de terror. En todas partes no se oía más que la respiración zozobante del estupor. Todos se preguntaban: ¿qué va a ser de nosotros? ¿qué nuevos martirios traerán nuestros aborrecidos opresores? El 21 en la tarde algunos dispersos llegaron a Santiago y esparcieron inmediatamente la noticia de la funesta derrota. Como ellos la narraban era todavía más alarmante. Era la hora de las meditaciones sombrías y de los presentimientos fúnebres; la hora de los melancólicos recuerdos, vagos como una nube, indefinidos como un ensueño, inefables como una melodía interna, tristes como el semblante de un cadáver. La luz del crepúsculo vacilaba; desteñidos celajes la envolvían y las tinieblas extendían su crespón de luto sobre el acongojado cielo de la aterrada ciudad. Las mujeres desesperadas suplicaban con lágrimas y suspiros; los hombres atemorizados iban y venían; preguntaban aquí, consolaban allá y no sabían qué hacer entre la confusión y el miedo. Nadie durmió esa noche. ¿Quién puede cerrar al sueño las pupilas cuando tiene en su alma el espanto?

Casi todos consideraban perdida la patria y trataban de poner en salvo sus vidas y sus familias, disponiéndose a repasar esas barreras del tiempo, peligrosas como él, que muchos de ellos acababan de atravesar desalentados y jadeantes. El supremo delegado don Luis Cruz, contagiado con el miedo universal, y creyendo como la mayor parte desesperada la defensa, encajonó los caudales dirigiéndolos a Mendoza. Luego después convocó a una reunión de todo lo más neto de la población, para acordar o planes de fuga o de resistencia. La reunión tuvo efecto al día siguiente, y a pesar de las buenas y decididas reflexiones de algunos, estas no influyeron nada en el ánimo del delegado ni en el de la mayor parte de sus habitantes. Muchos de estos tenían sus monturas preparadas, y aún se dice, que ya se les habían repartido cabalgaduras y aperos a todos los empleados.

La sorpresa de Cancharrayada hubiera sido un golpe decisivo sin la heroicidad e intrépido carácter de don Juan Gregorio de Las-Heras. Sin la división retirada por él, sin sus esfuerzos magnánimos para conservar en ella la unión y la esperanza, la patria habría tenido que lamentar quizá muchos días de sufrimiento y de amargura. El arrojo y una carga sostenida y veloz, ejecutada por el valiente Bueras, dieron tiempo para la reorganización de esta columna, que iba a ser el apoyo del nuevo ejército.

El mismo general San Martín, intimidado y perplejo, envió circulares a todos los gobernadores en las cuales se confiesa, si no vencido, completamente derrotado. Al extremo norte de la república, a Copiapó, dos días después de haberse jurado la independencia en aquel pueblo, llegó una de esas circulares en la cual terminantemente se le mandaba al gobernador que hiciese conducir todos los alimentos y objetos de valor a la otra banda de los Andes y que incendiase lo que fuese de imposible llevada. El gobernador habría cumplido inmediatamente la orden si la enérgica oposición de dos vocales de la junta de cabildo, a quienes llamó a secreta consulta, no le hubiese aconsejado la demora. Los españoles estaban allí en mayoría y ese paso les hubiera entregado la ciudad poco menos que amarrada. Tal era el conflicto de los patriotas en las más apartadas regiones de la república. ¡Qué sería en la capital en donde aguardaban por instantes la invasión del enemigo triunfante, que vendría a castigar con la horca o con el azote a los rebeldes que pretendían sacudir su yugo y emanciparse de un gobierno que los consideraba como su propiedad inviolable!

Lastimoso como se ha dicho era el estado de la población de Santiago. Para reanimarla y volverla a la esperanza, era necesario un choque poderoso que golpease sus fibras con fuerza, y que trastornando la vida presente iluminase con un prestigio de entusiasmo esas ideas de patria y libertad que todas las inteligencias balbuceaban, que todos los corazones presentían. Una palabra, una centella y la transformación se manifestaría radiosa.

Manuel Rodríguez estaba destinado a ser el salvador de la patria y el alma de toda esa población temerosa y vacilante. Abandona su retiro y se presenta a sus amigos, reúne a los más osados, arenga en la plaza pública, fascina al pueblo con su mirada, lo reanima con su palabra, lo subleva con su entusiasmo y su eléctrico ardor le comunica. Las quejas callan, los corazones se sosiegan, el miedo se transforma en audacia y la multitud se apiña impetuosa al rededor del hombre mágico que la inflama con su energía, que la esfuerza con su voz. El nombre de Rodríguez resuena en todas las bocas, sus prodigiosas hazañas se recuerdan, la calurosa imaginación multiplica su prestigio, el entusiasmo popular deifica su heroísmo, y todos unánimes lo proclaman futuro libertador y esperanza de la patria.

Dignos de memoria son también los esfuerzos y el apoyo que prestaron a Rodríguez los ilustres patriotas Cienfuegos, Barra, Fontecilla, Infante, ese Catón bravío. La historia no debe tampoco relegar al olvido los nombres de las heroínas que desdeñando el peligro y temiendo el de la patria, se lanzaron arrogantes a la arena del tribuno, rivalizaron con su audacia y encendieron en más de un corazón apocado la llama del patriotismo y del valor. La voz de la mujer tiene la irresistible unción de la ternura, responde a todas las vibraciones del sentimiento generoso, simpatiza más con la desgracia y se hace más clara y persuasiva cuando hay algo que compadecer, algo que consolar. Los nombres de las señoras doña Mercedes Rojas, noble hija de uno de los primeros patriotas, y el de la señora doña Luisa

Recabarren, esposa de un hombre ilustre y patriota, bien pueden marchar unidos con honra y con luz propia a los nombres de Infante, Cienfuegos y Rodríguez.

En las circunstancias difíciles, la actividad es el triunfo. Cuando se ha conseguido despertar un entusiasmo, es preciso mantenerlo en perpetua reacción, produciendo a cada instante inesperadas emociones y expectativas nuevas. Rodríguez que conocía la importancia de ese proceder, aprovechaba sus efectos y manejaba las voluntades diversas con la certeza y armonía del hombre que está avezado a las dificultades y que tiene confianza en vencerlas. El delegado Cruz, recobrado ya de su estupor, y toda la gente notable de la capital reunidos en sala de palacio acuerdan por unanimidad y en virtud «de la autoridad que reside en el pueblo, que las facultades del Supremo Director propietario se entiendan una e indivisiblemente delegadas en toda su extensión en los ciudadanos, coronel don Luis de la Cruz y teniente coronel don Manuel Rodríguez, de cuyo enérgico celo, actividad y verdadero patriotismo espera el pueblo la salvación de la patria.»

Rodríguez tomó únicamente sobre sí la responsabilidad del peligroso encargo y empezó a organizar un plan de defensa decidido y heroico. Instantáneamente impartió órdenes para hacer volver los caudales públicos, para prevenir a los que emigraban y para enarbolar bandera de enganche en todas partes. Hizo venir a los frailes y los envió a la Maestranza para ocuparlos en hacer cartuchos. Repartió armas a sus amigos, levó una pequeña guarnición y conjuró cuantos obstáculos se le oponían con su prontitud de ingenio, su energía de carácter y su franca audacia. «Aún tenemos patria», exclamaba arrebatado; y mientras haya resolución, mientras haya aliento, tendremos libertad. Que los tímidos huyan, que los cobardes se humillen, ¿qué importa? ¡el valor no mira la barrera, la traspasa!

Hizo un llamamiento general a las armas y en pocas horas acudieron a alistarse más de 300 voluntarios que formaron el escuadrón de los húsares de la muerte. La mayor parte de los soldados que compusieron este escuadrón, fueron jóvenes decentes, entre ellos algunos veteranos. Rodríguez se nombró coronel; nombró a don Manuel Serrano teniente coronel, y sargento mayor a don Pedro Aldunate. Todos debían venir equipados a su costa, con excepción de las armas. En la esquina del cuartel de San Diego se colocó la mesa, clavada al lado su emblemática bandera. ¡Cuántos de esos nobles voluntarios acudirían ganosos de gloria y de ínclitos hechos!

Cuando San Martín y O'Higgins llegaron a Santiago, nadie pensaba en el desastre, nadie en huir, y todos se ocupaban en aprestos guerreros para rechazar al enemigo. Los antiguos temores habían desaparecido, y en su lugar un ardimiento varonil y una confianza sin límites alentaban a la población. Toda ella estaba dispuesta a morir o a vencer. Rodríguez depositó el mando inmediatamente en su superior, exigiendo de él que le dejase la comandancia del escuadrón de húsares para asistir al próximo combate. O'Higgins se lo concedió. El peligro era inminente y las injustas persecuciones, los insidiosos rencores, los móviles bastardos, se convertían en otros tantos impulsos de actividad, dominados por la única y sagrada obligación del momento; aniquilar al invasor y salvar a Chile. O'Higgins a pesar de estar bien molesto con su reciente herida, recorría las calles, despachaba órdenes, tranquilizaba a los temerosos e infundía esperanzas con la serenidad de su rostro altanero, aunque pálido. San Martín no hacía menos esfuerzos en la reorganización del ejército. Por último, vino a completar el gozo de la población la llegada del intrépido Las-Heras que al

tronar de las salvas y al rimbombar de las campanas acampaba con su gloriosa columna en el cuartel general, situado a una legua de la capital. El 29 de marzo fue un nuevo día de regocijo y de triunfo que preparaba el día supremo.

Mientras tanto el engreído Osorio avanzaba, pero con lentitud. El valeroso Ordóñez quería devorar las distancias y aparecer como un cometa sangriento en la aterrada capital. Su ardor belicoso le engañaba. Sus atrevidos esfuerzos hubieran escollado con las dificultades de una azarosa marcha, con la fatiga del soldado y con el desorden consiguiente. Osorio, más calculador o menos osado se opuso a la resuelta intención de Ordóñez, y gastó trece días con los que estuvo en Talca en atravesar la distancia que hay desde Cancharrayada hasta las orillas del Maipo. El día 1.º de abril lo vadea por los lados de Lonquen y el 3 acampa en la hacienda de la Calera. Después de mil vacilaciones y recambios, decídese por fin a presentar combate, desplegando sus fuerzas hacia el costado del valle más desigual y ventajoso. Los patriotas no se amedrentan por esto y afrontan al enemigo con decisión y coraje. La lucha empezó; retumbó el aire a las descargas de ambos ejércitos, y al cabo de algunas horas el grito de «¡la patria es libre!» se unía a las gloriosas aclamaciones del soldado. La victoria fue completa.

Casi todos los enemigos quedaron en el campo o muertos o prisioneros. Ordóñez entregó su espada a un valiente como él, y obtuvo de su enemigo las consideraciones y la honra que merece el valor. Osorio tomó la fuga, acompañado de algunos oficiales, y llegó a Talcahuano con uno solo. Ya no existían enemigos; Chile inauguraba una época nueva, y el 5 de abril era su primer padrón.

Rodríguez y su valeroso escuadrón resguardando otros lados, llegaron al campo de batalla cuando ésta estaba decidida; pero aún alcanzaron un triunfo que bien servía de corona al triunfo de Maipo. Ellos fueron los que acorralaron y rindieron al temible realista Ángel Calvo, célebre desde mucho tiempo como desertor de la causa independiente y como feroz caudillo. Dos días después recibió orden del Director el teniente coronel Serrano para perseguir a los fugitivos, y desde el mismo campo partieron inmediatamente. Rodríguez, al despedirse de sus bravos compañeros, les recordó los peligros pasados, les habló de la patria, de la libertad, les aconsejó con la ternura del amigo; y mientras ellos tendían riendas hacia el sur, Rodríguez se dirigía silencioso y pensativo hacia la capital, presintiendo quizá su triste muerte.

El escuadrón pasó el Maule y luego fue llamado a Talca, y allí por orden suprema desarmado. Desde Santiago destacaron con este objeto al regimiento de granaderos y el jefe de ellos, al mismo tiempo les intimó orden para que se presentasen al gobierno. Así lo hicieron, O'Higgins los recibió fríamente, les dijo que los llamaría en caso necesario y los despidió. Después muchos de ellos fueron violentamente perseguidos.

Hubo gente adicta y aduladora del Director que propalaba la ridícula invención de que Rodríguez pensaba con esa fuerza suscitar una reacción derrocar a O'Higgins.

La actitud del gobierno hostil para el ciudadano y la pletórica vanidad del Director Supremo, habían extendido una especie de malestar público que circulaba como una atmósfera empapada de vapores maléficos y de dificultosa respiración. Al cabo el 17 de

abril reunióse en la sala capitular gran parte del vecindario y comisionaron a tres personas notables para que se presentasen al dictador, pidiendo la reorganización del antiguo cabildo, mientras se nombraba un congreso nacional que zanjase los derechos de la nación, y exigiendo la abdicación de una dictadura militar absorbente, incompatible ya con las necesidades progresistas y con las circunstancias del día. O'Higgins rechazó con altanería la justa proposición; reprendió a los comisionados, los llamó ingratos y fulminó un destierro contra dos de ellos.

Rodríguez había desempeñado un papel importante en este drama. Como tantas veces, su palabra había sido la reveladora de la libertad y la anatematizadora de toda esclavitud, de toda medida arbitraria. Plebeyo de corazón y de ideas, amaba al pueblo, lo enseñaba, lo dirigía, y creía firmemente que era nula y usurpada toda autoridad que no emanase voluntaria y libremente de él. Pero sus rivales habían vuelto a tramar de nuevo su perdición con más seguridades que antes. Esta vez no se les podría escapar. La espada de los héroes se iba a convertir en arma alevosa. Ellos preparaban la traición y la infamia que debía consumir la bajeza y la cobardía. Llamose movimiento revolucionario, a la libre manifestación del pueblo y revoltoso incorregible, al mantenedor de sus libertades, al orador de sus derechos.

Para narrar los acontecimientos que se subsiguieron y el asesinato que los corona, nada mejor puedo hacer que copiar la carta siguiente, en la cual, un testigo de vista y de oídas, después de treinta y dos años pasados, refiere los hechos sin odio, en estilo llano y confidencialmente. Los que niegan la parte que ha tenido O'Higgins en ese asesinato quieren documentos públicos, exigen decretos firmados; pero eso ¿a dónde se encontraría? Cuando se comete una infamia se borra el rastro primero.

Copió primero la carta que da lugar a la otra de que he hablado:

Santiago, abril 6 de 1850.

Mi querido Manuel:

En este momento me ruega Ambrosio Rodríguez te dirija esta, con el objeto de preguntarle si supiste alguna vez el lugar cierto en que dieron sepultura a su digno y desgraciado tío don Manuel; porque desean trasladarlo al panteón y rendirle este estéril y dilatado homenaje. Yo recuerdo que eras tu ayudante de Alvarado, bajo cuyas órdenes marchaba preso para Quillota y tal vez fue asesinado. Como el fin de esta averiguación es el que te indico, y como también conviene dejar consignado en la historia este hecho atroz, me dirás confidencialmente cuanto recuerdes sobre el particular. Te escribo muy de prisa. Tu fino hermano y constante amigo.-

DIEGO JOSÉ BENAVENTE.

Coroney, abril 17 de 1850.

.....

«A mediados de abril del año 18 fue aprehendido el desgraciado coronel don Manuel Rodríguez, por disposición del gobierno de aquel entonces, y remitido al cuartel de cazadores de los Andes (en San Pablo) a disposición del comandante del cuerpo, teniente coronel don Rudesindo Alvarado, natural de Salta en el Tucumán. Incontinenti hizo este jefe se nombrase una partida de veinte y cinco soldados, incluso cabos y sargentos, de los de toda su confianza, bajo las inmediatas órdenes de los tenientes segundos don Manuel Antonio Zuloaga y don N. Navarro, el primero mendocino y el segundo español, oficial que había traído el general Milans a Buenos Aires. A esta escolta fue confiada la custodia del infortunado Rodríguez, con la instrucción que ella sola era responsable de la seguridad del reo y que no debía recibir más órdenes que las que particularmente le impartiese el mismo comandante. En un cuarto que estaba a inmediaciones de la torre del templo, y en rigurosa incomunicación, permaneció algo más de un mes; pero cuando le tocaba a Navarro vigilarlo solía sacarlo a media noche a paseo disfrazado; se apartaban en la esquina del sur de la plazuela, y en este mismo punto se volvían a reunir una hora antes de diana para entrarlo a su prisión. Los amigos con quienes se veía Rodríguez en estas salidas nocturnas le instaban que aprovechase la circunstancia para escaparse; que quizá, le decían, su existencia corría riesgos; y él les contestaba que de ningún modo podía resolverse a dejar comprometido a un infeliz oficial que le trataba con tanta confianza; que era un caballero y no un cochino: estas eran sus terminantes palabras.

El 22 de mayo, poco antes de formarse las compañías, se me apersonó Navarro y me dijo: «Mi capitán (era teniente segundo agregado a mi compañía) tengo que confiar a Ud. un secreto muy importante y delicado; ya sabe que lo considero como mi único amigo en América; quiero que Ud. me dispense el favor de emitirme su opinión. -¿Sobre qué?, le reproduce. -Anoche, me contestó en seguida, he sido llamado, por el comandante y me ha llevado al palacio del Director sin decirme antes para qué. Llegamos a la pieza reservada de este señor, donde lo encontramos con el señor general don Antonio Balcarce; se nos mandó sentar después de saludarnos, y al poco rato se dirigió a mí el señor O'Higgins y me dijo: «Ud. como recién llegado al país quizá no tenga noticia de la clase de hombre que es el coronel don Manuel Rodríguez; es un sujeto el más funesto que podríamos tener, sin embargo de que no le faltan talentos y que ha prestado algunos servicios importantes en la revolución. Su genio díscolo y atrabiliario le hace proyectar continuos cambios en la administración, nunca está tranquilo ni contento, y por consiguiente su empeño es cruzarnos nuestras mejores disposiciones; además es un ambicioso sin límites. En vano el gobierno, y aun el general San Martín, han tratado de atraérselo tocando todos los arbitrios y ardides imaginables, mas nada, nada, ha sido suficiente. Para desprendernos de él, de un modo honroso y satisfactorio para él mismo, intentamos mandarlo a los Estados Unidos, investido con el carácter de nuestro representante; pero él encontró arbitrios para burlarnos, escapándose del castillo de San José en Valparaíso, donde se le tenía detenido hasta el momento de verificarse el embarque; para cuyo viaje, su comandante que está presente, debía entregarle una cantidad considerable de dinero que con este fin le había remitido el gobierno. Así es, pues, que los intereses de la patria exigen deshacernos de este hombre temible, y para realizarlo nos hemos fijado en Ud. Su comandante nos lo ha indicado como un oficial a propósito, y contamos seguro de que Ud. no se desdeñará de prestar este

servicio importantísimo a la patria. Nuestro plan es que en la marcha que va a emprender su batallón para Quillota, deberá caminar Ud. con el preso y la escolta como a distancia de una o media cuadra a retaguardia del batallón, sin permitir la más mínima comunicación de los soldados de éste con los de la escolta. Su alojamiento será siempre como a distancia de dos o tres cuadras del lugar donde se acampe el cuerpo, guardando la más estricta vigilancia del reo; y en uno de estos alojamientos, aprovechándose de cualquier oportunidad que se le presente, le dará la muerte, bajo la inteligencia de que el gobierno le compensará satisfactoriamente este servicio.» Yo me quedé abismado al oír esta relación; callé y O'Higgins continuó: «Anoche se había llamado con el mismo objeto a Zuloaga, pero este joven es demasiado pusilánime, no se ha atrevido a perpetrar el hecho, nos ha contestado un disparate, y por último hemos convenido que no es el mas a propósito para el desempeño de tan importante comisión. Vamos, Navarro, no se detenga Ud., reflexione lo que le importa obedecer; pero cuidado, mucho secreto; este asunto sólo pasa entre nosotros. -Sin embargo de que casi se me obliga a entrar en tan espinoso negocio sin trepidar, he pedido 24 horas para decidirme y no sé qué decir esta noche que es cuando debo dar mi contestación.»

Absorto yo con el secreto, y temeroso de que todo esto fuese una red que trataba de tenderme, continuaba en mi silencio; mas instándome a que le dijese mi parecer, y la contestación que podría ocurrírseme le dije: «¿Por qué no se escusa Ud. como Zuloaga?» El me contestó entonces: «¿No considera Ud. que soy español, que no tengo relación alguna en el país, y que si no me presto a la maldita comisión que se me quiere dar, probablemente se desharán de mí por temor de que revele el secreto? Agregue Ud. que nuestro comandante es el que más me compromete.» Entonces me separé de él diciéndole: «Ud. sabrá lo que se hace.»

El 25 de mayo a la madrugada, emprendimos nuestra marcha para Quillota. Navarro, armado con las pistolas del mismo comandante Alvarado, caminaba con su escolta a retaguardia. Un capitán que mandaba la guardia de prevención, y que por consiguiente caminaba también a inmediación de la referida escolta, tuvo la ocurrencia o imprudencia de pasar a saludar al preso, poco antes de llegar a las casas de San Ignacio, brindándole un cigarro de papel, dentro del cual había escrito con lápiz las siguientes palabras: «huya Ud. que le conviene»; cuyo cigarro, dijo después Navarro, había sorprendido; y quizá esta fue la causa de algunas desgracias que sufrió el referido capitán.

La noche del referido día 25 alojó el batallón en Colina, en una hacienda que se nos dijo era, de un señor Larrain, y creo es la misma que tuvo comprada el general Pinto. Aquí creí que se consumase tan horroroso atentado; pero no sé por qué motivo se hubiese suspendido. El 26 a la madrugada salimos de este punto, y a las cuatro de la tarde llegamos a Polpaico. El batallón se extendió a las orillas de un arroyo que corre a inmediaciones, de las casas principales de la hacienda; y Navarro con su preso, y escolta se alojó en una casita que decían era una pulpería, distante como tres cuadras a nuestra retaguardia. A la oración, y estando yo con Camilo nuestro primo, paseando en nuestro campamento, oímos el estallido de una pistola. «Eh, me dijo éste, ya murió el amigo Rodríguez.» Inmediatamente se esparció la noticia silenciándose las circunstancias. Al día siguiente, también de madrugada, seguimos nuestra marcha, llegamos a San Pedro y el 28 entramos en Quillota.



El 30 me dio orden Alvarado para que formase un inventario de la ropa y demás cosas pertenecientes al finado Rodríguez. Entre todas estas prendas encontré una chaqueta verde bordada con trencilla negra y una camisa de estopilla, ambas ensangrentadas y rotas por la bala en la parte derecha del cuello, y eran las que seguramente tenía puestas en el momento del asesinato. En este momento, y delante de un sargento que me presentaba las diferentes piezas, no pude menos de exclamar: «ni aun la ropa que tenía le han dejado en el cuerpo.» Después de esto ya se decían las circunstancias del hecho; se nos dijo que Navarro para perpetrarlo se había desprendido de toda la escolta, quedándose solo con el cabo Gómez; que a unos había mandado por leña, a otros por agua y a los restantes por víveres al batallón. Quedando solo con dicho cabo y el señor Rodríguez, invitó a éste para ir a ver a unas vivanderas, situadas a las inmediaciones; y que caminando con este objeto le hizo llamar la atención sobre una que tenía regular figura; que en el momento de fijarse le había tirado el pistoletazo por debajo del poncho, poniéndole de repente la pistola cuasi en el mismo cuello, y que herido Rodríguez no había hecho más que dar dos vueltas y caer sin articular una sola palabra. En seguida Navarro se rompió con un cuchillo por tres diferentes partes la manta, para poder pretextar seguramente que la muerte había sido ocasionada porque fue primeramente acometido; circunstancia que intentó hacer valer, pero que Zuloaga se la anuló con su primera declaración en la causa que se quiso formar, y por la que aseguraba que la muerte se había cometido por orden del gobierno. También supimos que el cadáver se había traído a la capilla de Tiltil, y unos decían que había sido enterrado dentro de la misma capilla y otros en una barranquita que estaba a las inmediaciones; pero si existe el cura o sacristán que servían la parroquia en aquel tiempo, estos pueden dar la noticia exacta sobre este último respecto, que yo no puedo dar porque toda esta maniobra se hizo a nuestra retaguardia y de un modo tan sigiloso que fue imposible traslucirlo. Don Bernardo Luco que tuvo el arrojo de proponerse descubrir el hecho, me dijo a los pocos días que él sabía donde estaba sepultado, y según quiero recordar, parece me aseguró que lo había desenterrado. Si no estuviese este amigo tan distante de ésta, habría tomado alguna noticia de él.

Parece que no he andado muy flojo para cumplir con tu encargo; lo relacionado creo demasiado para que puedas dar una idea bastante circunstanciada a tu amigo. Dispensa, pues, los borrones, enmendaturas y demás faltas que encuentres en mi larga y minuciosa narración. Acuérdate que he sido únicamente soldado y después huaso.»

Tu afectísimo hermano y mejor amigo.

MANUEL JOSÉ BENAVENTE.

Responda cualquiera que haya leído la carta anterior, si hay algo en ella que no parezca enteramente cierto. El que la ha escrito vive aún; y no puede suponerse interés personal de acriminar a otro, en un hombre que retirado de los sucesos tanto tiempo ha, puede considerarlos tales como pasaron. Por mi parte, creo que dicha carta es un documento interesante, que debe acompañar a la historia, como un testimonio más a la multitud de otros que confirman el asesinato aleva la complicidad de O'Higgins.

Debo aquí consignar un acto digno que embellece la memoria de un hombre, oscuro en su servicio, pero brillante por él solo. Invitado primero que Navarro, el teniente del mismo batallón Manuel Antonio Zuloaga, éste rechazando enérgicamente la inicua proposición, contestó: «que la espada que ceñía era para combatir al enemigo y no para asesinar patriotas.» Bellas palabras que debieran haber ruborizado a esos hombres que comprendían lo que era honroso, lo que era grande y lo que era mezquino y degradante.

O'Higgins recibió impasible la noticia que para todos era funesta como antes los preparativos de la expedición que debía zarpar al Perú. Navarro continuó prestando servicios y el capitán Benavente fue enviado a Buenos Aires y allí inmediatamente dado de baja.

Poco después se inició un proceso contra Navarro Zuloaga, llamado como testigo, reveló lo que sabía, y en su declaración acusaba al Director al mismo tiempo que a Navarro; mas éste y el proceso desaparecieron al poco tiempo. Los soldados que lo acompañaron en el crimen fueron enviados a Córdoba, y con recomendación especial para el coronel Bustos. Lo que es realmente cierto es que nunca se pensó en castigar al asesino porque temían las revelaciones. Al contrario, trataban de ocultar el crimen y propalaban rumores embusteros para tergiversar de esa manera la realidad. El hecho siguiente comprueba la verdad de este aserto. En la época del embarque de la expedición al Perú, hallábase en Valparaíso el anciano padre de Rodríguez. Estaba allí no por su voluntad sino por orden superior. Sus otros dos hijos, don Ambrosio y don Carlos, militares también y desinteresados patriotas, seguían la desgraciada suerte de los hermanos Carreras, y sufrían como ellos las amarguras del destierro y de la persecución más tenaz. Un joven a la sazón estaba en Valparaíso y habitaba en la misma casa elite el infeliz anciano. Varias veces habían conversado juntos, y casi siempre la memoria del hijo sacrificado arrancaba lágrimas al desdichado padre. Para el joven, como para tantos otros, era un misterio la desaparición de Rodríguez. Amistado con uno de los ayudantes de San Martín y preguntándole sobre el destino de Rodríguez, oyó de boca del oficial que había sido enviado al Perú para preparar la llegada de la expedición, como antes lo había sido de Mendoza, para allanar el camino del ejército restaurador. Que por eso (le decía) se obraba con tanto sigilo; y añadía, con certeza que del valor de Rodríguez debían esperarse grandes cosas. Inmediatamente voló a comunicar a su triste amigo tan agradable noticia, consolándole y esperanzando mucho de su realidad. El anciano dio gracias al joven; pero le dijo que no creyese que eran sólo invenciones de sus enemigos, y que él estaba bien seguro de la muerte de su hijo; porque había visto en manos ajenas un reloj que le había regalado en mejores días, como una prenda de cariño, de la cual no podría haberse desprendido jamás sino con la muerte. ¡Pobre anciano! su corazón estaba ya tan herido que no abrigaba ni podía abrigar ninguna esperanza.

Mientras duró el gobierno -de O'Higgins, ninguna voz acusadora se levantó en su contra; ni ¿cómo era posible que se levantase en la postración y abatimiento moral en que todos yacían? Los más atrevidos apenas osaban acusarle en secreto y en el recinto de su casa.

En el año 23, Navarro volvió a Santiago; fue denunciado como asesino de Rodríguez, y el gobierno de entonces lo mandó juzgar. O'Higgins había caído; pero el consejo, de guerra se compuso en su mayoría de adictos a O'Higgins, y por consiguiente de interesados en

ocultar su crimen. Navarro nada confesó; invocaba para defenderse el testimonio de otros; en fin, vacilaba en todo y en todo mentía. El consejo falló sobreseer en la causa, y el asesino huyó protegido por jefes de alta graduación y personalmente interesados. El proceso y todos los documentos que comprometían en algo al gobierno de O'Higgins, fueron consumidos por el friego. Por eso hay fanáticos de O'Higgins que validos de la impunidad por falta de pruebas, niegan cuanto les desfavorece, llaman vulgaridad lo que es un crimen. Pregúntese a los hombres de aquella época y todos ellos responderán, con la convicción más profunda, que O'Higgins fue el asesino. Es ridículo exigir pruebas evidentes en una acción tenebrosa. Todavía la historia del gobierno de O'Higgins está incompleta. Los asesinatos y destierros de los patriotas en la otra banda, las prisiones de muchos de ellos en las casamatas del Callao, y los dobles suplicios en Santiago, son hechos horribles que la historia no ha compilado aún, pero que recuerdan con estremecimiento súbito los hombres de aquella época.

Para deshacerse de Rodríguez, O'Higgins llamó antes que a Alvarado, a don Mariano Necochea; pero este bravo oficial, le contestó que si lo creía culpable lo hiciese juzgar, y que él lo fusilaría en la plaza pública. Necochea después ha negado este hecho. Tal vez por no reabrir heridas que querría ver cicatrizadas, el bravo de Junin, negaba un acto que le favorecía a costa de una infamia para algunos. También como Necochea hay otros cuya revelación sería la verdad, pero que se encierran en su silencio por las mismas causas. Yo he recogido datos de boca de un hombre de entonces, datos que con su nombre tendrían un merecido valor; pero que sin él son reprochables. Fue vocal del último consejo que juzgó a Navarro, y el único que reconoció su culpabilidad. Mas me está prohibido revelar su nombre.

Cayó al fin el gobierno de pandilla; y criando la justicia reemplazó al capricho despótico, los buenos patriotas don José Manuel Gandarillas y don Diego José Benavente, consagraron sus plumas al descubrimiento de la verdad, y esclarecieron mil hechos que habían oscurecido la mentira y la baja adulación.

O'Higgins después de su obligada abdicación, tuvo que marcharse a Lima. Allí arribó años después don Carlos Rodríguez, hermano de la víctima. Íntimamente convencido de que O'Higgins era el asesino, lo llamó secretamente a un desafío. O'Higgins rehusó batirse. Esquivaba el duelo no por cobardía; O'Higgins no se arredra en el peligro. Temía quizá que la mano le temblase o que la vista vacilase extraviada ante la presencia de un hermano que reclamaba a su hermano vilmente asesinado. Enfurecido don Carlos con la negativa, lo insultó entonces públicamente, tal vez con sobrada acritud; y el héroe de Rancagua se despojó de su dignidad y descendió a una acusación jurídica. En esta, don Carlos salió condenado, como era de esperarse, pues que faltaban las pruebas y el delincuente las exigía. Un doctor Asensio fue el defensor de O'Higgins, y publicó en favor de su cliente un panfleto que merece por sus calumnias groseras, por sus exageraciones injustas y por sus chabacanos insultos el más solemne desprecio. En vez de ser justificación es una acusación contra O'Higgins. Más le hubiera valido para su reputación desdeñar e impedir la circulación de ese folleto denigrante, que escupe sobre Chile y sus mejores hijos, con la desfachatez de un leguleyo asalariado y con la desvergüenza de un escritor menguado.

Manuel Rodríguez murió en la flor de sus años; a los treinta y cuatro apenas, cuando hay mucho horizonte y muchas esperanzas. Todavía se ignora a donde yace su cuerpo; todavía el que salvó a su patria tantas veces aguarda el sepulcro que ha merecido. La posteridad es imparcial y su fallo es la justicia; ella lo coronará...

Historia de mi patria, caos deslumbrador; ¿quién manifestará tus formas, quién purificará el oro de la escoria? Después de la fría narración de Thiers, ¿sonará el himno de Lamartine? ¿vendrá la epopeya luminosa de Michelet, resurrección de la justicia y redención de la verdad?

Una palabra más todavía. La generación presente es un árbol robusto; la savia del porvenir fluye por su corteza. Plantado en buen terreno crecerá para engrandecerse; extenderá sus ramas no por el inmundo suelo de las preocupaciones y maldades, sino por el espacio sublime de las grandes ideas, de las infinitas aspiraciones; y realizará así esa ley del progreso eterno que vivificándolo todo, todo lo alienta y reanima, desde el insecto hasta el hombre, desde la flor hasta el astro. Las ideas caducas, desaparecen, como una exhalación pantanosa y otras ideas más nobles, más verdaderas, agitan los cerebros, surgen de las tinieblas de la superstición, y se posan luminosas, como un manojo de rayos divinos, en las cunas de los que nacen, en los sepulcros de los que mueren. Todo se destruye para transformarse y variar de aparición. La humanidad es un sol sin occidente, que asoma en las cumbres del pasado transfigurándolo; que alcanza al meridiano del presente, descubriendo en un horizonte que jamás se estrecha o se oscurece, las fases de otros mundos, cuyas gigantes elipsis circundan un espacio, infinito y luminoso, sin término y sin fin. Pero es necesario volver la vista atrás para enviar un saludo de gratitud a los que nos han precedido; es necesario detenerse un poco para consagrar un recuerdo a esos hombres que nos dieron una patria y que no tienen siquiera sepultura; es necesario escribir en mármol esa historia que languidece olvidada como una página de oprobio iluminando en la piedra la cifra y la memoria. Las estatuas aisladas de fulano o de sutano son bellas como adorno artístico, realzan al escultor; pero no hablan nada al pueblo, no despiertan su pensamiento adormecido. No gira por ellas ese murmurio, dulce que parece el lamento de un pasado anheloso, que vibra en todos los labios como el resuello de una generación extinguida. Ante la efigie de un hombre, el pueblo pasa indiferente y descuidado; ante el monumento de una época, se siente conmovido de religioso amor, lo contempla y se postra. Además ¿por qué establecer esa separación? ¿por qué introducir esas excepciones? Nuestra emancipación no ha sido la obra de un solo hombre; todos han contribuido, todos se han sacrificado por ella, y la patria a todos debe estar reconocida. ¡Olvídense, pues, los rencores, las parcialidades vergonzosas; cesen las acusaciones injustas los ditirambos violentos; cada hombre traiga sus lauros, y donde se coloquen Freire y O'Higgins, aparezcan las figuras de Carrera, Rodríguez, Infante, Ibieta y tantos otros, formando unidos así el monumento de nuestra independencia, con toda la pureza de su gloria, con todo el resplandor de su idea!

GUILLERMO MATTA.

## XI

Don Tomás A. Cochrane  
Conde de Dundonald

Tomás Alejandro Cochrane nació el 27 de diciembre de 1775. Hijo de Archibaldo Cochrane, conde de Dundonald, sobrino del almirante Alejandro que alcanzó gran nombradía en la guerra americana, descendía de una de esas antiguas familias escocesas en las que el valor es hereditario con el recuerdo de las proezas de sus antepasados. Patricio de nacimiento, su padre siguiendo la costumbre general del país, resolvió dedicarlo a la marina desde su más tierna edad, aprovechando el valimiento de Alejandro Cochrane, que solicitó de transmitir a su familia el prestigio de sus empresas navales; divisaba también en el pequeño Tomás el germen de esa voluntad indomable, de ese arrojo impetuoso, de esa rápida ejecución del pensamiento que constituyen los genios militares.

Contaba once años apenas cuando le llevó su tío consigo, principiando su educación al cuidado del ilustre almirante, que uniendo la teoría a la práctica estimulaba su valor en los peligros, ejercitaba su entendimiento en las maniobras, cultivando, la decidida afición que mostraba el joven para las artes de la guerra. Preparado en esta escuela, manifestábase su vocación cada día más irrevocable, sin embargo de las molestas dilaciones que entorpecen los primeros pasos en la profesión marítima, mayormente en países como Inglaterra, en los que se aumentan tanto más las dificultades de los ascensos, cuanto es más crecido el número de pretendientes; siendo un mérito nunca desmentido y frecuentemente ejercitado en largos años de servicios, el único camino que lleva a los elevados puestos.

Habiendo alcanzado su grado de teniente, pasó el joven Cochrane a servir bajo las órdenes de lord Keith, almirante británico encargado de cruzar las costas francesas y españolas (1797). La ocasión se ofrecía propicia a los anhelos del mancebo: rotas las hostilidades entre Inglaterra y las fuerzas unidas de Francia y España, el mar era teatro frecuente de encarnizados combates, como que los beligerantes comprendían que el dominio del océano, era la gran clave de los triunfos terrestres. Las flotas se empeñaban a menudo, ya en encuentros particulares, ora en combates generales, brindando siempre a la ambición juvenil inmenso campo para brillantes hazañas; y bajo estos auspicios no pasó mucho tiempo sin que Cochrane manifestase que no eran infundadas las esperanzas que su familia y él propio, cifraban en sus relevantes cualidades. Mandaba la Reina Carlota, aunque en clase de teniente por ausencia del capitán, cuando se avistaron en la bahía de Algeciras, varias embarcaciones enemigas atacando un pequeño buque inglés, que acosado por número superior parecía próximo a rendirse, logrando los agresores aferrarlo con amarras para sacarlo del puerto. El almirante Keith visto el peligro despachó a la Esmeralda y Reina Carlota en persecución del enemigo, que a poco andar abandonó la presa a la Esmeralda, mientras Cochrane lo seguía de cerca dándole caza sin consideración a la notable desigualdad de sus fuerzas: arrojo que amedrentó a los contrarios en términos de hacerles huir, protegidos por la noche que principiaba a caer y el viento que les soplabla favorable (1801).

Este rasgo del denuedo del teniente Cochrane no pasó desapercibido a los ojos del almirante Keith, quien aplaudiendo el bizarro comportamiento del joven, quiso estimular su valor confiándole el mando del Speedy de 14 cañones. Nada más halagüeño para Cochrane que el mando en jefe de un buque, sin la incómoda sujeción que humillaba su orgullo, esterilizando la belicosa actividad de su genio. Ardiente por temperamento, impetuoso hasta lo temerario, mañoso por sistema, solícito de ilustrar su nombre dando cima a peligrosas expediciones, era su índole predestinada para esa guerra de maniobras en que se burla la superioridad numérica del enemigo, para esos combates de abordaje en que los hombres se estrechan y las armas se confunden, para realizar esos dificultosos planes que tanto se desprecian al sospecharse concebidos, como maravillan y pasman al mirarlos realizarse. Entregado a sus propias inspiraciones daba suelta a su ambición, mientras cruzaba los mares en busca de combates que a la verdad no escaseaban para el que los desease; pues los buques de ambas flotas surcaban, las riberas en todas direcciones; y a poco tiempo topó con el bergantín Carolina que apresó; dándole alientos este buen éxito para acometer otras empresas de mayor importancia. Bordeando las costas españolas, encontró como a seis leguas de Barcelona la hermosa fragata Gamo, que enarbolaba el pabellón enemigo, montando 32 gruesos cañones y 319 hombres de tripulación; fuerzas infinitamente superiores a las suyas, y que a cualquiera otro habría parecido loca pretensión entrar con ellas en lucha tan desigual; empero Cochrane con ese instinto del genio que adivina los resultados, con la ceguedad del valor que nada ve más allá del blanco de sus deseos, con la confianza que inspiran las convicciones profundas, supo infundir a su tripulación los bríos que le sobraban: y soldados y jefe se apercibieron para una riña a muerte, en la que no había otra probabilidad que el renombre alcanzado por las armas británicas y la persuasión que jamás abandona al marino inglés de que nunca la estrella de Albión se eclipsará en los mares. Cochrane comprendió muy bien que era necesario frustrar por medio de maniobras, la superioridad que daban al enemigo el número y alcance de sus cañones; así desplegando toda vela, se lanzó con cuanta rapidez era posible hasta colocarse muy próximo a los costados del Gamo; de manera que la altura de éste inutilizaba sus furiosas andanadas, que pasaban a muy subido nivel sobre la cubierta del Speedy, que podía reconcentrar todos sus fuegos en la fragata, demasiado pesada para moverse con la celeridad del pequeño barquichuelo inglés. Al cañoneo sucedió bien pronto la fusilería y tras esta diose la voz de abordaje, trabándose la riña con arma blanca, confundidos los combatientes en las cubiertas de ambos buques, menudeándose recios golpes, incierto el resultado hasta que la valentía de los unos, arrolló victoriosa el inmenso número de los otros, quedando el Gamo presa del Speedy que lo remolcó a sus costados (1801).

Cebada su actividad con el reciente suceso y juntándose con el Cangeroo, buque inglés empleado también en el crucero, resolvió atacar al enemigo en donde quiera que le encontrase; resolución que puso en planta llegado que hubo a su conocimiento que un convoy español, compuesto de tres buques de guerra, un jabeque, tres cañoneras y doce mercantes se abrigaba bajo las baterías de Oropeso (Castilla la Vieja). La empresa era arriesgada en gran manera; porque sobre excederles en número el enemigo, estaba protegido por la artillería de los fuertes terrestres, necesitándose apelar a toda la proverbial sangre fría del soldado británico para no cejar a la imponente vista de las baterías y buques españoles, que amenazaban acribillar con un diluvio de balas los pequeños buques ingleses. El, Speedy y Cangeroo siguieron derechamente y a toda vela su derrotero hacia el convoy y

sin dignarse atender a los tiros que cruzaban en todas direcciones, despacharon sus botes al abordaje: el combate se hizo general; buques y baterías desparramaban abundante metralla, arreciándose la pelea a medida que era progresivo el paso de los ingleses y se estrechaban los españoles, impotentes para resistir el impetuoso empuje de Cochrane que perfectamente secundado por el Cangeroo, conservaba siempre su impassible prudencia para aprovechar el espanto del enemigo. Los agresores después de dos horas de obstinada lucha, inutilizaron las baterías terrestres, echaron a pique el jabeque y dos cañoneras y marcharon directamente a los buques, salvándose los unos merced a la velocidad de su andar, huyendo los otros; porque no había como asegurarlos, quedando finalmente tres en poder de los vencedores. El combate duró tres horas de mortífero fuego y Cochrane recibió una pequeña herida.

Tras estas prósperas empresas que animaban más la fogosa movilidad de su genio, no era otro su pensamiento que conquistarse nuevos títulos para la consideración de sus conciudadanos, arrancando difíciles laureles en campos que ninguno se habría atrevido a explotar. Como todos los caracteres superiores desdeñaba las tardas vías que otros abrazan para alcanzar la celebridad: los grandes obstáculos, las dificultades insuperables eran sus elementos, lo maravilloso su aspiración, lo nuevo del pensamiento, lo rápido de la ejecución los encantos que buscaba, despreciando los medios términos, pequeños estímulos para saciar la voracidad de su espíritu, ávido de emociones proporcionadas a sus bríos. Bien luego se labró Cochrane una reputación acreditada por sus atrevidas operaciones en el Mediterráneo; parecía multiplicarse con su actividad para acudir a donde quiera que se presentase un enemigo que atacar, una aventura arriesgada que acometer; su nombre era repetido en toda la costa, con pavor por los enemigos, con aprecio por los suyos, y en solo diez meses que mandó ese despreciable barquichuelo de 14 cañones, hizo presa de 33 buques con 533 hombres de tripulación.

En 1802 un acontecimiento inesperado vino a retardar algún tanto la realización de las bellas esperanzas que se había formado el valeroso marino. Navegaba en su pequeño buque, cuando fue sorprendido y tomado prisionero por la armada francesa al mando del almirante Linois, quien bastante noble para apreciar el relevante mérito del joven teniente, permitió le conservar sus insignias, dióle el tratamiento a que su valentía era acreedora, complacido además el prisionero con la amistad de muchos oficiales franceses, que sabedores de sus hazañas, se apresuraban a manifestarle la sincera admiración de una generosa rivalidad. A los pocos meses fue canjeado por el gobierno británico, que deseoso de recompensar sus buenos servicios le confirió el grado de capitán, dándole el mando del Arab, posteriormente el de la Pallas de 32 cañones; pero la paz de Amiens que sobrevino interrumpió la guerra y postergó para otros tiempos las empresas que Cochrane meditaba llevar a cabo.

Aquella naturaleza nacida para la lucha y el peligro no podía vivir en la indolencia; éranle menester la acción, el movimiento, los dramas de inesperadas peripecias; condenado a la quietud dirigió su actividad a otro terreno, y echándose en brazos de la política buscó en las batallas parlamentarias la emoción de los combates navales. Incapaz de transigir con sus principios políticos, liberales por convicción, no trepidó en abrazar el partido contrario al ministerio: los liberales de Honington le ofrecieron sus votos; pero derrotado en esta primera campaña electoral, esperó a las siguientes elecciones en que obtuvo los sufragios

de los opositores de Westminster; bien que disuelto muy luego el parlamento, apenas tuvo oportunidad para manifestar sus aptitudes oratorias; sin embargo de que jamás desperdició ocasión de hostilizar a los ministros, ya oponiéndose a sus medidas en las discusiones parlamentarias, ora en los meetings, constituyéndose tribuno de los intereses populares. Esta actitud independiente del marino, atraía las simpatías de ese pueblo tan celoso de sus derechos, como entusiasta por sus defensores, y mayormente citando en Cochrane concurrían dos circunstancias harto poderosas para distraerlo de sus tendencias liberales; pues por una parte, sus antecedentes de familia podían asegurarle un rango distinguido en el bando aristocrático y por otra su profesión le colocaba directamente bajo la dependencia, del gobierno.

Declarada otra vez la guerra entre la Inglaterra y la Francia fue encargado Cochrane de recorrer las riberas francesas, y haciendo este servicio echó el ancla en la embocadura del Garona, a corta distancia de los acantonamientos franceses (1806). Imposibilitado para aventurar un ataque contra el grueso de la armada enemiga, despachó sus botes a caza de las embarcaciones sueltas, viniendo aquellos a poco espacio remolcando la Frapayeuse de 12 cañones, mientras una corbeta los perseguía de cerca. Los botes se defendieron vigorosamente, y Cochrane entre tanto daba cara a tres buques enemigos, rechazándolos con sin igual celeridad, persiguiéndolos hasta encallarlos en la playa; que tal fue el espanto que los sobrecogió y tal la irresistible impetuosidad del capitán inglés. Corrido un mes apenas se encontró con la Minerva, buque muy afamado en aquellas costas y que montaba 44 cañones; los dos adversarios eran bien dignos de medir sus armas, reputada la Minerva por una de las mejores velas de la armada enemiga, y Cochrane considerado como uno de los más distinguidos marinos de esa escuadra, en la que es un héroe cada soldado y un Nelson cada jefe. El combate, como era de esperarse, fue terrible, sangriento, uno de aquellos en que cada combatiente cree ser el Horacio de su patria, disputada con ahínco la victoria, como una gloriosa presa que el valor de los unos, no podía ceder al arrojo de los otros; bien que después de la más encarnizada lucha, la gallarda impetuosidad de los franceses, tuvo que deponer las armas ante la porfiada intrepidez de los marinos británicos. Cochrane continuando su victoriosa carrera no se limitó solo a sus expediciones en el océano, sino que bajó varias veces a tierra, arrasó muchos castillos en las playas francesas, asaltó los unos, incendió los otros, aterrorizadas las poblaciones ribejanas, llevado su nombre en alas de la fama unido a terribles escenas, en las que la más inaudita audacia andaba a la par de la más refinada astucia.

Lanzado el grito en libertad en la península española (1808) tuvo Cochrane la honra de cooperar con sus esfuerzos para arrancar la presa de las garras del Emperador, tomando a los franceses el fuerte de Mongal, y defendiendo heroicamente el de Trinidad en la bahía de Rosas, con solo 160 hombres contra 1000 sitiadores; y vuelto al mar recorrió nuevamente las costas francesas, destruyó los telégrafos para entorpecer las comunicaciones del enemigo y saqueó los almacenes de provisiones que aquel tenía acopiadas para su escuadra.

La reputación de Cochrane se elevaba de día en día, orgullosa Inglaterra de sus expediciones, mientras él buscaba una nueva ocasión para mostrar al pueblo inglés cuan preciado valor tenían a sus ojos los sufragios de su patria. Ofreciose esta muy luego, tal tan arriesgada y fructuosa como pudiera ambicionada Cochrane. La escuadra francesa se guarecía en la ensenada de Aix Roads, confiada en las ventajas naturales de su posición que



los más expertos marinos juzgaban inatacable, protegidos los buques por densos bancos de arena practicables sólo por embocaduras estrechas y bien guarnecidas. Lord Gambier, jefe de la flota inglesa, después de una prolija investigación juzgó imprudente si no descabellada y temeraria, toda tentativa de ataque, y se apercibía para separarse de aquel paraje, citando se presentó lord Cochrane comisionado por el almirantazgo para poner en ejecución el atrevido plan que había manifestado al gabinete británico, cuando éste sabedor de los conocimientos locales que Cochrane poseía, le consultó sobre los medios que pudieran arbitrarse para empeñar un ataque contra la flota enemiga. Cochrane expresó que en su opinión no era la empresa tan imposible como se juzgaba y que si se le facilitaban los medios, él tomaba sobre sí la responsabilidad del éxito. Decidido que se hubo el asalto, marchó Cochrane a reunirse con lord Gambier, a quien manifestó su plan que el almirante había juzgado un delirio, sino viniese de un marino harto afamado por la novedad de sus expediciones y la audaz originalidad de sus planes. Ocho botes cargados de materias combustibles se pusieron a la disposición del intrépido capitán, con más una fragata para auxiliarle; y favorecido por una noche oscurísima pudo deslizarse por los estrechos boquetes, lanzando los brulotes, cuando calculó que reventarían en medio de la flota francesa apiñada en un reducido espacio. Grande fue el espanto de los franceses al sentir a sus costados estallar los brulotes, que incendiados con terrible estrépito, iluminaban las tinieblas de la noche con las rojizas llamas preñadas de mortífera metralla. A medida que era crecido el pavor, aumentaba el desorden, imposibilitadas las embarcaciones para maniobrar, confundidas las órdenes de los oficiales con la grito de los marineros, aferradas las llamas a tres navíos, enredándose las anclas de los unos con las de los otros, vanos los esfuerzos de los capitanes, que procuraban restablecer la serenidad en las tripulaciones amedrentadas, que ya amenazaban arrojarse a las aguas, ora se agrupaban sobre las cubiertas ignorantes de lo que acontecía: nada bastaba para mantener la disciplina, ya que no para defenderse contra enemigos perdidos en las sombras. Terrible fue el descalabro que sufrió la escuadra francesa, devorados por las llamas cuatro de sus navíos, ídose a pique uno hermosísimo de 74 cañones y mal parados los restantes; bien que Cochrane no quedó completamente satisfecho, echando en cara a Gambier que por su culpable negligencia se habían escapado algunos buques enemigos (1809).

Un clamor de admiración se elevó de todas partes, esparcida que fue la nueva de tan audaz empresa; la Europa toda dirigió sus miradas al esforzado capitán; la Inglaterra le condecoró con la honorífica orden del Baño, y el emperador Napoleón hablando de esta función de armas decía: «que si lord Cochrane hubiese recibido auxilio del almirante no habría salvado un solo buque de la armada francesa.» El Parlamento inglés quiso también contribuir con su contingente a la merecida ovación, votando una acción de gracias al héroe de Roads: mas como Cochrane divisase que el nombre de Gambier iría unido al suyo en este voto, eclipsándole tal vez, puesto que era el jefe aunque sólo aparente, manifestó en pleno parlamento que se opondría siempre a toda congratulación al almirante, cuya conducta era harto vituperable en su concepto. Tamaña injuria no podía menos que causar un profundo resentimiento a Gambier, originándose de aquí una amarga enemistad fructuosa en desagradables consecuencias para lord Cochrane, poderoso su rival con el ánimo de los ministros y el prestigio de su rango.

El gobierno concedor de las raras cualidades que Cochrane manifestaba para el mando, quiso enviarle en clase de almirante a la cabeza de una escuadra destinada a cruzar el

Mediterráneo; pero él temeroso de las maquinaciones de sus enemigos, rehusó tan honroso cargo y prefirió quedarse en tierra. Apartado de las peligrosas aventuras que tanto sonreían a sus inclinaciones, lanzado en la vida dispendiosa y opulenta de Londres, cautivado con los placeres de la gran capital, proporcionándole su título y la fama que alcanzaba la mejor acogida en los círculos aristocráticos, érale menester para sostener el brillo de su nombre, expender sumas inmensas que no guardaban proporción con su moderado haber. Las consecuencias de esta imprevisión no se hicieron esperar por mucho tiempo; las circunstancias pecuniarias del lord se hacían de día en día más difíciles; así no es de extrañar que aceptase como su tabla de salvamento el expediente que le propuso su tío Cochrane Jhonstone. Era éste el de comprar acciones en la bolsa, esperanzados en que la terminación de la guerra continental las haría subir de precio; pero la guerra se prolongaba y el emperador Napoleón apareciendo a la cabeza de sus legiones invencibles, amenazaba dar un golpe de muerte al comercio británico, que arrastraría en su ruina a los especuladores de bolsa; y este acontecimiento era para Cochrane no sólo la decepción de sus esperanzas sino la pérdida de su reputación, ancha oportunidad para la calumnia, que sus enemigos sabrían convertir en desdoro de sus glorias. El dilema era apretado, los partidos extremos y la ruina segura, inminente y deshonorosa. Cochrane Jhonstone que le había colocado en aquella situación, arbitró un medio harto delicado, que era el de esparcir noticias falsas asegurando la derrota de Napoleón, lo que hacía subir los fondos a su máximun. Sobre si Cochrane tuvo o no participación en este plan nada decente, poco puede decirse de cierto, inclinándonos sin embargo a creer que debe absolvérsele, vistos los satisfactorios descargos que hizo de su conducta en un manifiesto que ninguno de sus enemigos se atrevió a contradecir. Lo cierto es que descubierta la intriga y llevado el asunto a los tribunales, lord Cochrane y su tío fueron condenados a un año de prisión y 2500 pesos de multa, condenación infamante y tanto más dolorosa, cuanto que el valiente capitán brillaba entonces en el cenit de su popularidad; empero, el pueblo de Londres supo hacer de esta sentencia un glorioso triunfo, levantando una suscripción para cubrir la multa. Prevenido el ministerio contra Cochrane por las opiniones liberales que siempre había manifestado en la cámara, vio en la ovación popular que se hacía al marino, una injuria al gobierno, y empeñado en humillar al bando liberal en uno de sus caudillos, le hizo borrar de la Orden del Baño, y llevó su encono hasta arrojarle del parlamento. Irritados los electores de Westminster por los violentos proceder del gobierno, procuraron lavar el baldón con que solícitos enemigos afeaban el nombre del héroe de Roads, eligiéndolo nuevamente como su representante en la cámara. Lord Cochrane detenido en una cárcel y sabedor de su elección, escaló las murallas se presentó en el parlamento con gran sorpresa de los circunstantes y mayor de sus enemigos, confundidos con tan original audacia: sordos murmullos discurrían por los bancos de la sala y la asamblea se manifestaba en gran agitación, cuando un alcaide vino a reclamarle en nombre de la autoridad, para conducirlo nuevamente a la prisión (1814).

Fácil es concebir como después de este acontecimiento fuese insoportable a Cochrane vivir en el teatro de su desgracia. Apenas le fue posible anunció por los periódicos que deseaba ponerse al servicio de alguno de los nuevos estados sudamericanos, y pedía a sus amigos que le facilitasen algún dinero para trasladarse a la América. Don José A. Álvarez Condareo, nuestro comisionado en Londres, se apresuró a conferenciar con lord Cochrane, participando al gobierno chileno la oportunidad para hacerse de un jefe «quizá el más

valeroso marino de la Gran Bretaña» y el dictador O'Higgins aceptó gustosísimo las propuestas del celebrado lord.

El 28 de noviembre de 1818 arribaba lord Cochrane a las playas chilenas: Cochrane era para nosotros el símbolo de la unión entre la ciencia europea y el valor americano, entre la aventajada pericia de los pueblos del viejo continente y el ardoroso pero inculto entusiasmo de las nuevas naciones del mundo de Colón. Famoso ya su nombre, ilustrada su vida con heroicas expediciones que le elevaron al rango de las más distinguidas reputaciones, nos traía consigo esa nombradía militar que tanto influye en las batallas, inspirando en los camaradas la confianza del triunfo, e infundiendo en el enemigo el temor de la derrota; siendo muy de notarse que el noble marino, nacido en la tierra clásica de la libertad, se alistaba en nuestras filas no cual el codicioso aventurero que combate en donde quiera que haya valioso botín para su avaricia, sino como el desinteresado campeón de un principio moral que rinde la ofrenda de su espada en las aras de los pueblos oprimidos.

La llegada de Cochrane a nuestras riberas si bien fue recibida con merecido entusiasmo, colocaba a nuestro gobierno en una situación bastante embarazosa a consecuencia de los últimos sucesos marítimos que traían muy ocupada la atención pública. La escuadra nacional acababa de obtener una señalada victoria sobre las armas españolas en la bahía de Talcahuano; y el gobierno chileno temeroso de herir en su delicadeza al comandante Blanco, al bizarro jefe de la expedición que con tan singular brillantez había iniciado nuestras campañas marítimas, se encontraba perplejo, sin atreverse a proponerle que renunciase el mando. Pero el caballeroso Blanco, desoyendo los consejos que pudiera sugerirle un amor propio hartado fundado en el éxito de su primera empresa, se dirigió espontáneamente a la autoridad haciendo dimisión de su cargo, y declaró del modo más sincero, que no trepidaba en posponer sus recientes glorias a la incontestable pericia del marino inglés, bajo cuyas órdenes se complacería en prestar sus servicios a la causa de la independencia.

Hechos los preparativos indispensables, el vice-almirante Cochrane se hizo a la vela con la primera división de la escuadra, compuesta de cuatro embarcaciones; la O'Higgins, el San Martín, Lautaro y Chacabuco (14 de enero 1819) y en esta vez siguió como antes la táctica que le era acostumbrada, táctica fundada en la rapidez de los movimientos y en el estímulo que daba al valor de los soldados con la familiaridad de los grandes peligros. El vice-almirante quiso terminar la campaña de un solo golpe decisivo y se encaminó al Callao, puerto en que se guarecían las fuerzas españolas, que quería sorprender bajo sus mismos baluartes, amedrentando al enemigo con un ataque cuya dificultad le hacía imprevisto; empero, entonces con gran desagrado suyo le fue imposible la realización de su proyecto; porque descubierta la armada nacional, los españoles se mantuvieron bajo las fortalezas del puerto, con una cautela que rayaba en cobardía, frustrando los expedientes que a Cochrane sugería su ejercitada astucia, sin embargo de que la impaciencia de éste, le arrastró hasta la temeridad de introducirse entre la misma flota enemiga y mantenerse por dos horas con su solo buque, desafiando las balas de todas las fuerzas marítimas y de los castillos terrestres. Esta primera campaña, sin embargo de algunas presas, no produjo otros resultados que revelar a nuestra marina la conciencia de su propia fuerza, adiestrar las inexpertas tripulaciones y enseñar al pueblo chileno que las voces de la fama no eran exageradas cuando pregonaban las hazañas del vice-almirante, que en esta expedición no

solo se manifestó intrépido y mañoso como se esperaba, sino también organizador infatigable empeñado en la instrucción de su tropa bisoña.

De vuelta a Valparaíso el gobierno dispuso que se hiciese nuevamente a la vela, al mando de nueve embarcaciones, abriéndose la segunda campaña, no ya bajo el plan de asaltar al enemigo que se juzgaba imposible, sino de incendiar sus naves por medio de brulotes que se traían apercebidos para el efecto; pero esta vez como antes los esfuerzos de Cochrane anduvieron estériles, contrariados por muchedumbre de circunstancias imposibles de evitarse, y nada pudo conseguir su diligencia de la impasibilidad del enemigo, protegido por los elementos y seguro en su ventajosa posición.

Permanecer más largo tiempo en aquella situación habría sido inoficioso; porque la flota española se manifestaba decidida a continuar en su prudente defensiva; así es que el vice-almirante se determinó a dar la vuelta a Valparaíso, agriado su ánimo con la esterilidad de la campaña, mal cumplidos los anhelos de su ambición, desvanecidas las lisonjeras esperanzas, que se habían cifrado en el éxito de la expedición. Érale necesario un triunfo ruidoso, de arriesgada consecución, para indemnizarle de la incómoda inacción a que se veía condenado; éranle necesarios los combates reñidos, algo de grande para ocupar su espíritu, algo de admirable para dejar al Pacífico el recuerdo de su nombre, ligado a gloriosas hazañas; y así entregado a su despecho, meditaba con ahínco sobre alguna empresa que arrancase su alma del desaliento que la embargaba. El asalto de Valdivia fue el resultado de sus meditaciones; y a le que el proyecto era digno del almirante, digna de celebrarse su sola concepción, admirable, maravilloso sí se llevaba a cabo, reportando ventajas de seria consideración para la causa de la independencia.

«El puerto de Valdivia es reputado, por el más fuerte e inexpugnable del Pacífico. Supóngase la angosta desembocadura de un río navegable, cuyas orillas guardan bosques espesísimos en que la luz del sol no puede penetrar. En la extensión de cinco leguas que hay de la punta exterior a la ciudad de Valdivia, una cadena de castillos, cuyos fuegos se cruzan en todas direcciones, dominan completamente la marina y son árbitros de todo lo que se coloca bajo su acción. Estos castillos son comenzando a contar por la banda del sur, los del Inglés y San Carlos, que están hacia la parte saliente de la costa: sigue Amargos que cierra la entrada principal con el Niebla de la opuesta orilla: el Chorocamayo, que hace fuego con el Piojo, a poca distancia de los dos nombrados; en fin, el Corral, el Mancera y el Carbonero que dan frente a la avenida de los buques y cierran completamente el paso del río. Estas fortalezas estaban coronadas por 118 piezas de 18 y 24, y cada cual se veía resguardada con un friso profundo y una muralla.

Tal era el puerto que lord Cochrane iba a expugnar a viva fuerza, con sus 550 hombres de tierra y la marinería de sus tres buques.» (García Reyes. Memoria sobre la primera escuadra nacional).

Caía ya la tarde del día 3 de febrero de 1820 cuando nuestros buques Intrépido y Motezuma anclaron a la vista del enemigo, enarbolando la bandera española con que se pretendió engañar a las guarniciones de las fortalezas aunque infructuosamente; pues repetidas descargas manifestaron la voluntad que tenían los españoles de aprovechar lo inexpugnable de sus posiciones y castigar en la escuadra chilena la inaudita osadía de su

jefe. El enemigo concentró en el fuerte Inglés 300 hombres aguerridos y despachó una partida de 75 para impedir el desembarque de los patriotas, los que arrostrando la recia fusilería de la tropa apostada en la ribera, lograron apoderarse de ella, mientras la partida española se retiraba a reunirse en el fuerte con el grueso de la división. Los agresores, favorecidos por las tinieblas de la noche, emprendieron el asalto de la fortaleza, escalando las murallas, y se lanzaron furiosamente sobre los sitiados, que sobrecogidos de espanto a tan inesperado ataque, abrieron precipitadamente la puerta del fuerte huyendo por allí los unos, arrojándose los otros por los muros, completamente desorientados y en tan derecha derrota, que una partida que acampaba a espaldas de la fortaleza, contagiada por el ejemplo de sus compañeros, abandonó también el campo a los nuestros. Dueños del fuerte Inglés, la rendición de los otros castillos no ofreció considerable dificultad, y Cochrane que seguía con avidez cada paso de nuestras tropas, tuvo la satisfacción de ver su atrevida tentativa coronada del éxito más completo, de manera que al día siguiente pudo tomar posesión de la ciudad en nombre de la República.

La toma de Valdivia fue no solamente uno de los más hermosos hechos de armas que ilustran los fastos de nuestras guerras, no solo una de esas funciones militares que recuerdan a la imaginación las edades heroicas de la caballería, sino también un acontecimiento político de fructuosas consecuencias para la lucha de vida o muerte en que estaba empeñada la República: Valdivia era el núcleo de acción para las fuerzas españolas, el punto de apoyo de las guerrillas del sur acaudilladas por el feroz Benavides, el baluarte inexpugnable a que se aferraba con porfía el humillado poderío de la metrópoli. El gobierno de Chile se mostró altamente satisfecho del distinguido comportamiento del vice-almirante y como manifestación de su gratitud le obsequió la hacienda de Quintero y decretó a la división que sirvió bajo su mando una medalla con esta inscripción: La patria a los heroicos restauradores de Valdivia.

Rendida Valdivia, el Gibraltar del pacífico, lord Cochrane no consentía en volver a Valparaíso hasta no concluir con el último resto del ejército español, y con este propósito tomó por blanco de sus operaciones la isla de Chiloé, en que se mantenía fuerte todavía una división enemiga al mando del general Quintanilla. Sin embargo la intentona era aún más arriesgada que la anterior y los peligros subían de punto a proporción que las filas patriotas se habían disminuido con la guarnición que fue necesario dejar en Valdivia, a lo que debe añadirse la completa inutilidad de dos de las mejores embarcaciones expedicionarias; mientras los españoles contaban sobre mil veteranos, numerosas milicias bien disciplinadas y bien resguardados sus acantonamientos por la fortaleza de Aguí, que dominaba gran extensión de mar con sus poderosas baterías.

Los esfuerzos del vice-almirante sobre la playa de Chiloé, aunque tan hábilmente secundados por los jefes chilenos, no surtieron otro efecto que poner más en claro el valor de nuestros soldados, que tras varios y encarnizados encuentros se vieron obligados a retirarse a los buques de la escuadra; mas no como derrotados que huyen desalentados dando espaldas a los perseguidores, sino que cediendo al número superior y a la superioridad de las posiciones, emprendieron una honrosa retirada en la que sabían infundir al enemigo el respeto que se debe al valor, aunque contrariado por las circunstancias.

Desalojados casi completamente los españoles de nuestro territorio, el gobierno de Chile resolvió llevar a ejecución el gigantesco proyecto de lanzar sobre el Perú nuestras armas victoriosas; proyecto de vital trascendencia y que sobre envolver la idea de la fraternidad americana en el común empeño de la independencia, encerraba por otra parte el objeto político de atacar el poder de la metrópoli en su propio corazón. El general San Martín, jefe de las fuerzas marítimas y terrestres, debería expedicionar por tierra, mientras Cochrane a la cabeza de la escuadra, protegería las costas, daría caza a las naves españolas que pudiesen surcar estos mares y apretaría el sitio del Callao. Este puerto le había sido dos veces fatal: dos veces la prudencia española había burlado su maña; y el ilustre almirante desde que divisó la bahía, se propuso manifestar al enemigo que en esta ocasión venía decidido a vengar la pasada afrenta de su inacción sin que los obstáculos materiales fuesen poderosos inconvenientes para arredrar al genio despechado. Como preludio de la campana, ejecutó a la vista del mismo enemigo, una de aquellas acciones que se conservarían por la tradición con los colores de la fábula, a no ser tan numerosos los testigos que las transmiten a la posteridad con la autenticidad de la historia.

«La bahía del Callao está cerrada por la isla de San Lorenzo que deja dos entradas al surgidero; la que cae a la parte del N. O. es ancha y espaciosa y por ella hacen su entrada los buques; la del S. O. es estrecha y sembrada de escollos por lo que se le llama el Boquerón. Jamás se había visto pasar por esta boca mas que los barquichuelos, llamados místicos que hacen el comercio de la costa y cuya dimensión ordinaria no pasa de cien toneladas. Sin embargo a Lord Cochrane se le ocurrió atravesar el Boquerón con una fragata de 50 cañones. Los enemigos viendo hender la O'Higgins por aquellos siempre respetados escollos, creían a cada momento verla fracasar y alistaron las lanchas cañoneras para atacarla en el momento que hubiese dado en el peligro. Para gozar del espectáculo la guarnición de los castillos se había subido a lo alto de las murallas, y las tripulaciones de los buques suspendido sus faenas, quedaron con la vista fija aguardando el resultado de aquella extraña aventura. Mas con sorpresa de todos, la O'Higgins cruzó serena por medio de las rocas, dejando atónitos a los espectadores que no podían darse razón del extraño desenlace de aquel audaz capricho. El paso del Boquerón ha sido un suceso que ha quedado grabado en la imaginación del pueblo del Callao, y la tradición muestra aún asombrada el lugar por donde surcó el almirante Cochrane.» (García Reyes).

La escuadra española estacionada en el Callao estaba colocada de una manera en extremo favorable, no solo para eludir el ataque de cualquiera agresor, sino para rechazar a un enemigo cuyas fuerzas fueran en extremo mayores. La línea formada a manera de semicírculo se componía de la fragata «Esmeralda», una corbeta, dos bergantines, dos goletas de guerra; tres grandes buques mercantes armados y veinte lanchas cañoneras; y no contentos aun se habían rodeado de cadenas y palizadas flotantes, guareciéndose bajo los 200 cañones de los castillos.

La fragata Esmeralda había excitado desde luego la codicia del Vice-Almirante, que apenas concebido el deseo, trató de satisfacerlo, penetrando en la línea enemiga por el estrecho boquete que se había dejado en las cadenas para la entrada de los neutrales. Al efecto apercibió 240 hombres de los más aguerridos y el 5 de noviembre a las diez y media de la noche, 14 botes se destacaron silenciosos de los costados del buque almirante, distribuidos, en dos líneas paralelas de las cuales era la una encabezada por el Vice-

almirante en persona, dirigida la otra por el intrépido capitán Guisse. A las doce de la noche llegaron a la línea de cañoneras enemigas y habiendo un centinela gritado «¿Quién vive?» «silencio o mueres», le dice Lord Cochrane y continuó su derrotero a la Esmeralda que a poco rato se vio cercada de nuestros botes, cuyos jefes seguidos por la tropa salieron al instante sobre la cubierta de la fragata, tomando Guisse el costado de babor, mientras Cochrane trepaba por el de estribor dando muerte al centinela. Ambos jefes se dieron la mano en la mitad de la cubierta como Wellington y Blucher en el campo de Waterloo ambos a una animaban la entusiasmada soldadesca. Bien que cogidos de improviso los españoles, trataron de rehabilitarse de la sorpresa haciendo una desesperada resistencia en el castillo de proa, en el cual sostuvieron un recio fogueo por más de un cuarto de hora: la lucha era tremenda en la oscuridad de la noche; enardecidos los combatientes con su rabia los unos, con su entusiasmo los otros, mortales todos los golpes en la pequeña distancia que los separaba. Después de esta breve pero sangrienta pelea, la fragata quedó en poder de los abordadores con una pérdida por nuestra parte de 11 muertos y treinta heridos entre los que debe contarse el bizarro almirante aunque no de gravedad; mientras la del enemigo subía a 175 hombres. El clamoreo de los soldados, el ruido de la fusilería y el brillo de los fogonazos puso en alarma a toda la bahía: los castillos principiaron a funcionar con graneadas descansas siguieron también las cañoneras y las balas granizaban por todas partes. Los buques neutrales para no ser confundidos con los asaltadores en el mortífero fuego izaron unos faroles que era la señal convenida con los españoles en caso de alguna alarma; pero Cochrane supo sacar partido de esta circunstancia; pues se valió de la misma, señal de los neutrales y pudo de esta manera sacar a remolque a la Esmeralda y además una lancha cañonera. La captura de la Esmeralda bien podía compararse al asalto de Aix-Roads y este golpe de mano tan audaz como afortunado, destruyó para siempre la prepotencia española en nuestros mares.

Con el apresamiento de la Esmeralda termina la gloriosa campaña que suplantó en el Pacífico el estandarte republicano al pendón de la metrópoli y las operaciones subsiguientes pertenecen más bien a la crónica privada que puede dispensarse de narrar el biógrafo, mayormente estando sin ofrecer el interés histórico, traen al pensamiento amargos recuerdos, que mal se ligarían a la justa memoria de aquellos días. El Vice-almirante se había retirado a su hacienda de Quintero y desde allí juzgando terminada la tarea que tan noblemente se impuso y que con tanto acierto satisfizo, dirigió una comunicación al Gobierno, en la cual hacía dimisión de su cargo, para ponerse al servicio de otra sección americana que batallaba a la sazón por conquistar su independencia. Era ésta el imperio del Brasil, cuyos disturbios políticos le habían llevado a términos de constituirse independiente de la dominación portuguesa y que habiendo menester jefes cuya pericia guerrera estuviese acreditada hizo a Lord Cochrane las más lisonjeras proposiciones para que se pusiese, al mando de la Escuadra Brasilera.

Aceptadas las ofertas del Emperador, Lord Cochrane a la cabeza de sesenta naves bloqueó el puerto de Bahía en que se habían hecho fuertes los portugueses que contaban una escuadra de ochenta velas y contra la cual no trepidó el impávido Lord en presentar batalla. Mas el enemigo la rehusó y aprovechando el viento, se alejó de la armada independiente, lo que visto por Cochrane principió a darle caza y logró capturarle muchas de sus embarcaciones; se apoderó de gran cantidad de armamento que conducían y volviendo a tierra se rindieron en sus manos las plazas de Para y Maranhán. El Emperador

agradecido por las ventajosas adquisiciones materiales que le reportaron las rápidas proezas de Lord Cochrane le creó noble del imperio con el título de Marqués Maranhán; mas como la tierra hubo de terminarse, Cochrane para quien la inacción era la muerte, resolvió volver a su patria, a donde había ya llegado su nombre con el nuevo prestigio que le añadiera el interesante rol que le cupo representar en ese bello drama de la emancipación americana.

Llegado a Inglaterra, un nuevo campo se ofrecía a su actividad una nueva causa, noble en su origen, simpática para el universo todo y que por entonces traía en gran manera precipitada atención de la Europa, vino a reclamar el tributo de sus servicios. La patria de Milcíades, resucitada de su letargo a los cantos de Rigas, se aprestaba a ceñir la espada de Maratón, disputando a los sectarios de Mahoma esa tierra consagrada con la sangre de los héroes que inscribieron sus nombres entre los mártires de la libertad. La Europa civilizada apoyaba a la Grecia contra la Europa bárbara y los más famosos capitanes se apresuraron a enrolarse en esa cruzada de la civilización y libertad cristianas contra la ignorancia y tiranía del paganismo: cúpole también a Cochrane la honra de ocupar un puesto disminuido en las filas libertadoras, dándosele el título de Gran Almirante; empero sus talentos encontraron muy pocas ocasiones en que ejercitarse, desde que las flotas combinadas de Inglaterra y Rusia destrozaron completamente la armada otomana. Sin embargo los piratas experimentaron con escarmiento su infatigable actividad y la Grecia unió su voz a la América en los aplausos al héroe que había combatido por la emancipación y gloria de tantos pueblos.

Desde esta última campaña la vida de Cochrane ha sido la del gladiador que descansa sobre los laureles de cien combates, que concluida la marcial tarea se retira del palenque que ha ilustrado con su nombre, para servir de admiración a los que presenciaron sus hazañas y de estímulo viviente a los que pretenden imitarlas. La Inglaterra supo perdonar al héroe el descarrío de un momento en favor de los méritos de tantos años y le restauró a sus honores y dignidades, confiándole diversas comisiones que ha llevado a cabo con su acostumbrado acierto. La muerte de su padre le ha hecho conde de Dundonald, uniendo la distinción de la cuna a los títulos del valor.

Hijo mimado de la fortuna, Cochrane ha sido uno de esos invencibles combatientes de la antigua mitología, uno de esos temerarios paladines de los siglos caballerescos, de infatigable actividad, de ardiente y nunca desmentido arrojo: soldado de la libertad, ha combatido en donde quiera que haya habido un pueblo esclavo alzándose contra el yugo del opresor. Hay en sus batallas algo que recuerda los torneos de la edad media, por lo caballeroso del guerrero, por esa porfiada bravura que sólo la fe y el amor a la libertad pueden infundir: hay algo en ellos de esos sangrientos encuentros de los españoles y araucanos, por lo encarnización de la lucha, por las fabulosas proezas de los combatientes. Su táctica ha sido vencer, casi siempre con fuerzas inferiores, sus máquinas de guerra el denuedo de sus soldados, su propio arrojo, su inalterable prudencia, y como los grandes capitanes, como César y Napoleón, la rapidez de los movimientos, lo súbito del ataque, el irresistible empuje de los primeros choques, fueron siempre sus medios de triunfo.

Cochrane no es un guerrero adocenado; pues la historia de los tiempos en que han florecido las más eminentes capacidades guerreras, le ha consagrado hermosas páginas entre Nelson y Gravina: no es uno de esos hombres vulgares a quienes el caprichoso



impulso de la fortuna ha arrancado de la oscura esfera en que habían nacido para vegetar; pues cada uno de sus grados ha sido una victoria y cada victoria un esfuerzo admirable de intrepidez y talento; no es una de esas figuras que tan a menudo encontramos en la historia y que como los héroes de teatro pasan delante de nosotros sin dejarnos un recuerdo de sus acciones; porque sus hechos de armas han servido para conquistar la libertad o afianzar la independencia de cuatro naciones que le adoptaron como su campeón, para bendecirle después como su libertador.

JOAQUÍN BLEST GANA.

## XII

Don José de San Martín

Durante la famosa guerra de la Península, que tan honda brecha abrió al poder hasta entonces incontrastable de Napoleón, la juventud española desprovista de otro teatro de acción para desarrollar las dotes del espíritu o la energía del carácter, acudía presurosa a los campamentos improvisados por la exaltación guerrera del pueblo, y probaba a cada momento cuánta savia circula aún por las venas de aquella nación, cuyo vuelo han contenido instituciones envejecidas. La cordialidad fraternal que une fácilmente a hombres que tienen que partir entre sí iguales peligros y esperanzas, aumentábala el entusiasmo que exaltaba las pasiones. Generosas, haciéndola más expansiva la genial franqueza del carácter castellano. Entre aquella juventud bulliciosa, ardiente y emprendedora, tan dispuesta a una serenata como a un asalto, tan lista para escalar un balcón como una fortaleza, partían de habitación y rancho dos oficiales en la flor de la edad, y llegados a los grados militares, que son como la puerta que conduce al campo de los sueños de ambición. Era uno el capitán Aguado, llamaban al otro el mayor San Martín.

Las vicisitudes de las campañas separaron los cuerpos en que servían los amigos; terminose la guerra; el tiempo puso entre ambos su denso velo, trascurrieron los años y no se volvieron a encontrar más en el camino de la vida. Quince años después empero, hablábase delante de Aguado de los famosos hechos de armas, en América, del general rebelde San Martín. Es curioso, decía Aguado: Yo he tenido un amigo americano de ese apellido, que militó en España. San Martín oyó nombrar al banquero español Aguado. ¡Aguado! ¿Aguado?, decía a su vez, he conocido a un Aguado; pero hay tantos Aguados en España...

San Martín llegó a París en 1824, y mientras hacia una mañana su sencillo y ruido tocado, introdúcese en su habitación un extraño, que lo mira, lo examina y exclama aún dudoso, ¡San Martín! -¡Aguado, si no me engaño!, le responde el huésped, y antes de cerciorarse, estaba ya estrechado entre los brazos de su antiguo compañero de rancho, amoríos, y francachela. ¡Y bien!, almorzaremos juntos. -Eso me toca a mí, respondió Aguado, que dejó en un restaurante pedido almuerzo para ambos. Dirigiéronse luego, de la

Rue Neuve-Saint-Georges, hacia el Boulevard y andando sin sentir y conversando, llegaron, en la plaza Vendome, a la puerta de un soberbio hotel, en cuyas gradas lacayos en libreas tenían en palanganas de plata la correspondencia para presentar al amo que llegaba. San Martín se detuvo en el primer tramo, y mirando con sorpresa a su amigo «¡pues qué!» le dijo «¿eres tú el banquero Aguado?» «Hombre, cuando uno no alcanza a ser el Libertador de Medio Mundo, me parece que se le puede perdonar el ser banquero.»

Y riendo ambos de la ocurrencia y echándole Aguado un brazo para compelerlo a subir, llegaron ambos a los salones, casi regios, en cuyos muelles cojines aguardaba la señora de la casa.

Desde entonces San Martín y Aguado, el guerrero desencantado y el banquero opulento, se propusieron vivir y tratarse como en aquella feliz época de la vida en que ningún sinsabor amarga la existencia. Establecióse San Martín en Grand-Bourg, no lejos de París y a sólo algunas cuadras de distancia del Chateau Aguado, mediando entre ambas heredades el Sena, sobre el cual echó el favorito de la fortuna un puente colgado de hierro, don hecho a la común, servicio al público, comodidad puramente doméstica para él, y facilidad ofrecida al trato frecuente de los dos amigos. Por largos años los paisanos sencillos del lugar vieron sobre el Puente Aguado, en las tardes apacibles del otoño, apoyados sobre la baranda y esparciendo sus miradas distraídas por el delicioso panorama adyacente, aquel grupo de dos viejos extranjeros, el uno célebre por aquella celebridad lejana y misteriosa que ha dejado lejos de allí hondas huellas en la historia de muchas naciones, el otro conocido en toda la comarca por el don inestimable con que la había favorecido. Murió Aguado en los brazos de su amigo, y dejó encargada a la pureza y rigidez de su conciencia, la guarda y distribución de sus cuantiosos bienes.

¡También ha muerto San Martín! Pero su nombre queda aún viviendo en las tradiciones de la América, hasta que la historia lo recoja para esculpirlo en sus tablas de bronce.

No es esta la tarea que nos hemos impuesto en estas breves páginas. Los grandes hechos en que él tuvo la parte más notable requieren para ser narrados con verdad y exactitud, las vigiliass del historiador; pues sería ligereza indisculpable, lanzarse a tientas a retrazar el camino que siguieron aquellos que tuvieron en sus manos el destino de las naciones, y que con una palabra suya, o un movimiento de su mano, en momento dado, desquiciaron mundos o echaron a rodar dominaciones por largos siglos cimentadas.

En la margen derecha del majestuoso Uruguay, más arriba de las cascadas que interrumpen el tránsito de las naves, está situada, entre naranjales y palmeros, la villa de Yapeyú, habitada principalmente por indios, de los que la misteriosa ciencia social del jesuita redujo a la vida civilizada, en aquellas comarcas que aún llevan en su memoria el nombre de Misiones, y que hoy entran a formar parte de la provincia del Entre-Ríos. Allí nació don José de San Martín por los años 1778, y habiendo su padre dejado el gobierno de aquella población ocho años después, se estableció en España a fin de proveer a la educación de su hijo, quien, en virtud de los méritos de su padre, contraídos en el Real Servicio, fue admitido en el Colegio militar de Nobles de Madrid, en donde aprendió los rudimentos científicos de la ciencia de las batallas, con que tan bellos y codiciales dominios había de segregar más tarde a la corona de España.

La guerra de la Península le ofreció a poco, escuela práctica en que ejercitar las raras dotes que le habían de asegurar lugar prominente entre los grandes capitanes del siglo. Maestros eran, en el arte de la guerra los enemigos, a quienes el denuedo castellano tenía por empresa que vencer y más que en las operaciones de los suyos, iba diariamente, espada en mano y con ojo escudriñador, a cosechar laureles y lecciones en las filas de las legiones Imperiales.

San Martín estrenó su espada el día mismo en que la España obtuvo su primera victoria, en la famosa batalla de Bailén, en que Castaños rindió a la división imperial de Dupont, y la Europa concibió la primera vislumbre de esperanza, de contener la audacia siempre feliz y cada vez más invasora del vencedor de las Pirámides, Marengo, de Jena y de Austerlitz. Desde allí, de grado en grado ascendiendo, bajo las órdenes sucesivas de los generales de la Romana, Compigny y Wellington, continuando su carrera entre triunfos, laureles y fatigas, en las campañas de Andalucía, Centro Extremadura y Portugal, llegó a obtener el grado de teniente coronel y reputación de uno de los oficiales más diestros para acechar al enemigo, envolverlo, o hacerlo caer en un lazo, en aquella guerra de asechanzas y de guerrillas; y del más impertérrito sableador, citando era necesario terminar a filo de espada la victoria que habían comenzado hábiles maniobras o sagaces estratagemas.

Sorprendiolo en medio de los campamentos la nueva de la insurrección de la América, y una revelación súbita de sus futuros destinos en teatro tan vasto y en empresa tan sublime, le hizo comprender que la guerra de la Independencia que hacía en favor de la España, debiera hacerla contra ella en favor de su lejana y esclavizada patria. Desde entonces su partido estaba tomado, y dejando el servicio de la España, extranjero ya para él, embarcose para Inglaterra, púsose allí en contacto con los patriotas, y se hizo a la vela para Buenos Aires, dando casi desde su llegada principio glorioso a la gigantesca obra de asegurar la independencia americana. Su primer ensayo fue la creación del regimiento de granaderos a caballo, aquel brillante cuerpo de jinetes que en Riobamba hacia alarde de su pericia, y dejaba atónito al gran Bolívar y desconcertados, estupefactos, a los españoles, que escaparon al filo de sus sables. Mostró por primera vez el temple acerado de su organización aquel por siempre famoso cuerpo de caballería, en el combate de San Lorenzo, a las márgenes del Plata, bajo el ojo experimentado de su jefe, quien elevado al rango de coronel se fue a dirigir las operaciones del ejército del Alto-Perú, y pasó a poco a establecerse en la provincia de Cuyo para emprender la reconquista de Chile, que las civiles discordias de sus hijos habían librado de nuevo al yugo de los antiguos amos. Todos los grados de San Martín en la carrera de las armas, hasta esta época, son apenas comparables a la fogosa juventud que desarrolla y ejercita sus fuerzas. San Martín, Intendente de Cuyo y jefe del ejército de los Andes en cuadros, hallábase en la edad feliz en que la ardiente impetuosidad del joven está ya templada por la prudencia de la edad proveecta. Treinta y seis años cumplía el guerrero que debiera subordinar una juventud indisciplinada y turbulenta, contener caudillos hostiles entre sí escapados de los últimos descalabros de Chile, iniciar masas bisoñas en las artes y disciplina de la guerra europea, improvisar recursos en el corazón de la América, burlar la vigilancia y la estrategia española, y con los Andes nevados y casi inaccesibles por delante, y los recuerdos de la guerra de titanes en que anduvo confundido entre las legiones Napoleón y Wellington, trazarse campos de batalla en Chile y por entre la nube misteriosa de hechos futuros que la previsión y el genio

evoca, sonar en escuadras flotando sobre el Pacífico, para deshacer la obra de Pizarro y acaso llevar su nombre, sus armas y sus victorias hasta Méjico, fundar naciones a su paso, y eclipsar con su gloria la de todos sus rivales en esfuerzos. San Martín en Mendoza es el genio creador, el Hermes trimejisto de los antiguos, político, guerrero, diplomático. Brotan legiones a su soplo, fecunda la ciencia de aplicación, para ingeniarse contra las dificultades, imprime a los suizos la convicción de su fuerza, y tiene a sus enemigos en Chile aturridos y desconcertados, sin poder penetrar el misterio que cubre los planes de astuto soldado, que por medio de parlamentos solemnes con los indios, por cartas escritas por la fuerza, fingiendo revelaciones importantes, por rumores hábil y misteriosamente esparcidos en Chile por agentes chilenos, patriotas y denodados hasta el martirio, hace durar tres años aquella farsa de Dijon que sólo pudo engañar quince días.

El 24 de enero de 1817 daba a un amigo el detalle de su plan de campaña, con ese laconismo de la previsión que es peculiar al genio: «El 18 empezó a salir el ejército, y hoy concluye todo de verificarlo; para el 6 (de febrero) estaremos en el valle de Aconcagua, y para el 15 ya Chile es de vida o muerte.» ¡El quince entraba en efecto el ejército victorioso en Santiago!

Tenemos a la vista una larga correspondencia íntima de San Martín, que principiando en 1816 en Mendoza, continua en Córdoba, en Chile y en el Perú con el mismo individuo, y en esta crónica que el acaso ha salvado, se encuentran aquí y allí los eslabones de una cadena de sucesos que la historia ha recogido ya dislocados y separados. La correspondencia íntima de los hombres que han impreso su acción a los pueblos, es el más auténtico documento que pueda citarse para apreciar el espíritu que guió a los protagonistas. ¿Quién se imagina, por ejemplo, que San Martín haya influido en la osada declaración de Independencia del Congreso de Tucumán en 1816? Sin embargo basta recordar que el Dr. Laprida fue el Presidente que firmó aquella célebre Acta, para dar todo su valor a la influencia que en aquel acto tuvieron los Diputados por Cuyo, que lo eran los señores Maza y Godoy Cruz por Mendoza, Laprida y Oro (después Obispo) por San-Juan. Con este antecedente, reunamos algunos fragmentos de la correspondencia de San Martín con algunos de esos diputados. «Campo de instrucción, Mendoza 19 de enero de 1816... «¿Cuándo empiezan Udes. a reunirse? Por lo más sagrado les suplico hagan tantos esfuerzos quepan en lo humano para asegurar nuestra suerte. Todas las provincias están en expectación esperando las decisiones de ese Congreso: Él solo puede cortar las desavenencias (que según este correo) existen en las corporaciones de Buenos Aires... Expresiones a los amigos el Padre Oro, Laprida y Maza...»... «Abril 12 de 1816, Mendoza... ¡Hasta cuándo esperamos declarar nuestra independencia! No le parece a V. una cosa bien ridícula acuñar moneda, tener el pabellón y cucarda nacional y por último hacer la guerra al soberano de quien en el día se cree dependemos, que nos falta más que decirlo por otra parte. ¿Qué relación, podremos emprender cuando estamos a pupilo, y los enemigos (con mucha razón) nos tratan, de insurgentes, pues nos declaramos vasallos? Está V. seguro que nadie nos auxiliará en tal situación y por otra parte el sistema ganaría un cincuenta por ciento con tal paso. ¡Ánimo! ¡Para los hombres de coraje se han hecho las empresas! Vamos claros. Mi amigo, sino se hace, el Congreso es nulo en todas sus partes, porque reasumiendo éste la soberanía es una usurpación que se hace al que se cree verdadero soberano, es decir a Fernandito...» «Mendoza, mayo 24 de 1816.» «Veo lo que V. me dice

sobre el punto de que la Independencia no es soplar y hacer botellas, yo respondo que es más fácil hacerla que el que haya un solo americano que haga una sola (botella).»

«Córdoba Julio 16 de 1816 (ya se había hecho la declaración el 9)». «Ha dado el Congreso el golpe magistral con la declaración de la Independencia. Sólo hubiera deseado que al mismo tiempo hubiera hecho una pequeña exposición de los justos motivos que tenemos los americanos para tal proceder. Esto nos conciliaría y ganaría muchos afectos en Europa. En el momento que el Director me despache volaré a mi Ínsula cuyana. La maldita suerte no ha querido que yo me hallase en nuestro pueblo para el día de la celebración de la Independencia. ¡Crea V. que hubiera echado la casa por la ventana!»

«Córdoba Julio 22. «Al fin estaba reservado a un Diputado de Cuyo ser el Presidente del Congreso que declaró la independencia, yo doy a la Provincia mil parabienes por tal incidencia... Ya digo a Laprida (el presidente del Congreso) lo admirable que me parece el plan de un Inca a la cabeza: las ventajas son geométricas, pero por la patria les suplico no nos metan una regencia de personas, en el momento que pase de una todo se paraliza y nos lleva el diablo. Al electo no hay más que variar de nombre a nuestro director, y quede un regente, esto es lo seguro para que salgamos a puerto de salvación.»

Este singular proyecto no era la obra de San Martín, sino la de todos los grandes e intachables patriotas de aquella época. Belgrano, Sarratea, Rivadavia más tarde, todos con San Martín creían en la posibilidad y la necesidad de monarquías; pero bien entendido con dinastías, sin las cuales pueden hacerse tiranías, pero nunca monarquías. La atmósfera de las ideas cambió más tarde, y los promotores de aquel pensamiento aparecieron después como monstruosidades fósiles de un mundo anterior. Los que culparon después a San Martín de ambición personal y de querer hacerse monarca en el Perú, deben tranquilizarse sabiendo que era la idea común desde 1816 erigir monarquías por todas partes, y que no fue por falta de voluntad que se abandonó la idea. No es esta la única ilusión que ha tenido lugar y tiene aún América, y no pocos de nuestros desastres actuales vienen del empeño de los hombres públicos, por error de concepto, hábito y educación, de creer imposibles, las instituciones libres.

A principios de 1817 movíanse de Mendoza aquellas huestes intactas como arma no probada aún, y en las Coimas, en la Guardia Vieja, donde quiera que encontraron fuerzas españolas, abrieron brechas profundas con un arrojo candoroso, que menos parecía hijo del humano esfuerzo, que efecto de una alucinación extraña y común a jefes y soldados inexpertos en la tierra. Los viejos tercios españoles eran compuestos según la creencia del soldado, de algo menos que hombres, de godos, matuchos y otros apodos sin sentido y que traían sin embargo al alma bisoña del soldado del ejército de la patria, la idea de una inmensa superioridad de su parte, y de la ineptitud ridícula y desmañada de sus enemigos. Y sin embargo ¡esos enemigos!, ¡esos enemigos hoy eran ayer los amos; y el mezquino godo, apenas digno de darle una lanzada al paso, como a bicho nocivo y dañino, había poco antes contenido las soberbias águilas imperiales, y libertado a la Europa humillada, dándola entereza con su ejemplo! Chacabuco es menos una batalla que una sorpresa hecha a la luz del día, y después de tres años de amenaza continua. Realizaba allí San Martín el grande axioma de la guerra, ser el más fuerte en un punto dado. Las divisiones españolas que ardidés de San Martín habían hecho dirigir al sur, llegaron a Santiago demasiado tarde para

evitar o reparar el desastre, y el ejército victorioso de los patriotas entró a la capital en medio de las aclamaciones entusiastas del pueblo que los aguardaba hacía años como a sus libertadores, y por cuyo triunfo oraba de rodillas, todos los días, ante las imágenes de la virgen, en el apartado retrete del asilo doméstico.

San Martín fue proclamado Jefe de la restablecida República, y aunque no aceptó el mando, compréndese bien que todo el poder y las fuerzas activas de la nación quedaron desde entonces a su disposición para llevar a cabo la obra comenzada. Con suerte varia la guerra continuó al sur, a fin de desalojar a los españoles, que se hacían fuertes en Talcahuano hasta recibir refuerzos de Lima. Un año después, el general San Martín abrió la campaña con trece mil hombres de línea, equipos y trenes que sólo la Europa pudiera presentar iguales. El viejo ejército argentino, veterano con una batalla en su hoja servicios, y las nuevas huestes chilenas, ardiendo en deseos de mostrar su denuedo, recibieron no obstante en la noche fatal de Cancha-Rayada, un jaque a su petulancia y lección severa para su inexperiencia. Es seguro casi siempre el éxito de lo absurdo, porque la previsión humana nada tiene prevenido contra ello. El coronel Osorio sugirió en consejo de guerra a dos mil españoles que debieran rendirse a discreción al día siguiente en Talca, echarse, a merced de las tinieblas de la noche, en medio del numeroso ejército patriota, y ver lo que saldría de aquella extravagancia. Un minuto más tarde los dos mil hombres habrían quedado en aquel campo sabiamente dispuesto, como el avecilla incauta que entra en la jaula preparada para aprisionarla. Sucedió todo lo contrario; la confusión se introdujo en el campo patriota; trece mil soldados y diez mil caballos y bestias de carga se desbandaron amedrentados por la grita y el estrépito de las armas; y los dos mil valientes españoles, en lugar de la muerte o el cautiverio que aguardaban, encontraron una victoria sin sangre, pero no sin gloria, hecha aceptable por el botín más rico que dejó jamás ejército americano.

San Martín huía, de aquel campo sin darse cuenta bien de lo que le pasaba, y es fama que a su habitual confianza en el éxito, se sucedió mortal abatimiento, de que lo sacó una Juana de Arco chilena que le salió al paso en Maipú, alentándolo a nuevos esfuerzos y dejándole preveer, con fatídica seguridad de Sibila, un próximo y final triunfo. Desde aquel momento el general San Martín halló en sí mismo el antiguo jefe improvisador de prodigios; el genio de la estratagema reapareció más alerta y fecundo, y su poder de fascinación más activo. Entró a Santiago, y el auxilio de patriotas animosos mediando, reanimó los espíritus, reorganizó los restos de su desbandado ejército, haciéndose una egida y un baluarte de los que el denuedo del general Las Heras había conservado intactos. Tomó de nuevo la iniciativa, ordenando a sus Granaderos a caballo que fuesen con Lavalle otros desalmados a sablear a los infantes que venían avanzando a marchas forzadas y a paso de vencedores, hasta que en el llano de Maipú, de entre nubes de polvos y torrentes de sangre, se alzó por medio de la humareda densa el genio de la América radiante de nuevo, y coronado de laureles. Más que el atronador estampido del cañón, en las concavidades de los vecinos Andes, resonó por todo el continente la batalla de Maipú, no menos funesta a la dominación española que la final de Ayacucho. Perdido Chile, las Provincias Unidas garantidas, el Perú no estaba ya seguro, y Bolívar invadiendo desde el Norte, San Martín desde el Sur, el poder español sería al fin reventado por la presión de estas dos fuerzas en que venía concentrándose la América.

San Martín repitió en grande otra vez lo que en pequeño, había hecho antes en Cuyo. Hizo de Chile una maestranza; y de la fortuna pública y de la de los españoles sobre todo, su caja militar. Las madres no habían parido hijos robustos sino para llenar los cuadros del ejército, ni los antepasados acumulado bienes sino para servir a la causa de Independencia de sus hijos. Entusiasmo o terror no importa, godos o patriotas todos, todos debían contribuir a la grande obra. Con tales recursos y tal sistema, Chile se sobrepasó a sí mismo, y dos años después lanzó a los mares una escuadra, y sobre las playas del Perú, al pie del trono de fastuosos virreyes, de un ejército de ocho mil veteranos. Lima se dio bien pronto a su libertador; los españoles se refugiaron en las montañas; la guerra llevó sus estragos al interior; la peste de los climas tropicales hincó su diente en las constituciones de los hombres de los climas templados; los desastres se mezclaron a las victorias; el ejército español reincorporó las divisiones que hasta entonces habían estado obrando sobre Salta y Tucumán, mientras que San-Martín por su parte se ponía en contacto en Pichincha con el ejército de Bolívar; y todas estas causas obrando, la prolongación de la guerra y la magnitud del teatro, la accesión de nuevos personajes, las fatigas de campaña y las voluptuosidades de aquella Capua Americana, la distancia del punto de partida del ejército, y las ambiciones que desenvolvía y estimulaban trastornos e incentivos tan poderosos, ello es que la unidad de acción y de mando que sólo hace de los ejércitos un instrumento en mano del que lo dirige, empezó a desmoronarse. Acusábase a San Martín de expoliaciones en beneficio propio, de pretensiones a colocar sobre sus hombros la púrpura real, de haber abandonado el pabellón argentino haciendo de su ejército condottieri sin otra patria que los campos de batalla. La historia dará a cada uno de estos cargos su verdadero mérito; pero no estará por demás apuntar aquí, que San Martín, colocado en Chile en la disyuntiva, de continuar la grande obra, o regresar a las provincias argentinas a sofocar la guerra civil como se lo ordenaba el gobierno de Buenos Aires, optó por lo primero, y para cohonestar paso tan aventurado, hízose elegir general en jefe por el ejército mismo, dejando desde entonces aguzada la sorda lima que había de destruir su propio poder. No eran muy fijas entonces las ideas en cuanto a la futura forma de gobierno, y estando los jefes españoles divididos entre sí en partidos políticos, San Martín dejaba traslucir a los constitucionales la posibilidad de monarquías americanas con aquella garantía. Conferencias y armisticios se celebraron sobre esta base, y a punto estuvieron fuertes divisiones españolas de reunirse a los independientes. Otra causa y acaso la más influyente en los acontecimientos de la época, fue la proximidad de Bolívar y sus esfuerzos para anular a un rival que por lo menos, partiría con él la gloria de libertad la América. La ambición de Bolívar era inmensa como su genio, y no bien estuvieron en contacto ambos ejércitos y cuando más urgente era obrar de acuerdo, Bolívar se mantuvo en la inacción, impenetrable en sus designios, frío en sus relaciones, y hostil en actos que exigían armonía y buena inteligencia, tales como la ocupación de Guayaquil, y reintegro de las bajas de la división de San Martín, que a las órdenes de Sucre y de Santa-Cruz, había ayudado al triunfo de Pichincha.

Este estado de cosas y la aproximación de la época de la apertura de la campaña, inspiraron a San Martín la idea de abocarse con Bolívar, y disipar las nubes que acaso la distancia solo levantaba entre ellos. Solicitó al efecto una entrevista en Guayaquil, y fijado el día, tuvo el sentimiento de saber, al acudir a ella, que Bolívar estaba ausente. Diéronse nueva cita, y esta vez se encontraron las miradas de los dos grandes protagonistas americanos. Aquella escena no tuvo en la realidad nada de dramático; pero la historia y la poesía, evocando los antecedentes de aquellos dos hombres famosos que venían

personificando a la América española, libertándola sucesivamente, y arrastrándola tras sí, el uno desde el istmo de Panamá al sur, el otro desde Magallanes al norte, hasta encontrarse un día en Guayaquil, punto céntrico del continente, le darán una grandiosidad que el tiempo hará cada vez más solemne.

Bolívar no correspondió a la marcial franqueza de su rival. En este punto están acordes la tradición, el testimonio de San Martín, documentos irrefutables, y los hechos posteriores. Uno de los jefes de Bolívar, repitiendo rumores de vivaque, pone en boca de Bolívar frases que a ser ciertas serían un reproche más contra él. Lo que hay de cierto es, que Bolívar se sentía personalmente embarazado por la presencia de San Martín. García del Río, grande admirador de Bolívar, y que se halló en la entrevista, hacia notar más tarde el contraste de aquella noble figura imponente, elevada y verdaderamente marcial, con las formas menos aventajadas de Bolívar, su mirar esquivo e inquieto, receloso de ser comprendido por aquel que no venía a otra cosa que a comprenderlo. Nada tenía Bolívar que ostentar ante San Martín, en cuanto a disciplina, brillo y capacidad de su ejército; mas en la persona de Bolívar mismo, en su ánimo esforzado, en la persona heroica de sus propósitos, en la audacia de su vasta ambición y en su sed de gloria, celosa y vengativa como las grandes pasiones, había todo lo que caracteriza a los varones fuertes. Probolo el resultado de la entrevista. San Martín no obtuvo nada: no encontró siquiera hombre con quien discutir los graves asuntos de la América. Halló en cambio una voluntad fría y persistente, un partido tomado, y un velo que era no obstante fisonomía humana, y que so pretextos frívolos, apoyándose en sofismas insostenibles, encubría pensamientos inescrutables. San Martín salió de allí vencido y juzgado. Era hombre no mas, Bolívar era el genio de la dominación y del poder.

San Martín vuelto a Lima, halló asesinado a Monteagudo, el pensamiento político a quien él había confiado la dirección de los negocios; desmayado el ardor de los soldados, insolentes los jefes y amotinada contra él la opinión pública que un año antes se mostraba fanatizada. San Martín abdicó el mando, y se impuso voluntariamente el ostracismo más duradero, más absoluto, que haya ofrecido jamás hombre alguno a la admiración de la historia.

Desde este momento supremo, San Martín recupera toda la altura de un héroe, sin que un solo acto de su vida posterior la desluzca. Aquella abdicación, es un santísimo que lavó todas las faltas, que en tan azarosas y extraordinarias circunstancias pudo cometer el que tanto poder acumuló en sus manos; y todos los rencores han debido ceder ante aquella abnegación, que eliminaba bruscamente un nombre de la América, que dejaba una página de la historia inacabada y una frase sin sentido.

Casi treinta años han discurrido desde la época en que San Martín dijo adiós en Lima a la gloria y a la América, y en tan largo espacio de tiempo toda ella se ha revuelto en facciones y partidos. Bolívar ha muerto en el entretanto, luchando con algo peor que el ostracismo, con la oscuridad de las tinieblas, que después de tanta luz y de tantos proyectos de ambición colosal, creaba en torno suyo la reprobación de sus contemporáneos. Ni una queja, ni un esfuerzo, ni una palabra se ha escapado a San Martín, de manera que la historia añadirá a la página que sin terminarse concluía en 1823, la fecha de su muerte acaecida en Boulogne-sur-Mer en 1851...



Pero para la biografía del hombre de corazón, ¡cuántas páginas preciosas quedan y cuántas lecciones abraza aquel intervalo! Después de vagar por varios países de Europa, el ínclito varón se fija en los alrededores de París, se hace campesino, sin boato como sin ostentación de pobreza y desvalimiento, cual, para hacer antítesis a su pasado esplendor y poner en acción una ironía, suelen los caídos de las alturas del poder. Es campesino en el verdadero sentido de la palabra, poniendo al servicio de flores y legumbres los hábitos matinales adquiridos en la vida militar. En Grand-bourg, rodeado de su familia viviendo para ella, como en otro tiempo para la Independencia de América, ha dejado acumularse sobre sus hombros lentamente los años, y deslizarse quietamente la vida, como se deslizaban a su vista las tranquilas aguas del Sena que llevan su tributo al vecino mar. Allí le vieron los americanos, allí le vi yo, admirado de que varón tan preclaro fuese viejo tan jovial y comunicativo, huésped tan solícito, abuelo tan chocho con sus nietos, jardinero tan inteligente en flores y melones, y administrador de inmensos caudales ajenos tan pródigo y desinteresado. De América hablaba con efusión, como de un recuerdo de la juventud y de lo pasado; prefería siempre los lances chistosos a los serios, sobre los cuales era parco en detalles. De los primeros, hay uno que por su originalidad característica de la época, merece recordarse. Mientras la expedición de los Andes se preparaba en Mendoza, los realistas no perdonaban medios de sublevar contra él las aversiones populares. Un padre Zapata lo maldecía desde el púlpito, y comentando su nombre decía a sus oyentes: «¡San Martín! ¡su nombre es a una blasfemia! No le llaméis San Martín, sino Martín, para que se asemeje mas a Martín Lutero, su prototipo en impiedad y sedición contra las leyes divinas y humanas, el altar y el trono.»

Supo el caso San Martín a su llegada a Chile, e hizo comparecer ante sí al amedrentado padre predicador; y torciéndose los bigotes para darse espantables aires de matón, y clavándole sus ojos negros y centellantes, cuál si intentara fulminarlo: ¡Cómo!, le dijo, ¡¡so godo bellaco, V. me ha comparado con Lutero, y adulterado mi nombre quitándome el San, que le precede!!!... ¿Cuál es su apellido? Zapata señor General, respondió su aterrada y goda reverencia. -Pues le quito el Za en castigo de su delito; y levantándose encendido en fingida cólera, y mostrándole la puerta, «lo fusilo, añadió con énfasis aberrante, si alguien le da su antiguo apellido.» Más muerto que vivo el pobre fraile salió a la calle; y cómo acertase a pasar a la sazón un su quondam amigo realista, asombrado de verlo salir de la casa del general insurgente. ¡Cómo!, lo atajó diciendo, ¡V. por acá Padre Zapata!- Pero aún no había acabado la frase citando el padre, aterrado y con voz ahogada y volviendo los ojos a la puerta de donde salía temeroso de ser escuchado, le cortó la palabra diciendo: ¡No! ¡no! ¡no soy el padre Zapata, sino el padre Pata; llámeme V. Pata y nada más que Pata, que la vida me va en ello...!

Era alta la talla de San Martín y marcial en extremo su talante, y tan a prueba de fatigas su naturaleza, que para todos los climas y estaciones, para la noche en las crestas nevadas de los Andes y para el día en los tórridos arenales del Perú, tenía el mismo uniforme, severa y minuciosamente prendido, y exento de todo adorno o aditamento que saliese del rigor del equipo del soldado. Bajo esta cubierta férrea, abrigábase una alma elevada, un espíritu ardiente, templado por la prudencia astuta e impenetrable de quien sabe anticipar los hechos, inventarlos a su placer, distraer las pasiones ajenas, subyugar las voluntades, y hacerlas concurrir diestramente a sus fines. A estas raras cualidades que incuban por años

enteros un proyecto, ocultándolo a las miradas aun de aquellos destinados a realizarlos, añadía San Martín el arte difícil de administrar, inventando recursos, y empleándolos con exquisita parsimonia, a fin de hacerles producir mayores resultados.

Sabía inspirar al soldado el arrojo hasta la temeridad, y la constelación de jefes y oficiales que le acompañó a Chile tuvo largos años fatigada a la fama, pregonando por toda América las hazañas caballerescas de verdaderos paladines. La estricta disciplina era el bello ideal a que la tirantez y severidad de su carácter le hizo aspirar siempre, llevándola hasta hacer de ella una tortura constante. Un botón de la casaca manchado por accidente, tenía a sus ojos la gravedad de un delito igual al abandono no motivado de un puesto de importancia.

A estas dotes que abarcan toda la existencia de los hombres, tomada por horas y por minutos, a esta facultad de descender a todo, prepararlo todo y hacerlo concurrir a un fin, añadía la rapidez de la concepción, y aquel golpe de vista que distingue a los hombres de acción, y que en la infinita complicación de los hechos humanos les hace descubrir uno, del cual dependen todos los otros, y que una vez destruido arrastra tras sí la suerte de las batallas y la caída de los imperios. Puede aún apuntarse como complemento aquel, no sé si llamar desprecio de la especie humana, que dejan traslucir en sus actos los hombres eminentes, cuando descienden al campo de los hechos, y que les hace mirar la justicia, las leyes ordinarias, las fortunas y las vidas, como instrumentos u obstáculos, sin otro valor que el que les dan las circunstancias.

Nada de particular presentan los últimos años de San Martín, sitio es el ofrecimiento hecho al Dictador de Buenos Aires de sus servicios en defensa de la Independencia americana que creía amenazada por las potencias, europeas en el Río de la Plata. El poder absoluto del general Rosas sobre los pueblos argentinos, no era parte a distraerle de la antigua y gloriosa preocupación de Independencia, idea única, absoluta y constante de toda su vida. A ella había consagrado sus días felices, a ella sacrificaba toda otra consideración, la libertad misma. Pocos meses antes de morir, escribió a un amigo algunas palabras exagerando las dificultades de una invasión francesa en el Río de la Plata, con el conocido intento de apartar de la Asamblea Nacional de Francia el pensamiento de hacer justicia a sus reclamos por medio de la guerra.

¡A la hora de su muerte acordose que tenía una espada histórica, y creyendo o deseando legársela a su patria, se la dedicó al general Rosas, como defensor de la Independencia americana! No murmuremos, de este error de rótulo en la misiva, que en su abono tiene su disculpa en la inexacta apreciación de los hechos y de los hombres, que puede traer una ausencia de treinta y seis años del teatro de los acontecimientos, y las debilidades del juicio en el periodo septuagenario. En todo caso, los hombres pasan y sólo las naciones son eternas, y aquella espada quedará un día colgada en el altar de la patria, y envuelta en el estandarte de Pizarro, para mostrar a las edades futuras el principio y el fin de un periodo de la historia de Sudamérica, desde la Conquista hasta la Independencia. Pizarro y San Martín han quedado para siempre asociados en la dominación española.

DOMINGO F. SARMIENTO.

## XIII

Don José Antonio Rojas

I

El tiempo y el teatro en que los personajes históricos figuran valen mucho para su fama.

El tiempo y el teatro son a la fama lo que la estación el terreno son a las plantas.

No todo terreno es bueno.

No toda estación es propicia.

Sembrad una semilla en un erial, o un momento antes o un momento después del que la naturaleza ha señalado para que pueda germinar, y nada lograréis.

Echadla oportunamente en un surco preparado, y no tardará en convertirse en un árbol que se cubrirá de hojas, de flores y de frutos, que levantará sus ramas hacia el cielo, que internará sus raíces en la tierra, que desafiará a los años y a las tempestades.

Suponed a un hombre lleno de inteligencia y de actividad, que viva en una aldea miserable, o en una época de ignorancia y de atraso. Es evidente que por más esfuerzos que haga, sus apocados compañeros no podrán comprender sus ideas, no sabrán apreciar sus actos. Si habla, pasará por un loco, un insensato, un iluso, un visionario, o algo peor; si calla, el silencio le confundirá con la multitud que le rodea. No tiene arbitrio para evitar el uno o el otro de esos dos extremos.

Suponed ahora que viva entre personas que participan de sus mismas convicciones, que están animadas de sus mismos sentimientos, a quienes sirve y por quienes estaría dispuesto a hacer algunos sacrificios; estad seguros de que la opinión pública elevará la reputación de ese individuo hasta las nubes, y le hará pasar por un coloso.

¡Es una desgracia nacer en ciertos tiempos!

¡Es una calamidad tener que alternar con ciertas gentes!

Hay hombres que deberían haber venido al mundo un siglo antes o un siglo después de aquel en que existieron para que su nombre pudiera aparecer con brillo en los fastos de la historia.

Don José Antonio Rojas ha sido hasta cierto punto víctima de esa injusticia inevitable de la suerte. La fatalidad le ha obligado a pasar su juventud y su edad madura en Chile, cuando este país era todavía una colonia de la España. Bajo el régimen despótico en que se ha visto precisado a vivir, ha tenido que ocultar sus principios como herejías, sus virtudes como vicios, sus acciones como crímenes. La fuerza de las cosas le ha condenado a ocuparse en secreto de la felicidad de su patria.

Sin la revolución de la independencia, a la que tanto contribuyó, y que le sorprendió en la vejez, poco o nada se sabría sobre su vida, porque sus servicios habrían quedado ignorados, sus trabajos perdidos, su memoria sepultada en el olvido. Sin ese feliz acontecimiento la biografía de Rojas no se habría compuesto más que de

la fecha de su nacimiento,

la fecha de su matrimonio y

la fecha de su muerte,

que habrían interesado, cuando más, a sus descendientes, pero no a sus conciudadanos.

Entre esas tres fechas se habrían intercalado los datos siguientes:

que don José Antonio Rojas era mayorazgo;

que sus deudos habían tenido mitras, togas y empleos importantes en las iglesias, audiencias y supremos consejos de Santiago, Lima y España;

que desde sus más tiernos años había abrazado la profesión militar y empezado a servir de cadete en el ejército de la frontera en la plaza de Santa Juana;

que después había continuado, siendo capitán de caballería de milicias en Santiago;

que en seguida había llegado a ser ayudante real a sueldo del virrey del Perú Amat, quien le había llevado consigo cuando fue ascendido a aquel virreinato;

que en el Perú había sido promovido al empleo de corregidor de la provincia de Lampara; y por último

que había sido subteniente en el regimiento de la nobleza de Lima, del cual era coronel el excelentísimo virrey, con otras incidencias por el mismo estilo, que vendrían mil cien en esas hojas de servicios que se presentan a un jefe para solicitar un grado o una condecoración; pero no en esa hoja de servicios que se presenta a la posteridad para que nos admita en el panteón de los grandes hombres.

Afortunadamente la lucha franca y abierta contra la metrópoli, en que entró desde 1810, le ha puesto en escena, y ha revelado su importancia. Gracias a las prisiones y destierros

que durante ese período tuvo que soportar, su nombre ha figurado en otra parte, que en los libros parroquiales, o en la lápida de su sepultura.

Don José Antonio Rojas merecía ciertamente el honor de ocupar un lugar prominente en nuestros anales. El distinguido chileno cuyo retrato vamos a bosquejar no era un espíritu vulgar. En su juventud había viajado por la Europa, que le había dejado sorprendido con sus ciencias, sus artes, sus monumentos, sus caminos, sus máquinas, su comercio, su industria. El espectáculo de ciudades que encerraban en su seno más población y riqueza que los reinos en que estaba dividida la América, le había abierto los ojos sobre la degradación y miseria de las colonias. La situación deplorable de esas vastas comarcas, tan favorecidas por la naturaleza y tan perjudicadas por la monarquía que de ellas se había posesionado, le había infundido un odio profundo contra ese gobierno que tan mal cumplía su misión. No podía considerar como legítima una dominación que veía en cada una de sus provincias de ultramar una mina que explotar, no una reunión de seres humanos que instruir y civilizar.

La Europa se agitaba entonces en una atmósfera de libertad, de que quedaban impregnados cuantos pisaban su suelo. La revolución francesa estaba próxima. Los tronos bamboleaban; los monarcas llevaban con susto la mano a sus coronas, que no sentían seguras sobre sus sienes. La filosofía del siglo XVIII había invadido todas las cabezas.

Educado en esa escuela, don José Antonio Rojas se hizo un fervoroso partidario de las nuevas doctrinas sociales. La igualdad de todos los hombres y la independencia de todos los pueblos fueron dogmas para él. El derecho divino de los reyes y el derecho de conquista le parecieron patrañas que no merecían refutarse. Estando imbuido en tales máximas, la emancipación de su patria llegó a ser el norte de todos sus pensamientos, el blanco de todas sus aspiraciones, el objeto de todos sus deseos. La justicia y la utilidad estaban de acuerdo para aconsejárselo.

Encontrábase en la península cuando estalló la insurrección de los Estados Unidos contra la Inglaterra. La noticia de ese acontecimiento fue recibida con general aplauso en el continente. La Francia, y aun la España, apoyaron con sus simpatías y sus recursos a los rebeldes, sin que esta última potencia se fijara en las funestas consecuencias que podían resultarle de un paso semejante. ¿Qué habrían contestado los mandatarios españoles a los americanos del sur si estos hubieran querido seguir las huellas de los americanos del norte? ¿Qué razón habrían alegado para oponerse a sus pretensiones?

Los pueblos son más lógicos que sus gobiernos, y obran siempre en el sentido de sus verdaderos intereses. El ejemplo de los Estados Unidos no podía quedar estéril. La España tenía que expiar su falta. Los colonos británicos debían tener imitadores.

Cuando Rojas regresó a su patria, traía la persuasión íntima de que los títulos, alegados por los monarcas de Castilla para ejercer dominio sobre América eran falsos, de que la política empleada para mantenerla en la obediencia era absurda, y de que una revolución dirigida a sacudir el pesado yugo que la oprimía no era imposible. El estudio y la experiencia le habían hecho arribar a esas conclusiones.

Las ideas, como las semillas, pueden trasportarse de una región a otra. Depositadas en una cabeza o en un libro, viajan, y han dado muchas veces la vuelta al mundo. Podríamos nombrar sin temor de equivocarnos el pasajero y el buque que han conducido algunas de las más famosas a países donde antes eran ignoradas. La insurrección de la América es una prueba de lo que afirmamos. Las ideas de libertad e independencia que a principios de este siglo penetraron en las posesiones españolas a pesar del bloqueo intelectual a que éstas se hallaban sujetas, han sido una importación directa de la Europa y los Estados Unidos. Tocole a Rojas la gloria de haber sido uno de los conductores de esa simiente divina que debía dar por fruto la emancipación de Chile.

Antes de restituirse a su patria, resuelto a guerrear sin tregua ni reposo contra la autoridad que en ella imperaba, había cuidado de reunir una biblioteca selecta de las mejores obras de filosofía y derecho público escritas hasta entonces, persuadido de que una colección como aquella era la mejor artillería para derribar una dominación que sólo se apoyaba en preocupaciones inveteradas y en falsas creencias.

Pero la dificultad estaba, no en formar una colección de esa especie, sino en introducirla.

Nadie ignora el terror que los libros inspiraban a la metrópoli, las dificultades sin cuento con que embarazaba su introducción, el examen riguroso a que los sometía antes de permitirlos. Si esto lo hacía con los devocionarios y los misales, ¿cómo sería con las obras que bajo cualquier aspecto tuvieran conexión con la política? Las que traía Rojas eran precisamente de esta clase. Habría sido locura esperar que las autoridades hubieran puesto su visto bueno al pie de semejante factura.

En tal apuro cuentan que recurrió a la astucia para hacer pasar aquel cargamento de géneros prohibidos. Alteró los rótulos en el lomo de las tapas. Sustituyó los títulos que habrían podido asustar o parecer sospechosos, por otros muy inocentes, que no hacían recelar de ninguna manera el contenido abominable del libro.

Por expertos que estuvieran los aduaneros de la España en los fraudes de contrabando, la novedad de aquel ardid burló su experiencia y les hizo dejar pasar los libros bajo aquellos falsos títulos, como el poeta refiere que el cíclope Polifemo dejó pasar bajo su mano a los compañeros de Ulises cubiertos con los vellones de sus ovejas.

Desde entonces los enemigos estuvieron dentro de los muros. Eran los guardianes mismos de la fortaleza los que les habían abierto las puertas. No está lejano el día en que tendrán que llorar con lágrimas de sangre su imprudencia.

Junto con los libros introdujo Rojas los primeros aparatos de física y química que han existido en el país. El vulgo, que le veía en un cuarto adornado con estantes, y en medio de máquinas, tubos y ruedas, cuyo objeto no comprendía, se lo figuraba como una especie de nigromántico que mantenía comercio con los seres sobrenaturales. La multitud no le nombraba más que el brujo. Esta circunstancia rodeaba su persona de un prestigio misterioso, que imponía a las gentes ignorantes. La posición independiente en que le colocaban su familia y su riqueza, le salvaba sin embargo de los riesgos que semejante reputación habría atraído sobre la cabeza de cualquiera otro.

El vulgo no andaba descaminado. Rojas era una especie de alquimista, un profesor de ciencias ocultas; pero la piedra filosofal que buscaba no era el secreto de hacer oro; la ciencia que cultivaba no era la que enseña la descomposición de los metales. Trabajaba por la libertad de la América, y deseaba propagar entre los criollos las verdades del derecho público.

Rojas estaba dotado de un carácter audaz y de una voluntad imperiosa. Pertenecía a esa clase de hombres que quieren que todo verbo se haga carne, que todo pensamiento se convierta en acción, que toda teoría sea una realidad. El peligro no le asustaba.

Habiéndose puesto en relación durante el año de 1780 con dos franceses residentes en Santiago llamados el uno Berney y el otro Gramuset, entró con ellos en una vasta conspiración, en que se proponía nada menos que levantar el estandarte de la insurrección para fundar a su sombra una república floreciente allí donde existía una colonia miserable. Desgraciadamente los planes se frustraron, la conspiración fue delatada, sus autores fueron apresados.

Berney, remitido a la península para que se sentenciara allá su causa, pereció en un naufragio. Su compañero Gramuset, más infortunado todavía, no tuvo por tumba el océano, sino un calabozo de los castillos de Cádiz, adonde se le había conducido con igual destino, y donde se le dejó agonizando varios años.

La suerte de Rojas fue muy diferente, aunque su criminalidad era la misma. La real audiencia, encargada de sustanciar el proceso, no le llamó siquiera a declarar, a pesar de que su complicidad era evidente, y de que su nombre había sonado en boca de todos los conjurados.

Una razón de estado fue el motivo de esta infracción manifiesta de las reglas judiciales. Deseando evitar a toda costa que se desprestigiara la corona, el supremo tribunal procuró disminuir la importancia de la causa antes que esclarecerla. Mal por mal, quiso más bien dejar impune a un culpable que turbar la tranquilidad del pueblo despertando su malicia. La prisión; de dos extranjeros sin familia y sin hogar podía pasar desapercibida; pero no así la de un hijo del país que tenía una fortuna pingüe, deudos poderosos, amigos influyentes. El seguimiento de un juicio contra tan alto potentado habría causado ruido, y puesto en circulación una idea que nadie debía conocer. La ignorancia es el mejor preservativo para impedir que se cometan ciertos delitos. El crimen de rebelión era de aquellos que debían encontrarse previstos en el código como una hipótesis, pero no aparecer en la sentencia de un juez como un hecho que pudiera realizarse.

El rey aprobó el procedimiento de su audiencia; pero al mismo tiempo mandó que se vigilara con sumo cuidado la conducta de Rojas. En una nota datada en San-Ildefonso a 24 de julio de 1781 don José de Gálvez, ministro de estado, dice a don Ambrosio de Benavides, presidente de Chile:

«También ha resuelto S. M. se prevenga a U.S. reservadamente que esté muy a la mira de los enunciados Rojas y Orejuela (otro de los conjurados) para proceder a asegurar sus

personas en el caso de ser sospechosos sus procedimientos, averiguándolos entonces con individualidad y cuidado, y tomando con ellos cuantas providencias regulare oportunas al sosiego y tranquilidad de ese reino.»

Las consideraciones políticas, de la audiencia salvaron al turbulento patricio de un proceso, de la cárcel, del destierro, tal vez de la muerte; pero no salvaron a la España de su ruina. La empresa de contener las ideas es tan insensata como la de impedir a la tierra que gire en su órbita. Dejemos trascurrir algunos años, y veremos de que sirvieron tales precauciones.

## II

En 1810 gobernaba a Chile en calidad de capitán general interino el brigadier don Francisco Antonio García Carrasco, quien se había elevado a ese puesto, no en razón de sus méritos, sino de su antigüedad. Pobre era la historia de ese jefe para tan alta dignidad. El orador encargado por la universidad de San Felipe de pronunciar el pomposo panegírico con que se solemnizaba la exaltación de todo mandatario a la silla presidencial, no había encontrado otra cosa que elogiarle, sino que era español, cristiano y blanco, a pesar de haber nacido en África, tierra de bárbaros, de infieles y de negros. No tenía talento ni voluntad, era violento y débil a la vez, mezquino en sus miras e incapaz de elevarse a la altura de su situación. Los hombres de esa especie no sirven sino para hacer detestar la causa que defienden. Un gobernante inepto y arbitrario es el más activo de los revolucionarios. Nadie menos idóneo que el nuevo presidente para regir el país en los tiempos que corrían.

La colonia estaba agitada, los ánimos inquietos. Las noticias que unas en pos de otras tenían de Europa habían alterado esa calma secular, tan parecida a la muerte, que era el estado habitual de los establecimientos españoles. No había nave que abordara a nuestras playas, que no trajera la nueva de los sucesos más alarmantes.

La familia real daba el espectáculo de una desavenencia escandalosa entre un padre y su hijo y de amores adúlteros entre una reina y su privado.

Carlos IV abdicaba después de haber cometido torpeza tras torpeza.

Los franceses habían invadido la península. Fernando VII estaba prisionero. José Bonaparte ocupaba el trono de los Borbones.

Las tropas de Napoleón se habían apoderado de casi todo el territorio español.

Los colonos no quedaron fríos espectadores de esa gran catástrofe, sino que trataron de obrar para no ser sorprendidos por los acontecimientos. La creación de una junta compuesta de varios individuos elegidos por el pueblo para que reemplazara a las autoridades coloniales fue la primera medida en que se fijaron.



Ese proyecto de establecer un gobierno nacional, mientras durara el cautiverio del monarca, fue acogido con entusiasmo por la mayoría de los ciudadanos. Para algunos era el principio de una revolución a cuyo término veían la independencia de Chile. Para otros la imitación de lo que estaba sucediendo en la península, a la cual, según creían era preciso tomar en todo por modelo. Para los más simplemente un medio de deshacerse de Carrasco, a quien consideraban indigno de mandar.

Los españoles europeos experimentados y de previsión fueron los únicos que calcularon de un golpe las funestas consecuencias de este cambio, y resolvieron impedir que se llevara a cabo. La creación de un gobierno nacional les parecía una cosa inadmisibile por dos razones; primera, porque era una innovación, y toda innovación es perjudicial en virtud del principio que dice que más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer; y segunda porque los reformadores manifestaban muy a las claras sus propósitos de trastornos y revueltas desde el instante en que trataban de derribar una autoridad última bajo el frívolo pretexto de la defensa de un país en que no había enemigos que combatir ni traidores que temer, excepto los autores de tan peligrosas novedades.

Inútil nos parece advertir que don José Antonio Rojas había sido uno de los más ardientes promotores de esa junta, que tan mal sonaba a los defensores del sistema antiguo. El distinguido patriota cuyo nombre encabeza estas líneas, tenía a la sazón sesenta y siete años y meses, según consta de una declaración prestada por él mismo. Se sentía viejo, y estaba cansado de la inacción. Temía morir sin ver alborear en el horizonte el sol de la libertad. Desde 1780 hasta 1810 no había cesado de predicar sus doctrinas a pesar de la vigilancia con que se seguían sus pasos, del cuidado con que se espiaban sus palabras. La propaganda secreta que con tanto tesón dirigía, había reclutado principalmente sus prosélitos entre los jóvenes, que le consideraban como su maestro. Infante y Vera, para no citar más que a éstos, se gloriaban de ser sus discípulos.

Hacia la época a que nos referimos, la casa de Rojas había llegado a ser un foco de oposición contra las autoridades coloniales, una especie de club político en que se censuraban las providencias del capitán general y se hacían votos por la ruina de la metrópoli. La palabra independencia se pronunciaba también algunas veces.

En mayo de 1810 la agitación fomentada por tan hábiles manos había cundido tanto, que Carrasco temió ser arrastrado por la corriente si no ponía un dique a esa marea que subía, que subía sin cesar. Violento por carácter, la represión y el rigor le parecieron el modo más expedito de cortar esas ideas de independencia y de reforma, que tanto terreno iban ganando. A su juicio bastaba el extrañamiento de tres o cuatro revoltosos para que todo continuara tranquilo, él en la posesión de su empleo, la España en posesión de sus dominios.

Resuelto a proceder enérgicamente contra los innovadores, dispuso que en la noche del 5 de mayo se apresara a don Juan Antonio Ovalle, don José Antonio Rojas y don Bernardo Vera, se les condujera en el acto a Valparaíso, y se les embarcara en la fragata Astrea, que iba a dar la vela para el Perú; todo lo cual se ejecutó puntualmente como lo había mandado.

Aquel atentado produjo efectos muy diversos de los que Carrasco se había imaginado. No todo golpe de estado sale bien. No siempre la fuerza logra sofocar la opinión pública. La prisión de los tres sujetos mencionados, lejos de intimidar, dio bríos a la población. El vecindario de Santiago protestó contra esa tropelía, ofreciendo afianzar la inocencia y conducta futura de los reos. El cabildo hizo otro tanto, pidiendo que no se les juzgara en el Perú, sino en Chile, donde estaban sus acusadores, sus testigos, sus defensores, donde eran conocidos sus antecedentes, donde habían cometido el delito que se les imputaba.

Las autoridades con sus protestas, los ciudadanos con sus gritos, impusieron a Carrasco que asustado por aquella desaprobación unánime, se vio obligado a prometer, no sólo que Rojas, Ovalle y Vera quedarían en el país, sino aun que en breve tornarían libres a sus casas.

La promesa solemne del presidente hizo que la calma y la tranquilidad volvieran a reinar en la capital. Nadie dudaba que el jefe supremo de la nación cumpliría su palabra. La falsedad y la perfidia no podían suponerse en un funcionario de tan alta jerarquía.

Entre tanto partió para Valparaíso un oficial, portador de un pliego cerrado. En ese pliego se contenía, al decir del presidente, la orden de que se trajeran los reos a Santiago. Carrasco no hacía en esto más que obrar en conformidad de lo que había dicho.

La noticia se difundió con rapidez por la ciudad. La esperanza animó todos los corazones; la alegría brilló en todos los semblantes. Las familias de los desterrados se prepararon a abrazarlos, sus amigos a recibirlos, la población entera a solemnizar su regreso.

Aquel magnífico programa estaba destinado, como tantos otros a quedar sin ejecución. El júbilo debía trocarse en furor, la fiesta en una asonada.

El 11 de julio, a la seis de la mañana, entraron a escape en Santiago dos correos particulares que Rojas y Ovalle enviaban a sus respectivas familias con el objeto de anunciarles que en aquel mismo instante se les embarcaba en un buque que salía para el Callao.

Carrasco había faltado villanamente a su palabra. Temiendo la popularidad de los tres supuestos delincuentes, había resuelto alejarlos del país; y en vez de mandar que se les condujera a Santiago, había ordenado que se les remitiera para Lima. El miedo le había hecho prometer una cosa y hacer otra.

La perfidia del capitán general llevó a su colmo la efervescencia de los ánimos. La agitación pública, que hasta entonces se había contenido en límites moderados, degeneró en un verdadero alzamiento. El cabildo y la audiencia, colocados al frente de los descontentos, impusieron lay a Carrasco obligándole a pasar por las condiciones más humillantes a trueque de quedar en el poder. Una de esas condiciones fue la libertad de los tres beneméritos ciudadanos a quienes tan indignamente había ultrajado.

Apenas se hubo firmado el decreto en que esto último se disponía, el alférez real don Diego Larrain, encargado de hacerlo cumplir, y muchos jóvenes distinguidos de la capital que voluntariamente quisieron acompañarle, montaron en sus mejores caballos y partieron como el rayo con dirección a Valparaíso. Desgraciadamente llegaron tarde y cuando la nave que debía conducir a los presos había zarpado ya del puerto. Intentaron alcanzarla en una barca, pero no pudieron conseguirlo. En esa nave iban Rojas y Ovalle; Vera había logrado quedarse en tierra a pretexto de una enfermedad.

La partida de esos dos ancianos no restituyó la calma a la ciudad. Las medidas de rigor con que Carrasco había querido conjurar la tempestad que rugía sobre su cabeza, no hicieron más que precipitar su caída. A los pocos días del último atentado perpetrado por ese mandatario, el pueblo, cansado de sufrirlo, le obligaba a abdicar.

A fines de octubre de 1810 regresó Rojas de su destierro. Entre su salida y su vuelta habían ocurrido grandes cambios. La pobre colonia que había dejado bajo la férula de Carrasco, español sin otro mérito para mandar que la fecha de sus despachos de brigadier, se hallaba ahora gobernada por una junta compuesta de ciudadanos respetables, que la elección había elevado a ese puesto. La revolución estaba inaugurada, y una era nueva comenzaba para Chile.

La entrada de Rojas en Santiago fue una verdadera ovación. Todos los habitantes salieron a recibirle con músicas y aclamaciones, y le condujeron en triunfo hasta su casa. Le acompañaban, dice el historiador realista Martínez cuyo testimonio no parecerá sospechoso, todos los personajes de primer orden, los cuales venían en carruajes, siendo innumerables los individuos de a caballo que componían su inmensa comitiva.

Hay dos hechos que nos permiten apreciar en su justo valor la importancia de Rojas: la sublevación causada por su destierro y el entusiasmo producido por su vuelta. ¡Feliz el hombre que ha recibido durante su vida tales demostraciones de afecto! No hay remuneración, por espléndida que sea, que iguale a los aplausos de todo un pueblo.

La vejez, que nos arrebatara tantas ilusiones; la persecución, que hace flaquear tantos caracteres; la pertinacia del error, que desalienta a tantos corazones, no enfriaron el ardor de Rojas. Restituido a su patria, se alistó en el partido más exaltado, en aquel que pretendía abreviar cuantos trámites se pudiera para obtener en el exterior la independencia, en el interior la libertad. La consideración de su avanzada edad, lejos de calmarle, le hacía apresurar el paso, y tomar el camino más corto para llegar al término a que siempre se había dirigido, temeroso de que la muerte le sorprendiera en el camino.

Las ideas de Rojas le mantuvieron lejos del gobierno. Los liberales que llegan a la vejez sin haber triunfado, logran pocas veces subir al poder. Tropezan con la losa de su sepultura antes de que sea fácil y hacedero lo que en su tiempo parecía difícil o imposible.

Sin embargo, la falta de participación de Rojas en la dirección del estado no le liberó de la persecución. Cuando los realistas volvieron a apoderarse del país en 1814, era un anciano achacoso, a quien no quedaban sino unos cuantos días que vivir. Pero aunque los años y las enfermedades debían ponerle a cubierto de todo insulto, por un presentimiento de los males

que le amenazaban, huyó a la aproximación de las tropas de Osorio. Habiendo sido alcanzado por un destacamento, fue conducido a Santiago a la presencia de los jefes vencedores, que conmovidos al aspecto de venerable viejo, le restituyeron la libertad, pero después de haberle despojado de varias alhajas y de algunos miles de pesos que consigo llevaba.

Rojas no siguió recibiendo por largo tiempo semejantes consideraciones de parte de los reconquistadores. A los pocos días, por recomendación especial del virrey de Lima, vio todas sus valiosas posesiones confiscadas, y él mismo fue relegado al presidio de Juan Fernández.

Los padecimientos que tuvo que soportar en esta isla fueron excesivos. La falta de las atenciones que exigía su estado valetudinario le hizo perder la razón. Los soldados de la guarnición, sin respeto a sus canas, le convirtieron en un hazmerreír. Le figuraban espectros, y le atormentaban con toda especie de burlas, no dejándole tranquilo ni aun en el sueño. Ese tratamiento inhumano, impío, reagravó su situación a tal punto, que el mismo Marcó del Pont, el cual ciertamente no se distinguía por lo compasivo, accedió a las súplicas que se le dirigieron para que consintiera en que el noble patriota viniera a morir en Santiago, atendido, por los cuidados de su familia.

El fallecimiento de Rojas siguió de cerca a su regreso de la isla. ¡Qué duerma en paz en la tumba, porque su memoria está protegida por la libertad!

Los servicios que ha prestado a Chile son demasiado importantes para que puedan ser olvidados. El no haber constancia de todos ellos ha dependido de que es imposible probar con documentos auténticos ciertos hechos. No se levanta acta de una conversación entre amigos; no se extiende escritura pública de una conspiración. Si los trabajos de este ilustre patriota, como los de todos los precursores, están rodeados de brumas y misterios, no por eso son menos efectivos. La parte de su vida que se ve al sol, por decirlo así, la que todos conocen, es poca cosa; la que ha quedado en la sombra, la que estamos condenados a ignorar, es bien grande. La época de oscuridad en que ha figurado y la carencia de datos sobre todo lo que hizo para preparar la revolución de la independencia han perjudicado notablemente a su fama. Rojas es como esos astros que situados a una distancia inmensa de nosotros, parecen a la simple vista una nube más bien que una estrella, pero que el telescopio nos muestra en todo semejantes a los demás que ruedan por la bóveda celeste. Felizmente la razón puede suplir la debilidad de los sentidos y dar a cada persona el lugar que le corresponde en la historia, a cada cosa el lugar que le corresponde en la creación.

GREGORIO VÍCTOR AMUNÁTEGUI.

## XIV

### Don José Ignacio Zenteno

La revolución de la independencia ha producido muchos hombres eminentes; muy pocos de ellos sin embargo, quizá ninguno, cuentan la honra que ha cabido al general Zenteno de abrirse paso por el solo mérito de su persona hasta encumbrarse a los primeros puestos de la república, realizar allí los más arduos y gloriosos empeños, y descender después a la vida privada llevando consigo una reputación de habilidad y de integridad que jamás han puesto en duda ni el rencor de los partidos, ni la ingratitud del pueblo.

Las relaciones de familia, que tan poderosas eran en la colonia, prepararon el lampo brillante y rápido de los Carreras y de los jóvenes que como ellos se lanzaron en la tormenta revolucionaria. Otros ocupaban elevados empleos al tiempo en que sonó la hora de la emancipación, y se vieron echados, llenos de influencia y de prestigio, en la lucha que se abrió en seguida. No gozó Zenteno de estas ventajas. El 18 de setiembre de 1810 le encontró redactando instrumentos públicos en su oficina de escribano, y ganando allí honradamente la subsistencia propia y la de una familia numerosa de hermanos, que había quedado huérfana por la sentida muerte de su padre.

Don Antonio Zenteno, el padre común, pertenecía a una familia antigua y estimada en el país, cuyos miembros se habían dedicado a la iglesia, al ejército y al comercio. Esta última profesión abrazó don Antonio, pero un contratiempo en sus negocios le redujo a admitir una oficina de escribano, que se creó para él en 1772 y que dirigió con buen nombre hasta 1803. Perdidos sus bienes de fortuna, había puesto todos sus conatos en la educación legal de su hijo don José Ignacio, cuyas prendas le hacían presentir en él un distinguido abogado y un poderoso apoyo de su vejez. El joven entró muy temprano al Colegio Carolino, y en sus aulas se distinguió desde luego por un talento precoz, un genio pensativo y observador y una imaginación singularmente vivaz.

La muerte empero de su padre hirió al joven en medio de sus tareas, y le obligó a abandonar el colegio y salir en busca de recursos para cumplir los deberes que la situación de su familia le imponía. Muy notoria debió ser su capacidad y muy segura su honradez cuando en 1806, teniendo apenas veintiún años de edad, le vemos instalado en la oficina de su padre ejerciendo un cargo público de tal confianza. Allí, en medio de sus ocupaciones mercenarias, el joven Zenteno se entregaba al placer de los estudios, y anudando las rotas lecciones, se empeñaba en llegar al término de las aspiraciones que le había hecho despertar su padre -recibir el diploma de abogado.

Acaso ignoraba que la Providencia le había echado al mundo con más altos destinos. La voz eléctrica de emancipación comenzó por aquel tiempo a circular sacudiendo el cerebro y tocando el corazón de los hombres bien organizados. Zenteno tenía un alma muy noble para que no respondiese a este llamamiento, y de buena gana se habría dejado llevar del impulso de sus sentimientos patrióticos para tomar parte en los primeros movimientos de la revolución, si los severos deberes de su oficio no se lo hubiesen vedado. En esos movimientos no había riesgos que arrostrar, ni papel que pudiese desempeñar un hombre de posición modesta. Las altas notabilidades de la colonia eran las que estaban llamadas a dar

nuevo y desusado impulso al antiguo movimiento de las cosas.

Mas no bien se dejaron oír los primeros tiros de la guerra, cuando Zenteno sintió que perdía la calma de su espíritu, y no pudo quedar tranquilo en medio de sus expedientes y protocolos. Ofreció sus servicios al gobierno y en 1813 debió ser nombrado secretario de una tercera división que iba a organizarse en Santiago a las órdenes del coronel Lastra. La división no se formó al fin, y en 1814 Zenteno obtuvo igual nombramiento para otra nueva, que a las órdenes del teniente coronel don Manuel Blanco fue levantada a toda prisa y encargada de recobrar la ciudad de Talca, ocupada entonces por tropas realistas. El secretario, sin embargo, no llegó a salir a campaña. El director Lastra, cuya confianza se había granjeado, le retuvo en Santiago para sacar mejor partido de su notable actividad; y a su lado y al del comandante general de armas don Juan Mackenna permaneció sirviendo diversas comisiones, hasta que Lastra y Mackenna cayeron del poder a consecuencia de un movimiento revolucionario acaudillado por el general Carrera. Zenteno cayó con ellos también, y no sólo se vio alejado del servicio público, sino que tuvo que sufrir una prisión de breves días a que le condenó la junta gubernativa que de su propia autoridad había suplantado en la silla al depuesto director.

El funesto descalabro de Rancagua, que ocurrió en seguida, confundió a todos los partidos en una desgracia común. Una espesa hilera de emigrantes ocupaba el camino de Santiago a Mendoza: o'higginistas, carrerinos, rozistas, patriotas de todos colores iban allí envueltos unos con otros procurando a largo paso salir cuanto antes de los términos de la infortunada patria. Zenteno, cuyos modestos servicios hasta entonces no le habían granjeado una situación espectable, pasó desapercibido entre sus otros compatriotas y se encontró en Mendoza, libre de las garras enemigas, pero presa de la necesidad y aun de la miseria.

Bien pudo haberse acogido, como otros varios, al espontáneo favor con que los vecinos de Mendoza recibieron la emigración chilena; pero Zenteno no era hombre para llevar la vida de un huésped holgazán. Dando de mano al puntilloso orgullo que engendran el nacimiento y una educación literaria, se propuso ganar la vida con el trabajo de sus manos. Llamole la atención un lugar nombrado la Estancilla, que está en el punto en que comienza cerca de Mendoza la gran pampa de Buenos Aires. Allí erigió una venta, y él se colocó detrás del mostrador. Su palabra insinuante, la afable atención que dispensaba a los que visitaban la venta, la discreción y oportunidad de sus conversaciones, el aseo y arreglo con que mantenía el mezquino ajuar del establecimiento, llamaron la atención de todos, y en breve la venta de la Estancilla fue concurrida, no sólo por los viajeros, sino por los vecinos de Mendoza, que iban a pasar allí algunos ratos de solaz. No faltó quien, notando el contraste que se hacía sentir entre el hombre y la posición que ocupaba, o tal vez herido de ciertas excentricidades de carácter que hacían más picante su persona, llamase al ventero el filósofo, denominación que fue muy del agrado del vulgo; pero en general los concurrentes se retiraban siempre complacidos de la sagacidad con que sabía hacer tan agradable y cómodo un lugar tan pobre en sus elementos.

El general don José de San Martín, que gobernaba a la sazón la provincia, tuvo también el capricho de visitar la venta de la Estancilla para conocer al filósofo. El ojo penetrante del

vencedor de San Lorenzo descubrió en el inteligente ventero el hombre de que necesitaba para realizar los grandiosos proyectos que le tenían preocupado. Sin vacilar un instante le propuso el empleo de secretario de la intendencia, que Zenteno aceptó gustoso, y desde ese momento quedó establecida entre ambos una estrecha amistad y estimación, que no fueron parte a relajar ni los contrastes de la política, ni el tiempo, ni la distancia.

Es conocida la táctica con que el general San Martín preparaba el ejército con que expedicionó sobre Chile. Sus artes y sus precauciones daban a aquella empresa la apariencia de una conspiración. Ocultaba cuanto le era posible sus designios a sus más íntimos colaboradores, fraguaba falsas correspondencias que hacía llegar a Chile para hacer salir de quicio el ánimo del presidente Marcó; de ordinario engañaba a sus propias tropas con órdenes destinadas a disimular sus verdaderos planes. El secretario le acompañaba maravillosamente en estos afanes. Su cabeza fecunda en recursos, su perspicacia, el arte con que sabía conducir las cosas por caminos especiales hasta llegar a su fin, eran de grande auxilio al general; y aun el hábito adquirido de mantener en arreglo los papeles de una oficina, cuadraba muy bien en aquellas circunstancias en que se requería tanta laboriosidad, tanta habilidad como orden. Multiplicadas en gran manera las atenciones de la guerra, San Martín, de acuerdo con el gobierno de Buenos Aires, le nombró secretario especial de aquel ramo en enero de 1816, y posteriormente el 18 de diciembre del mismo año, le confirió, en recompensa de sus buenos servicios, el empleo de teniente coronel de infantería de línea, empleo que el gobierno de Chile ratificó en seguida. Sea dicho de paso, y como un testimonio de la abnegación con que los patriotas se consagraban entonces al servicio de la república, el secretario Zenteno apenas gozaba el sueldo de 25 pesos mensuales.

La expedición libertadora se movió al fin, y al atravesar los Andes hizo resonar sus cumbres con el estrépito de una gran victoria. La ciudad de Santiago fue rescatada, y ella proclamó como supremo director de la república que estaba aún por erigirse, al benemérito general O'Higgins. O'Higgins partió la tremenda responsabilidad de su nuevo puesto con el secretario Zenteno, a quien llamó a su lado encargándole el despacho del ramo de la guerra. Cualquiera podrá formarse idea de las tareas que estaban cometidas entonces a este funcionario. Crear ejércitos, armarlos, equiparlos, destinarlos; hacer brotar de la nada hombres y elementos; darles el orden y la concentración necesaria para llenar su objeto, he aquí la ocupación que absorbía casi entera la atención del gobierno. Cuatro grandes batallas, Chacabuco, Talcahuano, Cancha-Rayada y Maipo se sucedieron en el espacio de un año, consumiendo cada una de ellas gran parte de los elementos acumulados a tanta costa. La actividad del gobierno, en medio de la penuria en que el país se hallaba, debía ser muy grande, y aun cuando la república tenía un buen número de inteligentes servidores, no cabe duda que una gran parte de estos trabajos, la principal sin duda, debió recaer sobre el ministro de la guerra. La salud de hierro de que estaba dotado, le permitía en efecto dirigir su atención sobre todos los puntos, y despachar diariamente hasta la alta noche los multiplicados pedidos y exigencias que de todas partes se le hacían.

Dos meses permaneció el gobierno después de la batalla de Chacabuco evacuando las providencias que demandaba la ocupación de las provincias centrales. Al cabo de ese tiempo (abril 16) el director supremo se trasladó al sud y llevó consigo al secretario Zenteno. Rudas penalidades les aguardaban allí por la resistencia obstinada de la plaza de

Talcahuano, en donde el coronel Ordóñez había recogido una buena parte del roto ejército español. Asaltos, dura estrechez de un largo sitio, no bastaron para rendir la porfiada obstinación de los defensores; pero en cambio la frontera con todas sus plazas y el extenso territorio de Maule y Concepción, que había sido el arsenal del ejército realista, quedaron sometidos al poder de los independientes, y sufrieron en su régimen militar y administrativo las profundas modificaciones que hacía necesarias el cambio de su condición política. Zenteno entonces (agosto) regresó a Santiago, adonde le llamaban atenciones de un orden superior, y recobró cerca del gobierno delegado el despacho de la secretaría de la guerra, más laboriosa y más pesada que otras veces a medida del ensanche colosal que tomaban nuestras fuerzas militares. Mientras O'Higgins engrosaba el cuerpo de operaciones sobre Talcahuano, San Martín organizaba otro bajo su dirección inmediata en el campo de las Tablas. Entre los dos se llegaron a contar sobre doce mil soldados, la mayor fuerza armada de que haya dispuesto la república.

En esta coyuntura llegó la noticia de que una expedición considerable, compuesta de cuerpos recién venidos de la península, se preparaba en Lima para invadir a Chile, ya por Talcahuano, ya por el puerto de San Antonio. Fue menester trazar un plan de operaciones que permitiera hacer frente a esta invasión, que tenía tan extensa costa franca para desarrollarse, y que pusiese en relación, y en estado de prestarse mutuo apoyo los dos cuerpos del ejército independiente, separados entre sí por tan larga y escabrosa distancia. Zenteno fue escogido para este encargo. Él visitó los dos campamentos, oyó a los generales, y madurando con ellos sus indicaciones, logró que se pudiesen de acuerdo para la próxima campaña que se debía abrir.

Cúpole a Zenteno por esta vez una gloria que le puede envidiar cualquiera. En medio de los azares de la invasión, que parecía formidable, el director O'Higgins quiso que la independencia nacional se proclamase solemnemente a la faz del mundo, y que los ciudadanos prestasen juramento de sostenerla con sacrificios sin tasa. El documento en que debía constar este grande acto, ese documento que era la auténtica echada en el cimiento de la nueva nación y que debe cobrar con el curso de los siglos una veneración cada vez más creciente, fue redactado por Zenteno, y sancionado con su firma; alta honra reservada a las almas fuertes que, como la suya, tuvieron resolución bastante para arrostrar las fatigas, las responsabilidades, los peligros que imponía el cargo del gobierno en aquellos solemnes momentos.

Aún le cupo otra satisfacción bien lisonjera. Él dio a la república su actual pendón, ese símbolo querido de nuestra nacionalidad, a cuya vista late y se enciende de orgullo todo corazón chileno.

La expedición anunciada desembarcó en Talcahuano, y en conformidad de los planes acordados, los dos cuerpos de nuestro ejército marcharon a unirse en la ciudad de Talca. Lo serio de las circunstancias concentró en el ejército toda la vitalidad de la república. Allí también Zenteno debió hallarse presente en su carácter de secretario de la guerra, y uniendo como lo tenía de costumbre los trabajos del bufete, con las penalidades y las fatigas del soldado, hizo la campaña subsiguiente y asistió a las funciones de Cancha-Rayada y Maipo. En medio de las cargas a la bayoneta que decidieron en esta última la suerte de Chile,



Zenteno redactaba el parte de este fausto suceso, y anunciaba a los pueblos que su independencia desde aquel instante quedaba perpetuamente consolidada.

Zenteno mereció una recomendación especial en el parte detallado de la batalla que se dio más tarde, y el supremo gobierno recompensó sus servicios confiriéndole el grado de coronel y la medalla de oro de los vencedores.

La batalla de Maipo fue la pira en que se consumió todo entero el poder español. El estandarte de la independencia se paseó sin obstáculo desde el norte hasta la Araucanía, y las débiles reliquias enemigas que quedaron esparcidas en esta o aquella plaza de la frontera, fueron a buscar un asilo a la distante plaza de Valdivia, poniendo de por medio el territorio de los indígenas. No por eso, sin embargo, el afán del gobierno tuvo un momento de reposo. Su atención sobre la marcha se dirigió a la marina, y se comenzó con decisión a trabajar en los aprestos de una grande escuadra, que era de tiempo atrás el objeto de su vehemente anhelo. El coronel Zenteno vio abrirse a sus tareas un campo tan importante como desconocido y ajeno para él. Él se veía constituido en ministro de marina, y probablemente no había pisado jamás la cubierta de un buque. No por eso su ánimo se arredró, ni rehusó con frías excusas el nuevo servicio que se le exigía. Trasládese a Valparaíso y allí, metido a bordo de diversas naves, comenzó a estudiar desde sus fundamentos el ramo que estaba encargado de dirigir. Examinó con detención las cuadernas, las costillas, todo lo que constituye la solidez del casco de un buque; se hizo cargo del velamen, de la aparente complicación del sistema de cordaje; se hizo explicar el oficio de todas las piezas, hasta el más pequeño motón, hasta la más insignificante espiga: muchas veces se le vio al rayo del sol colocado en la tabla del calafate viendo tapar con filástica la juntura de los forros. De allí pasó al orden del servicio náutico y militar, y al oficio que desempeñan en la nave las diferentes personas que la tripulan de capitán a paje. Tomó razón de los víveres que consumían, del equipo que necesitaban y del sueldo que debían gozar. Se echó al cuerpo las ordenanzas de la marina española, y quedó en breve tan inteligenciado en todos estos pormenores que podía apreciar por sí, y sin el informe de oficiales prácticos los pedidos abrumadores que cada capitán de buque dirigía por momentos al gobierno. La escuadra estaba tripulada por multitud de extranjeros deseosos de correr las aventuras de la suerte, y que sin amor al servicio, ni interés patriótico por la causa que se comprometían a sostener, no perdían ocasión de demandar sin tasa ni medida, a favor de la ignorancia en que suponían a las autoridades, todo cuanto podía presentarles una oportunidad de medrar. Dícese que conociendo esto mismo el gobernador de Valparaíso, dio en decretar los pedidos concediendo sólo la mitad, y que habiendo solicitado cierto capitán un bote, recibió con extrañeza la providencia de costumbre. El ministro de marina se había puesto en aptitud de conocer y remediar estos abusos, y en cuanto lo permitía la delicadeza exquisita de las circunstancias, pudo precaver no pocas defraudaciones.

No es de este lugar narrar las proezas de la escuadra. Son conocidas de todos la toma de la María Isabel y su convoy, ocurrida en Talcahuano el 23 de octubre de 1818, seis meses después de la batalla de Maipo, bajo la dirección del contraalmirante Blanco, y las dos campañas marítimas que al mando del lord Cochrane ejecutó en seguida sobre las costas del Perú. En un breve instante las armas chilenas, triunfantes en tierra, dominaron el océano y

se ostentaron potentes ante el solio de la dominación del rey de España en la metrópoli de Lima. Ciertamente que fue eso un prodigio.

Pero para tormento del ministro de guerra y marina, los triunfos del ejército y escuadra no hacían más que atraer odiosos compromisos sobre su persona. De parte de tierra, el general San Martín, arrogante y pretencioso, acosaba al gobierno con exigencias diarias. Él podía mucho como jefe de las armas argentinas, y se le debía mucho también. El ejército chileno no contaba por desgracia con ningún jefe de bastante prestigio que pudiera colocarse a su cabeza, ni en el ejército argentino, tan propenso a la insubordinación y al descontento, podía soplarse el germen de la desunión sin exponerlo a un cataclismo. San Martín tenía que ser omnipotente dueño de la situación. -No estaba en mejor estado la marina. Lord Cochrane había traído consigo una falange de jóvenes marinos tan gallardos y apuestos como él, entre los cuales había dividido los mandos y las comisiones. La escuadra le pertenecía a él de hecho y al gobierno sólo de derecho, de ese derecho que es tan débil en tiempos de guerra. La escuadra podía mudar de bandera cuando su almirante lo ordenase, y apenas había otra garantía contra este fatal contratiempo que los caballerosos sentimientos personales de su caudillo. El gobierno intentó quebrantar en parte aquella absoluta influencia, alzaprímado a los capitanes Guise y Spri que habiendo venido al país de su cuenta propia, no pertenecían al círculo del almirante; pero sus conatos no sirvieron sino para despertar emulaciones, cargos, recriminaciones y represalias de parte del almirante contra los ahijados del gobierno.

En verdad el gobierno se hallaba en la más mortificante situación en que se puede hallar gobierno alguno. Aparente dueño de un ejército de tierra formidable y de una escuadra sin rival, era en realidad esclavo de los caudillos que comandaban el uno y la otra. Para colmo de embarazos se le ocurrió a lord Cochrane tomar el mando de la expedición libertadora, y ser generalísimo de mar y tierra. La debilidad de la escuadra española en estos mares no le prestaba ocasión alguna de desplegar su potente genio, ni el servicio pasivo de la nuestra era para satisfacer ni con mucho las aspiraciones de su alma altiva. Para no sufrir un chasco en su venida a estos países, no le quedaba más partido que acometer una grande empresa y hacerse el restaurador del imperio de los Incas. San Martín por su parte miraba de tiempo atrás aquella empresa como suya y no estaba dispuesto a cederla a nadie. Los dos caudillos se hicieron pues rivales, y su ojeriza se pronunciaba en forma de quejas, renunciaciones, pretensiones y denuestos, que caían sobre el gobierno dispensador de los títulos e investiduras a cuyo favor iba a emprenderse la expedición.

Fácil es comprender que la nombradía y la pericia de uno y otro de aquellos jefes eran indispensables para el buen éxito de la empresa. Por lo mismo todo el conato del gobierno se cifraba en conservar a los dos en su servicio, y en hacerlos emprender juntos la gran cruzada de libertad que estaba preparando. ¡Figúrese cualquiera qué maña y qué sagacidad se necesitaban para aplacar las prevenciones mutuas de los dos rivales, para hacerlos dóciles a los intereses de la América sacrificando su ambición personal, para conciliar sus pretensiones, y aun para hacerles de cuando en cuando reconocer sus deberes de súbditos! El consejo no era escuchado, la autoridad no imponía, la amistad era débil ante las exigencias de la ambición y del orgullo. Ciertamente las exacciones de dinero bajo todas las formas y denominaciones imaginables, los reclutamientos y prorratas de hombres y animales, y todas las vejaciones con que la autoridad omnímoda del gobierno arrancaba a

los particulares su fortuna para organizar la expedición, todo eso, decimos, era poco al lado de la pensión que imponía la malquerencia de los generales expedicionarios; y estamos en la inteligencia de que, aparte de los grandes intereses políticos que aconsejaron la expedición libertadora del Perú, más de una vez el gobierno se sintió inclinado a apurar los preparativos sólo por el deseo de verse libre de los sinsabores que su rivalidad y su petulancia le ocasionaban.

Es fama que el coronel Zenteno llevaba el peso de este negociado. Transigiendo a veces en el cumplimiento de sus propias providencias para obtener una parte, si no el todo, de lo que se quería, prestándose otras a mediaciones, estimulando a alguno por aquí, y retirando a otro por allá, logró mantener las cosas en un razonable equilibrio, y aun consiguió al fin que el orgulloso marino, tascando el freno de la obediencia, marchase a las órdenes de su rival. La expedición fue lanzada sobre las costas del Perú, y allá fue a estallar la tempestad.

Con la salida de la expedición libertadora cambió de escena la república. A las armas sucedió la política, a los ejércitos las convenciones, a los aplausos de la victoria las murmuraciones de los descontentos. Nuevos ministros, que pretendían corresponder a las exigencias de la nueva situación, entraron a tomar parte en la dirección de los negocios públicos, y entre ellos figuró muy en gran manera el de hacienda don José A. Rodríguez Aldea, que tomó posesión de su puesto el 2 de mayo de 1820.

Rodríguez era un hombre de mucho ingenio y maña, adornado de una vasta instrucción legal, que hacía extensiva al derecho público y a otros ramos del saber humano. Aunque se había mantenido siempre ajeno de los negocios de hacienda que el director le confiara, supo hacer frente a las serias dificultades de la situación, reglamentó el servicio y tomó providencias que si no le acreditaban de un profundo financista, por lo menos sostenían justamente su reputación de hombre hábil. Pero Rodríguez había figurado hasta entonces en el bando realista, en donde había gozado de influencia y ejercido cargos de importancia: su nombre no tenía las simpatías de la opinión, y con razón o sin ella diose en murmurar con harta acritud de su conducta funcionaria, culpándole de manejos poco delicados con los intereses del fisco y hasta de prevaricatos.

El ministro de la guerra no pudo jamás entenderse con su colega. Sea que los separasen instintivamente las condiciones del carácter personal, o las tendencias de los opuestos bandos a que habían pertenecido; sea que cada uno reconociese en su colega la capacidad y el deseo de preponderar en el ánimo del director supremo, ello es que ambos dieron en mirarse de reojo y acabaron al fin por hacerse abiertamente la guerra. Por un momento Zenteno llegó a prevalecer, habiendo sido separado Rodríguez del ministerio (14 de setiembre de 1821) con el pretexto de una misión diplomática cerca del gobierno del Perú; pero este triunfo fue efímero; el mismo Zenteno tuvo que retirarse de los consejos del director (8 de octubre) y ceder la victoria a su rival, que, no habiéndose movido de Santiago, recobró sobre la marcha su puesto. Del mismo modo que su competidor lo había hecho anteriormente, Zenteno se retiró conservando el título de ministro de la guerra, y fue a servir la gubernatura política y militar de Valparaíso, a la cual estaba anexa la comandancia general del departamento de marina.

¿Cuál fue la causa de esta separación dorada? ¿Fue nada más que la rivalidad personal con el ministro de hacienda motivada por pretensiones de dominar sobre el ánimo del director? ¿Fue desagrado por los manejos que se atribuían a aquel colega? ¿Fue desacuerdo de principios políticos sobre el curso que debía darse a la administración pública? Este punto ha quedado envuelto en las sombras del misterio, y no hemos encontrado quién nos dé razón de las íntimas agitaciones que perturbaron el ministerio del director O'Higgins en la época a que nos referimos. Tal vez todas aquellas causas concurren simultáneamente; tal vez preponderó una sola.

El contratiempo experimentado por Zenteno, si bien le separó de los consejos, no le privó del afecto personal del director O'Higgins. Este le había conferido el empleo de coronel efectivo de infantería el 17 de junio de 1820, en los momentos de zarpar la expedición libertadora del Perú, a cuya creación había contribuido en tan gran manera, y poco después de su separación del ministerio, el 13 de abril de 1822, le confirió el de brigadier, último puesto de la escala militar a que alcanzó en su vida. El general San Martín, constituido en el rango de protector del Perú, le condecoró también por el mismo tiempo con el diploma de benemérito de la Orden del Sol, declarándole acreedor al reconocimiento de la patria y de la posteridad. Ya de antemano gozaba, en materia de distinciones honoríficas, la condecoración de mayor oficial de la Legión de Mérito, creada por el gobierno de O'Higgins en 1817 para premiar a los esforzados patriotas que habían cooperado eficazmente a la restauración de la república. Bellas distinciones que el tiempo y las ideas han hecho caer en olvido, pero que entonces marcaban el valimiento de las personas que las obtenían.

Es excusado decir que en su gobierno de Valparaíso, Zenteno desplegó las dotes de un inteligente y celoso administrador. Muchas mejoras materiales le debió aquella población, entre ellas la calle nueva que se abrió a sus instancias y que hoy figura en primera línea. Su discreción y afables maneras le granjearon la estimación de todos los vecinos; y su prescindencia de la política del gobierno, entonces blanco de un general disgusto, le atrajo de tal modo el aprecio público, que habiendo ocurrido la deposición del director O'Higgins, el pueblo de Valparaíso, reunido en cabildo abierto, reasumió la soberanía y se dio un gobernador. Este gobernador, tan del agrado del pueblo, fue el mismo general Zenteno. La junta gubernativa que había tomado las riendas del estado, tuvo a bien ratificar este nombramiento en una nota que nos sentimos inclinados a reproducir. Dice así: «Ministerio de gobierno. -La junta gubernativa me ordena exponer a U. S. que la más sublime recompensa que pueden recibir los servicios de un magistrado, es la confianza y agradecimiento de los pueblos; y que en la aclamación que para jefe político y militar de Valparaíso hicieron sus habitantes en la noche del 29 último, mira S. E. un homenaje rendido al mérito de U. S. Su Excelencia no solo ratifica este nombramiento, sino que añade el de comandante general del departamento de marina con todas las atribuciones y facultades que haya U. S. ejercido hasta aquí. Al significar a U. S. estos sentimientos de la junta gubernativa, tengo la satisfacción de felicitarle por el testimonio de gloria que ha recibido U. S., y ofrecerle las seguridades de mi consideración. -Dios guarde a U. S. muchos años. -Santiago, febrero 3 de 1823. -Mariano de Egaña.»

No fue tan grata la permanencia de Zenteno a las administraciones que sucedieron a la junta gubernativa. Los partidos comenzaron a fermentar en Chile, y tuvieron en breve

tiempo un desarrollo bastante para producir escenas escandalosas, para trastornar el natural buen criterio de la sociedad, y sumergir el gobierno y la república en un dédalo de confusiones y de intrigas de que la historia todavía no ha dado cuenta. -Tampoco Zenteno estaba muy satisfecho de la marcha de las cosas. Hombre de autoridad, ministro de gobierno en una época en que la plenitud del poder concedida al director supremo había permitido ejecutar maravillas, él no podía ver sin dolor la inestabilidad de las cosas, el cambio casi diario de ministros, de planes y de tendencias que se operaba en torno del director Freire, las asonadas que resolvían los más graves asuntos de estado, el desprestigio en fin de esa autoridad que bien dirigida era en su concepto la única esperanza de la república. Con tales antecedentes era fácil prever que no estaba distante el momento en que el gobernador de Valparaíso, cediendo al movimiento convulsivo que sacudía la república, dejase vacante aquella importante pieza de la administración.

Un suceso a la vez político y económico vino a producir aquel resultado. El gobierno, deseoso de reprimir el contrabando y regularizar la marcha del comercio en Valparaíso, expidió diversos decretos muy mal acordados que produjeron una gran fermentación entre los vecinos de aquel puerto. El desagrado del vecindario había sido preparado y atizado por diversos incidentes, que en aquella época de libertad, hirieron profundamente las fibras de los ciudadanos. Resolviose pues hacer una gran junta popular y elevar al congreso una vigorosa representación, que envolvía agrias quejas contra el ministerio. El gobernador de acuerdo con los vecinos, y adicto a su causa, no se curó de poner coto al movimiento. El congreso a la sazón era compuesto de los diputados de la provincia de Santiago, en que predominaban por el número y la influencia los más decididos partidarios del depuesto director O'Higgins. Inútil es decir que el congreso y el presidente de la república se hallaron desde luego en abierta contradicción, y que no pudiendo subsistir el uno al frente del otro, ponía cada cual en juego todos sus recursos para echar por tierra a su adversario. La representación del pueblo de Valparaíso encontró naturalmente la más decidida protección en el congreso, el que requirió al presidente de la república para que se abstuviese de proceder contra los peticionarios. El presidente, que había destacado una división militar sobre aquel puerto a las órdenes del general Borgoño, no se sintió dispuesto a acceder del mejor grado. Siguiéronse agrias recriminaciones: el congreso creyéndose desobedecido, hizo concurrir a las autoridades civiles, eclesiásticas y militares para que le jurasen obediencia, y habiéndose retirado de la ciudad el presidente, declaró vacante su puesto y procedió a elegir sucesor; pero el presidente regresó en breve al frente de buenas tropas, disolvió el congreso, desterró a sus miembros principales, apaciguó la inquietud de Valparaíso, y envió fuera del país a su complaciente gobernador. Zenteno, previendo este lance, se había asilado a bordo de la fragata de S. M. B. Britton, y ahí recibió obligantes testimonios de adhesión del cabildo y del pueblo que había gobernado con general satisfacción por espacio de cinco años.

La vida pública de Zenteno termina aquí. Si al cabo de tres años de expatriación volvió a Chile habiendo logrado previamente que un consejo de guerra solicitado por él juzgase de su conducta en la agitación de Valparaíso, y le diese una completa absolución, no fue para tomar parte en las contiendas que tenían agitada la república. Zenteno no era de esos hombres en quienes el pecho hierve por ambición de mandos y de honores. Patriota sincero, se ofrecía decidido en los lances críticos en que el cálculo de las probabilidades hiela el corazón de los más. Cuando había en la arena multitud de aspirantes que pretendían dirigir

la república ya salvada, y se figuraban allá en sus dorados sueños adquirir prestigio y gloria en contiendas de palabras contra hermanos, entonces Zenteno apartaba su vista con desdén y se iba a recoger en el secreto de la vida privada. Modesto por carácter, excusaba cuanto le era posible poner en juego su personalidad, y aun creía que los hombres que se habían preparado para las rudas tareas de la guerra de la independencia, debían ceder su puesto a los que tuviesen la misión de organizar y formular las instituciones de la república. Por eso fue que no tomó compromiso en la revolución de 1829 y 1830, y que, a imitación de aquellos antiguos próceres de Roma, fue a consagrar sus fuerzas al cultivo del campo.

Pobre y reducido fue su negocio. El antiguo ministro del tiempo de los secuestros y de las confiscaciones; el hombre de influencia que gozando de todos los favores del poder atravesó una época de extorsiones, de dilapidaciones y de desórdenes financieros, apenas tenía como establecerse de arrendatario en un fundito a las inmediateces de la capital. Allí reconcentró sus aspiraciones y se abrió un nuevo porvenir. Su familia, que comenzaba ya a demandar sus cuidados, ocupó el lugar del servicio público que hasta entonces había preocupado su atención.

Sin embargo, un hombre de la importancia de Zenteno no podía mantenerse separado totalmente de los intereses públicos. En los momentos en que la revolución triunfante de 1829 se instalaba en el lugar de las autoridades depuestas, el congreso de plenipotenciarios llamó a los jefes y autoridades de diversos órdenes para que le prestasen obediencia. Muchos rehusaron su adhesión, y fueron separados de sus destinos y dados de baja de sus grados militares. Zenteno no fue de este número. Él reconoció el congreso, y dio a conocer así ese ojo certero y práctico que entiende el curso de las cosas, y que acepta de antemano en bien de la paz pública los hechos que han de consumarse más tarde a despecho de la resistencia de los unos y de la malquerencia de los otros.

El gobierno le llamó poco después (abril de 1831) a desempeñar la comandancia general de armas e inspección general del ejército, empleo que ejerció dos años.

Fue nombrado miembro de una comisión encargada de arreglar la contabilidad del ejército, y después, de otra que tenía por objeto formar un reglamento de la guardia nacional, institución que naciendo en Chile sobre bases peculiarísimas, no se sabe todavía a qué interés responde.

La sociedad de agricultura le contó entre sus miembros fundadores, habiendo dirigido por algún tiempo como presidente la sección de policía rural y legislación agrícola.

Constituida la universidad de Chile, recibió el diploma de miembro de la facultad de leyes y ciencias políticas.

Fue también nombrado ministro de la corte de apelaciones en sala marcial, y ejerció este destino hasta su fallecimiento.

Finalmente, los departamentos de Santiago y la Victoria unidos le nombraron diputado al congreso nacional para el trienio que comenzó en junio de 1846, y la cámara le colocó en la mesa directora de sus trabajos con el título de vicepresidente.

En todas estas comisiones Zenteno mostró aquel pulso que aprecia con profunda exactitud la materia que le está sometida. Él tenía algo de original en sus vistas como hombre acostumbrado a pensar por sí y a leer en el gran libro de la naturaleza. Su palabra era lenta; pero salía preñada de sentido y refulgente por la fuerza de la imagen. Nunca pudo decirse que su intervención era estéril, cualquiera que fuese el asunto sobre que se le llamase a discurrir. En la cámara misma, para la cual no estaba preparado, el peso de su voto daba prestigio a la cuestión y alentaba a los sostenedores de la causa a que se adhería. Decimos que no estaba preparado para el parlamento, porque en efecto él era más bien para el consejo que para la tribuna; pero no había materia que se sometiese al examen de la legislatura, de la cual no fuese dueño, y ¡cosa extraña! se le oía discurrir con magistral acierto en la formación del reglamento interior de la cámara, encomendado a una comisión de que fue presidente y en que se daban reglas sobre la dirección de los debates, y el curso intrincado de las indicaciones y de las enmiendas.

¿Se quiere conocer en Zenteno al hombre íntimo, al hombre privado? En cuanto es dado a la historia tocar esta materia vedada a sus investigaciones, nosotros que le tratamos amigablemente en sus años postreros, podemos afirmar que el aprecio que inspiraba su persona se fortalecía cada vez más por el conocimiento de sus prendas morales. Ningún sentimiento odioso abrigaba su corazón contra aquellos que había tenido que combatir durante su vida pública. Él juzgaba de los hombres y de las cosas como si pertenecieran a una época que no fuera la suya. Consecuente en sus amistades, era solícito en cultivarlas y en prestar a todo el mundo las atenciones que la sociedad prescribe. Alguna vez estuvo en nuestro poder un diario confidencial que tenía la extraña ocurrencia de llevar, y en que anotaba las obras del día, los resultados y operaciones de sus negocios, y hasta las más tenues emociones de su alma. Perdónenos su sombra si arrancamos dos páginas de este libro secreto, y traicionamos su deseo revelando lo que él pensó tener siempre oculto; pero dos notas que tomamos entonces al acaso y que conservamos por casualidad, hablan tan elocuentemente a nuestro propósito, que no podemos resistir a la tentación de transcribirlas.

«Octubre 25 de 1839. -Asistí al entierro de mi condiscípulo don Carlos Rodríguez. ¡Qué Dios haya perdonado sus culpas, como suplico a su Divina Majestad se digne perdonar las mías! Jóvenes en un tiempo, arrojados impetuosamente en medio de una revolución política, ¡cuántos errores, cuántos crímenes acaso habremos cometido! Dios tenga misericordia de nosotros. Tibi soli pecavi et malum coram te feci. -Mas- secundum magnam misericordiam tuam dele iniquitatem meam.»

«Abril 14 de 1842. -Fui a la ciudad a reparar un destrozo de carretas: la del vecino N. rindió el eje de la calle; se tomó otra prestada, y a poco andar le sucedió lo mismo. ¡Castigo justo de mi imprudencia! Demasiado sabía que nuestras carretas (las comunes al menos) no aguantan el peso que les he puesto, es decir, el de treinta a treinta y siete quintales; pero lo hice por el miserable ahorro del costo de unos cuantos viajes. Siempre tengo en boca la máxima de que lo barato sale caro; pero en su aplicación la olvido las más veces. Así es como en la práctica nos burlamos de nosotros mismos contradiciendo nuestras buenas teorías. Hablamos como filósofos y obramos generalmente como brutos. Este es el hombre. ¿No habrá algún remedio para este mal? Sí; el de una educación severa y esmeradamente filosófica.»

¡Cuánta filosofía, cuánta bondad, cuánta profundidad encierran estas palabras!

La república tenía en el general Zenteno uno de sus más leales e inteligentes servidores, un pensador profundo, uno de sus más puros y eminentes ciudadanos. Dios le llamó a sus puertas a la edad de 62 años, y él, lleno de una resignación religiosa que ejemplarizaba, le entregó su alma el 16 de julio de 1847.

ANTONIO GARCÍA REYES.

XV

Don José Gaspar Marín

Uno de los deberes más sagrados que reconocemos es el que nos impone la gratitud respecto de aquellos individuos que habiendo consagrado su existencia al bien de la patria, y sacrificado en sus aras el reposo y la felicidad, tienen un derecho incontestable a la buena memoria de las generaciones futuras. Si la independencia, la gloria, la prosperidad que gozamos, son el fruto de sus generosos sacrificios, justo es recordar sus virtudes, y tributar a sus cenizas el homenaje de una veneración respetuosa y de un vivo y sincero reconocimiento. Pero como por una fatalidad extraña sucede a veces que algunos nombres ilustres queden sepultados en el olvido, creemos de nuestro deber recordar al doctor don José Gaspar Marín, como uno de los ciudadanos que figuraron con mayor esplendor en la época feliz de nuestra emancipación política, y dar una ojeada rápida sobre su laboriosa e interesante vida, que además de estar ligada a los principales acontecimientos de nuestra revolución, ofrece rasgos dignos de consignarse a la posteridad, ya se le considere como patriota, ya como magistrado, ya como padre de familia, practicando las virtudes privadas, y encontrando en ellas y en la elevación de sus sentimientos un asilo contra los reveses que le acompañaron constantemente hasta el término de sus días.

Nació don José Gaspar Marín el año de 1772 en la ciudad de la Serena de una de las más nobles familias que existían allí desde el tiempo de la conquista. Su padre, rico encomendero, y vecino honrado de la provincia, se llamó don José Fermín Marín y Aguirre; y fue su madre doña Francisca Esquivel y Pizarro, señora de distinguido mérito y poco



común hermosura. Reconocidas por sus padres sus felices disposiciones para el estudio, le remitieron al colegio de San Carlos, donde se educaba entonces toda la noble juventud chilena. Su aplicación incesante, su despejado entendimiento, una memoria feliz, y lo que es más que todo esto, aquel noble deseo de distinguirse que es el móvil de las grandes almas, fueron parte a que recorriese en pocos años la serie de conocimientos que se consideraban necesarios para dedicarse a la carrera del foro, a pesar del obstáculo que la debilidad de su salud podía oponer a sus progresos. Amado de sus superiores, respetado de sus contemporáneos, el joven Marín fue a todas luces un estudiante distinguido, y su carrera literaria le ofreció en lo sucesivo frutos abundantes de este primer trabajo, y días de gloria que le indemnizaron ampliamente de todos sus sacrificios. Un acto general de filosofía fue el primero de sus triunfos. Diósele después el grado de licenciado y doctor en teología, y de bachiller en sagrados cánones y leyes. Pero el teatro en que debían campea la viveza de su ingenio y la copia de conocimientos que había adquirido, era las oposiciones a las cátedras. Hacíanse estas funciones de universidad con el mayor aparato, y el pueblo culto de Santiago, extraño por entonces a las ideas políticas, tomaba en ellas un interés extraordinario, con el que inflamándose el ánimo de los contendores, se hacían tales esfuerzos para obtener la corona, que en muchas ocasiones vaciló la mano de los jueces, no acertando a decidir sobre cuál cabeza debían colocarla. El doctor Marín se presentó en la liza, y siempre supo captarse la admiración y los aplausos del auditorio. Diósele en propiedad y por aclamación la cátedra de Decreto; y conformándose a los usos de la escuela, se doctoró en las facultades de sagrados cánones y leyes. En este mismo tiempo fue presidente de la academia de abogados; y era tal su amor a la ciencia, que, no sólo no se le vio jamás dispensarse de las asistencias y demás obligaciones de sus respectivos cargos, sino que deseoso de propender al adelantamiento de la juventud, enseñó gratuitamente Instituta a varios individuos que hoy contribuyen con sus servicios a la prosperidad y a la gloria de la patria. En el año ocho obtuvo la asesoría del consulado, desempeñándola siempre a satisfacción del público, y de las muchas personas que han compuesto aquel tribunal por un dilatado número de años. Afable y atento en sus maneras, ilustrado más de lo que permitían serlo en aquel tiempo la falta de libros y todas las trabas que ponía a la instrucción el sistema colonial, respetado por un carácter de probidad, firmeza y desinterés, generalmente reconocido, el doctor Marín estaba destinado a representar un papel brillante en nuestra revolución, desenvolviendo en ella el germen de aquellas virtudes patrióticas que debían eternizar su nombre.

El movimiento de 1810, tan grande en sí mismo, como fecundo en resultados de toda especie, le abrió en efecto una nueva senda de gloriosos trabajos y de amargos padecimientos. -Un impulso simultáneo había conmovido toda la América meridional. Los sueños de independencia y libertad que recreaban la imaginación de los pocos americanos pensadores que había en aquella época funesta de humillación y servidumbre debían realizarse; y estaban contados los días de la dominación europea sobre nuestro continente. - Depuesto en el mes de julio de 1810 el mandatario español, a causa de un atentado cometido en las personas de tres ilustres ciudadanos, o tal vez por el impulso que inclinaba todos los ánimos hacia la independencia, le subrogó en el mando del reino el conde de la conquista señor don Mateo Toro, quien nombró para asesor de la presidencia al doctor don José Gaspar Marín. Esta elección alarmó en extremo a los satélites del despotismo, que aún no habían perdido su influjo, y trabajaron eficazmente en su separación. Conocían ellos los verdaderos sentimientos del asesor, y temían por consiguiente inclinase el ánimo del conde

a sustraerse enteramente del dominio de la metrópoli, conmovida entonces por la invasión de Bonaparte. El señor Marín creyó de su deber dejar un cargo que le parecía no poder conservar sin ofender su delicadeza; pero llamado de nuevo y casi al instante por el presidente, que le estimaba sobre manera, le continuó sirviendo con tanto mayor gusto, cuanto se proponía trabajar en consorcio de una porción escogida de virtuosos chilenos, en allanar el sendero para que se efectuase la formación de un gobierno nacional, obra difícil por cierto, si se atiende a la complicación de los intereses, y al prestigio que ejercían aún las viejas instituciones sobre la ignorancia y las preocupaciones de un pueblo que distaba mucho de conocer sus derechos. En resolución, el célebre 18 de setiembre se rompió el frágil velo que ocultaba tan nobles aspiraciones, y el pueblo procedió a elegir una junta gubernativa, compuesta de siete individuos, presidida por el mismo señor conde, confiriendo al doctor Marín el empleo de secretario del nuevo gobierno, con voto informativo en todo género de asuntos, a virtud de un oficio que será siempre un testimonio irrefragable del distinguido aprecio con que le honraban sus conciudadanos.

No se ocultaba a la penetración de Marín la importancia del paso que acababa de dar Chile, ni las consecuencias que podrían sobrevenir. Hallábase ligado con los vínculos del matrimonio, y lisonjeado con la esperanza de una brillante fortuna; pero ninguna consideración fue bastante poderosa para embarazar su decisión a la causa santa cuyos principios estaban profundamente grabados en su corazón y, por decirlo así, identificados con su alma. Aleccionado por los grandes ejemplos de la historia, era el señor Marín grande admirador de las virtudes republicanas, y entraba en su carácter el odio a la tiranía y un respeto sagrado a la dignidad de los hombres libres. Consagrose, pues, con el más vehemente anhelo al servicio de su patria. Reposo, fortuna y esperanzas, todo lo sacrificó gustoso desde aquel instante a un incierto porvenir, guiado por el generoso impulso del más puro y exaltado patriotismo. Tomó posesión de su nuevo destino, cuyo ejercicio era para él tanto más delicado, cuanto hallándose el conde en una edad avanzadísima, descargaba en su secretario todo el peso de las más importantes deliberaciones. Es indecible lo que trabajó en uniformar la opinión, reprimir la audacia de los contrarios, arreglar la parte administrativa y zanjar en fin los fundamentos de nuestra regeneración política. Para tener de esto una idea exacta, era necesario haber oído hablar en las efusiones de la confianza a este hombre idólatra de la verdad, como nosotros le hemos oído, y a otros de sus colaboradores en aquella obra inmortal. ¿Pero quién habrá que ignore la conjuración del 1.º de abril de 1811, la conducta firme y decorosa de la ilustrísima junta, y su triunfo sobre los ocultos y encarnizados enemigos del orden y de la libertad?

Con todo, no fueron estos los únicos obstáculos contra los cuales tuvo que luchar el celo de aquellos virtuosos patriotas. Mezcláronse con los gérmenes generosos del patriotismo, las pasiones malélicas, tanto más peligrosas, cuanto menos consolidada estaba la obra que se había emprendido. Pero en medio de la confusión de los partidos y de las aspiraciones de la ambición, el señor Marín llevó siempre una marcha franca y sostenida hacia el laudable fin que se había propuesto, sin abanderizarse en ninguna facción, ni encarnizarse contra ningún individuo. Por el contrario, sinceramente amado de todos sus conciudadanos, cada uno procuraba atraerle a sus ideas particulares en materia de política juzgando que así sostendría mejor sus diversas pretensiones. Prueba de esta verdad, es haber sido elegido presidente de la segunda junta gubernativa, bajo la cual se convocó aquel primer congreso, que fue como el crepúsculo de nuestras instituciones. Pero disuelto este cuerpo por un

movimiento anárquico, y reconocida por Marín la imposibilidad en que se hallaba de servir con utilidad a su patria, viendo que su voz se perdía entre el rumor de los disturbios y agitaciones populares, aunque aclamado de nuevo por el pueblo para continuar en el mando, se retiró de la escena pública deplorando los males que no le era dado remediar. - Encendiase entre tanto la guerra civil: expedicionó el virrey de Lima, y la acción de Rancagua fue el triste resultado de estos primeros extravíos de los inexpertos chilenos.

Posesionado de la capital un enemigo que infundía terror, mucha parte de los ciudadanos emigró al otro lado de los Andes. De este número fue el doctor Marín, que perseguido en su fuga por los españoles, y no pudiendo salvar otra cosa que su persona, se halló en un país extraño sin recursos, y expuesto a todos los rigores del infortunio. Pasó a Buenos Aires y allí fue donde impelido de su celo infatigable por la causa de la independencia, trabajó cuanto le fue posible en unir los ánimos de sus compatriotas, extraviados por el espíritu de partido que un escarmiento de tanto peso no había podido extirpar, a fin de que se operase la restauración de Chile, único objeto de los votos de tantas infelices víctimas. Verificose esta el año de 1817 bajo los auspicios del valiente general San Martín, y la victoria de Chacabuco, que coronó a tantos bravos, rompió las cadenas con que yacía aherrojado el desgraciado Chile. Restituyéronse a sus hogares los prófugos de 1814, y el señor Marín se vio en el seno de su amada familia, reunido a una esposa, cuyo patriotismo fue también acrisolado durante los dos años de cautiverio con las más terribles pruebas.

Había perdido toda su fortuna, y aunque no le hubiera sido difícil reparar sus quebrantos ya por medio del ejercicio de su profesión, ya negociando con sus servicios y méritos contraídos un empleo lucrativo, desinteresado por carácter y amante de su independencia, se contentó con su destino de asesor del consulado, ocupándose en algunas empresas de comercio y otros asuntos de su casa, que estaban en grande atraso por su ausencia.

La educación de su naciente familia vino a ser por entonces el principal objeto de sus cuidados, formando a la vez sus delicias en el tiempo presente y sus esperanzas para lo futuro. Durante su mansión en Buenos Aires, y a pesar de la escasez de sus recursos, se había procurado una reducida, pero selecta biblioteca, que contribuyó no poco a extender sus ideas y completar su instrucción. Las vidas de los hombres ilustres de Plutarco, la lectura de Filangieri y otros publicistas de nota; las ardientes declamaciones de Raynal sobre la humanidad, la igualdad y la libertad, templaban como en una fragua su espíritu republicano; pero lo que sobre todo le conmovía y hechizaba eran las obras de Juan Jacobo Rousseau, interesándole vivamente sus desgracias, su sensibilidad y su genio. Pretendía encontrar en la vida del filósofo ciertas coincidencias notables con su persona, y las había indudablemente en la índole y en la fuerza de los sentimientos. Tal vez se afectó un poco su carácter con la hiel que destila a veces aquella pluma elocuente; pero todos sus sofismas le hallaron invulnerable en lo concerniente a la religión, cosa harto rara en aquella época de libre pensar, y en la que la incredulidad era como un elemento necesario a los que podían blasonar de la cualidad de ilustrados. Desde la altura de sus convicciones, miró con desdén las producciones frívolas de los escritores adocenados del siglo XVIII; y aunque de un espíritu el más a propósito para percibir las sales de un chiste, siempre le produjeron indignación las sátiras impúdicas y las burlas sacrílegas de Voltaire. Con semejante modo de pensar, fue para sus hijos un guía seguro, que zanjó con acierto los fundamentos de su primera enseñanza. Dirigía sus lecturas y aun las hacía frecuentemente con ellos;

enseñábalos los elementos de la lengua francesa, que entendía con perfección; hacíales sentir las bellezas de la literatura; les inspiraba el deseo de saber sin fomentarles la vanidad; y si bien no era persona capaz de ligarse a seguir un método prolijo y que exigiera una asiduidad constante, tenía el don de insinuar en pocas palabras lecciones útiles, que no se borraban jamás de la memoria de sus hijos, y que dejaban en sus tiernas almas una indeleble impresión. Firme y severo para corregir sus faltas, procuraba no obstante infundirles una confianza sin límites, siendo sumamente expansivo y tierno en sus afectos de padre; y aunque sujeto por su enfermedad a frecuentes accesos de melancolía y sensibles alteraciones en su humor, tenía momentos de una jovialidad encantadora, en que las gracias de su conversación hacían su trato íntimo lleno de amenidad y de atractivo.

Así trascurrieron los mejores y más apacibles días de su vida; pero ninguna de estas atenciones pudo distraerle de los intereses de su país, que aunque no del todo tranquilo, ofrecía por entonces una magnífica perspectiva de gloriosas esperanzas. Ocupaba la silla del gobierno el capitán general don Bernardo O'Higgins con el título de supremo director, y se hallaba a su lado el general San Martín, radiantes ambos con el prestigio del triunfo y llenos de la noble ambición de llevar a cabo la atrevida empresa de libertar al Perú. En estas circunstancias se hicieron sentir algunos síntomas de descontento a causa de un partido contrario, que aunque caído alimentaba antiguos resentimientos, conservaba su energía, y contaba con caudillos inteligentes y audaces. Despertose con demasiada viveza la celosa susceptibilidad de los mandatarios, y esto fue parte a que hombres de gran mérito manchasen sus glorias con acciones que apenas pueden disculpar la fuerza de los acontecimientos y las exigencias apremiantes de la causa de la libertad. El doctor Marín, aunque sincero admirador de los talentos del general San Martín, no tenía por su carácter ningún género de simpatía, y siempre se había mantenido a cierta distancia de su persona; pero íntimo amigo de O'Higgins, deploraba con amargura el ascendiente que sobre él ejercía el genio preponderante y audaz del general argentino, atribuyendo a este doble influjo los actos de arbitrariedad que se perpetraban a la sombra de un régimen militar. La entereza de sus principios no se avenía ni con las violencias del general, ni con la inercia aparente del supremo director, y suspiraba en secreto por un estado de cosas más análogo a las ideas de verdadera libertad, sin olvidar no obstante el objeto principal de los votos formados por los patriotas de aquel tiempo: la total extinción de la dominación española sobre el continente americano. Mantúvose el doctor Marín retirado de la escena pública sin dejar por eso de servir a su patria siempre que se presentaba la ocasión. Como su noble carácter daba todo género de garantías a la confianza, fue algunas veces depositario de secretos importantes que le comunicaban sus conciudadanos, y pudo por sus atinados consejos contener los movimientos anárquicos que un patriotismo imprudente hacía nacer en los ánimos exaltados. -Consultado por los gobernantes sobre asuntos de público interés, siempre prestó gustoso el auxilio de sus luces; supo decir verdades atrevidas de palabra y por escrito, y aun hubo vez en que el decoro de la patria halló en su alma impertérrita un escudo contra los avances del despotismo militar. Probaremos esta aserción, refiriendo un hecho poco conocido que recordamos haber oído a personas que lo presenciaron, y que es sin duda notable. Tratábase de activar la expedición al Perú; San Martín reunió a algunos de los principales vecinos de Santiago para exponerles su designio y estimularlos a coadyuvar con sus esfuerzos a tan noble como denodada empresa. Todos los concurrentes participaban de sus mismos sentimientos; pero abrigaban algún recelo de que el general se propusiese conducir la expedición bajo una bandera extraña, a cuya conjetura daba lugar su preferencia

decidida por las tropas argentinas, el influjo de su sociedad privada, compuesta toda de individuos de aquella nación, y tal vez otros datos de mayor peso. Sea pues con justos motivos, o por una susceptibilidad extremada, el señor Marín y otros chilenos se hallaban alarmados por esta idea, y nadie había osado aventurar una sola pregunta para salir de sus dudas, fascinados por el prestigio de aquella voluntad omnipotente. Terminado que fue el elocuente discurso del general San Martín, el señor Marín con aquella fina sagacidad que en ocasiones importantes sabía dar a su palabra, le dijo: «Estamos todos de acuerdo, señor; la empresa no puede ser más útil ni más loable, pero, ¿bajo qué bandera marchará esta expedición?» Turbose algún tanto San Martín a una interpelación tan imprevista; pero recobrándose instantáneamente, contestó con su acostumbrada viveza: «Bajo la chilena, señor Marín.» Esta expresión disipó todas las alarmas, tornó la serenidad a los corazones y al disolverse la asamblea, O'Higgins apretaba cordialmente la mano a su antiguo amigo con un sentimiento inexplicable de admiración y gratitud. El doctor Marín, sensible en extremo a los estímulos de la gloria, recordaba siempre con gusto este rasgo de su vida.

Es indudable que había en el alma de Marín algo de la de Catón y de Régulo; pero esta estoica firmeza se hermanaba con una tierna sensibilidad que le hacía sumamente compasivo. ¡Cuántos hermosos ejemplos se presentan a nuestra memoria en apoyo de este aserto! Y a la verdad: si el espíritu de partido se ensaña contra alguna familia desgraciada suscitándole una cruel persecución, si la severidad del gobierno estimó justo aplicar un ejemplar castigo al iluso a quien juzgó delincuente, y en tales circunstancias una desconsolada madre, una esposa afligida se presentó al señor Marín solicitando su patrocinio para elevar sus clamores hasta el solio del poder, él supo ofrecerla una mano socorredora, alentarla en su infortunio y prestarla su enérgica voz, no por ninguna clase de interés personal, sino por el placer inefable de proteger la justicia o consolar la humanidad afligida. Nosotros recordamos los nombres y las desgracias de estas personas a quienes el señor Marín servía de padre y de amigo, después haber agotado en su favor todas las solicitudes y buenos oficios del abogado. Sinceramente adicto a su profesión, aún lo era más al reposo de las familias. Por tanto, cuando le buscaban para alguna defensa, si el asunto admitía transacción, la procuraba empleando para ello las persuaciones más eficaces. Jamás alucinó a ningún pleiteante acerca de la justicia que concebía en su derecho, ni prostituyó a fines indecorosos su pluma ni su influjo personal.

Un mérito tan distinguido atrajo de nuevo la atención del gobierno, y el señor O'Higgins le llamó a servir la fiscalía, por una carta llena de las manifestaciones más expresivas del alto concepto que le merecían sus relevantes prendas; pero él rehusó admitir este destino por razones que es fácil inferir de los antecedentes que hemos sentado. El señor Marín estaba persuadido de que los hombres de bien no deben tomar parte en las administraciones tenebrosas, en que los derechos del ciudadano no se hallan suficientemente garantidos: al menos este es el espíritu de una contestación que arrancó a su reserva la inquieta curiosidad de su esposa, interesada en saber los motivos que le habían estimulado a no aceptar la fiscalía, y aunque es doloroso para nosotros revelar lo que Marín hubiera querido ocultar, aun de sí mismo, por amistad y gratitud, nos obliga a hacerlo la imparcialidad de la historia y el respeto que debemos a la verdad.

El gobierno del señor O'Higgins era ya muy vacilante a fines del año 1822, y a semejanza de una máquina gastada cuyos resortes no pueden marchar, todo le presagiaba

un trastorno. Hallábase a esta sazón el señor Marín en la provincia de Coquimbo, y allí recibió cartas del general don Ramón Freire, en que le invitaba a unirse a él para verificar una revolución que pensaba hacer con el objeto de regenerar al país reuniendo un congreso nacional. Aunque la propuesta era seductora, el señor Marín no pudo resolverse a tomar parte activa en aquel movimiento, bien sea por no haber tenido inclinación a las revoluciones, o porque no conociendo a fondo el carácter y principios del joven general, le faltó quizá aquel grado de confianza indispensable para dar un paso tan avanzado. Pero cuando vio decididas a todas las provincias por el cambio de administración, juzgó que era necesario respetar la voluntad nacional; invitado por el gobierno de la Serena a una junta de vecinos que tuvo lugar con el fin de resolver sobre tan importante asunto, y obligado a dar su dictamen, lo expresó con franqueza y conforme en todo a los derechos de los pueblos y a las ideas liberales y de orden, de que siempre había hecho profesión.

Reunido que fue el congreso constituyente de 1823, esta corporación llamó al señor Marín para que ocupase un lugar entre los ministros de la suprema corte de justicia, destino honroso que admitió lleno de la más pura satisfacción, y como aquel viajero que después de una larga jornada, torna a sus hogares proponiéndose disfrutar en ellos del más dulce y apacible sosiego. Consagrose desde el primer día al desempeño de su nuevo empleo, no como un antiguo jurisconsulto versado en la administración de justicia, sino con el ardor de un joven que principia su carrera. Fuera de las acostumbradas asistencias de que jamás supo dispensarse mientras conservó algún vigor, pasaba largas horas en su gabinete registrando los puntos más delicados del derecho, a fin de formar dictámenes justos y legales sobre todo género de asuntos. Por la constitución de 1823 quedaron los juicios de conciliación a cargo de los señores ministros de la suprema corte, y es indecible lo que el señor Marín trabajó en su desempeño. Nosotros le hemos visto buscado diariamente por infinitas personas, recibirlas lleno de afabilidad y cortesía, oír las con la mayor paciencia y sacrificarles gustoso el tiempo destinado a tomar un ligero descanso en el seno de su familia o en la compañía de sus amigos. Su mayor complacencia era evitar las litis que habrían arruinado a muchas familias, y estampar por la noche en su diario estos lisonjeros triunfos de su persuasión y de sus luces.

¡Qué feliz habría sido este benemérito ciudadano, si este estado de tranquilidad hubiese podido prolongarse hasta el término de sus días! Pero no lo permitió así el destino, sino que contrariando sus mejores esperanzas, le había reservado para sus últimos años el cáliz amargo de la más injusta persecución. Al tocar este delicado punto, séanos permitido decir que no nos proponemos ventilar cuestiones políticas, y menos aún despertar pasiones adormecidas por el tiempo; pero siendo absolutamente necesario, para dar alguna idea del último período de la vida pública del señor Marín fijar la vista en ciertos acontecimientos, procuraremos hacerlo con rapidez y sin ninguna parcialidad.

Promulgada la constitución de 1823, fue el señor Marín llamado por el director don Ramón Freire a ocupar una silla entre sus consejeros de estado. La nueva legislatura embarazaba de tal modo al supremo magistrado en el ejercicio de sus funciones, que a pesar de sus tendencias liberales, varias veces indicó a su consejo el deseo que tenía de ser investido de facultades extraordinarias. No ignoraba el señor Marín que hay circunstancias difíciles, en que el único recurso para salvar la patria, es oponer la voluntad firme y vigorosa de uno solo, contra una multitud anárquica; pero sabía también que estas

ocasiones son raras, y juzgó que no era necesario ocurrir a tan peregrino medio, para conducir a un pueblo dócil, que observaba tranquilamente la marcha de sus instituciones. Opúsose por consiguiente a esta medida el celoso republicano con toda la fuerza de su carácter, y logró en efecto paralizar el golpe que, estallando poco después con mayor violencia, echó por tierra dicha carta, a los nueve meses de su promulgación. Celebróse una especie de convenio entre el señor Freire y el senado, por el cual se obligaba aquel a convocar prontamente el congreso nacional. Reunido que fue en 1825, el señor Marín pasó a ocupar un asiento en él, como diputado por San Fernando, después de haber lamentado en el silencioso retiro de su casa males que no podían ocultarse a su penetración, y cuyo remedio no era fácil encontrar. En efecto, el congreso y el poder ejecutivo estuvieron siempre discordes, y el 8 de octubre, después de haber disuelto violentamente aquel cuerpo, el director expidió un decreto, por el cual se ordenaba la expatriación de algunos de sus miembros, sin formarles causa, ni dar oído a sus justas reclamaciones. Se procuró difundir el rumor de que eran conspiradores, pero no se produjo ningún dato, no se exhibió la menor prueba. El señor Marín fue aprehendido, puesto en prisión y remitido con escolta armada al lugar de su destierro. No nos es fácil dar una justa idea de la impresión que labró en su ánimo tan indigno tratamiento. Diremos solamente que no fue la pérdida de su empleo, ni la separación de una familia adorada lo que le llenó de amargura, sino la imputación vaga de traidores a la patria con que se pretendió grabar a los comprendidos en el decreto. Tal vez el gobierno de aquel tiempo no tuvo un conocimiento exacto del mérito del señor Marín: ignoró, puede ser, el número y calidad de sus servicios, desconoció el verdadero temple de su alma, y por tanto no supo graduar la fuerza del golpe con que le había herido.

El doctor Marín esperaba al pie de los Andes se abriese la cordillera para cumplir su destierro en tanto que su afligida esposa se ocupaba en Santiago en remover influencias para que éste no tuviese efecto. Entre las personas que intercedieron por el señor Marín, hubo una, que alucinada sin duda por el tenor del decreto, y por las voces que se hicieron correr en orden a los confinados en un documento público, se había expresado de un modo agravante al honor de aquellos, y aun dádoles epítetos infamantes. Noticioso Marín de este hecho, escribió al instante al supremo director una carta respetuosa, pero llena de noble altivez, en que le dice: «que si compadecido de sus dolencias, o tocado de las lágrimas de su familia, S. E. tiene a bien conmutarle su destierro, lo aceptará; pero que si esta gracia se le concede por la mediación de ciertas personas, que sabe han interpuesto a su favor su influjo, antes se someterá gustoso a su adverso destino, que deber nada a gentes que han vulnerado su honor, y ofendido tan gravemente su delicadeza.» El público tuvo luego conocimiento de esta carta y unos creyeron reconocer en ella al Romano Marín, otros al discípulo de Juan Jacobo, y otros en fin al hombre de bien, luchando con la adversidad, y protestando noblemente contra los juicios apasionados y erróneos de sus deslumbrados compatriotas.

Ausente el director Freire a causa de la expedición a Chiloé, el gobierno provisorio aligeró el destierro del señor Marín, permitiéndole pasar a la provincia de Coquimbo; y últimamente el congreso de su espontánea voluntad le restituyó a su casa persuadido sin duda de su inocencia. Pero no bastando esta satisfacción indirecta a la delicadeza de Marín, se justificó victoriosamente después ante la legislatura nacional por medio de una representación enérgica que contiene una multitud de hechos interesantes, poco conocidos aun en aquel tiempo, y que ponen en claro su inculpabilidad. Algunos observadores

superficiales dieron a este paso una interpretación siniestra, atribuyendo a resentimiento y animosidad el calor de sus expresiones, y la fuerza de sus raciocinios; pero estuvieron muy distantes de creerlo así los que conocían el fondo generoso de su carácter. Un sentimiento exaltado de pundonor, un celo ardiente por la justicia y la verdad, su natural franqueza, y si podemos explicarnos así, un amor excesivo de su buen nombre, junto con el convencimiento íntimo de su inocencia y de su propia dignidad, le hicieron empeñarse demasiado en una justificación inútil para la mayor parte de sus oyentes. No: el decreto de 8 de octubre de 1825 no podía grabar el sello de la ignominia sobre tan incorruptible ciudadano, ni aun mancillar en lo más leve su reputación. Dicho documento contiene un expresivo elogio de los confinados, y si bien se examina su contenido, parece que al expedirlo hubiese vacilado la mano del que lo firmó por una emoción involuntaria de respeto para con sus mismas víctimas.

Y en efecto, ¿cómo podría con justicia tacharse de díscolo al que tantas veces, y en tan diversas épocas de su vida, se había ocupado en sofocar revoluciones, en tranquilizar los ánimos, persuadiendo a los que pretendían atentarse contra las autoridades sacrificasen al bien general su ambición o sus resentimientos? ¿Cómo había de pensar en abrir las puertas al extranjero, después de haber trabajado tanto por la libertad de su país y combatido las aspiraciones al poder absoluto que abortaron en el seno mismo del gobierno? ¿Qué especie de seducción podía tentar al que todo lo había sido en su carrera, al republicano virtuoso que, satisfecho con una mediocridad decente, a nada aspiraba sino a la felicidad y a la gloria de su patria?

Lo decimos con la convicción más íntima. El doctor Marín no desmintió jamás el aventajado concepto que se había sabido merecer. Su carácter imparcial y justo se sostuvo sin interrupción hasta el fin de su carrera, y los últimos actos de su vida pública van a suministrarnos pruebas que acreditarán hasta la evidencia cuán lejos estuvo de servir a los partidos, y cuán dispuesto se le encontró siempre a reconocer el mérito ajeno y a rendir homenaje a la verdad.

Pero el señor Marín experimentó aún una nueva decepción. Al fin de la memoria que presentó al congreso para la justificación de su conducta, añadió una solicitud sobre el cobro de los medios sueldos de que se le había privado durante su destierro. Nada parecía más obvio, puesto que separado de su destino por un golpe de estado y sin formación de causa, todas las disposiciones legales estaban a su favor; y sus compañeros de destierro, empleados como él, habían sido reembolsados hacía ya mucho tiempo. Pues bien, para él solo hubo otra jurisprudencia desconocida y jamás practicada en Chile, ni aun en los tiempos del gobierno español. Después de haberle llevado de tribunal en tribunal con los más frívolos pretextos, la corte de apelaciones, en tono de oráculo, sin dar la menor razón ni escudarse con ley alguna, decretó: «que el fisco no era responsable a los sueldos del señor Marín.» Dejamos al buen sentido de nuestros lectores el comentar este proceder; por lo que hace a nosotros, jamás hemos podido darnos la razón de tan notoria injusticia.

Nuestro virtuoso ciudadano continuó, como era justo, mereciendo la confianza de sus compatriotas, y en 1827 fue elegido diputado al congreso nacional. En esta legislatura se acordó conceder honores fúnebres a la memoria de los malogrados Carreras, y conducir a su patria las cenizas de estas tres víctimas infelices de propias y ajenas pasiones. El



diputado Marín juzgó debía hacerse el mismo honor a los restos del ilustre Rodríguez, y al efecto hizo una moción que, por una fatalidad inconcebible, por uno de aquellos signos de desgracia que parecen marcar la existencia de ciertos individuos aun más allá de la tumba, no halló eco en la representación nacional. Hubo diputado que contestó al señor Marín con un necio y grosero sarcasmo, y aquel, demasiado delicado y pundonoroso, guardó silencio contentándose con haber promovido este acto de alta justicia, en que no tenía parte el espíritu de partido ni afección de personal amistad. Lo que acabamos de referir nos da un ejemplo bien triste de la facilidad con que la generación que se levanta se olvida de la que le ha precedido, y desconoce la voz de los que aún tienen el derecho de aconsejarla y dirigirla. Pero volviendo al señor Marín, parece que sus propias desgracias le hubiesen hecho más reconocido y justo para con las notabilidades patrióticas, puesto que en el congreso de 1836 aún hizo otra moción semejante. Persuadido como lo estaba de ser un baldón para Chile el desconocer los servicios del capitán general don Bernardo O'Higgins, y temiendo que este veterano de la independencia acabase sus días en país extraño, cargado con el anatema de un ostracismo injusto en fuerza de su larga duración, solicitó en una moción elocuente y empapada toda en los sentimientos de su amistad y respeto por el noble deportado, se le restituyesen sus honores y se le abriesen de nuevo las puertas de la patria. Su voz fue oída con entusiasmo por la cámara, su moción aceptada; pero no sabemos por qué motivos quedó al fin sin efecto. Hemos oído sobre este acontecimiento varias versiones, que por ser opuestas entre sí, no nos merecen entera fe. Lo que nos parece más verosímil es que los hombres influyentes de la época no supieron sobreponerse al espíritu de facción. No vivían como el señor Marín en el porvenir para legarle sin mezcla de pasiones bastardas las más preciosas glorias del pasado.

El señor Marín fue uno de los diputados que firmaron en 1828 la constitución más liberal que haya tenido Chile; pero descontento en general del orden de cosas que existía, perteneció por sus opiniones al movimiento revolucionario que siguió a la promulgación de aquel código. El nuevo gobierno establecido en la república a consecuencia de este trastorno halló por conveniente reformar una constitución que no se hallaba en armonía con la actitud fuerte de una administración que se asienta sobre las ruinas de un partido, y al efecto abrió una asamblea de plenipotenciarios nombrados por las provincias, los cuales debían convocar un congreso para llevar a cabo esa reforma. El señor Marín se encontró elegido diputado; pero celoso como lo fue siempre de las libertades de sus conciudadanos, miró dicha reforma como un verdadero atentado, y lejos de cooperar a ella, votó siempre en contra de todos los artículos alterados, guardando en las discusiones un tético y profundo silencio, bastante expresivo sin embargo para los que conocían el temple de su ánimo lleno de rectitud e incapaz de doblegarse al poder a costa de sus convicciones.

Este último acto de firmeza coronó la carrera pública del doctor Marín, y nosotros vamos también a terminar la honrosa tarea de recomendar su memoria. Grato nos es reposar un momento a la sombra de esta reputación sin mancha, después de haber visto al digno republicano atravesar las tempestades revolucionarias, conservando ileso el sagrado depósito de su honor. Su vida pública, si se examina con imparcialidad, fue una protesta no interrumpida contra los extravíos de los gobiernos, y los desbordes de las pasiones populares, tan rara vez regidas por la razón. Pudo como hombre padecer errores; su alma ardiente no podía presenciar estas luchas en que figuran las grandes ideas sin tomar alguna parte; pero tan luego como creyese comprometido el bien de su país, o los sagrados

principios de la justicia, retrocedía espantado, asilándose en el santuario de su conciencia y el retiro de la vida privada. Se le objetará quizá haber sido severo en el modo de juzgar a sus contemporáneos: tal vez le faltó algo de esa impasibilidad filosófica que transige con las ajenas debilidades, y economiza muchos disgustos en la vida; pero no entraba este indiferentismo en su carácter apasionado y vehemente, y es preciso acordarnos que, herido en los más nobles instintos de su corazón, no podía dejar de afectarse, rechazando con horror todo lo que se dirigiese a empañar su buen nombre y la gloria póstuma a que con tan justo título debía aspirar. De tal manera le ocupaba esta idea, que muchas veces en la época de su persecución, se le oían proferir a solas exclamaciones dolorosas que revelaban toda la amargura de su alma, y solía decir a sus hijos estas sentidas palabras: «No ocuparé una sola página en la historia de Chile, y sin embargo, he merecido bien de la patria.» A pesar de todo, jamás abrigó el menor deseo de vengarse. A la vuelta de pocos años, y por una de aquellas crueles vicisitudes del destino, el general Freire se vio a su vez desgraciado y perseguido en su país, engañado en sus expectativas, mal comprendido en sus sentimientos, y víctima en fin de una larga y penosa expatriación. En tales circunstancias, el doctor Marín, que siempre había hecho justicia a la bondad de carácter del general y a su mérito patriótico, tomó por su suerte un decidido interés, compadeció de corazón su infortunio, y nadie pudo con tanta propiedad como Marín aplicarse en aquel caso este tan conocido verso del poeta:

El doctor Marín no fue jamás aspirante, ni hubiera podido serlo, tanto por su extremado desinterés, como por no estar avezado a los artificiosos manejos de la ambición: él mismo decía que todos sus deseos se hallaban satisfechos con el papel que le había tocado representar en el drama de nuestra revolución, y con el honroso destino que le había confiado la patria.

Preocupados por la faz seductora que presenta la vida pública del señor Marín, habíamos omitido hasta este momento la descripción de su persona, como si ignorásemos que nada es indiferente en los hombres de un mérito no común. Fue Marín de estatura poco más que mediana, delgado, garboso y de buenas proporciones. Su rostro moreno y enjuto nada tenía de bello, pero era distinguido por un aire de penetración y firmeza que expresaban perfectamente sus ojos pequeños y negros, llenos de inteligencia, y sus labios juntos y delgados que le daban cierta semejanza de expresión con algunos bustos romanos. Tenía el habla suave en la conversación ordinaria; pero cobraba grande energía siempre que le animaba la pasión. Sus maneras finas, su fácil elocución y la ligereza y gracia con que discurría sobre todo género de asuntos, hacían interesante su trato, y bastaba verle entrar en un salón o saludar a alguna persona, para reconocer en él al hombre culto y de mundo que pertenece a una sociedad adelantada.

A fines de 1837, sintiendo debilitarse su salud de día en día, pidió su jubilación, y es notable una cláusula de su escrito, en que después de confesarse de todo punto inhábil para el trabajo, ofrece a sus hijos y nietos, para que continúen sus servicios a la patria. Concedióle el gobierno su solicitud, por un decreto en que no sólo se tuvieron presentes las calidades indispensables para obtener la jubilación, sino también su acendrado patriotismo; y el ilustrado chileno don Mariano Egaña, fiscal entonces de la suprema corte de justicia, le

llamó en su vista uno de los fundadores de nuestra libertad, y añade recomendando su mérito que «no puede presentarse objeto más digno de la consideración del gobierno, que aquellos patriotas, a cuyos gloriosos esfuerzos debe la nación su existencia como tal, y todos los chilenos una patria.»

Estos honoríficos testimonios del aprecio de sus conciudadanos, y de la atención del gobierno, fueron un suave bálsamo para el ánimo del señor Marín, y esparcieron alguna calma sobre sus últimos días, en medio de sus graves dolencias e infortunios de consideración de que se miró rodeado. Su alma grande era también profundamente religiosa. Por tanto la beneficencia y la piedad fueron su mayor consuelo. Pero aunque privado del uso de todos sus miembros, no parecía existir sino para el dolor, aún se interesaba cordialmente en todo lo respectivo a la dicha de su adorada patria. Tres días antes de su muerte, llegó a Santiago la noticia de la gloriosa victoria de Yungai, y al oírla fue tal su enternecimiento, que rompió en llanto mezclado con expresiones bíblicas de religiosa gratitud a la divina providencia por tan singular favor. La impresión de una súbita alegría pareció aflojar los débiles lazos que le unían a la vida, y en efecto falleció el 24 de febrero, confundiéndose en su alma hasta el último suspiro el sentimiento precioso que había sido el norte de sus acciones con sus afectos más caros y las interminables esperanzas de la vida futura.

Dos días después fueron conducidos sus restos mortales al panteón de esta capital, y sobre su modesta losa gravó la ternura filial el siguiente epitafio, que no desmentirá la posteridad.

AQUÍ YACE

EL DOCTOR DON JOSÉ GASPAR MARÍN,

MUERTO EL 24 DE FEBRERO

DE 1839,

DE EDAD DE 67 AÑOS.

FUE EMINENTE PATRIOTA,

RELIGIOSO, BENÉFICO, ILUSTRADO,

INCORRUPTIBLE Y HÁBIL MAGISTRADO:

SI CHILE AGRADECIDO

DEL AÑO DIEZ VENERA LA MEMORIA,

EL NOMBRE DE MARÍN ESCLARECIDO

EN SUS ANALES GUARDARÁ LA HISTORIA.

MERCEDES MARÍN DE SOLAR.

XVI

Don José Miguel Infante

I

El relato de la vida de un hombre suele muchas veces ser la historia de los más brillantes episodios de la vida de un pueblo. Cábeles a algunos la fortuna de vincular su existencia a la del país en que nacen; y así es que el historiador, cuando recoge los hechos que ha de someter a su estudio y análisis, tiene forzosamente que consignar en cada página de su libro el nombre de aquellos de quienes no puede desprenderse cada suceso en el momento de su apreciación y examen. Esta identificación preciosa del individuo con la patria, que muy pocos alcanzan, puede mirarse como un favor especial otorgado por la Providencia.

¿Podremos nosotros volver la vista a 1810 y seguir el curso de la sociedad chilena hasta 1830, sin que nos salga al encuentro y nos sorprenda el nombre de don José Miguel Infante? Cuando escribimos su vida, hubimos de dilatarnos por esta causa; pero ahora, que debemos circunscribirnos a estrechos límites, vamos a seguirle a grandes rasgos, marcando solo aquellos hechos más culminantes.

A principios de este siglo un capitán intrépido y feliz ponía a la España a dura prueba. Obligada a reconcentrar sus fuerzas para hacer frente al peligro, proporcionaba favorable coyuntura a sus colonias para romper los vínculos que a ella las ligaban. Ánimo era menester, sin embargo, para esta obra. En la abyección en que las sociedades americanas vivían, no era tan fácil dar principio a un cambio completo, a no ser por hombres valerosos y esforzados.

Pero estos hombres ni podían ser muchos ni obrar tampoco a cara descubierta. La España había tenido buen cuidado de no popularizar la ciencia, porque en el embrutecimiento de sus colonias hacía estribar la perpetuidad de su dominación. El derecho en cuanto aseguraba la propiedad y prescribía una pasiva obediencia al soberano, y la teología en cuanto explicaba los dogmas y los misterios de la religión católica, eran los únicos santuarios a que al pobre colono le era permitido llegar. El abogado ramplón y el teólogo escolástico eran los oráculos que la ciencia tenía: para pasar más adelante era preciso salvar una valla que comenzaba en las aduanas y terminaba en la inquisición.

Sin embargo, el despotismo nunca será bastante cauteloso para asegurar su dominio. En el ansia del hombre por vivir libre, siempre ingeniará medios como burlar las más pensadas medidas adoptadas para encadenarle; y así es que aun cuando la España con sus leyes de Indias y código de las Partidas había creído cerrar el paso a todo otro conocimiento que el que estos libros dieran, jamás pudo impedir la introducción de otros a pesar de los rigores de aquellas, ni alcanzó a advertir que en las prescripciones de este último habían de hallarse consignados principios que sirvieran para combatirla.

La noticia del cautiverio de Fernando daba un pretexto legal para desarrollar planes que estaban todavía en germen. Si las provincias de España habían instalado sus juntas para gobernarse durante la prisión del rey, las colonias podían de derecho hacer otro tanto; y si este paso, una vez dado, tendía a procurarse otros fines, no podía tampoco acusarse de criminal desde que la ley lo garantía. Una junta que mandase a nombre de Fernando era una cosa que podía hacerse con la mano puesta sobre el código que la misma España diera. El pretexto era pues plausible, y nuestros padres bastante astutos para no despreciarlo.

A esta época concurría también la feliz casualidad de mandar el país un hombre inepto, áspero y de ruines entretenimientos. Don Francisco Antonio García Carrasco, brigadier de artillería y presidente solo por la antigüedad de su grado militar, advertido de las ideas revolucionarias que trabajaban a Santiago, tomó para impedir su curso desacertadas medidas, que provocaron la indignación general y hasta arrancaron a la misma audiencia serias y formales reclamaciones. El destierro de los señores Rojas, Ovalle y Vera, decretado violentamente y mediante un golpe de autoridad, fue una de las providencias más culminantes con que Carrasco quiso poner atajo al mal que le amenazaba, sin advertir que ni las prisiones ni los destierros son bastantes a comprimir ni anular las ideas cuando han llegado a ser convicciones en el corazón de los demás, y cuando esas ideas son, por otra parte, hijas de esa ley de progreso y de libertad que marca la marcha del mundo. El terror puede imponer silencio, mas no convencer. Los gobiernos que creen asegurar su existencia llevando el miedo a los ánimos, nunca están suficientemente seguros, puesto que no cuentan con el amor ni con el corazón de los que obedecen.

Tanto desacierto de parte del capitán general y tanta nulidad reunida en su persona, proporcionaban un flanco ventajoso para combatir y para desprestigiar la autoridad que ejercía. Nuestros padres se aprovecharon de él para poner por obra sus planes y obligar a Carrasco a dejar su puesto, el cual fue ocupado por un hombre que aunque respetable, era débil, y a cuya sombra podía por tanto sin mayor dificultad abrirse camino la revolución.

Entre las personas que tal plan desarrollaban, distinguíase Infante por su ardorosa pasión por la revolución, y más que todo por su atrevimiento para proclamarla.

Era también Infante uno de los hombres más adelantados en ideas de aquel tiempo. Abogado distinguido en el ejercicio de su profesión, no había limitado sus estudios a las fuentes estériles a que la metrópoli condenara a sus colonos, sino que había devorado con ansiedad una colección de libros de los filósofos del siglo XVIII en su mayor parte salvados ingeniosamente del prolijo registro aduanero. Estos libros habían iluminado y seducido su inteligencia, y lanzádole a la revolución con una fe más ardiente y un amor más desinteresado.

La instalación de una junta gubernativa ganaba cada vez mayores prosélitos, sin que por esto dejaran de presentarse no pequeñas dificultades para su consecución. No siempre las buenas ideas se acogen a la simple enunciación: el egoísmo y la ignorancia son enemigos capitales que las combaten, naciendo de aquí que los hombres que se encargan de la alta misión de propagarlas, hayan menester de una constancia indomable y de un valor no común.

En Chile el cabildo, de que don José Miguel Infante era procurador de ciudad y el más osado caudillo; se había puesto al frente del partido que pedía la creación de una junta; pero no obstante la posición que este cuerpo ocupaba y la respetabilidad de las personas que lo componían, la lucha era indispensable y necesaria. En el interés de los mandatarios españoles estaba sostener la dominación de su rey; y el pueblo, en cuyo beneficio la revolución iba a obrarse, apenas comprendía los bienes que un cambio de cosas pudiera traerle. El pueblo era ignorante y preocupado: impugnábase su adhesión instintiva a la revolución, sublevando el sentimiento religioso. Los realistas eran hartos entendidos en esta estrategia, y al vicario capitular, jefe por entonces de ellos, le ocurrió dirigir una circular a los curas recomendándoles su sumisión y obediencia al rey y excitándoles amonestasen en este sentido a los feligreses.

Este golpe era mortal. El clero ejercía una decidida influencia; y el clero, con rarísimas excepciones, combatía la instalación de una junta, como pudiera combatir una herejía de Lutero. Dios y el rey formaban una sola entidad para él. La teología de las escuelas había elevado a dogma todo esto.

El cabildo recibió con notable desagrado la noticia de este hecho. El provisor, alarmando la ruda conciencia del pueblo por medio de la eficaz cooperación de los curas, era un caudillo temible que levantaba un ejército sin necesidad de armamentos ni maestranzas. Sucedió también que el provisor, categoría inmune y de prestigio entonces, era el prebendado don José Santiago Rodríguez, de vastas relaciones de familia, de carácter imponente y de grande influencia en la sociedad. El peligro no era pequeño; pero el cabildo, a quien no arredraba ninguna consideración y que estaba decidido a hacer triunfar a toda costa la instalación de la junta, adoptó el partido de acusar al provisor ante el capitán general, diputando para este efecto una comisión que formulara ante éste y en presencia de aquel, los cargos que por su conducta se le hacían.

De lo audaz de este paso no es posible juzgar sino trasladándonos a aquel tiempo. Acusar a un provisor y acusarle ante la autoridad civil, era un pecado casi sin remisión; pero esta acusación, una vez hecha, aunque no diera por resultado una pena, probaba también que el cabildo era una autoridad superior, que vigilaba los procedimientos de los demás cuerpos del estado, y manifestaba que existía un jefe ante el cual nadie, por privilegiado que fuese, podía excusarse de responder. El cabildo no buscaba sino el efecto moral: no pretendía más que convencer al pueblo que ese provisor que hablaba a nombre de la iglesia, podía ser llamado a cuentas como cualquiera otro que a sus deberes faltase.

La diputación del cabildo la compusieron don Diego Larrain, don Francisco Pérez García, don Fernando Errázuriz y don José Miguel Infante, que dominaba entre sus colegas por su firmeza e impetuosidad. El provisor se presentó orgulloso ante el capitán general; pero este orgullo hubo de estrellarse impotente contra la palabra de Infante, quien, contestando al cargo de revolucionarios que se les hacía, llamó a aquel carlotino, es decir, traidor, por ser válida entonces en Santiago la existencia de un partido que quería entregar el reino a la princesa Carlota del Brasil.

La instalación de una junta, sin embargo de tantas contrariedades, llegó a ser una idea generalmente aceptada. El 18 de setiembre de 1810 una numerosa concurrencia se encontraba en la sala del tribunal del consulado, deliberando sobre su conveniencia y votando el nombre de las personas que debían componerla. De en medio del concurso se dejaba oír una voz llena de audacia y calor, que aconsejaba la medida que se tomaba y probaba su legalidad. Infante, como procurador de ciudad, era quien esto hacía en un discurso hábilmente preparado para insinuar en los ánimos una idea, cuya proclamación a cara descubierta tanto trabajo había demandado, y cuyo triunfo no era seguro, si no se la presentaba disfrazada y ataviada de razones legales, sacadas de los códigos españoles, antes que del código eterno de la justicia. El procurador de ciudad fue, pues, el pregonero de esta nueva era que se abría a Chile; pregonero feliz en cuya cabeza bullía un pensamiento más grande y dilatado, pero que le era forzoso ocultar, a trueque de que la libertad no sufriera en su primer anuncio un rey que alejara su reinado.

Infante tenía a esta época treinta y dos años. Había nacido en Santiago el año de 1778 de una familia distinguida y relacionada. Sus padres eran don Agustín Infante y doña Rosa Rojas. Distinguíase entonces, como se distinguió siempre, por la firmeza de su carácter, por su fe, laboriosidad, franqueza, y sobre todo por una moralidad que no rindió jamás la pasión y por una sed de justicia que llegó a hacer de su nombre un honroso proverbio. Su físico estaba en relación con su alma: alto y corpulento, tenía una frente extendida, y un mirar firme que animaban sus pobladas cejas. Su voz, que fácilmente se encendía en la discusión, se prestaba a todas las modulaciones de la más atrevida declamación. Infante tenía todos los arranques de un tribuno; todo el atrevimiento de un hombre de estado; todo el celo y tino como abogado, y toda la calma, pureza e ilustración como magistrado.

La instalación de la junta no importaba sino el primer paso que daba la revolución. Una abierta declaración la habría hecho fracasar de seguro, atendida la humillación en que al pueblo se mantenía. El nombre de Fernando era la consigna mentirosa con que debía caminar. Si los cimientos de un nuevo edificio se habían zanjado, los obreros no debían descansar hasta darle cima.

Pasado el arrobamiento producido por el triunfo, el cabildo comenzó por meditar los medios de adelantar la obra tan mañosamente principiada. Su procurador de ciudad apareció solicitando la convocación de un congreso, elegido popularmente, que representase la soberanía de la nación y diese a esta una existencia propia. Atrevida en extremo era esta petición. Convocar un congreso por medio del voto del pueblo, era llamar a éste a la vida pública; reconocerle derechos que antes se le negaban y buscar el principio de autoridad y la emanación de todo poder en otra fuente que en la de que antes venía. Importaba en verdad, todo esto, una conspiración sin disimulo contra ese rey cuyo nombre hipócritamente se invocaba.

A la junta le asaltaban temores sobre la adopción de esta medida que creía inoportuna; mas Infante, que comprendía bien que las revoluciones no pueden marchar a pasos lentos y que tienen un momento que es menester aprovechar para que no perezcan, dirigió una valiente solicitud al cabildo para que requiriese a la junta por la pronta convocatoria del congreso y la aceptación inmediata de las providencias necesarias a este objeto. En esta solicitud se desembozaba, y arrojaba al suelo la máscara con que hasta entonces se encubría: decía que era necesaria la pronta formación de una constitución sabia que sirviese de regla inalterable al nuevo gobierno. ¿Qué más podía decirse en un tiempo en que el derecho y la justicia eran una mentira, sino un crimen? Un congreso, emanación del pueblo, y una constitución dictada por los representantes de éste, sancionaban la independencia política del país, por más que al frente de cada decreto se inscribiera un nombre real. La honra de haber emitido estas ideas no podrá jamás arrebatarle a Infante; por más que se diga, cábele a él tamaña gloria.

El congreso hubo de reunirse el 4 de julio 1811. A su elección precedió una funesta división entre el cabildo y la junta, a quien alentaba un hombre hábil y valeroso. Natural era que esta circunstancia unida a las informalidades de la elección, diera un cuerpo compuesto en su mayor parte de hombres incapaces, apocados y tímidos. El congreso había asumido todo el poder público que la junta ejerciera, y dividiéndose, para la mejor expedición, en diversas comisiones, le había arrebatado al gobierno el principio de unidad de que más necesitaba. La revolución podía perecer en sus manos; pero un joven entendido y ardiente, capaz de grandes concepciones, llamado José Miguel Carrera, acabó mediante repetidas asonadas populares con la vida de este congreso, trasladando a una junta de que él fue miembro, todo el poder que aquel ejercía.

Infante condenó este procedimiento de Carrera: creía que se daba un funesto ejemplo para en adelante, derribando, mediante atrevidos golpes de mano, la autoridad que la revolución había creado. Carrera e Infante estaban a este tiempo en filas opuestas: disentían acerca de la marcha que a los negocios públicos debiera darse, y los alejaba también la pronunciada diferencia entre los caracteres de uno y otro. Infante era atrevido por la justicia; Carrera era intrépido por la fogosidad de su alma.



Por este tiempo el virrey del Perú se propuso ahogar en su cuna la revolución de Chile, mandando una expedición a las órdenes del brigadier don Antonio Pareja. La noticia del arribo de este jefe produjo una alarma general en Santiago. Ya no era posible el disimulo, ni servían de nada las protestaciones hechas a nombre del rey. Si las autoridades de Chile mandaban a nombre de Fernando VII, no debían recibir como enemiga una fuerza que se presentaba invocando su nombre; pero si ellas servían a otros fines, como no podía dudarse, menester era combatirla y disputarle el terreno palmo a palmo. Para la defensa y el combate no se contaba con más elementos que el valor y el patriotismo. Durmiendo el país el sueño de la esclavitud, ¿en qué manos podrían estar las armas sino en las de los amos? ¿Ni cómo adiestrar tampoco a los colonos en el ejercicio de la guerra, cuando él podría despertar la conciencia de sus fuerzas y alentar el deseo de ser libres? Pareja iba a pelear con ciudadanos, y la revolución, hasta entonces pacífica, iba ahora a presentarse armada y resuelta.

Carrera fue nombrado general en jefe de las fuerzas militares que debían organizarse y acantonarse en el sur; y como su ausencia hacía necesaria la organización de una nueva junta gubernativa, quedó esta definitivamente compuesta de don José Miguel Infante, don Agustín Eizaguirre y don Francisco Antonio Pérez que más tarde fue sustituido por el presbítero don José Ignacio Cienfuegos.

La junta, que era regentada por Infante, se colocó desde luego a la altura de las circunstancias. Sus esfuerzos, combinados con los del ejército del sur, debían salvar la revolución. Poco importaba que fuese derrotada en los campos de batalla, con tal que hiriendo el corazón del pueblo, dejase gérmenes que la hicieran siempre renacer vigorosa y amenazante. El valor para obrar lo decidía todo, y este valor lo tuvo la junta.

Su primer providencia fue mandar embargar los caudales y propiedades de toda persona que residiese en Lima o en cualquiera de los otros puntos sometidos a la obediencia del virrey, dando por razón que se ignoraba lo que este o su ejército harían con las de los chilenos en los pueblos que subyugasen. Tal medida importaba declarar rotas las hostilidades con un poder que se desconocía ya como legítimo y que se miraba como enemigo.

Al lado de este decreto, la junta expedía otros que tendían a facilitarlos recursos necesarios al ejército y a dar al país una organización regular y expedita que facilitase la marcha del gobierno y dejase en todas partes libre la acción de la revolución. Pero entre las providencias culminantes que entonces se expidieron, no podremos dejar de mencionar dos, bastantes por sí solas para inmortalizar el nombre de la junta.

La revolución no tenía hasta ahora un mensajero que la representase, y carecía de un emblema que dijese cuanto ella quería. La junta, acogiendo un pensamiento de Infante, decretó oficialmente un pabellón tricolor que anunciando la nacionalidad chilena, sirviese al soldado en el campo de batalla de norte seguro para la victoria.

Pero no es esto solo: ¿podría creerse, a no ser los decretos de 13 de junio y 27 de julio de 1813, que la junta, animada por la voluntad y la inteligencia de Infante, contrajese su

atención y desvelos, en medio de los azares de una cruda guerra, a objetos totalmente extraños y casi ajenos de las circunstancias? El Instituto Nacional, precioso plantel de risueñas esperanzas para Chile, le debió su vida a Infante y un plan de estudios en que la instrucción cobrase un vuelo que le permitiera desarrollarse en campo más vasto y ameno; y la educación primaria, bautismo necesario para el pueblo, que ha de obrar su regeneración social y moral, mereció una contracción preferente, mandando que se abriese una escuela en cada ciudad, villa o pueblo que contuviese cincuenta vecinos, costeada con los propios y arbitrios de cada localidad. Nada importa que, atendida la situación del país, tales decretos se mirasen como extemporáneos o no alcanzasen su planteación; nada importa, repetimos, todo esto, porque la verdad es que la enunciación de tales pensamientos, a la par de embellecer la revolución, formarán siempre del nombre de Infante una cauda luminosa que recibirá respetuosa la posteridad.

Pero mientras que la junta se contraía a medidas de tan alta trascendencia, contra Carrera se había alzado el grito de la envidia y del encono. Supuestas miras ambiciosas encabezaban el proceso, y los desastres de la guerra motivaban la sentencia.

La junta participó de este sentir común, y bajo pretexto de acelerar las operaciones del ejército, se trasladó a Talca con el propósito deliberado de entregar el mando a otro jefe, si más valiente, no más hábil que Carrera. Don Bernardo O'Higgins fue nombrado en su reemplazo.

De regreso a Santiago la junta encontró la opinión preparada en su contra y generalizado el pensamiento de crear un gobierno directorial que confiado a una sola persona, diese unidad a la dirección de los negocios públicos y celeridad en su marcha. El 7 de marzo de 1814 el vecindario se reunió en cabildo abierto y dio cima a sus deseos. En esta reunión Infante predijo la ruina que se le esperaba a la patria: «un bien, dijo, es exonerarme del peso de la autoridad; lo sensible es que no pasarán seis meses sin que el país caiga en poder del enemigo». ¡Triste vaticinio que antes de tiempo hubo de cumplirse! Una funesta división, que el patriotismo no fue bastante a ahogar, comenzó a pronunciarse desde el principio de la revolución; y esta división que las pasiones habían de encender cada vez más, era la causa de que se culpase a los hombres más puros y entendidos de males que ellos no podían evitar, que eran un consiguiente del desquiciamiento en que la revolución lo había traído todo, y que se aumentaban por el mismo desconcierto en que los patriotas andaban. Cada cual procuraba culpar a otro de lo que tal vez él mismo era cómplice; y deseando poner coto a tal situación, se arbitraban medios ineficaces que, lejos de mejorarla, la empeoraban. ¿De qué valían las oscilaciones a que estaba sujeto el poder, ni la trasmisión que de él se hacía de unos hombres a otros, cuando esto mismo estaba atizando la discordia y ahondando heridas que solo la unión podía curar? Por lo demás, la revolución debía traer sus desgracias: en medio de la santidad y pureza de sus fines, ¿cómo depurarla de los medios de que había de echar mano, cuando ellos son la consecuencia de una ley, fatal si se quiere, pero forzosa e inevitable?

Después de su separación de la junta, Infante se marchó a Buenos Aires investido de un carácter público. En su ausencia tuvieron lugar nuevos cambios en el poder y nuevas y más acres acriminaciones entre los partidos; y si por un momento el peligro común pudo reconciliar los ánimos, sucedió esto ya tarde y cuando el mal era incurable. Estaba

decretado: la revolución había de sufrir un cruel revés para purgar las faltas de sus sostenedores. Rancagua fue su sepulcro y el campo de heroicas y nunca bien ponderadas proezas. Los jefes militares que en este encuentro de armas se hallaron cruzaron las cordilleras, buscando asilo en otra tierra y dejando el vaticinio de Infante cumplido. La patria quedaba maniatada en poder de sus opresores.

### III

La batalla de Chacabuco abrió las puertas de la patria a todos los que en tierra lejana sufrían las amarguras de una inmerecida proscripción. Don Bernardo O'Higgins había sido nombrado director supremo; y entre sus primeros afanes se notaba el de reunir fuerzas y elementos que oponer al enemigo, asilado aun en las provincias del sur. Se preveían nuevas batallas, nuevos lances y más espléndidos triunfos.

En estas circunstancias Infante atravesó los Andes y se restituyó a Chile.

Al poco tiempo un desastre militar vino a poner en conflicto la situación del país. En Cancha-Rayada el ejército patrio fue sorprendido, desordenado y dispersado, mediante la oscuridad de la noche, por las columnas enemigas, llegándose a creer que esta sorpresa fuese derrota.

La noticia de este suceso llenó de espanto los ánimos en Santiago. Creíase ver al enemigo a las puertas de la ciudad cometiendo nuevas extorsiones e imponiendo al patriotismo castigos cada vez más crueles. Fresca estaba la memoria de la imbécil tiranía de Marcó. No se pensaba sino en huir y en ir al suelo extranjero a mendigar una compasiva hospitalidad. Pero en medio de este abatimiento un hombre cuyo genio era motivo de espanto para el enemigo se encargó, ayudado de Infante y otros pocos, de levantar los ánimos de la postración en que yacían. Manuel Rodríguez, que había hecho de la patria una deidad, tomó sobre sí el empeño de hacer frente al peligro, sacando recursos de la misma situación apurada en que el país se hallaba. Mediante sus esfuerzos y los de Infante el ardor cívico renació; y mediante el desprendimiento de este último se compraron en las armerías todas las armas que en ellas había, y con las cuales se equipó el escuadrón de Húsares de la muerte que el primero formaba. Así fue como un pueblo animado de civismo y un ejército movido por el entusiasmo pusieron para siempre en tierra, en las llanuras de Maipo, el orgulloso pendón español.

A los pocos días de esta victoria, Infante fue llamado por el director supremo a servir el ministerio de hacienda, donde, más que un verdadero sistema económico, era menester establecer antes una organización capaz de regularizar las operaciones de este ramo. Estaba Infante en esta obra, cuando serias diferencias con el director y funestos acontecimientos de que no quería más tarde se le culpase, le obligaron a abandonar el puesto. A la verdad que Infante no era para ministro de O'Higgins: demasiado puro y demasiado honrado, no reconocía en política otro norte que la justicia, y no admitía el extraviado principio, tan

válido en toda época y tan funesto siempre, de que hay circunstancias y conveniencias sociales que hacen necesario el sacrificio de aquella.

Por otra parte, el gobierno de O'Higgins había tomado también un rumbo equivocado y héchose reo de graves faltas que sus defensores procuran explicar y aun pobremente disfrazar, como si para reconocerle grande y confesarle sus relevantes servicios fuese necesario ocultar a la historia y a la posteridad los yerros en que, como hombre y como político, pudo incurrir. Se llama gobierno fuerte su administración; y bajo esta palabra bastante vaga y que se da la mano con el despotismo, se quieren paliar los extravíos en que incurrió, las tendencias que desarrolló, las violaciones legales que cometió y los actos de innecesaria venganza que ejerció. ¿Ha menester O'Higgins de reticencias, de pueriles explicaciones, de tergiversaciones palpables y de apologías mentirosas para que se le declare el primer soldado en el campo de batalla, el capitán más atrevido y valeroso y uno de los patriotas más desinteresados y decididos por el bien público? Habrá menester que se emplee la escolástica en su defensa para que se le confiase su tesón en llevar adelante la expedición libertadora sobre el Perú, en circunstancias que Chile aun estaba amagado por el enemigo y las arcas nacionales exhaustas, pobres y escasas para atender a imperiosas necesidades? O'Higgins tiene su hermosa página en la historia; pero a su gobierno, a su gobierno fuerte, como lindamente le llaman sus encomiadores, no se le podrá vindicar de los desaciertos que prepararon la opinión en su contra y concertaron la revolución majestuosa que le derribó.

O'Higgins había sacrificado cobardemente a Manuel Rodríguez por medio de un oscuro asesinato, que la conciencia pública, recogió para no aceptar ninguna disculpa con que quisiera después paliarse.

O'Higgins había perseguido tenazmente a sus enemigos y protegido el fusilamiento de los Carreras en Mendoza, llevando el descaro hasta hacer pagar al padre de éstos el salario que el verdugo había llevado por la ejecución.

O'Higgins había burlado la reclamación unánime que se le hacía por el otorgamiento de una constitución que asegurase las garantías individuales y estableciese el imperio de una libertad moderada en todos los ramos en que debiera reinar.

O'Higgins, para no ser más difusos, mantenía en playa lejana y agobiados por el peso de la miseria, a muchos de los más esforzados campeones de la revolución, a ardientes patriotas, cuyas faltas, si es que las tenían, afectaban solo la persona del director supremo, y no merecían, ni con mucho, ser penadas con un doloroso y largo ostracismo.

El descontento cundía por esta y otras muchas causas; y este descontento lo alentaban y recogían hombres en quienes no podía suponerse ninguna mira personal, ni ningún interés individual.

Infante, Eizaguirre, Guzmán, Errázuriz y otros combinaron los medios de concluir con la administración de O'Higgins, dirigiendo para esto la opinión del pueblo elocuentemente pronunciada. El ejército del sur, puesto bajo las órdenes del general don Ramón Freire, y la guarnición de Santiago, apoyaron el pronunciamiento unánime del vecindario, que reunido

el 28 de enero de 1823 en el mismo lugar en que se inauguró la primera, junta gubernativa en 1810, comenzó por acusar la conducta del director supremo y por exigir su completa separación. O'Higgins quiso resistir y aun imponer; pero en vano. Infante había hecho oír su terrible voz pidiendo la terminación del poder militar que en Chile se había entronizado.

Una junta sucedió a O'Higgins. El pueblo designó para componerla, y mientras se nombraba, un presidente con el acuerdo de las provincias, a los señores Infante, Eizaguirre y Errázuriz, quienes funcionaron poco tiempo, pero que durante él, dictaron entre otras medidas, una amnistía general que pusiese olvido a los odios y rencores que agitaban la sociedad.

Los plenipotenciarios de las provincias designaron al general Freire para presidente, y acordaron, ínterin se reunía una convención que diese la suspirada constitución, un reglamento provisorio en que fijaron ciertas bases para la marcha del gobierno, y establecieron un senado legislador con cuyo acuerdo debían los negocios públicos dirigirse.

A este senado, elegido en la forma que el reglamento determinaba, fue llamado Infante; y durante el corto período de las sesiones de este cuerpo presentó una moción que bastaría por sí sola para darle un título a la veneración de su nombre: hablamos de la ley dictada en 24 de julio de 1823, que abolió para siempre la esclavitud en Chile y declaró libres a todos aquellos que con este triste carácter pisaban nuestro territorio. Esta ley fue el complemento de las medidas parciales que en años atrás se habían tímidamente dictado: esta ley fue la expresión genuina del espíritu de la revolución anunciada en 1810 y su principal y más notable conquista, y con esta ley se dio a la libertad un día de fausto regocijo y se la vengó de los ultrajes que por tanto tiempo se le habían hecho.

Infante recordaba con orgullo y emoción profunda este hecho de su vida; decía siempre: «después de muerto, no querría otra recomendación para la posteridad, ni otro epitafio sobre la lápida de mi sepulcro, que el que se me llamase autor de la moción sobre la libertad de los esclavos». ¡Digno y justo orgullo!... Sus deseos no se han cumplido hasta ahora, y nosotros le debemos esta deuda.

#### IV

El 13 de noviembre de 1825 el general Freire partía de Santiago para ir a mandar en persona el ejército que por segunda vez expedicionaba sobre Chiloé, donde el pabellón español aun flameaba, sostenido por Quintanilla, godo tenaz, que había recogido en esta isla todos los restos de los ejércitos del rey que el valor chileno había derrotado. Antes de separarse nombró un consejo directorial que debía gobernar la república durante su ausencia, compuesto de los ministros de estado y presidido por Infante.

Al poco tiempo de funcionar este directorio, tuvo lugar un hecho que vamos a referir, porque de él ha querido siempre hacerse por los hombres pacatos un severo cargo a Infante.

Gobernaba la diócesis de Santiago el obispo don José Santiago Rodríguez Zorrilla. Casi no debemos decir la decidida influencia que un obispo ejercía por aquellos tiempos, porque en el cuidado de la metrópoli por exaltar las ideas religiosas, bien es de figurarse que respetos no se tributarían al representante de estas ideas y a que punto no llegarían, encontrándose el episcopado confiado a una persona como Rodríguez, de carácter sostenido, de inteligencia abierta, de extendidas relaciones, y afecto al boato y a la ostentación ruidosa de su dignidad. Era pues, el obispo un cruel enemigo que la revolución tenía, y tanto más temible cuanto que la hería sin estrépito y de seguro, alarmando la conciencia del pueblo, en la que hondamente estaba arraigado el sentimiento religioso.

El señor Rodríguez no encubría tampoco sus opiniones ni su aversión a la revolución; creía ver en ella, a la par de un cataclismo político, un completo trastorno religioso. Teólogo, a usanza de aquellos tiempos, y empapado en solo los libros a que la España daba su pase, no era extraño que sus convicciones fuesen contrarias a toda modificación en el orden social establecido. Para él aquella máxima «obedeced a las potestades» no tenía más interpretación que la de su letra muerta; y si esta potestad en Chile eran el rey y sus legítimos representantes, ¿cómo el obispo no había de combatir arduosamente todo proyecto, todo pensamiento y toda obra que tendiese a derrocar este poder de origen tan sagrado?

La revolución tenía pues que habérselas con un enemigo poderoso, y nada habría de particular que durante la lucha o después de la victoria se dirigieran mutuamente recios golpes. El que al fin venciese pondría la ley al vencido.

Así fue que después del triunfo de Chacabuco en 1817, una de las primeras providencias del director O'Higgins fue desterrar al obispo a Mendoza, de donde se le permitió regresar en 1822, cuando tal vez entraba en las miras de aquel explotar la influencia de éste en favor de su gobierno, que la opinión del país combatía.

Por este tiempo el señor Rodríguez parecía resignado a respetar una obra que los hechos habían consumado, sin embargo de que no había abandonado sus primeras convicciones, a juzgar por el círculo de personas de que se rodeaba y por la protección que dispensaba a las que con él coincidían en ideas.

Las razones que había para mirar al obispo con ojo prevenido, parecieron debilitarse en 1823, cuando se le vio prestarse dócilmente a predicar en la iglesia catedral un sermón en acción de gracias por la constitución política que en ese año se promulgaba. Consiguiente era que el público ansiase por la publicación de este discurso en que creía encontrar una prueba de los talentos de Rodríguez y una protestación franca contra su conducta pasada. Todos los esfuerzos que se hicieron para esto fueron inútiles: el obispo se negó a poner bajo el dominio de la prensa su trabajo, y esta negativa que en otras circunstancias se habría estimado como aconsejada por la modestia, en aquel tiempo en que los acontecimientos traían a todos suspicaces, se miró como una doblez del obispo, que rehusaba contraer un compromiso abierto que le pusiera de mala data en la corte de España, con la que, según se decía, mantenía correspondencia por medio de su hermano fray Diego Rodríguez, que allí residía.

El directorio no se creía satisfecho con la conducta del señor Rodríguez: a sus ojos era sospechosa y simulada; y estas sospechas cobraron un carácter de certidumbre, cuando llegó a sus manos uno de los títulos de párroco que la curia expedía y en cuyo encabezamiento se decía: «José Santiago Rodríguez Zorrilla, obispo de Santiago y del consejo de su majestad». Las últimas palabras eran demasiado significativas para que el directorio no se alarmase: denotaban que el obispo desconocía aun el gobierno establecido, y que se preciaba más bien de ser súbdito de un rey que era nuestro enemigo.

A este tiempo la república no estaba tampoco exenta de peligros. Quintanilla, como ya hemos dicho, sostenía el dominio español en Chiloé; y el Perú luchaba por conquistar su independencia, dando batallas célebres por sus jefes y por los ejércitos que contendían. Si la existencia política de Chile no podía ser ya dudosa, podía al menos todavía turbarse y rodearse de peligros; y en tales circunstancias la prudencia y el deber de atender a la salud del estado aconsejaban separar a todas aquellas personas que, llegada una crisis, podían amparar y proteger las pretensiones de la metrópoli.

El gobierno, obedeciendo a estas convicciones, creyó que debía proceder contra el señor Rodríguez, y el 24 de agosto de 1824, le retiró de la administración de su diócesis, donde tantos medios de influencia reunía, y le ordenó se trasladase a Melipilla, debiendo subrogarle en sus funciones el deán don José Ignacio Cienfuegos. La traslación no tuvo lugar, pero sí la separación del gobierno de la diócesis, bien que pronto se suscitaron dificultades entre el obispo y Cienfuegos relativamente a la delegación de facultades, que trajeron al directorio la conciencia de que el primero obraba así por un espíritu de hostilidad manifiesta.

En tan mala disposición de los ánimos, la fatalidad quiso viniese a manos del gobierno un documento que acabó por encenderlo y prepararlo para una última medida. Don Mariano Egaña, ministro plenipotenciario en Londres transcribió un oficio del ministro colombiano en que participaba que el obispo mantenía comunicación con el consejo de Indias y la sede romana; y este documento, que el directorio acogió sin examen y sin detenerse a inquirir la verdad de los hechos que relataba, lo aceptó como una prueba de la conducta doble y siniestra que al obispo se atribuía, decidiéndose a decretar su extrañamiento fuera del país. El 22 de diciembre se expidió la orden que prescribía el destierro.

¿Debió el directorio, a cuya cabeza estaba Infante, obrar de esta manera, o debió preparar un juicio ante nuestros tribunales, o remitirle a Roma para que se le juzgase? A nuestro juicio no hay ni lugar a cuestión sobre este punto.

Si el destierro del obispo era, el resultado de una medida de estado, aconsejada por la situación del país y justificada por los antecedentes del proscrito, apenas podía demandarse otro procedimiento que el que el directorio abrazó. A nuestros tribunales se les negaba competencia para abrir juicio a la primera autoridad eclesiástica, de manera que si se hubiera abrazado este camino, se habría hecho necesario el debate de este punto, en que el obispo habría sin duda triunfado, atendida su influencia, las ideas entonces dominantes, y el escándalo que se creía encontrar en un enjuiciamiento de esta naturaleza, que a fuerza, de ser largo, prestaría campo a la cábala, hasta concluir por aparecer injusto.

A Roma no podía volverse la cara. Si la independencia del país no era una palabra vana, ¿cómo habíamos de ir al extranjero a mendigar justicia, a llevar pruebas y a pedir fallo, esto es, sin hablar del favor que el obispo allí debiera encontrar? El directorio obró bien: calificada la necesidad de separar al señor Rodríguez, un decreto debía poner término a la dificultad. Sensible y doloroso es que su extrañamiento se prolongase por tanto tiempo, hasta privarle del goce de morir en la patria; pero aun esta prolongación, a que ningún gobierno posterior puso fin, arguye en favor de la justicia con que Infante procedió.

El destierro del obispo era una consecuencia lógica de los sucesos que se habían desarrollado. La revolución había sido combatida por el clero y una vez que se veía ya robusta y con fuerzas propias, no podía esperarse otra cosa sino que volviera armas contra sus enemigos, en quienes miraba con prevención hasta la autoridad que ejercían.

Ejecutada la orden del directorio, el vecindario hizo inútiles empeños al día siguiente por alcanzar su revocación. Infante, en quien no cabían retractaciones ni vacilaciones, despidió corridos y avergonzados a los que con este objeto se le presentaron. El destierro del obispo se miró desde entonces como un hecho consumado, cuya justicia debería calificar la historia.

## V

La caída del director O'Higgins dio vida a la prensa, entretenida hasta entonces en querellas personales. Hasta principios de 1823 la revolución había limitado sus conquistas al campo de batalla, donde el enemigo común se le presentaba siempre al frente. Las atenciones de la guerra casi no daban lugar a satisfacer otras exigencias; y si bien se notaba un justo deseo de dar al país una organización consecuente con los principios y las miras de la revolución, él no cobraba vuelo bajo la administración de un hombre que, militar, creía que la ordenanza era la mejor ley que regir pudiera. La terminación de su gobierno trajo una reacción en las ideas. Comenzose a despertar el espíritu de investigación y análisis, y la ciencia constitucional se puso a la orden del día, hasta dar por resultado la promulgación de la carta de 1823.

Esta constitución, sin embargo, apenas tuvo vida. Los hechos arguyeron en su contra, y los diputados del congreso instalado el 15 de noviembre de 1824, de que era miembro Infante, la dieron por insubsistente en todas sus partes, declarando que continuase el orden hasta entonces establecido. Esta declaración vaga provocaba nuevamente el debate; y abierto con calor y sostenido con tesón, comenzaron a surgir nuevas ideas que no habían sido adoptadas ni puestas todavía bajo el dominio de la crítica y del estudio. El país andaba a ciegas, buscando una pauta segura que le sirviese de guía; y los hombres encargados de dársela, se afanaban con un ardor tan laudable como patriótico, por encontrarla en una constitución que antes de todo debía fijar la forma de gobierno. En una constitución estaba para ellos encerrado el problema; y atendiendo al progreso que en otros países había, progreso que descubrían en las prescripciones de la constitución que los regía, atribuían a



ésta todos los bienes de que disfrutaban, y se desvivían por trasplantarla al nuestro, sin más modificaciones que las muy ligeras que nuestro estado exigiese. De aquí nació la cuestión reñida de federación y unión, y de aquí y del encanto que les producía el asombroso adelanto de los Estados Unidos, el gran valimiento que cobró la primera, hasta verse impulsada por el directorio, de que era jefe Infante, y alentada y sostenida por el congreso de 1826, compuesto de sus más ardientes y fervorosos partidarios.

Infante se declaró desde un principio, con un entusiasmo febril, partidario de este sistema, hasta hacerse su corifeo y propagador. Como jefe del directorio en 1825 pretendió sistemar sus principios; pero esta tarea debía ser obra de los afanes de un congreso, el cual, reunido el 4 de julio de 1826, comenzó por acordar las primeras medidas, que sin quererlo habían de comenzar también por despopularizar la idea.

El congreso se reunió con una resolución tomada. Casi no tenía que discutir sobre la cuestión más ardua que en sus primeras sesiones ponía bajo su dominio. La opinión estaba ya formada. El clamor de la guerra había cesado, y el soldado después de haber llenado su puesto honrosamente y dado laureles a la patria, había arrojado armas para ceder el campo a otras voces y a otro género de combates, en que se ostentara el brillo de la inteligencia, impulsado por el estudio y el patriotismo pacífico.

A los diez días de reunido aquel cuerpo, declaró que el país se organizaría bajo la forma federal; y esta declaratoria, que debió mirarse solo como un preámbulo, quiso desde luego que fuese un hecho, acordando leyes parciales, cuya anticipación importaba trabajar a retazos y sin trabazón un edificio que debía ser compacto y uno. Las leyes que determinaban la forma como debían elegirse los gobernadores, párrocos, asambleas, etc., se dictaron casi a un tiempo, resintiéndose todas ellas de la precipitación con que se habían preparado. Su observancia trajo desde luego el más completo embolismo: diversas como eran e imperfectas, llevaron a las provincias el desorden, el tumulto y la anarquía. El país se encontró en una conflagración general, y cuando la constitución federal hubo de presentarse al congreso, como también un proyecto provisorio de Infante que debería regir mientras se discutía aquella, ya la opinión había lanzado su anatema y condenado un sistema que no había correspondido a sus esperanzas. Ni la constitución ni el proyecto alcanzaron a merecer aprobación: el congreso se había desprestigiado, y un soldado insolente se había presentado a sus puertas a intimarle su disolución, bajo la amenaza de disparar las armas contra sus miembros. Este congreso, debemos decirlo, no se rindió ni abatió su majestad ante la voz del caudillo; pero cierto de su impotencia para seguir adelante, desde que servía a una idea absoluta de que no podía renegar y que ni aun le era posible modificar, determinó abandonar sus bancos y consultar a las provincias sobre la forma de gobierno que debiera constituir la república.

La consulta se dirigió, y trajo la reunión de una constituyente que dio la constitución de 1828. La federación fue vencida, pero después de sostenida por Infante con un tesón que encendía cada vez más el fanatismo con que la servía. ¡Rara influencia que ejercen las ideas en las almas puras y en los corazones rectos! El fanatismo religioso, como el político, obliga al hombre a ser intolerante y muchas veces cruel. No es de extrañar por esto que Infante, seducido por una idea que estimaba como la expresión de todo bien, rehusase toda transacción con los que la combatían, y la sostuviese hasta su muerte con el mismo ardor

que en los primeros días de su debate. Cuando atravesamos las ruinas de un pueblo antiguo, solemos encontrar intactos y conservados a despecho de la acción violenta del tiempo, algún monumento que en su porte, su estructura, sus relieves y adornos nos revela el gusto dominante de la época de su construcción; así Infante, no rendido, aunque vencido, por los adelantos de la ciencia constitucional, había quedado como monumento vivo de los patriotas de 1810 y los liberales de 1826 expresando sus ideas, sus miras, su patriotismo, su honradez y hasta sus errores. ¿Cómo no contemplar con veneración a estos hombres privilegiados que son la vida práctica y un libro vivo de toda una época?

Pero Infante no solo defendió la federación en la tribuna y el gobierno, sino también en la prensa, a donde descendió para sostener sus ideas. El 1.º de diciembre de 1827 publicó el primer número de su *Valdiviano Federal*, de que no solo fue redactor, sino regente y primer industrial de la imprenta en que se imprimía. Hasta la víspera de su muerte sostuvo la publicación de este periódico, que llevó solo y sin ayuda de otros; periódico que si no reúne un mérito literario distinguido, al menos fue un centinela avanzado con que contó siempre en la prensa la libertad, y un testamento verdadero en que su autor consignaba para la posteridad hasta su espíritu y su alma.

No puede hacerse increpación a Infante por sus principios, aunque la federación fuese una utopía para Chile. ¿Por qué exigirle a él ni a nuestros padres el acierto, cuando no tuvieron otra escuela que la de la servidumbre, ni otro libro de aprendizaje que el desencanto que les dejaba la misma obra que emprendían con tan sanas y puras intenciones? ¡Demasiado hicieron! Sus yerros eran lecciones provechosas que a nosotros nos legaban. Tras de un bien siempre nos han dejado conocidos como ineficaces cien caminos que, sin ellos, tal vez habríamos más tarde emprendido. ¿Qué federación cabía en Chile, en un país reducido, estrecho, unido por vías fáciles y cortas, con hábitos idénticos en todos los pueblos, con educación igual, con antecedentes uniformes, con legislación pareja, pobre, sin ideas de independencia y de gobierno y sin más existencia ni virilidad, que la que todos y cada uno pudieran de consuno y simultáneamente darse? Un extravío era buscar ejemplos en otra parte y menos en la Unión Americana. Las localidades de un pueblo no pueden trasplantarse ni imitarse, y el diverso origen y la distinta organización que ésta desde su nacimiento había tenido, no lo había merecido la América del Sur para que sus colonias lograran imitar un modelo para el que no tenían colores. Sin embargo, es menester ser justos: si alguna cosa recomienda a Infante es esa tenacidad en servir a una idea que miró siempre como la consoladora de toda desgracia pública, y como el carril seguro que debía conducir a Chile al goce perfecto de una prosperidad estable y de una libertad verdadera.

## VI

En 1829 el ejército del sur, obedeciendo a la voz de su jefe, dio el grito de sublevación contra las autoridades constituidas, apoyado en débiles y fútiles pretextos. Esta voz de alarma se tradujo por Infante como uno de aquellos síntomas inequívocos que demuestran los grandes dolores que suelen aquejar al cuerpo social; y como a su juicio la organización

política falseaba por su base, llegó hasta imaginarse que este movimiento convulsivo que iba a agitar la república, era obra de las provincias que trabajaban por darse la independencia que necesitaban para constituir la federación, tema de todas sus ilusiones políticas. La conspiración del sur, con todo, que tenía sus ramificaciones en Santiago, caminaba en diverso sentido; y tan lejos estaba de favorecer la esfera de acción de las localidades, que quería muy al contrario concentrar la autoridad en el gobierno que se constituyese y dilatar y acrecentar su poder, como único medio de asegurar el orden, primer objeto de sus aspiraciones.

El espíritu y tendencias de esta sublevación militar se dejaron conocer pronto, y los que aun abrigan dudas hubieron de salvarlas a la reunión en 1831 del congreso llamado de plenipotenciarios, compuesto de los más marcados revolucionarios triunfantes, y en el que no tuvieron entrada sino dos hombres de ideas y espíritu opuestos. Infante y don Carlos Rodríguez fueron los únicos que alcanzaron un asiento en este primer concilio del partido pelucón; pero asientos que hubieron de abandonar forzosamente pronto, desde que alzaron la voz para defender un proyecto que tendía a restituir sus grados a aquellos a quienes los conspiradores se los habían arrebatado en el primer momento de gozo y vértigo. Esta cuestión fue la última en que Infante ocupó la tribuna parlamentaria. Si su voz se perdió entonces entre los murmullos de un partido, la posteridad la recogió más tarde como la expresión de la justicia.

Cuando en 1843 otros hombres estaban al frente de los negocios públicos, se dieron a Infante testimonios de la consideración que merecía. Por este año fue nombrado ministro decano de la suprema corte de justicia y miembro de la facultad de leyes en la universidad, que se hacía resucitar bajo otra planta y con otras atribuciones. Ambos destinos los renunció, como había renunciado en 1823 el ser ministro del tribunal superior. Infante tenía aversión a nuestra legislación goda, como decía, y no le agradaba, en la rectitud de su conciencia y firmeza de sus convicciones, tener como juez que arreglar sus fallos a ella. Las universidades eran para él el foco y el albergue de ideas espurias, encaminadas a propalar el monaquismo y la monarquía. En su fervorosa pasión por la libertad, Infante creía ver amagos contra ella en todos los cuerpos colegiados que no traían su origen ni su autoridad del pueblo.

En la consagración de Infante a la vida pública, no había tenido cabida otro móvil que no fuera el más ardoroso amor a la patria. La severidad de sus costumbres, la rigidez de su vida y la sencillez de su habitación denotaban al republicano espartano. En esta última no se encontraba ningún aderezo de lujo: toscos muebles formaban todo el menaje de la morada del patriota que poseía una fortuna, sino cuantiosa, suficiente para vivir con ostentación. Una cosa sí, que había notable, y eran los bustos de Rousseau y Voltaire, colocados sobre su mesa escritorio, como en señal de la veneración que les profesaba.

Una pasión vino a conmovier su alma en edad ya avanzada, que no había sido capaz de impresionarle en la primavera de la vida. A los sesenta y cinco años contrajo matrimonio con su sobrina la señorita Rosa Munita, de quien no tuvo sucesión, pudiendo decir como el general tebano que si no dejaba hijos, dejaba gloriosos hechos a que estaría siempre vinculado su nombre.

Una fiebre que le atacó violentamente, y que se dejó solo sentir por nueve días, puso término a su vida el 9 de abril de 1844. La noticia de su fallecimiento arrancó un dolor general. El Instituto nacional, que le debió su vida en 1813 y su mayor desarrollo en 1826, tomó una parte activa y expresiva en este duelo que comprometía a la patria.

A las nueve de la mañana del día en que los restos de Infante se conducían al cementerio, arrastraba el carro fúnebre la juventud de Santiago, turnándose con los militares, los artesanos y los viejos soldados llamados Infantes de la patria.

¡Preciosa manifestación del sentimiento público! ¡Ella era capaz de recompensar a Infante de sus pasadas fatigas! Decía siempre, y lo decía con ternura: «No quiero los honores que prodigan los gobiernos, porque siempre son injustos; quiero las manifestaciones populares, porque el pueblo tiene el instinto de la justicia.» ¡Sí! el pueblo, obedeciendo a este instinto, fue a pagar al hombre que más le había amado su tributo de reconocimiento.

Diremos ahora lo que dijimos escribiendo su vida.

El gobierno entonces nada hizo que significase el dolor nacional. Más tarde, de acuerdo con el congreso, dictó una ley mandando construirle un mausoleo en el cementerio; pero a pesar del tiempo transcurrido, aun no se descubre la cúspide de este monumento, sino únicamente una pequeña cruz de madera, colocada por el pueblo y casi cubierta de pasto, en cuyos brazos se lee lo que el pueblo podía escribir, este conciso y expresivo epitafio:

JOSÉ MIGUEL INFANTE.

DOMINGO SANTA MARÍA.

## XVII

Don Agustín Eizaguirre

Hay americanos cuya vida se compone de dos épocas bien distintas y separadas la una de la otra por un grande acontecimiento que rejuveneció y trasformó a antiguas sociedades de este continente. De esa clase son todos aquellos que habiendo sido espectadores o actores en el drama de la emancipación, sobrevivieron a él y siguieron interviniendo en los negocios públicos, o bien se retiraron a la vida privada, fatigados ya con las luchas y los

reveses. Entre ellos debe contarse al personaje cuyo nombre sirve de epígrafe a nuestro trabajo, y cuya vida vamos a bosquejar con la posible brevedad.

Nació en Santiago el año de 1766, y fueron sus padres don Domingo Eizaguirre y doña Rosa Arechavala. Su carácter vivo, jovial y bondadoso se manifestó desde temprano. Apenas tuvo la edad competente, entró a la mejor escuela que a la sazón había en Santiago, y allí aprendió lectura, escritura y elementos de aritmética. Pasó después a ser alumno del seminario conciliar, llamado entonces Colegio Azul, y dos años más tarde recibió la primera tonsura y los órdenes menores. En el seminario estudió latinidad, filosofía y teología, únicos ramos que en aquel tiempo se enseñaban a los jóvenes dedicados a la carrera eclesiástica. Permaneció en este establecimiento nueve años, durante los cuales dio repetidas pruebas de sinceridad, de honradez y de piedad cristiana, y contrajo al mismo tiempo relaciones íntimas con sus discípulos, que conocían y apreciaban en alto grado aquellas distinguidas dotes.

Siendo ya de edad de 23 años, y no sintiéndose con inclinación al estado clerical, salió del colegio y se dedicó a las labores del campo; industria que ejerció primeramente en un fundo de la pertenencia de su padre, y más tarde en otros varios que tomó en arriendo. Mudando nuevamente de profesión, se contrajo al comercio, emprendiendo especulaciones en unión con algunos amigos suyos; al cabo de todo lo cual se encontró dueño de una modesta fortuna.

Este fue el terreno en que Eizaguirre desplegó sus facultades durante la primera mitad de su vida. La honradez, el amor al bien, la austeridad de costumbres, y la lealtad y generosidad para con sus amigos, fueron las prendas que le hicieron recomendable y generalmente querido.

La vida de los colonos chilenos tenía un horizonte demasiado estrecho, y dentro de él era imposible que se desarrollasen grandes pasiones y sublimes virtudes. Chile no era árbitro de sus propios destinos, carecía de un pasado glorioso y de una historia que despertase heroicos recuerdos en la fantasía de sus hijos. Era además un país aislado, que apenas mantenía escasas relaciones con la madre patria y con las demás colonias sus hermanas, ignorando lo que pasaba en el resto del mundo. La vida de sus habitantes era toda interior y doméstica.

Cualquiera puede fácilmente imaginar de qué temple son las almas que nacen y viven en un pueblo sujeto a tales condiciones. El individuo es grande o pequeño según lo es la sociedad en que se educa.

Llegó el año de 1810, y en él se abrió para todas las almas nobles un anchuroso campo en que pudieron ejercitar su actividad y ganar honrosos e inmortales timbres. Ese año comenzó la lucha entre dos órdenes de cosas, el uno viejo y caduco, y el otro joven y vigoroso, que aspiraba a dominar la sociedad de que hasta entonces se había enseñoreado su adversario.

Eizaguirre, dotado de una alma recta, no pudo dejar de apoyar la causa de la justicia y del bien común. Las ideas nuevas encontraron un eco en él, y fueron sostenidas por todos los medios de que su posición social le permitía disponer.

Sabido es que en todas las secciones americanas los cabildos fueron los focos de la revolución de la independencia. Instituciones populares, aunque degeneradas y envilecidas, recobraron por un momento sus antiguos fueros, y se constituyeron en defensores de los derechos de los pueblos. Por esta razón en los cabildos fue donde primero se agitó la idea de crear gobiernos nacionales en las colonias que habían quedado huérfanas por la prisión y extrañamiento del soberano.

Al cabildo chileno de 1810 le cabe pues la honra de haber promovido y llevado a cabo la creación de la junta gubernativa instalada el 18 de setiembre del mismo año. Eizaguirre, que había sido incorporado a ese cabildo a fines del año anterior, trabajó con una abnegación y entusiasmo verdaderamente patrióticos por la realización de aquella insigne empresa. Aunque el partido revolucionario a que pertenecía no veía en él un sabio distinguido, ni un orador vehemente y popular, ni un caudillo impetuoso y osado, veía sin embargo un hombre de probidad proverbial, acompañada de bastante entereza de alma, de un juicio naturalmente recto y de calificado amor al bien público; y si a todas estas cualidades se añade el prestigio inherente a una ilustre alcurnia y a una numerosa parentela, fácilmente se conocerá la importancia de los servicios que prestó a la causa de la emancipación chilena.

Las revoluciones, como los dramas, necesitan personajes de diversos caracteres, de diversas pasiones, de diversa posición social. En ellas hay siempre un protagonista; pero no basta eso solo para que alcancen el triunfo. ¿Qué hará el caudillo, si no hay quien segunde sus esfuerzos y coadyuve sus miras y proyectos? Hombres del temple y circunstancias de Eizaguirre son necesarios en toda revolución para que sea consistente y eficaz. Ellos están dotados de un instinto conservador, no muy fuerte a la verdad, pero bastante para poner un saludable contrapeso a las pasiones ardientes e impetuosas de los partidos novadores, que de otro modo fracasarían por falta de tino y cordura. La misión que estos personajes desempeñan no es por cierto tan brillante como la del caudillo que obra; pero es esencialísima para el triunfo, porque es conservadora de la revolución.

Derribada la autoridad colonia, los revolucionarios se dividieron en dos bandos, de los cuales el uno pretendía hacer marchar la revolución a paso acelerado por medio de providencias francas y enérgicas, y el otro, más tímido y conservador, se oponía a las innovaciones que se proyectaban. El primero prevaleció en la junta gubernativa, y tuvo por caudillo a don Juan Martínez de Rosas, el más distinguido de los revolucionarios de su tiempo; el segundo, que dominó en el cabildo, reconoció por corifeos a don Agustín Eizaguirre y don José Miguel Infante. El cabildo y la junta se hicieron por algún tiempo la guerra a la sordina, y más tarde rompieron abiertamente las hostilidades.

Los pueblos debían elegir diputados que compusiesen el primer congreso nacional, y en el campo de estas elecciones fue donde estalló la lucha. Prevaleció al fin el partido del cabildo, que obtuvo una notable mayoría en el congreso. A Eizaguirre le cupo el honor de

ser elegido diputado por la capital, y de formar por consiguiente parte de la primera asamblea legislativa que creó el pueblo chileno en la infancia de su vida política.

El partido rosista, aunque derrotado, no se anonadó. Contaba en sus filas hombres dotados de energía y talentos superiores, que no se allanaban a recibir la ley de los que no poseían, esas prendas en el mismo grado. Conspiró incesantemente para recobrar por la fuerza el puesto y la influencia que había perdido; pero todos sus conatos fueron estériles. Al fin se le presentó el hombre que necesitaba para triunfar. Don José Miguel Carrera, joven militar dotado de talentos y de noble osadía, ganoso de gloria, y adornado de laureles recogidos en una guerra lejana, fue el brazo fuerte que elevó a los rosistas al mando supremo del estado. El partido del cabildo quedó derrotado, y no volvió a aparecer en la escena política sino con las modificaciones producidas por el tiempo y los acontecimientos de que en lo sucesivo fue teatro el país.

Eizaguirre se retiró con este motivo a la vida privada, llevando su honradez y moderación por escudo contra las persecuciones de que ordinariamente son víctimas los vencidos. Su persona fue respetada por sus adversarios victoriosos.

Invadido el territorio chileno por el general realista Pareja en marzo de 1813, don Agustín Eizaguirre salió de su oscuridad y dio principio a un segundo período de vida pública. Carrera, que a su vez había anonadado al partido rosista, tomado en sus manos el timón de los negocios públicos, y dado un fuerte impulso a la revolución, fue nombrado general en jefe del ejército que debía rechazar al invasor; viéndose de este modo obligado a salir de Santiago para activar los preparativos de la próxima campaña. El gobierno supremo debía organizarse de nuevo, puesto que acababa de ausentarse el que hasta entonces había sido todo su nervio; por lo que el senado, en 15 de abril del mismo año, nombró una junta gubernativa, compuesta de don José Miguel Infante, don Francisco Antonio Pérez García y don Agustín Eizaguirre.

Semejante elección recaía, es verdad, sobre individuos cuyas opiniones políticas eran contrarias a las de Carrera; pero este caudillo no se opuso a ella, porque tenía conciencia de que era un hombre necesario en aquellas circunstancias, porque el inminente peligro de que se hallaba amenazada la causa de la libertad había hecho olvidar por un momento las antiguas discordias, y finalmente porque los vocales electos eran personas de notoria honradez y patriotismo y de gran prestigio entre todos los partidos.

Los primeros conatos del nuevo gobierno tuvieron por objeto llenar del mejor modo posible las necesidades de la guerra. Excitó el espíritu público de los ciudadanos, promovió donativos voluntarios para subvenir a los gastos que demandaba la situación, levantó batallones y proveyó de municiones y víveres al ejército.

Estas urgentes atenciones no le impidieron contraerse a los cuidados de la administración pública y procurar la prosperidad de la nación por medio de providencias sabias y liberales. Se declaró la libertad de la prensa, se establecieron escuelas en muchos pueblos, se fundó el Instituto Nacional, se comenzó a formar una biblioteca pública, y se dictaron otras muchas medidas análogas a éstas. Los principios filosóficos que habían

engendrado la revolución se manifestaban cada día en las instituciones que se iban creando, y que hasta entonces habían sido desconocidas de los chilenos.

Las enemistades políticas que habían existido entre el general Carrera y los actuales miembros de la junta, las cuales habían estado amortiguadas por algún tiempo, no tardaron en estallar de nuevo. El gobierno empleó todos los arbitrios que estaban en su mano para echar por tierra a su adversario, desnudándole del mando del ejército que hacía la campaña del sur. Consiguió su intento, y a principios de 1814 Carrera tenía ya por sucesor a don Bernardo O'Higgins.

Para efectuar este cambio, el gobierno se había trasladado a Talca en noviembre del año anterior, y así que hubo llenado sus miras, regresó a Santiago, donde debía terminar muy pronto sus funciones. A principios de marzo se reunió en cabildo abierto una parte del vecindario de la capital, decretó la destitución de la junta gubernativa, y confirió el mando a don Francisco de la Lastra con el título de supremo director. Eizaguirre, del mismo modo que sus colegas, descendió de nuevo a la vida privada, satisfecho de haber servido a su patria con la honradez que le caracterizaba.

No duró mucho tiempo el reposo de que estaba gozando. En octubre del mismo año los realistas, victoriosos en Rancagua, se apoderaron muy pronto de todo el territorio chileno, y desplegaron un sistema de tenaz persecución contra todos los que de alguna manera habían cooperado a la creación o al sostén del gobierno nacional. Eizaguirre, confinado como insurgente en el horrible presidio de Juan Fernández, padeció por la primera vez las privaciones y amarguras del destierro, soportándolas con heroica resignación y con la magnanimidad del justo. En aquella tierra inhospedable fue testigo por más de dos años de la rabia con que la naturaleza parecía empeñarse en añadir aflicciones a los desgraciados proscritos. Furiosas y continuas borrascas, recios terremotos, incendios y escasez de los alimentos necesarios para la vida, tales fueron las espantosas escenas que los patriotas chilenos tuvieron que presenciar durante su mansión en Juan Fernández. Eizaguirre se hizo amar de sus compañeros de infortunio por la jovialidad y dulzura con que les prodigaba consuelos cristianos.

Vencido el poder español en la gloriosa jornada de Chacabuco, los restauradores de la libertad determinaron muy pronto ir a quebrantar las cadenas con que estaban aherrojadas aquellas víctimas ilustres, que ascendían a setenta y ocho. A principios de abril de 1817 el presidio de Juan Fernández se hallaba ya desierto, y los proscritos, restituidos al regazo de sus familias, se congratulaban del triunfo que poco antes habían alcanzado las armas de la patria.

Durante el gobierno del general O'Higgins, Eizaguirre se mantuvo ajeno a la política, viviendo como simple ciudadano, contraído a los cuidados de su casa y al manejo de sus intereses. En ese tiempo fue cuando se formó y organizó la famosa compañía denominada «de Calcuta», que tenía por objeto especular en sederías y géneros de la India, y en la cual tomaron parte muchos de los capitalistas chilenos más notables. Eizaguirre fue el principal promovedor de esta empresa, que debe mirarse como uno de los primeros frutos producidos por la libertad de comercio ya establecida y por el espíritu nuevo que ganaba terreno diariamente en el país. La compañía de Calcuta hizo flotar por la vez primera el pabellón



chileno en los remotos mares del Asia, y lo presentó delante de pueblos que no comprendían las sublimes ideas simbolizadas por los tres colores que lo constituyen.

La caída del director O'Higgins, acontecida el 28 de enero de 1823, dio principio a una época muy notable de la historia de Chile, y que al presente no es bien conocida sino de los que fueron testigos de los sucesos acaecidos en ella. Esa época se extiende hasta el año de 1830, en que el partido denominado pelucón se apoderó del mando supremo y comenzó a crear un nuevo orden de cosas, imprimiendo su espíritu a todas las instituciones. Durante los siete años que ella abraza se hicieron diversos ensayos para constituir el país de una manera estable; pero todos ellos fueron impotentes. Discutiéronse por la prensa y en varios congresos altas cuestiones de política y de organización social; se hicieron importantes reformas en la administración de justicia; se dictaron medidas económicas atemperadas a las circunstancias; se fomentó en cuanto era dable la instrucción pública; se envió una expedición al Perú para ayudarle a sacudir la dominación colonial; se dio libertad al archipiélago de Chiloé, último baluarte del poder español en Sud América; y finalmente se sostuvo una guerra tenaz y atroz con los salvajes araucanos, acaudillados por algunos jefes españoles y por el terrible bandido Pincheira. Chile, aunque carecía de instituciones sólidas, iba creciendo en medio de las tempestades y vaivenes consiguientes a su situación.

En la época de que acabamos de hablar, don Agustín Eizaguirre se halló dos veces a la cabeza de los negocios públicos. En el mismo acto en que el director O'Higgins depuso la autoridad que ejercía, se nombró una junta compuesta de Infante, Eizaguirre y Errázuriz, a quien se encargó provisionalmente el gobierno del país hasta que se eligiese en debida forma el jefe supremo. Esta elección se hizo el 31 de marzo de 1823, y el 4 de abril siguiente tomó posesión de su cargo el electo, que fue el general don Ramón Freire. En los dos meses y días que funcionó la junta gubernativa, se contrajo a llenar las necesidades del momento, dictando al mismo tiempo algunas medidas liberales, como la amnistía otorgada a todos los reos políticos. Merecen también mencionarse la creación del Boletín de las Leyes, que ha continuado publicándose hasta el día, el restablecimiento de la academia de práctica forense, y el permiso de sembrar y vender libremente tabaco en el país. En todos sus decretos se advierte la rectitud de miras de que se hallaba animada la junta.

A consecuencia de las activas y prolongadas discusiones políticas, que no cesaron de agitar a los hombres pensadores desde la deposición de O'Higgins, la opinión pública se hallaba en 1826 dividida entre el régimen unitario y el federal. Los partidarios del último triunfaron en el congreso, y el 14 de julio quedó establecida la federación como base de la constitución chilena, a lo cual se siguió la promulgación de varias otras leyes que pueden considerarse como fragmentos de un código fundamental.

Tal era el orden reinante cuando Eizaguirre se encargó del mando supremo como vicepresidente de la república en 10 de setiembre del indicado año. Permaneció en este puesto hasta el 26 de enero de 1827, día en que lo abdicó a consecuencia de un motín militar. Su caída no debe atribuirse a otra causa que a las circunstancias en que a la sazón se hallaba el país, las cuales no permitían que hubiese nada consistente y duradero.

En los cuatro meses y días de su gobierno desplegó todo su celo y honradez para llenar dignamente sus deberes. Después de su abdicación publicó un manifiesto en que explicó su

conducta gubernativa, y que parece haber sido escrito por él mismo. De ese documento tomamos el siguiente párrafo, en que aparece retratado el hombre de bien, el patriota sincero, el ciudadano desinteresado y el mandatario celoso: «El resultado ha sido que en mi cuatrimestre desgraciado se restableció el instituto anulado, se nombró rector al de Concepción para restablecerlo, se dieron fondos para el de Coquimbo, se previno la devastación de Pincheira y de los bárbaros del sur. Este uno no habréis oído, «se degollaron tantos a cada correo, se robaron tantos millares de ganado»; el labrador de Concepción y del Maule han cosechado tranquilos; ha sido vencido el enemigo al primer encuentro, y se le tenía en el último aprieto según las últimas comunicaciones, cuyos resultados pueden saberse por momentos; el crédito ha subido desde el 60 de pérdida al 15, un 45 por ciento; están preparadas las bases de los tratados con el Perú, que deben reparar la agricultura, el comercio y la navegación de ambos países; las del resguardo y aduana examinadas, y propuestas las economías; restablecido el almacén de tránsito bajo la mano fiscal; pagado el ejército de los vencidos en mi tiempo y de mucha parte de los atrasados en que lo encontré; quedaron en cajas 138,000 pesos en vales, que con lo corrido hasta aquella fecha debían subir a más de 160,000; en pagarés de aduana en Valparaíso más de 200,000, según avisos de su administrador. Pronunciad sin que oigáis alegaciones indignas de la magistratura que ejercí y de mi carácter, y concluiré con el héroe griego: «No tengo victorias que ofreceros, y al cabo los triunfos son la obra de la fortuna y del valor del soldado. Solo os ofrezco y recibo el placer de no haber hecho verter lágrimas a ningún chileno.»

El trozo que precede, escrito con tan amable candor, lleva el sello de la verdad y nos excusa de hablar de los trabajos administrativos emprendidos por Eizaguirre durante su corto gobierno.

Esta fue la última vez que figuró como hombre público. El resto de sus días lo pasó en la vida privada, gozando del cariño de su familia, de quien era en extremo querido, y atendiendo al cultivo de su hacienda de Tango, adonde hacia frecuentes viajes. Como tres años antes de su muerte se vio acometido de una enfermedad que lo redujo a una casi completa inacción, y que no cesó de molestarle hasta el fin de su existencia, que fue el 19 de julio de 1837. Las lágrimas sinceras con que le lloraron sus numerosos deudos y amigos, son el mejor testimonio de las virtudes de que estaba adornada su alma, y que no desmintió en ningún lance de su vida.

Los hombres públicos que no están animados de miras desinteresadas, los que se proponen por blanco de sus acciones su elevación personal y no la justicia y el bienestar de los gobernados, podrán tener satisfecha por algún tiempo su mezquina ambición; pero cuando la fortuna les vuelve el rostro, se acabó todo para ellos; deben abandonar la esperanza de ocupar de nuevo puestos distinguidos entre sus compatriotas; el pueblo los conoce ya, y ningún bien se promete de elevarlos al mando por segunda vez. No así el magistrado íntegro, desprendido y recto: es un hombre que no se envejece; en todos tiempos está en aptitud de ofrecer sus servicios a sus conciudadanos, en la confianza de que serán aceptados con benevolencia; si las convulsiones políticas le arrojan del puesto que ha ocupado, desciende a la oscuridad sin llevar en su pecho ningún remordimiento, sin que vaya en pos de sí el negro cortejo de odios y rencores que persigue aun en el retiro a los mandatarios inicuos que hollaron las leyes, que ultrajaron a los ciudadanos, o que

ejercieron su ministerio con miras poco nobles y puras. Se aplaca la borrasca, y sus virtudes son recordadas, reconocidas y admiradas con respeto por los hombres de todos los partidos.

Eizaguirre es una prueba práctica de la verdad de estas observaciones. Su conducta fue siempre honrada y leal; los chilenos reconocieron unánimemente la rectitud de sus intenciones, y en un espacio de más de diez y seis años de continuas oscilaciones y trastornos, en que aparecieron y se eclipsaron muchos personajes eminentes, le honraron diversas veces confiriéndole la dirección suprema de la república.

El siguiente pasaje, referido por el inglés Sutcliffe, que militó algún tiempo bajo la bandera chilena, pinta al vivo la franqueza de carácter, la sencillez de costumbres, la piedad cristiana y el sincero patriotismo de don Agustín Eizaguirre: «Abril 25 de 1827. El general me envió a la capital con despachos, y de paso me detuve en Tango, donde visité al ex presidente don Agustín Eizaguirre y le di muchas cartas. Me recibió y trató del modo más amistoso. Eran las once de la noche, y como sus sirvientes se habían retirado a descansar, colocó algunas frutas en la mesa; mas observando mi sonrisa por esta circunstancia, me pidió excusase la cena fría y perdonase a sus sirvientes, que se habían acostado. Mientras yo hacia honor a sus viandas (porque había andado cerca de 40 leguas aquel día), parecía examinar el contenido de las cartas, y a cada momento se escapaban de sus labios estas jaculatorias: «Gracias a Dios, gracias a Dios.» Conversamos hasta tarde, mostrándose muy satisfecho de las operaciones del ejército y más del general Borgoño, y de que él hubiese sido el promotor de la expedición que había facilitado la repoblación de las provincias del sur.

Su alma era incapaz de rencores y de viles venganzas; olvidaba las ofensas; las perdonaba de corazón a ley de verdadero cristiano. Cuando los realistas se apoderaron de Santiago en 1814, Eizaguirre se hallaba en Tango; y deseando sustraer a la rapacidad de los conquistadores varias alhajas y prendas de plata de su pertenencia, las escondió dentro de un hoyo que hizo abrir al intento en la bodega de la hacienda. Pocos días después se presentó una partida de soldados, que incitados por la codicia, examinaron la casa de un extremo a otro, sin que pudiesen dar con el oculto tesoro. Se retiraban ya desesperanzados, cuando un sirviente de Eizaguirre, que había sido testigo de la ocultación, los llamó aparte y les dio todas las instrucciones necesarias para que pudiesen encontrar lo que buscaban. Los soldados satisficieron su instinto de pillaje, merced a este acto de infame felonía. Pasado algún tiempo, el sirviente infiel se vio reducido a una extrema miseria por haberse inhabilitado para ganar la vida con su trabajo; y Eizaguirre que tuvo de ello noticia, le recogió a su casa, le mantuvo a sus expensas y le suministró además una pensión mensual, de que aquel miserable gozó hasta el fin de sus días.

La nación chilena, deseando pagar la deuda que había contraído para con un ciudadano tan benemérito, decretó que se erigiese un monumento a expensas públicas, en el cual se grabase la inscripción siguiente: «El congreso nacional, por decreto de 8 de agosto de 1837, mandó erigir este monumento a la memoria de don Agustín Eizaguirre, uno de los primeros y más esforzados defensores de la independencia de Chile, en testimonio de veneración y gratitud a sus virtudes y eminentes servicios.»

---

**Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes**

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.



**editorial del cardo**